

NO TE OLVIDÉ



Sandra Gabriel

D.J.57

No te olvidé

Sandra Gabriel

No te olvidé

Primera edición: Julio del 2018

Esta es una obra de ficción, producto de la imaginación de la autora. Los lugares y los personajes son ficticios. Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier formato o medio, sin permiso previo del titular del copyright. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

1

El niño se despertó, asustado por los gritos. No comprendía lo que pasaba.

—¡ESTEBAN! —gritó su hermana entrando a toda prisa en la habitación, cerrando la puerta tras ella.

—¡Rápido! ¡Escóndete! —Pero antes de que siquiera pudiera reaccionar, la puerta se abrió violentamente por la patada de un hombre armado que se introdujo en el cuarto.

A Esteban le pareció un gigante. Este le dio un puñetazo en la cara a su hermana que provocó que se cayera al suelo, se la echó al hombro como si no pesase nada y se acercó hasta Esteban. Estaba tan asustado que no se atrevió a moverse del sitio. El hombre tiró de su mano y él se encontró acompañándole como en estado de *shock*. No comprendía lo que pasaba, quería a su mamá, ¿dónde estaba? ella lo arreglaría todo, hablaría con ese hombre y haría que se fuera.

Bajaron las escaleras y salieron de la casa. El hombre lanzó a su hermana al suelo, que emitió un quejido, ruidos de cristales rotos y de pronto su casa empezó a arder, pero ¿dónde estaban papá y mamá? se preguntó con lágrimas en los ojos. Se iban a enfadar mucho cuando vieran la casa ardiendo, pero él les diría que no habían sido ni Mónica ni él, reñirían al hombre malo y este se iría.

—¡CABRÓN! —oyó gritar a su hermana que se había levantado del suelo aún conmocionada. Vio cómo se abalanzaba sobre el hombre, mientras estaba distraído viendo la casa arder. Le quitó el arma de la funda apuntándole con ella.

—¡HUYE! —le gritó Mónica mientras se enfrentaba al hombre con manos temblorosas, sin embargo Esteban no lo entendía ¿huir a dónde? Tenían que venir papá y mamá.

La muchacha disparó al hombre mientras este se acercaba de forma amenazadora, hiriéndole en un hombro, pero no fue suficiente para detenerle. Este sacó un cuchillo y acercándose hasta ella, le arrebató el arma y apuñaló en el estómago.

—¡Zorra! —rugió mientras lo hacía. Su hermana cayó desmadejada al suelo quedando sus ojos violetas abiertos, fijos en él.

—Mónica, Mónica, levanta... —gimió Esteban sollozando.

Veinte años después.

Esteban observaba los campos de la hacienda arrasados, con indiferencia. Había sido una maniobra de distracción para que todos los trabajadores acudiesen al mismo punto. En principio no habían planeado matarlos, no obstante sus hombres eran de gatillo fácil y se habían emocionado. Como resultado había por lo menos cinco cadáveres a sus pies. Las mujeres habían sido llevadas a rastras para ser violadas.

Él no violaba mujeres. No porque tuviera ningún problema con ello, simplemente le gustaba el sexo con parejas dispuestas. La idea de forzar a una mujer no era algo que le excitara, en realidad todo lo que estaba pasando le daba igual. Hacía tiempo que la vida o la muerte le resultaban indiferentes, se limitaba a recibir órdenes y a cumplirlas, como en esta ocasión.

El dueño de la hacienda se había granjeado muchos enemigos políticos y alguno de ellos les había contratado. No solo para matarle, sino para que su muerte sirviese de aviso para otros como él, así que cuanto más cruel resultara el ataque más contento quedaría el cliente.

Daniel había entrado en la casa el primero. Había ejecutado al hombre y a su mujer. Le había pedido ser él el que lo hiciera. Disfrutaba con esas cosas y a Esteban le daba igual. Lo importante era hacer el trabajo, si lo hacía Daniel o cualquier otro no le importaba. Si no hubiera sido Daniel, lo hubiera hecho él mismo. Sabía que había una niña en la casa, así que conociendo los gustos de Daniel, ese debía ser el motivo por el que había querido entrar el primero. Las mujeres le perseguían como moscas, debido a su aspecto angelical, su melena rubia y sus ojos azules. Nadie diría viéndole, el sádico pervertido que era. De vez en cuando se tiraba a mujeres, sin embargo en realidad prefería a las niñas.

Le vio salir de la casa llevando a la niña a rastras, mientras esta gritaba y pataleaba. Se retorció contra su captor mordiéndole la mano y liberándose.

—¡Detenla! —le gritó Daniel.

No se molestó. Que la atrapara él si quería, no era su problema. La niña había echado a correr ciegamente en su dirección por lo que no se dio cuenta de que se interponía en su camino, hasta que tropezó con él cayendo hacia atrás sobre su espalda. Una vez en el suelo levantó la cara y le miró fijamente. Cuando Esteban vio los ojos de la niña se quedó helado.

Eran de color violeta... como los de los sueños que le perseguían desde que tenía memoria. Cuántas noches se había levantado temblando y empapado en sudor, sin recordar lo que había soñado, únicamente la imagen de unos ojos violetas mirándole, conteniendo una súplica, como en ese mismo instante le miraba esa niña, sin darse cuenta de que le estaba pidiendo ayuda al diablo.

Por primera vez después de años, sintió... algo. Un escalofrío que le recorrió el cuerpo haciendo que se tambaleara.

Daniel llegó a su lado y se abalanzó sobre la niña para cogerla.

—¡Déjala! —exigió Esteban con voz acerada, pero él le ignoró y trató de agarrarla por el brazo mientras ella luchaba.

—¡QUÉ LA DEJES! —repitió Esteban haciendo que Daniel le mirara con estupor y la niña con una cierta esperanza.

—¿La quieres? —preguntó con sorpresa—. Podemos compartirla —le dijo mientras lamía la cara de la niña.

En el momento que la cogía por la ropa con la clara intención de arrancársela, se encontró con un cuchillo en la garganta.

—Te he dicho que la dejes —repitió Esteban con frialdad.

Daniel dudó durante unos segundos, evaluando la situación, valorando si merecía la pena enfrentarse a Esteban.

Marietta no podía respirar, era su vida la que estaba en juego, ese hombre Daniel, había asesinado a sus padres frente a sus ojos y sabía que lo que pretendía era violarla. Tenía doce años y aunque sus padres habían intentado protegerla de la crueldad del mundo exterior, Marietta sabía que su padre era un activista político con muchos enemigos. Había oído infinidad de veces a su madre, suplicándole que olvidara sus ideales, que un día les iban a matar por ellos y ese día había llegado.

Ella era una luchadora. Ese hombre había entrado en la casa acompañado de otros dos. Les habían arrastrado hasta el salón y había disparado a sus padres a bocajarro asesinándolos frente a sus ojos. Antes de que tuviera tiempo para reponerse, la agarró del brazo y la sacó a rastras de la casa. Sin tiempo para pensarlo, en cuanto había tenido una oportunidad había intentado escapar. El problema había sido que había echado a correr tan ciegamente que no se había dado cuenta de que había alguien en su camino hasta que había tropezado con esa persona, cayendo de espaldas.

Levantó la vista. Frente a ella vio a un hombre muy alto. Debía medir

más de metro ochenta, alto y fuerte, apenas pudo distinguir sus facciones por la barba y el bigote que poblaban su rostro ocultando sus rasgos. Tenía el pelo corto como el de los militares. Le miró a los ojos, del color del cielo, y fue testigo, primero de la sorpresa y luego del horror con el que el hombre la miró. Durante unos segundos fue como si el tiempo se hubiera detenido, lo único que hacía era mirarla inmóvil. Ella rogaba en silencio para que le ayudase y cuando ya pensaba que no iba a hacer nada, su voz restalló como un látigo, exigiendo a ese hombre repugnante llamado Daniel, que la soltara.

No sabía quién era, y en principio no le importaba. Sabía lo que el tal Daniel que la estaba sujetando pretendía, y por alguna extraña razón que no acertaba a comprender, creyó que aquel otro hombre la ayudaría, así que cuando Daniel aflojó su agarre dudando si enfrentarse a él o no, ella se desasió y se lanzó para esconderse tras su espalda.

Esteban sintió alivio cuando vio que la niña escapaba de Daniel. Este era un cobarde y jamás se enfrentaría de forma abierta, no obstante era capaz de apuñalarla solo por diversión. No sabía por qué ella confiaba en él, pero se había situado a su espalda convencida de que la protegería, y así sería, como había un Dios que no iba a permitir que nadie le hiciese daño.

—Vale, vale —sonrió Daniel de forma cínica levantando las manos en señal de rendición—. Quédate con ella, tampoco está tan buena. —Riéndose se dio la vuelta no sin antes lanzarle una mirada a Marietta que le produjo escalofríos. No creía que lo fuera a dejar así.

Esteban se giró para mirar detenidamente a la niña que se escondía a su espalda. Era muy pequeña. Le calculó unos doce años. Tenía una larga melena negra como el ala de un cuervo que en ese momento caía sobre su rostro ocultándolo.

Al ser consciente de que la observaba, levantó la cara cuadrando los

hombros y le miró con un desafío en la mirada. Era valiente, eso no se lo podía negar. Levantó la mano para tocarle el rostro y aunque durante unos segundos se encogió asustada, en seguida se repuso y dejó que la tocara.

Esteban le pasó un dedo por la mejilla sorprendiéndose con su suavidad, y la miró fijamente a los ojos. De nuevo, sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo. Eran de un color violeta profundo, iguales a los de sus sueños. Le pareció que era una señal, aunque no tenía ni puta idea de qué.

—¿Cómo te llamas niña? —le preguntó con voz ronca.

—Marietta —contestó con un hilo de voz— ¿Me vas a ayudar? Han matado a mis padres.

—Lo sé —dijo Esteban con dureza—. ¿Pero tú quieres vivir? ¿O quieres morir?

—Quiero vivir —contestó con voz temblorosa.

—Pues entonces harás todo lo que yo te diga —le exigió con dureza—. Si no, no podré ayudarte. Siéntate en el suelo y descansa. Nos iremos cuando hayan acabado.

—¿Cuándo hayan acabado de qué? —preguntó confusa y con un hilo de voz.

Esteban no contestó, se limitó a cruzarse de brazos y a esperar en silencio.

Marietta no entendía nada, no obstante decidió hacerle caso y se sentó en el suelo a esperar. Desde que aquellos hombres habían entrado en la casa matando a sus padres y llevándosela a rastras, la adrenalina le había impedido pensar, solo había estado actuando por puro instinto de supervivencia, sin embargo, ahora de pronto, empezaba a ser consciente de lo que había ocurrido y de lo que estaba sucediendo a su alrededor.

En el suelo frente a ella distinguió varias personas que yacían en el

suelo, comprendió que estaban muertas y que con seguridad las conocía. Debían ser trabajadores de la hacienda.

Imperaba el silencio. Roto únicamente por los gritos de las mujeres, que poco a poco se fueron apagando, convirtiéndose en gemidos. Por encima de ellos distinguía las risas y los jadeos. Horrorizada fue consciente en ese momento de a qué era a lo que esperaban. A que aquellos horribles hombres consumaran las violaciones.

Las lágrimas empezaron a correr libremente por sus mejillas al ser consciente de que al hombre, de pie a su lado, no le importaba lo que estaba ocurriendo, que lo estaba permitiendo. Él parecía imperturbable, ajeno a todo. Le miró y se dio cuenta de que así era, no le importaba.

Esteban oyó el gemido angustiado que escapó de la niña, se giró hacia ella y la descubrió mirándole con horror. Era evidente que había comprendido el motivo de la espera. Mejor. Si quería vivir tenía que comprender lo que pasaba.

—¿Quién eres? ¿Qué vas a hacer conmigo?—le preguntó ella con voz temblorosa, pero Esteban no le contestó. No hacía falta, pronto se daría cuenta de que no era ningún príncipe, que no la iba a rescatar en su caballo blanco.

Poco a poco los jadeos dejaron de oírse. Pasado un tiempo que a Marietta le resultó interminable, los hombres fueron saliendo de las casas. Venían riéndose. Algunos de ellos arreglándose la ropa, pasando junto a los cadáveres como si los mismos no fueran más que basura.

Marietta y él estaban delante de una de las casas, esperando. Él no parecía afectado por nada de lo sucedido, lo que le hacía preguntarse ¿por qué le había ayudado? ¿Quién era?

Los hombres fueron acercándose hasta donde estaban, mirándola con extrañeza, no obstante ninguno se atrevió a preguntar nada. Un frío helado

recorrió el cuerpo de Marietta al comprender por qué ninguno le preguntaba nada y por qué Daniel se había apartado de ella cuando se lo había exigido.

Este hombre, el que la había salvado. En realidad era el que estaba al mando. El que había ordenado la muerte de sus padres. El que había sembrado el horror que les rodeaba. Al ser consciente de ello, los escalofríos invadieron su cuerpo, se metió el puño en la boca, para evitar gritar horrorizada.

—¿Habéis acabado? —preguntó el hombre con frialdad, como si preguntara por el tiempo.

—Sí —contestaron los hombres entre risas.

—Entonces nos vamos —ordenó Esteban girándose hacia la niña. Cuando se acercó hacia ella, esta reuló mirándole con horror, lo que provocó más risas entre los hombres.

—Parece que no quiere ir contigo, Esteban —se oyó la cruel voz de Daniel.

—¿Conmigo o con él? —preguntó Esteban con frialdad tendiéndole la mano y señalando hacia Daniel.

Marietta no fue capaz de decir nada pero le tendió una mano temblorosa. Él la ayudó a incorporarse y al ver como temblaba la cogió en brazos, al principio Marietta se resistió, pero al oír las risas de los hombres y los comentarios obscenos, se dio cuenta de que no tenía otra salida. Era demasiado tarde para huir.

Esteban los ignoró a todos y con la niña en brazos se dirigió hacia uno de los vehículos, que habían dejado apartados cuando habían llegado de improviso, invadiendo con violencia la propiedad. Sentó a la niña a su lado, y al ver que no paraba de temblar, cogió una manta que llevaba en el asiento trasero y la cubrió con la misma.

Subió al vehículo y cuando todos los hombres estuvieron en sus coches

respectivos inició la marcha. No sabía lo que le iba a decir al comandante sobre la niña, pero lo que tenía claro era que no iba a permitir que nadie le hiciera daño.

2

Un par de horas después de salir del pueblo, llegaron al campamento provisional que habían montado. Marietta estaba tan agotada que se había quedado dormida.

—Despierta —le dijo Esteban sacudiéndola—. Será mejor que no te separes de mí.

—¿Dónde estamos? —preguntó Marietta aún desorientada por el sueño.

—En un campamento provisional. Tenemos que ir a ver al comandante. —La miró con dureza antes de continuar—, diga lo que diga y haga lo que haga no le demuestres miedo. Disfruta con ello.

Marietta estaba muy asustada. No sabía quién era el comandante, sin embargo supuso que su futuro dependía de lo que ese hombre decidiera. Esteban la cogió del brazo y entraron en una tienda de campaña del tamaño de una casa.

Marietta se sorprendió al ver a un hombre enorme detrás de una mesa, en ese momento le pareció un gigante. Iba vestido con ropa militar, como todos ellos. Llevaba el cabello tan rapado que parecía prácticamente calvo. Tenía los brazos cubiertos por una serie de tatuajes intrincados, que asomaban por el cuello. Cuando vio a Esteban se levantó con una sonrisa, pero al verla a ella la sonrisa se congeló en su cara y la miró de una forma que le produjo escalofríos. Sus ojos transmitían una frialdad tan grande que la dejó helada en el sitio.

—Hijo ¿Qué significa esto? —preguntó con una voz cruel que sonó

como un trueno—. Marietta se sorprendió cuando llamó hijo al hombre a su lado, ¿sería su hijo de verdad?

—Esteban se ha encaprichado de la cría —oyó decir a Daniel que entró en la tienda detrás de ellos—. Era mía —dijo mirándola de una forma que le produjo náuseas, al tiempo que se situaba detrás de ella y la manoseaba por todo el cuerpo, en un intento de provocar a Esteban.

Este permaneció impertérrito, sabía que si demostraba demasiado interés, probablemente el comandante ordenaría matarla y eso era algo que no pensaba permitir. Aún no entendía lo que le pasaba con esa niña, solo sabía que debía vivir a toda costa.

—¿Y bien Esteban? —preguntó el comandante con interés—. No sabía que te gustaban las niñas.

—Y no me gustan —contestó finalmente Esteban—, pero esta la quiero para mí.

—¿Para qué? —preguntó el comandante con voz acerada—. Si no es para follártela, ¿para qué la vas a querer?

Esteban no dijo nada, se limitó a sostenerle la mirada y que él sacase sus propias conclusiones.

—Ven aquí niña —ordenó el comandante dirigiéndose a Marietta—, quiero ver qué tienes que merezca la pena, para que mis dos mejores hombres te quieran.

Marietta se acercó de forma valiente mirándole a los ojos. Aunque por dentro temblaba, recordó lo que le había dicho Esteban de que no debía mostrar temor.

El rostro del comandante se iluminó con sorpresa al verle los ojos—. Entiendo —murmuró depositando en Esteban una mirada pensativa, a continuación la examinó de forma calculadora durante unos segundos que a

ella se le hicieron eternos.

—Ya sabéis como funciona esto —anunció el comandante—. Si dos personas quieren el mismo botín han de luchar por él, o puede renunciar uno y decidir el castigo del otro por quedárselo.

—Creo que voy a renunciar —respondió con rapidez Daniel mostrando una sonrisa malvada—. Tengo curiosidad por saber lo que va a hacer Esteban con la mocosa, no obstante si la quieres —dijo dirigiéndose a él—, quiero que te den treinta latigazos.

Esteban ni se inmutó, se limitó a quitarse la camiseta y salir al exterior. Al verle la espalda, Marietta tuvo que contener un gemido. Eran tantas las marcas de latigazos que cubrían su espalda que apenas se distinguía un trozo de piel sana, era evidente que no era la primera vez que sufría ese castigo.

Alguien la agarró del brazo y la obligó a salir al exterior. La noticia corrió como la pólvora por el campamento y pronto se vieron rodeados por todos los hombres. Amarraron a Esteban al capó de uno de los coches y apareció el comandante con un látigo en las manos.

—Esteban y Daniel quieren el mismo trofeo. Esta niña —anunció el comandante a todos los que allí estaban, señalándola—. Daniel ha renunciado a ella a cambio de que Esteban reciba treinta latigazos y él ha aceptado. — Los hombres empezaron a aullar y aplaudir emocionados. Era evidente que disfrutaban con el espectáculo—. Espero que merezcas la pena —le dijo a Marietta antes de ponerse detrás de Esteban con el látigo en la mano.

—¡Uno! —El látigo restalló sobre su espalda. Marietta no pudo evitar soltar un gemido de angustia mientras Esteban no emitía ni un sonido.

—¡Dos! —Volvió a caer el látigo mientras lágrimas de angustia caían por las mejillas de Marietta al ser testigo de tanta brutalidad.

Así continuó el comandante una vez tras otra. Cuando llegó a quince

Marietta miró a Esteban y se dio cuenta de que se había desmayado, sintió cierto alivio al ver que por lo menos ahora ya no iba a sentir más dolor.

—¡Treinta! —Se oyó finalmente, seguido de un silencio sepulcral que acompañó al último restallido del látigo.

Dos hombres se acercaron a Esteban, lo soltaron y se lo llevaron a rastras, desmayado. Cuando ya pensaba que se habían olvidado de ella, llegó otro hombre y agarrándola del brazo la llevó a trompicones hasta la entrada de una tienda, empujándola al interior.

—Ocúpate de él —le ordenó de muy malos modos.

Marietta entró, asustada y sin saber muy bien qué se suponía que debía hacer. La tienda era muy amplia. Encima de un camastro estaba Esteban desmayado. Lo habían colocado boca abajo y tenía la espalda en carne viva. Marietta estaba horrorizada por la brutalidad que había presenciado. Se arrodilló junto a él y empezó a sollozar.

—Llorando no vas a ayudarlo —oyó una voz a su espalda que le hizo dar un respingo asustado, al girarse vio a una mujer mayor que venía con un maletín en la mano, del que empezó a sacar vendas, gasas y una serie de útiles médicos.

—No sé qué tengo que hacer —gimió Marietta entre lágrimas.

—Voy a curarlo, lo único que tienes que hacer es comprobar que no le suba la fiebre. Si eso pasa, me avisas.

—¿Y... có... cómo se si le sube? —preguntó con voz entrecortada. Todo esto era una pesadilla, tenía que serlo.

—¿Cómo va a ser? ¡Con un termómetro! —le contestó de malos modos.

Marietta enrojeció y volvió a llorar. La mujer la miró durante unos segundos y suspirando con impaciencia, se apiadó de ella y le dijo con voz

más suave.

—Se me olvida que solo eres una niña, no obstante si quieres vivir más vale que espables. Desconozco el motivo por el que Esteban ha aceptado este castigo por ti, es la primera vez que lo hace, pero si quieres vivir, más vale que le hagas feliz.

—Yo... pensé... que lo había hecho muchas veces —respondió con voz temblorosa—. Tiene la espalda llena de latigazos.

—Sí, pero esos han sido por otros motivos.

—¿Qué motivos?

La mujer la miró con impaciencia al tiempo que le decía:

—Preguntas mucho. Demasiado, diría yo. —Cuando ya pensaba que no le iba a contestar añadió— Esas marcas se las hizo su padre para educarle, Esteban siempre fue un rebelde.

—¿Su padre? ¿El comandante? ¿Realmente es su padre?

—Es el hombre que le ha criado —le contestó mientras le iba curando las heridas de la espalda—. Cuando Esteban era un niño como tú, intentó escapar muchas veces, hasta que comprendió que esta era su vida y que no iba a poder escapar de ella por mucho que quisiera, así que aplícate el cuento.

Marietta se dio cuenta horrorizada de lo que la mujer estaba tratando de decirle. Nunca iba a poder escapar, estaba atrapada, sin embargo la pregunta era ¿qué quería Esteban de ella?

La mujer le lavó, le limpió y le vendó las heridas, a continuación se marchó dejándole el termómetro, una medicina y diciéndole que si veía que le subía la fiebre se la administrase. Únicamente si pasadas unas horas después de tomarla seguía sin bajarle la fiebre que se lo dijese y sin más se marchó dejándola a solas con Esteban.

Según fueron pasando las horas la angustia empezó a invadir a Marietta. Esteban no se había movido, ni siquiera había emitido un sonido. En algunos momentos llegó a pensar que había muerto, pero se había acercado a él y había puesto la mano en su boca, comprobando que respiraba. Le había tomado la temperatura en varias ocasiones y le parecía que le estaba subiendo, pero si tenía que darle la medicina ¿cómo se suponía que lo iba a hacer si no despertaba?

—¡Mónica! ¡Mónica! —El gemido angustiado la despertó de golpe. Se había quedado dormida en el suelo, al pie del camastro de Esteban que en ese momento se movía agitado y llamaba a esa mujer en sueños.

—Esteban —llamó Marietta tratando de despertarlo. Se agitaba tanto que no podía ponerle el termómetro, aunque al final no le hizo falta. En el momento que le tocó, se dio cuenta de que estaba ardiendo, ¿cómo le iba a dar la medicina?

Miró las pastillas que le había dado la mujer, y se acordó de que su madre se las machacaba en una cuchara con agua hasta no hace mucho, así que buscó por la tienda. Vio en un lateral una mesa portátil y en uno de los cajones encontró cubiertos. Con alivio se dispuso a machacar la medicación, la humedeció con un poco de agua de una botella e intentó dársela de esa forma.

Esteban seguía agitado y sudando de forma copiosa, sin embargo ya no se movía tanto, así que se aproximó a él. Con manos temblorosas le cogió por la barbilla haciendo que abriese un poco la boca y le volcó el contenido de la cuchara en los labios entreabiertos, aunque le costó, ya que estaba de espaldas y con la cabeza de lado, logró dárselo sin que cayera nada. Cuando volvió a tomarle la temperatura le pareció que le iba bajando, lo que le hizo llorar de alivio. No quería ni pensar en lo que le harían si Esteban moría. No sabía lo que sería de ella o qué era lo que él quería de ella, pero de lo que estaba segura era de que la alternativa era mucho peor.

Marietta no sabía si se habrían olvidado de ella. No había comido en todo el día. Sin embargo no se atrevió a salir de la tienda, ni siquiera cuando le empezó a doler el estómago de hambre.

Empezó a anochecer, así que calculó que serían sobre las ocho de la tarde, ya que a esa hora era cuando oscurecía de forma habitual. Volvió a darle la medicina, no tenía reloj para saber si le correspondía que se la diera o no, sin embargo calculó que sí.

Le dolía tanto el estómago que empezó a beber agua para calmarlo. No se le ocurría qué otra cosa hacer, beber agua y rezar para que Esteban no se muriera.

Estaba agotada, de pronto fue consciente de la realidad de todo lo que había pasado ese día. Sus padres estaban muertos y jamás volvería a verlos y el hombre al que estaba tratando de salvar la vida, era el causante, ¿por qué la había ayudado? ¿Qué pretendía hacer con ella? Quizás hubiera sido mejor morir junto a sus padres. Temía enfrentarse a un destino peor. La angustia empezó a atenazarla de tal forma que sintió como perdía la capacidad de respirar, se sintió abrumada por la situación, empezó a marearse, todo se volvió negro a su alrededor y sin poder evitarlo, se desmayó.

Cuando Esteban despertó, sintió como si una lengua de fuego le cruzase la espalda. Si bien estaba familiarizado con el dolor, eso no lo hacía más soportable. Además hacía años que no le azotaban, desde que se había dado cuenta de que era inútil resistirse.

Se preguntó cuánto tiempo llevaría desmayado y dónde estaría la niña. Se dio cuenta de que estaba tumbado boca abajo en el camastro, así que a pesar del insoportable dolor que sentía en la espalda al moverse, fue capaz de incorporarse.

Se levantó del camastro con dificultad dispuesto a salir de la tienda

para averiguar el paradero de Marietta cuando la vio. Yacía desmadejada en el suelo, a sus pies.

Haciendo un esfuerzo y apretando los dientes para contener el dolor y que ningún gemido saliera de su boca, se agachó al suelo para recoger a la niña y depositarla en el camastro.

Tendría que salir de la tienda para informarse de los planes del comandante. No sabía por qué este le había permitido quedarse con Marietta y ni él mismo sabía por qué se había molestado en salvarla, pero ahora mismo no tenía ni el tiempo ni las energías suficientes para averiguarlo.

Buscó una camisa para ponerse y no pudo evitar que un siseo saliera de sus labios al mover los músculos de la espalda. Se obligó a sí mismo a buscar a su padre para hablar él. Cruzó el campamento despacio, tratando de no desmayarse por el camino, si había algo que el comandante no soportaba era la debilidad, esa era una lección que había aprendido muy rápido.

Los hombres le miraban con asombro y orgullo. Eran unos hijos de puta sanguinarios, no obstante le respetaban y verle de pie tan pronto no hacía sino incrementar ese respeto.

—¡Vaya! Hijo mío —le saludó el comandante en cuanto le vio—. ¿Te ayudó la mocosa?

—¿Ayudarme? —preguntó con confusión.

—Se le encargó que se ocupara de ti. Viéndote aquí de pie, deduzco que lo hizo.

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó Esteban ignorando la referencia a Marietta—. El trabajo ya está hecho.

El comandante le miró de forma burlona evaluándole.

—¿Cuál es la prisa? Creí que necesitarías tiempo para recuperarte.

Esteban no se dejó engañar, sabía que era una trampa para que mostrase algún tipo de debilidad. Era su juego enfermizo, si daba a entender que necesitaba reponerse, le machacaría.

—Ya estoy recuperado, no veo el porqué demorar más nuestra partida, cuanto más lejos estemos de aquí cuando se descubra lo que ha pasado mejor.

—¿Y la mocosa?

—¿Qué pasa con ella?

—¿Te la vas a llevar?

Esteban sintió un frío congelándole las entrañas, si mostraba demasiado interés podría decidir matarla solo por hacerle sufrir.

—No he soportado este castigo para dejarla aquí.

—Y aún me pregunto por qué lo has hecho —murmuró el comandante casi para sí mismo—. ¿La vas a compartir?

—¿Qué? —preguntó Esteban con tirantez.

—Ahora es un poco joven —afirmó el comandante mirándole fijamente, buscando una reacción en él—. De momento salvo a Daniel, creo que a nadie más le interesa, sin embargo en unos años...

Esteban apretó los puños aunque trató de que no se le notase la furia que le recorría el cuerpo.

—En unos años hablaremos —afirmó con voz tensa.

—Sí —acordó el comandante con una risa amarga—. No obstante hasta que ese día llegue, espero que la enseñes a comportarse.

—Le enseñaré.

—Eso espero —afirmó el comandante acercándose hasta él y mientras le ponía una mano en el hombro le susurró al oído—, porque si no la enseñas tú, le enseñaré yo. —Y con un gesto le indicó que se fuera de la tienda.

Esteban con gran esfuerzo, cruzó de nuevo el campamento tratando de mantener la compostura y que no se le notase el terrible malestar que sentía. La espalda le dolía horrible, tenía mareos y unas ganas terribles de vomitar, pero no fue hasta que entró en la tienda que se pudo dejar caer al suelo de rodillas mientras violentos temblores le sacudían.

—¿Esteban? ¿Estás bien? —oyó en un susurro tembloroso y allí sobre el camastro como salidos de sus sueños esos ojos que le atormentaban se clavaron en él.

—En un minuto estaré bien —gruñó Esteban con un jadeo mientras perlas de sudor surcaban su frente. Inspiró y espiró un par de veces tratando de contener las náuseas que amenazaban con ahogarle.

—Debemos... —No pudo seguir hablando ya que se vio sacudido por las náuseas que no pudo detener. Vomitó lo poco que había tomado el día anterior y a pesar de que ya no tenía nada en el estomago siguieron sacudiéndole las arcadas hasta que únicamente expulsó bilis. Finalmente su cuerpo le dio un poco de descanso y se quedó tumbado en el suelo junto a su propio vómito sin poder moverse. Cerró los ojos pensando en descansar solo un momento, cuando notó como si alguien intentara quitarle la camisa.

—¿Qué haces? —rugió en un siseo furioso.

—Intento ver tu espalda, para echarte un poco del ungüento que me dio esa mujer.

—¿Marisa? —gimió con agonía mientras intentaba ayudarle a quitarle la prenda de ropa, así como las vendas que cubrían su espalda.

—Supongo —contestó la niña—. No me dijo su nombre.

A pesar de su aparente valentía cuando posó las manos en su espalda para extenderle el ungüento, Esteban notó como estas le temblaban. Tuvo que apretar los dientes por el intenso dolor que sintió y cuando finalmente acabó,

él mismo volvió a ponerse las vendas ayudado por ella. Al girarse vio a la niña frente a él con las manos extendidas, en una de ellas tenía unas pastillas y en la otra una botella de agua.

—¿Qué es eso?

—Esa mujer, Marisa me dijo que te las diera si te subía la fiebre, no te la he tomado, sin embargo los vómitos, los sudores y los escalofríos... son síntomas de fiebre.

—¿Ahora dan títulos de medicina en el jardín de infancia? —preguntó Esteban con voz amarga.

—No —le contestó con angustia—, pero para algo está Wikipedia. No quiero que te mueras por una infección.

—¿Y a ti qué coño te importa si vivo o muero? ¿No sabes que yo ordené la muerte de tus padres y todos los de la hacienda? —le dijo mirándola con furia. No sabía por qué pero una inmensa rabia le estaba poseyendo al ver que se preocupaba por él. Quería que le odiara, lo necesitaba, podía lidiar con su odio, pero no con esa mirada de cordero degollado.

Marietta se vio sacudida por la dureza de sus palabras. Era verdad, él era el culpable de la muerte de sus padres, si bien no los había matado con sus manos, estaba segura de que, de haber sido necesario lo hubiera hecho y sin embargo, no sabía por qué, le parecía que estaba tan atrapado como ella y si de algo estaba segura, era de que él era el único obstáculo que se interponía ahora mismo, entre ella y una muerte segura.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —preguntó con un hilo de voz.

—Depende.

—¿De qué?

—De si quieres vivir o prefieres morir. De hasta dónde eres capaz de llegar, para seguir viva —le contestó con crueldad.

—Quiero vivir —reconoció con voz estrangulada y lágrimas rodando por sus mejillas.

—¿Y si te dijera que debes matar a otro para vivir ¿lo harías? —No entendía por qué sentía la necesidad de ser cruel con ella. Quería hacerle daño, que le doliese, como le estaba doliendo a él ahora toda esta mierda de situación.

—¿Matar? —gimió con angustia.

—Sí, matar — repitió erigiéndose frente a ella de forma amenazadora, provocando que retrocediese un par de pasos mientras le miraba asustada.

—No... No lo sé —susurró con voz temblorosa y la garganta seca—. No diré que no. Solo que espero no tener que comprobarlo nunca.

De pronto Esteban se sintió muy cansado, ni él mismo entendía lo que le pasaba, se pasó la mano por la cara y retrocedió un par de pasos, liberándola de su cercanía.

—Necesito un trago —dijo con derrota rebuscando por la tienda, hasta que encontró una mochila de la que sacó una botella rellena de algún tipo de licor, y sentándose en el camastro bebió mientras la miraba con tristeza—. No puedo dejarte ir. El comandante te buscaría y te mataría, así que tienes que venir conmigo.

Marietta asintió lentamente. Lo sabía. Durante estas horas había tenido mucho tiempo para pensar. Sabía que no la iban a dejar irse con vida.

—¿Para siempre? —pregunto con desesperación.

—Hasta que encuentre una manera de escapar —le respondió con cansancio tumbándose en el camastro boca abajo—. Despiértame en quince minutos —le dijo cerrando los ojos—. Si no me equivoco antes de que pase media hora nos van a decir que recojamos para marchar.

Efectivamente, no habían pasado ni diez minutos cuando apareció un

hombre con el mensaje del comandante de que se levantaba el campamento.

—Mocosa —la llamó el hombre con desprecio—, despierta a Esteban. Dile que hay que recoger.

En cuanto le tocó en el hombro, Esteban se despertó al instante y a pesar de los terribles dolores que debía estar sufriendo empezó a recoger todas sus cosas. En ningún momento le pidió a Marietta que le ayudara, en realidad ni le habló ni la miró un solo momento, más que para decirle que se apartara cuando consideraba que le estaba estorbando.

—Sal —le ordenó finalmente—, tengo que desmontar la tienda. Tendrás que ayudarme, no creo que quieras a ninguno de los hombres por aquí.

Marietta negó con ojos asustados, no quería que ninguno de esos hombres se acercara a ella. Aún podía recordar las bromas que intercambiaban después de haber violado a las mujeres, pasando por encima de los cadáveres de sus amigos como si solo fueran basura. Definitivamente no quería estar cerca de ninguno de ellos.

3

Pasadas unas cuantas horas, el campamento estuvo definitivamente desmontado. Subieron todo a los coches y se alejaron de allí, rumbo a un aeródromo en mitad de la nada.

Esteban hizo a Marietta sentarse a su lado en el asiento delantero del jeep. Cuando llegaron a su destino, vio un avión enorme frente a lo que parecía algún tipo de pista de aterrizaje. Todos los hombres descendieron de los vehículos, para introducirlos en el avión.

—Siéntate allí —le indicó Esteban señalando un montículo que había junto a un lateral, en la entrada de la bodega de carga.

Cuando ya se dirigía hacia allí, la detuvo sujetándola por el brazo.

—Bajo ninguna circunstancia te muevas de ahí, no quiero perderte de vista.

Marietta no necesitó que se lo dijera dos veces. Silenciosa, se sentó en el sitio que Esteban le había indicado. Después de un rato observándolos a todos, se dio cuenta de los roles de cada uno. El comandante era el jefe y nadie se le ocurría contrariarle en forma alguna, lo que él mandaba, todos obedecían. El segundo al mando era Esteban y después estaba Daniel. Era evidente que este último detestaba a Esteban, no obstante obedecía sus órdenes. Los hombres temían al comandante, respetaban a Esteban y toleraban a Daniel.

Esteban no le quitaba la vista de encima, aunque en un determinado momento tuvo que introducirse en el avión lo que provocó que Marietta desapareciese de su campo de visión, momento que aprovechó Daniel para

acercarse a ella.

—No siempre estará contigo ¿sabes? —le advirtió acercándose a ella—. Por eso dejé que se quedara contigo. Disfruté viendo como le daban latigazos y más tarde o más temprano serás mía, me aseguraré de ser el primero que se coma tu coño.

Marietta palideció con la crudeza de sus palabras hasta el punto de que fue incapaz de moverse. Daniel extendió su mano para tocarla, sin embargo no llegó a hacerlo.

—¡Ni se te ocurra tocarla! —restalló la voz de Esteban como un látigo—. Es mía, he sangrado por ella y no la vas a tocar.

—De acuerdo, de acuerdo —rió Daniel girándose hacia él con las manos levantadas en señal de rendición—. No iba a tocarla. Solo estábamos hablando, ¿verdad preciosa? —preguntó dirigiéndose a Marietta con una mirada que le produjo náuseas.

Pasando lo más lejos posible de Daniel, se levantó de donde estaba sentada y se acercó corriendo a Esteban escondiéndose detrás de él en busca de protección.

—Mira a la mocosa —dijo riéndose uno de los hombres—. Esteban ¿en serio te la vas a llevar? Pégale un tiro y deshazte de ella, no te va a dar más que problemas.

—Es mía —afirmó Esteban con frialdad mirándolos a todos— y el que le toque un pelo o tan siquiera no me guste la forma en la que la mira puede darse por muerto.

Marietta por un lado se sintió agradecida por sus palabras, era evidente el respeto que le tenían a Esteban, sería lo único que impediría que se deshicieran de ella y por otro lado se sintió horrorizada porque estaba segura de que esta amenaza de muerte no era una forma de hablar, estos

hombres cuando hablaban de muerte, no lo hacían en sentido figurado, sino que era una amenaza real. Lo que aún no terminaba de comprender era el porqué la protegía.

Esteban no volvió a separarse de ella. Subieron juntos al avión y le hizo sentarse a su lado.

—Duerme —le ordenó con brusquedad—. Tenemos muchas horas por delante.

—¿A dónde vamos? —preguntó Marietta.

—A casa —contestó Esteban con un rictus de amargura que le hizo comprender que aunque lo llamara casa, él no lo consideraba un hogar.

El viaje duró unas horas, durante las cuales Marietta se la pasó dormitando. El estrés de la situación estaba pasándole factura de nuevo, dejándola agotada. Pasado lo que le pareció un tiempo interminable, volvieron a aterrizar en una pista en medio de la nada

—Pónsela —dijo el comandante, lanzándole algo a Esteban que cogió con una mano. Al girarse hacia ella con el objeto en la mano, vio que era una especie de capucha.

—Tengo que ponerte esto —le dijo Esteban poniéndosela en la cabeza.

La hizo sentarse de nuevo en un lateral con la capucha puesta. Oyó como bajaban los coches. Estaba aterrorizada, se sentía totalmente vulnerable en medio de la oscuridad, rezaba para que los hombres le hicieran caso a Esteban y no la tocaran.

Pasado lo que a Marietta le pareció un tiempo interminable, Esteban se acercó a ella cogiéndola del brazo. Marietta dio un salto al notar una mano en su brazo hasta que reconoció la voz de Esteban.

—Ven. Sube al coche —dijo guiándola hasta el asiento delantero del coche, poniendo rumbo a lo que iba a ser su nuevo hogar.

Cuando le quitó la capucha una vez llegaron a su destino, Marietta se encontró en el interior de una cabaña de madera. Estaban ellos dos solos, los demás hombres se debían haber ido a sus casas.

—Tenemos que hablar —le dijo Esteban mirándola con fijeza.

Marietta asintió de forma silenciosa mirando a su alrededor con desconcierto.

La cabaña era espaciosa, estaban en lo que debía ser el salón de la misma, separado por una barra de la cocina. Un pasillo conducía a lo que supuso serían las habitaciones. Se acercó con piernas temblorosas hasta la mesa del salón sentándose en una de las sillas.

Esteban se sentó frente a ella con un suspiro cansado. La espalda le estaba matando y aún no sabía qué demonios iba a hacer con esta niña. La miró fijamente y le sorprendió la tranquilidad que transmitía a pesar de que con seguridad estaba aterrorizada.

—¿Cuántos años tienes?

—Doce —contestó con voz ronca.

—No sé que demonios voy a hacer con una niña —murmuró Esteban más para sí mismo que para ella.

Marietta bajó las manos a su regazo para que no notase que le temblaban, pero a Esteban no se le escapó el detalle. No entendía lo que le pasaba, llevaba años sin sentir ningún tipo de emoción. Había sido testigo de múltiples episodios de violencia que le habían dejado indiferente, él mismo había realizado actos que estaba seguro de que si esta niña los conociera huiría aterrorizada y sin embargo ahí estaban, él sin saber qué hacer y ella mirándole de forma valiente, aunque por dentro temblara.

—Vas a tener que vivir aquí conmigo durante mucho tiempo. Si no quieres morir, será mejor que no intentes huir, no hay a dónde ir. Si lo

intentaras, te atraparían. En el mejor de los casos te matarían y en el peor, te entregarían a Daniel ¿lo entiendes?

Marietta asintió sin decir nada, mientras gruesas lágrimas surcaban sus mejillas, no obstante Esteban quería que fuese consciente de la realidad.

—¿Entiendes lo que te haría Daniel si pudiera? Te violaría. Sabes lo que es eso ¿no?

—Tengo doce años. Soy consciente de lo que Daniel me quiere hacer —contestó con un hilo de voz. Recordando lo sucedido el día anterior se le rompió la voz mientras continuaba—. Sé que mis padres están muertos y que violaron a las mujeres de la casa ¿están vivas? —. Hasta ahora no se había atrevido a preguntarlo. Temía la respuesta.

Esteban la miró con fijeza antes de contestar.

—No lo sé. —No hizo falta que le aclarase que ni le importaba—. No soy una buena persona Marietta, pero ahora nuestros destinos están unidos.

—¿Por qué me salvaste? —Necesitaba saberlo, comprender sus motivos.

—Aún me lo estoy preguntando. —Fue su única contestación. No tenía otra para darle puesto que ni él mismo lo sabía—. Vivirás en esta cabaña conmigo. Tendrás tu propia habitación y si fuera tú, por lo menos de momento, no saldría de aquí si no es acompañada de mí. El comandante no se ha opuesto a tu presencia, pero no sé si cambiará de opinión.

—¿Y si cambia de opinión?

—Me pedirá que te mate o lo hará él mismo —le contestó con frialdad, como si le fuera indiferente una opción u otra.

—Esperemos entonces que no cambie de opinión —expresó Marietta su deseo con un susurro tembloroso.

—¿Sabes cocinar? —prosiguió Esteban como si no la hubiera oído.

—No.

—Pues tendrás que aprender. Tengo que justificar tu presencia aquí de alguna manera. En este campamento las mujeres solo tienen dos funciones, de putas o de criadas, así que tendrás que aprender a cocinar y limpiar la casa, a no ser que prefieras la otra opción.

Marietta se estremeció ante sus palabras sin embargo asintió.

—Aprenderé a cocinar.

Esteban se levantó y la guio hasta la que sería su habitación.

—Supongo que tendré que comprarte alguna cosa, ropa... no sé, hazme una lista de lo que necesites. Ahora descansa, te llamaré cuando esté la comida.

Marietta se quedó mirando la puerta que Esteban había cerrado al salir. Aún no se podía creer que sus padres estuvieran muertos y ella estuviera secuestrada por lo que parecía un tiempo indefinido. Sentía un entumecimiento, como si lo sucedido en las últimas veinticuatro horas no hubiese ocurrido en realidad.

Decidió hacer caso a Esteban y tumbarse en la cama. Estaba muy cansada y sin embargo no era capaz de dormir. Imágenes de todo lo sucedido asaltaban su mente cada vez que cerraba los ojos. Recordó que él estaba herido y se sintió mal por no ser capaz de odiarle como debería. Cuando ya no pudo más con los remordimientos se levantó de la cama y salió en su busca.

La puerta de la habitación del fondo del pasillo estaba abierta y allí le encontró. Sentado en la cama con los codos apoyados en las rodillas y sujetándose la cabeza con las manos con una expresión de derrota tan grande en el rostro que le provocó dolor en el corazón.

—Esteban —susurró.

Al oír su nombre, se levanto con una expresión tan feroz en la cara que Marietta se dio cuenta de que no quería mostrar ninguna debilidad.

—¿Qué quieres Marietta! —replicó con acritud—. Te dije que durmieras.

—Lo siento, pero no puedo dormir ¿quieres que te cure la espalda? —preguntó con un hilo de voz.

Esteban la miró primero con asombro y luego con sospecha

—¿Por qué? ¿Qué quieres? —escupió las palabras con acritud levantándose de forma amenazadora.

—Nada, yo... —De pronto Marietta se sintió avergonzada, retrocedió un par de pasos—. Yo solo quería aliviar tu dolor.

Esteban no se podía creer lo que estaba oyendo ¿pero qué decía esta mocosa?

De pronto se sintió muy cansado, cansado de sentirse solo, de que todo le pareciese una mierda, de maldecir la vida y de incluso en ocasiones, desear estar muerto. Volvió a sentarse en la cama.

—Gracias —le dijo más calmado, no recordaba habérselo dicho a nadie jamás, hacía mucho tiempo que nadie se preocupaba por él y no sabía muy bien cómo actuar. No entendía por qué en vez de odiarle y despreciarle, estaba incluso siendo amable con él.

Sacó el ungüento de la mochila y lo depositó en la mesita. Se quitó la camisa, las vendas y se sentó en la cama de espaldas a ella.

Marietta cogió el bote y lo abrió con manos temblorosas echándoselo por la espalda.

Con el correr de los días, se estableció una rutina entre ambos. Esteban se

levantaba en la mañana, hacía el desayuno de los dos, la despertaba para que desayunase y se iba a entrenar con los hombres.

—Nunca le abras la puerta a nadie que no sea yo —le advirtió desde el primer día.

—¿Ni siquiera al comandante?

—Sobre todo al comandante —le respondió con frialdad.

Dos días después de llegar al campamento, una mujer vino a la casa y trajo ropa y artículos de higiene para Marietta. Esta enrojeció cuando vio alguna de las cosas que le había traído.

Esteban la miró con el ceño fruncido.

—No entiendo mucho de niñas sin embargo Leticia dijo que con tu edad era probable que ya tuvieras la regla, por eso metió esos artículos, pero si no los necesitas...

—¡Déjalos! —pidió muerta de vergüenza—. Creía que no había más mujeres en el campamento.

—Mujeres sí, lo que no hay son niñas y yo no dije que no hubiera mujeres, dije que aquí solo había putas o criadas

—¿Y qué es Leticia? —preguntó con curiosidad.

—A mi casa nunca ha venido a limpiar —le contestó con una sonrisa.

La idea de que él y esa mujer hubieran tenido algo, incomodó a Marietta, aunque no supo el porqué.

Se pasaba casi todo el día sola, sin nada que hacer, afortunadamente entre las cosas que le había traído Leticia figuraban algunos libros, con lo que se le pasaban un poco más rápido las horas.

Cuando llegaba la noche hacían la cena juntos y de paso le enseñaba a cocinar. Fuera de eso, apenas hablaban. Después de cenar él le entregaba el

ungüento para que le curara la espalda, ella se lo echaba y luego se iba a su habitación. Poco a poco su espalda fue curando hasta que una noche ya no le pidió que lo hiciera.

—Mañana me voy —le anunció un día durante la cena.

—¿A dónde?

—Es mejor que no lo sepas —le respondió con una sonrisa amarga.

—¿Vais a matar a alguien? —le preguntó con tirantez, quizás no tenía que haberlo preguntado, pero no lo pudo evitar.

—¿Tú que crees? —replicó mirándola con dureza—. Es a lo que me dedico.

Marietta tragó saliva cerrando los ojos con fuerza. No debía olvidar que Esteban era un asesino. No era su amigo, ni su hermano, en realidad no sabía lo que era, solo que no debía olvidar que igual que había decidido salvarla podía un día cambiar de opinión y matarla.

—En cuanto vuelva, voy a empezar a enseñarte defensa personal, te enseñaré a usar un cuchillo.

—¿No temes que lo use contra ti?

—No me has parecido tonta, sin embargo nunca se sabe. Levanta —le dijo poniéndose de pie y tendiéndole la mano—. ¿Ves esa falsa chimenea?

Efectivamente, era una de las cosas que más le habían llamado la atención de la cabaña. Frente al sofá había una chimenea enorme. Cuando le había comentado lo absurdo de tener una chimenea en un lugar tropical, se había reído y le había dicho que era un adorno, como el que tenía un cuadro.

—Uno de los pocos recuerdos que tengo de niño de cuando vivía con mis padres, es de una película. Era una de esas de risa, sobre un grupo de personas atrapadas en una mansión llena de trampas y pasadizos, lo que más

recuerdo, era una escena en la que se introducían por una chimenea e iban a parar a una habitación oculta.

—¿Has hecho un pasadizo? —preguntó Marietta con fascinación. Durante unos segundos, Esteban le había parecido mucho más joven de lo que era, por primera vez sus facciones se dulcificaron durante un momento, mientras recordaba, para en seguida volver a adoptar la dureza que le caracterizaba. Era la primera vez que le contaba algo personal.

—Mientras esté fuera quiero que permanezcas en esa habitación.

Acercándose a la chimenea y ante la mirada asombrada de Marietta abrió una trampilla al pulsar en un punto determinado de la estantería y pudo ver unas escaleras que conducían a un pozo de oscuridad. Esteban cogió una linterna que había sobre la chimenea y empezó a descender por las escaleras que asomaban.

—Ven —le dijo—. No tengas miedo.

Marietta le siguió mitad fascinada y mitad asustada. Bajaron unos pocos escalones y cuando llegaron abajo Esteban encendió una luz. Marietta vio con asombro lo que parecía un pequeño apartamento, con una cama, una cocina con fregadero e incluso una ducha y un baño.

—¿Cómo...

Esteban la interrumpió antes de que terminase.

—Me llevó diez años hacerlo sin que nadie lo supiera. Cavar bajo la cabaña, hacer la instalación del agua, lo he hecho todo yo solo, no lo sabe nadie.

—Pero... ¿Por qué?

—He pensado muchas veces en escapar. Este era mi plan, esconderme hasta que dejaran de buscarme y entonces irme con tranquilidad.

—Entonces, ¿por qué no lo has hecho? ¿Y por qué me lo estás contando? ¿No temes que se lo diga a alguien?

—No lo he hecho, porque apareciste en mi vida antes de que lo pudiera hacer y te lo cuento porque necesito que comprendas que si yo no estoy aquí es probable que Daniel venga a buscarte.

Marietta sintió una oleada de angustia recorrer su cuerpo.

—¿Él no va a irse también?

—En teoría sí, sin embargo estoy seguro de que se va a inventar algo para no ir e incluso aunque se vaya, mandará a alguien a buscarte, por eso quiero que te escondas aquí hasta que regrese.

—¿Y cómo vas a justificar que desaparezca? ¿No pensarán que me he escapado?

—No tengo que justificar nada, diré la verdad que te he escondido porque no me fío de Daniel

—¿Y no me buscarán?

—Seguramente.

—¿Y si me encuentran?

—Si no te escondes te encontrarán seguro. No tienes más opciones.

—¿No temes que huya de verdad?

—¿Y a dónde vas a ir? —le preguntó con desprecio—. Ni siquiera sabes dónde estás. No eres más que una mocosa. Si sabes lo que te conviene me harás caso.

—¿Cuánto tiempo vas a estar fuera? —preguntó con temor.

—Si todo sale bien, tres días.

—Quieres decir, si matas con rapidez —le acusó con brusquedad.

—Sí —contestó con frialdad mientras se alejaba, dejando que esa palabra junto con todo lo que implicaba quedase flotando entre ellos.

Esa noche Marietta se acostó rezando para que volviera con vida. Si eso la convertía en una mala persona que así fuera, sin embargo ella no quería morir y si algo le pasaba a Esteban estaba segura de que la violarían y la matarían.

—Por muchas ganas que tengas, no subas a nada. Te van a estar esperando — le advirtió Esteban antes de irse haciéndola bajar al sótano para esconderse.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque es lo que yo haría.

En el cuarto había provisiones para que pudiese sobrevivir una persona incluso un año. Esteban le dijo que redujese los ruidos al mínimo, sobre todo en la noche.

Pasaba la medianoche cuando los oyó. Irrumpieron en la casa tirando la puerta abajo. Como Esteban había previsto, Daniel se las debía haber ingeniado para no acompañarle, porque distinguió perfectamente su repugnante voz y el modo en que la llamaba.

—¿Mocooosa? ¿Dónde estás? Sal pequeña, no te voy a hacer nada. — Le oyó decir en un tono meloso que le produjo escalofríos.

Estuvieron un buen rato buscándola hasta que se dieron cuenta de que no estaba en la cabaña.

—¡Joder! —Oyó Marietta—. ¿Dónde coño la ha escondido?

—Tiene que estar en el bosque —dijo otro de los hombres—. La habrá llevado allí antes de marchar.

—¡Mierda! ¡He quedado mal con el comandante para nada! —rugió

Daniel—. Ese cabrón me las va a pagar.

Hasta mucho después de que hubieran abandonado la cabaña, Marietta no se atrevió a moverse. Estaba aterrorizada. En los tres días que transcurrieron cada cierto tiempo alguien se aparecía por la cabaña buscándola, esperando que se arriesgara a salir. Incluso el comandante acudió un día acompañado de Daniel.

—Cuando vuelva tiene que exigirle que le diga dónde ha escondido a la mocosa. —Oyó que le decía Daniel.

—¿Por qué? —preguntó el comandante con diversión en la voz—. ¿Qué es lo que te molesta realmente? ¿Que haya sido más listo que tú? Mientras no la haya dejado marchar y cuando él vuelva ella aparezca, a mí me vale.

—¿Por qué le dejó quedarse con ella?

—¿Y por qué no? —respondió él a su vez—. A ti te he permitido quedarte con otras niñas muchas veces.

—Sí, pero yo cuando me he cansado de ellas las he matado, él no creo que lo vaya a hacer, ¿qué rollo se trae con la mocosa esa?

Marietta aguzó el oído porque ella también se lo preguntaba.

—Ninguno que te importe —contestó el comandante con frialdad.

—¿Usted lo sabe?

—Sí, sé lo que quiere de la mocosa.

Esto último sorprendió a Marietta ¿qué podía ser?

—Entonces ¿la va a dejar con vida? —preguntaba en ese momento Daniel.

—De momento sí. Últimamente he estado teniendo la sensación de que Esteban planeaba irse y la niña es una manera de controlarle, sin ella no se irá

a ningún lado. Estoy seguro de ello.

—¿Irse? ¡Pero qué coño dice! ¿A dónde iría? Jamás se atrevería a traicionarle. ¿Y qué demonios le pasa con la mocosa esa? ¿Por qué ese interés en ella?

—No necesitas saber más, únicamente que la presencia de la mocosa me ayudará a controlarlo.

—Sigo sin entender qué poder tiene la niña esa sobre él. Nunca le importó cuando me follé a otras.

Marietta sintió una puñalada en el corazón. Sabía que Esteban no era una buena persona, sin embargo oír que había habido otras niñas como ella, secuestradas y violadas por ese cerdo y que él no había movido un dedo para ayudar a ninguna, le produjo una congoja tan grande que sintió ganas de llorar. El resto de la conversación no pudo oírlo ya que abandonaron la cabaña, lo único que le quedaba era rezar para que Esteban volviera lo más pronto posible.

Finalmente al cabo de los tres días, en la madrugada del cuarto, Esteban volvió a la cabaña. Lo primero que hizo fue bajar para comprobar que Marietta estaba allí y se encontraba bien. Cuando la vio dormida, le pareció tan inocente que se sintió sucio a su lado, no se atrevió a tocarla como si la pudiera contaminar con su maldad. Subió arriba y se dio una ducha tratando de borrar lo hecho en los tres últimos días, no obstante había cosas que era imposible eliminar. La sangre de sus manos jamás se iría y no pasaría mucho tiempo, antes de que añadiese más.

Sintiéndose un poco mejor, volvió a bajar al sótano y cogiendo en brazos a Marietta la dejó en su habitación. No quería que la pillaran subiendo durante el día. La arrojó y durante unos segundos mirándola, sintió algo... como un dolor en el pecho.

No comprendía lo que era, no recordaba haberlo sentido nunca. Lo único que sabía era que desde que había llegado a su vida las pesadillas se habían detenido. No había vuelto a tener esos sueños extraños, ya no había misteriosos ojos de color violeta que le persiguieran.

En silencio abandonó la habitación. Estaba muy cansado. En estos tres días no había podido dormir en las noches pensando en ella, temiendo que la encontraran, pero ahora por fin podría descansar.

Cuando Marietta despertó se sintió momentáneamente desorientada. Un rayo de luz iluminaba la habitación colándose por la puerta. ¿La puerta? ¿Un rayo de luz? ¿Dónde demonios estaba? Las garras del terror atenazaron su garganta temiendo que la hubieran encontrado. Oyó unos pasos y la puerta de la habitación se abrió muy despacio, Marietta fue incapaz de moverse, sintió como si se ahogara al ver una figura masculina recortándose contra el marco.

—¿Marietta? ¿Estás despierta? —La ronca voz de Esteban la sacó de su inmovilidad, provocando una ola de alivio tan grande que empezó a temblar y no pudo evitar que un sollozo saliese de su garganta.

—¿Qué demonios! —murmuró Esteban con sorpresa cuando Marietta se levantó a toda velocidad de la cama, estrellándose contra él y abrazándole con angustia.

Al principio no supo qué hacer, se sentía muy violento. Nunca nadie le había abrazado de esa forma, como si... le importara. Con torpeza le dio unas palmadas en la espalda, deseando que le soltara. Finalmente ella pareció darse cuenta de su incomodidad y se separó avergonzada.

—Lo siento —murmuró con incomodidad—. Cuando desperté y no supe dónde estaba, pensé que Daniel me había encontrado, por eso cuando me llamaste y me di cuenta de que no era así... yo... lo siento. No volverá a pasar —terminó diciendo avergonzada y sin atreverse a mirarle a la cara.

Esteban decidió fingir que no le importaba, que no le había afectado lo más mínimo. Desde que Marietta había entrado en su vida sentía como si la coraza con la que se protegía estuviera empezando a resquebrajarse y no se lo podía permitir, por su bien y por el de ella tenía que dejar de sentir, lo que fuera que estuviera sintiendo.

—Ven a desayunar —le ordenó con brusquedad apartándose de ella—. Cuando acabes, vamos a empezar con las clases de defensa personal —. Se dio la vuelta para salir del cuarto sin embargo las siguientes palabras de Marietta le detuvieron.

—Vinieron a buscarme —murmuró Marietta en voz tan baja que apenas la oyó.

—Lo sé —le dijo saliendo de la habitación sin mirarla.

A partir de ese día se estableció una nueva rutina, todos los días antes de cenar le enseñaba a pelear. Los primeros días se pasaba más tiempo en el suelo que de pie, no obstante poco a poco fue capaz, no de vencerle, ya que eso hubiera sido imposible, pero sí de aguantar lo suficiente para tener una oportunidad de escapar, porque eso fue lo primero que le enseñó Esteban.

—Si tienes una oportunidad de escapar, hazlo. Eres una niña, jamás podrás con hombres hechos y derechos, así que lo primero que has de hacer es evitar que te cojan.

Le enseñó a usar un cuchillo. La mejor forma de rajarle la garganta a una persona. La primera vez que se lo quiso enseñar, ella se negó a escucharle.

—No quiero matar a nadie —le dijo de forma remilgada dándole la espalda, sin embargo antes de que pudiera alejarse lo suficiente, se sintió atrapada por detrás y una navaja se apoyó en su garganta.

—Voy a matarte —susurró Esteban en su oído con una voz que le produjo escalofríos. Nunca le había hablado así. Empezó a temblar sin poder

evitarlo—. Pero antes —continuó él ignorando sus temblores—, te voy a violar y cuando me canse de ti te voy a entregar a mis hombres para que también te violen. ¿Eso es lo que quieres? —Al ver que no contestaba acercó aún más la navaja provocando que unas gotas de sangre resbalaran por su cuello.

—No —murmuró Marietta con voz temblorosa.

—No. ¡Qué!

—No quiero morir —Gruesas lágrimas nublaron sus ojos cayendo por sus mejillas.

—No, tranquila. No vas a morir de mano —le susurró en el oído con crueldad—. Antes serás la puta de todos. ¿Eso es lo que quieres?

—No —repitió con voz ahogada a causa de las lágrimas.

—Pues si no es eso lo que quieres, aprenderás a usar una navaja, y si tienes la oportunidad, le rajarás la garganta a cualquiera que intente cogerte. ¿Lo has entendido? —le dijo soltándola de tal forma que cayó al suelo temblando con violencia.

—¿Lo has entendido? —repitió agachándose junto a ella, levantándole la cabeza sujetándola por el pelo y mirándola con frialdad. Ella asintió, no obstante a Esteban no le valía esa respuesta—. ¡Dilo! —le exigió con crueldad

—. Quiero oírtelo decir en voz alta.

—Sí —susurró Marietta limpiándose las lágrimas que cubrían su rostro.

—¡Sí! ¡QUÉ!

—Sí, aprenderé a usar una navaja —aceptó con derrota.

—Y la usarás. Cuando llegue el momento la usarás —sentenció Esteban con voz fría alejándose de ella.

4

Después del episodio de la navaja, Marietta decidió distanciarse de Esteban. A fin de cuentas ¿qué sabía de él? Desconocía el motivo por el que la había salvado ¿qué le impedía que la matase, si así lo deseaba?

Esteban notó su distanciamiento y lo agradeció. Pensar en ella a merced de Daniel le había enfurecido hasta tal punto que no había pensado, sabía que desde aquel día le tenía miedo, pero era mejor así, estaba empezando a sentir cosas por ella que no le gustaban, así que agradecía la distancia.

Por lo que Marietta había descubierto, todos ellos formaban parte de lo que se llamaba un escuadrón de la muerte. Trabajaban para cualquiera que les pagara, asesinando y aterrorizando a quién fuera, siempre por un precio. El comandante era el jefe y de los demás, algunos habían llegado de forma voluntaria, sin embargo otros, como Esteban o Daniel, como averiguó con posterioridad, habían sido secuestrados de niños y obligados a unirse.

Cada vez que Esteban se iba a alguna misión, tardaba unos días en volver y ella se escondía en el sótano. Nunca volvió a ir nadie a buscarla. Todo el mundo sabía que ella se escondía en algún lado cuando él no estaba, pero como el comandante lo toleraba, pronto los demás lo aceptaron también.

Cuando Esteban volvía, lo primero que hacía era darse una ducha y bajar a buscarla, pero nunca la volvió a llevar en brazos dormida a su habitación, y nunca la volvió a tocar, excepto cuando peleaban.

Marietta vivía casi en aislamiento. No veía casi nunca a ninguno de los

hombres, únicamente en las raras ocasiones que acompañaba a Esteban al campo de entrenamiento, aunque procuraba evitarlo, porque allí se encontraba con Daniel que la miraba de forma lasciva y siempre tenía algún comentario ofensivo que hacer. El resto de los hombres simplemente la ignoraban. Solo se relacionaba con las pocas mujeres del pueblo, aunque nunca sabía muy bien qué decirles, ellas la toleraban, no obstante la trataban como a una niña, por lo que la mayor parte de las veces la excluían de las conversaciones.

El tiempo fue pasando, las semanas se convirtieron en meses. Al principio había pensado que pronto podría ser libre, pero según fue pasando el tiempo, se dio cuenta de que eso no iba a pasar en breve.

Se sentía como esas personas secuestradas por las FARC, que habían visto durante tantos años en las noticias, gente que se había pasado años secuestrados y aunque sabía que las condiciones de su cautiverio eran inmejorables, no dejaba de ser una prisionera.

Podía haber escapado infinidad de veces, a fin de cuentas, se pasaba la mayor parte del día sola, sin embargo, como le había dicho Esteban el día que llegó al campamento ¿a dónde podría escapar? Estaban rodeados por la selva y aunque sabía que había un pueblo no muy lejos, ya que los hombres iban allí a por provisiones, sin un medio de transporte no tenía manera de llegar. Ni siquiera sabía en qué país estaba.

Una tarde en la que le invadió la desesperación por la situación, decidió encararse con Esteban.

—¿Nunca me voy a poder ir?

Esteban la miró con derrota. Le hubiera gustado engañarla, decirle que en breve podría volver a tener una vida. No obstante prefirió ser sincero.

—No hay a dónde ir, Marietta.

—Tú me dijiste que planeabas escapar. Si ya tenías pensado irte ¿qué

diferencia hay si me llevas contigo? O puedo intentarlo yo sola —le dijo con desesperación.

Esteban se rió con amargura.

—Y ¿A dónde irías? —cogiéndola por el brazo la llevó hasta la ventana para que viera la selva que les rodeaba.

—¿A la selva? ¿Cuánto tiempo crees que vas a sobrevivir tú sola?

—No tendría por qué ir sola —contestó con pesar—. Podríamos ir juntos.

—Yo solo, apenas tendría una oportunidad. En el momento que se den cuenta de que nos hemos ido, irán todos a buscarnos. Antes estaba dispuesto a arriesgarme, porque solo era mi vida, sin embargo no estoy dispuesto a arriesgar la tuya.

Marietta le miró conteniendo el aliento ante su afirmación, pero él no la miraba. Tenía la vista perdida en la lejanía, sumido en sus pensamientos.

—Podríamos ir al pueblo —propuso esperanzada.

Esteban la miró y se rió sin humor.

—Eres una niña muy ingenua —replicó con acidez—. ¿Crees que en el pueblo tenemos más oportunidades? En el momento que lo pisemos lo primero que harán será avisar al comandante.

—Entonces ¿qué salida tenemos? —preguntó con desesperación.

—Ninguna, Marietta. De momento no tenemos ninguna.

Después de aquella conversación, Esteban se alejó aún más de ella. Ya ni acudía a la casa a cenar, la despertaba por la mañana y entrenaba con ella antes de desayunar, después se iba de la casa y ya no volvía hasta mucho después de que ella se hubiera acostado. Sin embargo, nunca abandonaba el campamento sin avisarla. Estando él presente, ninguno de los hombres se

atreví a ir a la casa a molestarla, sin embargo cuando él no estaba... Daniel no había vuelto a invadir la cabaña, pero Esteban estaba seguro de que si en algún momento ella quedaba desprotegida, lo aprovecharía y no tenía pensado darle esa oportunidad.

Marietta acusaba la soledad. Aunque sabía que no debía, echaba de menos la presencia de Esteban, incluso cuando la trataba con frialdad, por eso le sorprendió tanto cuando un día, después de una misión, cuando la bajó a buscar al sótano, lo primero que le mencionó fue lo de la fiesta.

—El comandante quiere que acudas esta noche a una fiesta

—¿Una fiesta? ¿Qué fiesta? —preguntó con confusión.

—Cada vez que volvemos de una misión, el comandante organiza una fiesta en su casa —masculló Esteban de malos modos sin mirarla a la cara.

Marietta se sorprendió, Esteban últimamente apenas le hablaba y ahora de pronto ¿iban a ir a una fiesta?

—Nunca me habías contado de ninguna fiesta. ¿Por qué?

—Porque no es algo que tú tengas que saber —replicó con furia

—¿Por qué estás enfadado?

—No estoy enfadado. Lo que no entiendo es el motivo por el que le tengo que dar explicaciones a una puta niña —contestó mientras apretaba los dientes.

Marietta retrocedió ante la furia de sus palabras. Sus ojos se llenaron de lágrimas, lo que cabreó incluso más a Esteban. No quería llevarla a la fiesta. Cuando el comandante le había ordenado que la llevara, un sudor helado cubrió su cuerpo.

—No quiero que te arregles —le espetó cogiéndola del brazo—. Y bajo ninguna circunstancia te alejes de mi vista.

—¿Estará Daniel? —preguntó con voz temblorosa cada vez estaba más asustada.

—No. Él no estará.

—Entonces ¿por... por qué me dices todo esto?

—Tú solo tienes que hacer lo que te digo —le dijo soltándole como si le quemara, alejándose de ella.

Marietta se encerró en su habitación hasta que llegó la hora de la dichosa fiesta. Se vistió con manos temblorosas. Llevaba ya dos años en el campamento y era la primera vez que oía de ninguna fiesta, que el comandante hubiera pedido que acudiera no podía ser nada bueno y por la forma de actuar de Esteban estaba claro que él no quería que acudiera. Le pareció tan raro que ninguna de las mujeres hubiera mencionado nada en su presencia, sobre todo si según Esteban era algo que hacían cada vez que volvían de una misión. Trató de vestirse de la forma menos atractiva posible, tal y como le había dicho Esteban, con una ropa informe y el pelo recogido en una trenza sencilla.

Al salir del cuarto Esteban la miró de arriba a abajo.

—¡Joder! —farfulló—. Esto va a acabar muy mal.

Aunque no se hubiera arreglado y solo fuera una niña, no podía ocultar que era muy bella. Temblaba solo de pensar qué era lo que pretendía el comandante al obligarle a llevar a Marietta.

La fiesta era en la propia casa del comandante. Lo que Esteban no le había explicado a Marietta era que la fiesta no era más que una excusa para organizar una orgía con mujeres y alcohol. En el salón había una barra y detrás de ella, una de las mujeres servía las bebidas.

—Ponte detrás de la barra —le ordenó Esteban en cuanto entraron llevándola hasta allí—. Quiero tenerte a la vista todo el tiempo. Y no se te ocurra beber nada de lo que te ofrezcan.

Marietta asintió y se metió detrás de la barra. Estaba aterrorizada. No sabía lo que pasaba, pero si Esteban estaba preocupado, no podía ser nada bueno.

Los hombres empezaron a beber y la música sonaba a todo volumen. Marietta iba sirviendo las bebidas procurando interactuar lo menos posible. En un momento determinado dos hombres cogieron en brazos a la mujer que estaba detrás de la barra junto a ella y la dejaron sola y pronto Marietta empezó a comprender que tipo de fiesta era la que se celebraba allí.

Según fue pasando el tiempo las cosas empezaron a subir de tono. Antes de que siquiera tuviera tiempo a procesar lo que estaba ocurriendo, cuerpos desnudos empezaron a desfilar frente a ella. Empezó a oír jadeos en un extremo del cuarto y vio a una pareja manteniendo relaciones sexuales frente a sus ojos.

Estaba muerta de vergüenza, allá donde mirara solo veía cuerpos enredados, incluso alguna mujer estaba con varios hombres. Buscó a Esteban con la mirada, temiendo encontrarlo con alguna mujer, sin embargo él se mantenía apartado del resto, bebiendo en silencio. Observó que alguna de las mujeres se acercaba y le susurraba algo al oído, pero él únicamente negaba con la cabeza y continuaba en el sitio. Ella permanecía en una esquina de la barra, rezando para que nadie reparara en ella, hacía tiempo que el interés por las bebidas había disminuido.

Un escalofrío recorrió su cuerpo al notar una intensa mirada sobre ella. Al girarse vio al comandante al otro extremo del cuarto, sonriéndole de una forma que hizo que le temblaran las manos, tuvo la horrible premonición de que pronto iba a averiguar el porqué había querido que estuviera presente.

—Quítate las bragas y ponte a cuatro patas —ordenó el comandante a la mujer que le acompañaba.

La chica obedeció de forma inmediata. Él se bajó los pantalones y sacándose la polla le ordenó:

—Chupa. —Ella obedeció sin dudar.

Durante todo ese proceso el comandante no había dejado de mirarla, pero en ese momento recorrió el salón buscando a Esteban.

—Esteban, quiero que se la metas por el culo a esta zorra.

Esteban se envaró al escuchar la orden, con la mano en la que sostenía la copa de la que se disponía a beber suspendida en el aire.

—No me interesa —le contestó con voz tediosa, y bebió de su copa despacio.

La furia brillo en los ojos del comandante, seguido de una sonrisa que le heló la sangre a Marietta.

—O se la metes por el culo a esta zorra, o se la meto yo a tu mocosa —amenazó mirando a Marietta.

Esteban apretó la copa sin decir una palabra. Bebió un trago, se acercó a la joven que estaba arrodillada en el suelo, se desabrochó los pantalones, se sacó la polla y se la metió hasta el fondo de un solo movimiento.

—¡Ahh! ¡Joder! Es enorme —gritó la chica.

Las lágrimas empezaron a correr por las mejillas de Marietta mientras Esteban entraba y salía de la chica con movimientos violentos, que pronto le arrancaron jadeos de placer hasta que esta se corrió entre gritos y temblores. Él continuó entrando y saliendo de su cuerpo hasta que también se corrió. Sacó la polla del interior de aquella mujer, cogió una servilleta para limpiarse y volvió a tomar de su copa como si no hubiese sucedido nada.

Marietta estaba horrorizada y fascinada. No entendía de dónde venían

los sentimientos tan violentos que estaba sintiendo en ese momento, que le hacían odiar a esa mujer y golpearle a él por lo que había hecho, por haberse corrido en ella.

Sabía que lo había hecho por protegerla. Era consciente de ello. Que había aceptado únicamente por la amenaza del comandante. No obstante el hecho de oírle, de verle correrse en el cuerpo de esa mujer, le había provocado un dolor tan agudo que era como si le hubieran atravesado el cuerpo con una lanza al rojo vivo. Esteban no la había mirado en ningún momento, sin embargo se dio cuenta de que el comandante la había observado atentamente.

—Ya puedes irte —le dijo con una gran sonrisa—. Ya no te necesito.

Marietta no se hizo de rogar y salió de forma apresurada. Ni siquiera estaba segura de lo que había pasado. Lo único que tenía claro era que fuera lo que fuese que el comandante había buscado, lo había conseguido.

Esteban sintió el alivio inundar su cuerpo al ver como el comandante le decía a Marietta que se fuera. ¡Qué coño había sido eso! Sabía que le había demostrado que Marietta era su debilidad y que jamás debía mostrarle una debilidad al comandante, sin embargo cuando le oyó decir que la violaría si no hacía lo que quería, sintió como si el aire hubiera desaparecido de la habitación. No estaba seguro de que fuera una simple amenaza. Nunca le había visto violar a una niña, pero tampoco creía que le fuera a suponer ningún problema hacerlo, sobre todo si para eso conseguía su objetivo, que en este caso era doblegarle, como siempre. Solo había cambiado el método, en vez de utilizar la violencia sobre él, le bastaba con amenazar el ejercerla sobre ella.

No había sido capaz de mirar a Marietta a la cara. Por primera vez en su vida se sintió avergonzado. Se forzó a sí mismo a permanecer en la fiesta una hora más, aunque lo que más deseaba era ir tras Marietta. Finalmente

cuando ya no pudo resistirlo más. Se dirigió al comandante.

—Me largo —dijo en voz alta para que este le oyera.

En ese momento el comandante estaba muy entretenido viendo como otro hombre se follaba a la mujer con la que estaba. Ese era su rollo, le encantaba poseer a una mujer y convertirse en su dueño hasta el punto de hacerla follar con otros mientras observaba.

Pensó que no le había escuchado, hasta que cuando pasaba a su lado para irse, sintió una mano que le sujetó el brazo como si de una banda de acero se tratase.

—La mocosa está creciendo —le advirtió con una sonrisa maliciosa—. Si tú no tomas ese coño, algún otro lo hará.

Las náuseas invadieron a Esteban. Se desasíó de su mano con un movimiento brusco.

—Es una niña. Yo no follo niñas.

—No lo será eternamente.

Cuando Esteban volvió a la cabaña, Marietta ya estaba durmiendo. Acercándose a ella, observó cómo dormía. Se veía tan inocente. Como siempre, se sintió sucio a su lado. Era lo único bueno que había en su vida. Tenía que sacarla de allí aunque no tenía ni puta idea de cómo hacerlo. Si escapaban les perseguirían hasta debajo de las piedras. Él solo podría hacerlo, sin embargo con ella, no creía que tuvieran ninguna oportunidad.

Después de la escena de la fiesta, según transcurrieron los días, Marietta empezó a sentirse consumida por extraños pensamientos que la acosaban en las noches. Soñaba con Esteban, tal y como le había visto aquel día, no obstante en sus sueños era ella a la que penetraba. Era ella la que emitía

jadeos de placer. Se despertaba empapada en sudor y con una sensación ardiente en las piernas que no sabía como satisfacer.

Esteban continuaba evitándola y la trataba cada vez con mayor frialdad, haciendo que se sintiese tan sola que la mayor parte de las noches se dormía entre lágrimas.

Una noche que no podía dormir, se levantó y le encontró en el salón bebiendo. En un primer momento no se dio cuenta, pero en cuanto empezó a hablar comprendió que estaba borracho.

—¿Qué haces mocosa? —le preguntó arrastrando las palabras y asustándola porque no le había visto, sentado en el sofá.

—No podía dormir. Iba a buscar un vaso de leche.

—Un vaso de leche —se rió de forma amarga—. Como una niña buena.

En ese momento fue cuando comprendió que estaba borracho y se asustó. Nunca le había visto bebido y no sabía muy bien cómo actuar.

—¿Crees en el infierno? —le preguntó mirándola de forma pensativa.

Marietta no sabía qué contestar. No obstante él realmente no esperaba una respuesta. Continuó hablando más para sí mismo que para ella.

—Yo sí —dijo bebiendo directamente de la botella que tenía en la mano—. Tú eres mi infierno.

—Yo... —Marietta temía decir o hacer algo que le hiciera estallar, sin embargo él continuó como si no la hubiera oído.

—Antes de conocerte todo me importaba una mierda, pero ahora cada vez me cuesta más. No hay suficiente agua en el mundo para lavar la sangre de mis manos. ¡Ojalá nunca te hubiera conocido! —exclamó casi con odio estrellando la botella contra la pared y provocando que se rompiera en mil

pedazos—. Eres peor que los putos sueños—sentenció con furia.

Marietta le miró con temor. Nunca le había visto así. No entendía lo que le pasaba. Asustada volvió a su habitación corriendo. Se encerró en el cuarto, temerosa de que fuera a buscarle.

Al día siguiente Esteban actuó como si nada hubiera pasado. Ella ni siquiera estaba segura de que lo recordara, pero nunca volvió a salir de su cuarto en la noche. En ocasiones le oía llegar con una mujer y aunque había tratado de no escuchar no podía evitarlo.

Los golpes y los gemidos resonaban por toda la casa. Haciéndola desear ser ella la que estuviese con él.

En su mente imaginaba escenas en las que se acercaba a ella y le decía que la quería, aunque pronto las desechara por fantasiosas. Sabía que el comandante la utilizaba para controlarle y que si no fuese por ella hacía mucho tiempo que hubiera escapado.

Esteban no era consciente de ello, pero el cuerpo de Marietta hacía tiempo que ya no era el de una niña, ella lo disimulaba llevando siempre ropa muy holgada. Temía el día en que el comandante comprendiera que ya no era una niña, aunque por otro lado le hubiera gustado que Esteban dejara de mirarla como tal.

Después de aquella horrible noche de la fiesta, el comandante no le había vuelto a pedir que acudiera a ninguna, aunque ahora que sabía de su existencia, no podía dejar de imaginarse lo que en ella sucedía y de preguntarse si Esteban participaba o no en ellas.

El tiempo siguió pasando y su vida continuó con la misma rutina, hasta que una semana antes de su décimo séptimo cumpleaños, Esteban salió temprano para ir a comprar al pueblo.

Daniel llevaba una semana fuera. En algún tipo de misión a la que le

había mandado el comandante, por eso, Esteban se atrevió a dejarla sola durante unas cuantas horas. Nunca la había dejado sola, sin embargo el hecho de que Daniel no estuviera le hizo confiarse.

Marietta decidió aprovechar que Esteban no estaba para bañarse. Aunque las dos habitaciones de la casa tenían baño, solo en la de Esteban había una bañera.

Cuando calculó que él no tardaría en volver, decidió salir para vestirse, pero se dio cuenta de que se había olvidado la ropa en la habitación. Se secó de forma apresurada. Colgando la toalla en la ducha para que se secase y salió del baño para vestirse antes de que él llegara.

Esteban maldijo el dichoso coche, que había elegido ese momento para averiarse, dejándole tirado en mitad del camino. Había tenido que llamar a Felipe para que le fuera a buscar y habían tenido que remolcar el jeep hasta el campamento y encima no había podido comprar nada.

Mascullando una maldición para sus adentros entró en su cuarto, quitándose la camisa que había llenado de grasa, después de meterse debajo del jeep en un vano intento de poder arreglarlo sobre la marcha.

En el preciso momento en el que se agachó para recoger la camisa que en las prisas había tirado al suelo, una diosa se apareció ante él, dejándole inmobilizado en el sitio. Al principio lo único que vio fueron unos pies pequeños que acompañaban a unas piernas interminables de muslos firmes, unidos a un sexo que le provocó una erección automática. Un estómago plano y unos pechos grandes y firmes, que le hicieron desear sumergir su cara entre los mismos y lamer los pezones que ahora mismo, quizás por efecto del frío estaban tiesos y puntiagudos.

Dio gracias a quien fuera que le hubiese enviado a esa diosa para

alegrarle el día, hasta que sus ojos se elevaron para quedar fijos en la mirada horrorizada de Marietta.

Ninguno de los dos fue capaz de moverse durante unos interminables segundos. Un suave rubor enrojeció las mejillas de Marietta quien saliendo finalmente de su inmovilidad echó a correr hacia su habitación dejando tras de sí a un Esteban envuelto en estupor.

¡Qué... coño... había... sido... eso!

Esteban miraba estupefacto en dirección a la puerta por la que había salido Marietta. ¿En qué momento la mocosa se había convertido en una mujer? No, en una mujer no, pensó sacudiendo la cabeza. En una diosa, por la que estaba tan duro que hasta le dolía.

Marietta estaba horrorizada. Se vistió con manos temblorosas deseando que la tierra se la tragara. Pensó en no salir de su habitación, no obstante se dio cuenta de lo absurdo de la situación. Tenía casi diecisiete años y él solo era Esteban, para él ella era una niña. Seguramente lo que para ella había sido una situación humillante, para él no había significado nada.

Después de repetirse eso a sí misma unas cuantas veces, tratando de convencerse, encontró el valor suficiente para salir del cuarto y hacerle frente. Sin embargo cuando salió, él no estaba. Buscó por toda la cabaña y no le encontró por ningún lado. Por un lado lo agradeció, no sabía cómo mirarle a la cara después de lo sucedido, pero por otro lado le dolió. ¿Tanto le había desagradado verla?

Esperó todo el día a que volviera, sin embargo él no lo hizo. Cuando llegó la noche aún no había aparecido y Marietta empezó a asustarse. Nunca se había ido sin avisarle antes, así que según fueron transcurriendo las horas de la noche y no aparecía, temió que le hubiera pasado algo, no obstante ¿qué podía hacer? No podía pedir ayuda a nadie, si acudía a cualquiera diciendo

que él no estaba, quién sabe lo que le harían aprovechando su ausencia.

A las tres de la mañana decidió bajar al sótano. Estaba tan angustiada que sentía ganas de vomitar. Con manos temblorosas recogió sus cosas.

Cuando se disponía a bajar al sótano, oyó el ruido de un coche y el sonido de unas risas. Antes de que tuviera tiempo para reaccionar, la puerta se abrió de forma violenta, dando paso a dos hombres que se introdujeron en la cabaña con violencia. Eran Carlos y Alberto, los hombres de confianza de Daniel. Los tres se quedaron quietos en el sitio durante unos segundos, evaluándose con la mirada.

—Esteban va a llegar en cualquier momento y os va a matar si os encuentra aquí —anunció Marietta valientemente.

—Esteban no va a venir —se rió Alberto recorriéndole el cuerpo con la mirada y acercándose con lentitud hasta ella—. Está en el pueblo borracho. Follando con una de las furcias.

—¡No es cierto! —replicó con furia—. No podía ser verdad. Él no le haría eso.

—Marcelo le llevó en su coche —continuó diciendo Alberto con una sonrisa— ¿Por qué crees que sabíamos que estabas sola?

Marietta sintió una ola de dolor tan grande que se quedó sin aire ¿por qué lo había hecho? Sabía que si le veían en el pueblo sin ella, cabía la posibilidad de que viniera a buscarla, incluso aunque Daniel no estuviera. En todos estos años. Jamás. Ni un solo día se había ausentado sin decírselo.

Escondió las manos a la espalda para que no notaran como le temblaban y tocó el cuchillo que gracias a Dios había tenido el buen tino de coger antes de salir de la habitación. Esteban le había hecho una funda para que lo pudiese llevar a la espalda. Rezó por recordar todo lo que él le había enseñado, aunque lo primero que le había dicho siempre, que huyera, en este

caso no iba a ser posible.

—Parece ser que ya se ha cansado de ti —afirmó Carlos haciendo un gesto como si se relamiera al tiempo que la miraba—. Espero que merezcas la pena, llevamos mucho tiempo esperando para poder follarte.

Sin pensarlo, Marietta lanzó el cuchillo dándole al hombre en la garganta, matándole en el sitio. Era un riesgo quedarse sin arma, sin embargo sabía que en un cuerpo a cuerpo con dos hombres no tenía nada que hacer y de los dos, Carlos era el más fuerte. Los había visto pelear muchas veces y Esteban le había enseñado las debilidades de cada uno por si este día llegaba.

Alberto la miró con sorpresa. No se lo esperaba, pero no le asustó que hubiera matado a Carlos, sino que le cabreó.

—Vas a pagar por esto —rugió antes de lanzarse por ella como un carnero.

Marietta trató de recordar todo lo aprendido con Esteban. En el momento que llegó frente a ella se agachó en un movimiento fluido girando y situándose a su espalda, para asestarle una patada que lo lanzó contra la pared. Desconcertado Alberto se giró hacia ella, momento que Marietta aprovechó para intentar coger uno de los cuchillos de la cocina. En el momento que lo rozaba con los dedos, sintió como el aire abandonaba sus pulmones al lanzarse Alberto encima de ella inmovilizándola en el suelo. Provocando que el cuchillo cayera lejos de su alcance.

—Eres una zorra y voy a disfrutar con esto —le aseguró agarrándola por el pelo y estrellándole la cabeza contra la pared.

Marietta sintió un dolor insoportable en la nariz y una humedad que se deslizaba cubriéndole la boca. Alberto aflojó un poco el agarre, separándose de ella lo suficiente para bajarse los pantalones, momento que aprovechó ella para lanzar la cabeza hacia atrás, en un desesperado intento de golpearle, con

tan buena fortuna que le dio de lleno en uno de los ojos.

—¡Cabrona! —gritó dando manotazos intentando sujetarla, aunque sin ver en realidad.

Marietta se arrastró como pudo, tratando de alcanzar el cuchillo que había quedado en una esquina del suelo. Notó como Alberto tiraba de ella, agarrándola por una pierna. Logró alcanzar el cuchillo y se aferró a él con desesperación dejando que Alberto la arrastrara y que la girara hacia él. Cuando lo tuvo de frente, con toda la fuerza que pudo, le apuñaló en el estómago.

Alberto la miró con sorpresa durante unos segundos.

—¡Hija de put... —No pudo terminar la frase. Un absceso sanguinolento salió de su boca manchando el rostro de Marietta para desplomarse encima de ella.

Con gran esfuerzo, Marietta logró salir de debajo del cuerpo de Alberto y darle la vuelta. Le tomó el pulso y se dio cuenta de que no estaba muerto. Un sollozo escapó de su boca y empezó a temblar de forma compulsiva. Trató de tranquilizarse un poco y con toda la sangre fría de la que fue capaz, sacó el cuchillo del cuerpo de Alberto. No le podía dejar vivo, así que hizo lo único que podía hacer. Le apuñaló y le apuñaló una y otra vez hasta que dejó de gemir y de moverse. Solo entonces se permitió derrumbarse en el suelo y llorar.

5

Esteban abrió los ojos durante un segundo, para tener que volver a cerrarlos fuertemente, ya que el dolor de cabeza que sentía era brutal. No recordaba mucho de la noche anterior. Imágenes borrosas cruzaban por su cabeza. Lo único que no podía olvidar, por mucho que lo había intentando, ya que lo tenía grabado a fuego en su cabeza, era la imagen de Marietta desnuda frente a él.

Como un cobarde había huido. Había pedido a uno de los hombres que le llevara al pueblo y se había metido en un bar para emborracharse. Recordaba de forma vaga haber estado con una mujer. Se la había follado, sin embargo en lo único que había podido pensar era en Marietta.

De pronto un terrible pensamiento cruzó por su cabeza ¿qué hora era? Y ¿dónde coño estaba? Se incorporó, a pesar de que sentía como si tuviera un martillo neumático en la cabeza. Vio que estaba desnudo. Miró a los lados y distinguió un cuerpo femenino tumbado a su lado. Estaba en una cama en una habitación desconocida y daba la impresión de que estaba amaneciendo.

¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! ¡Qué puta hora era! Cogió su móvil de la mesita y palideció al darse cuenta de que era el día siguiente. ¡Qué coño había hecho! Se vistió a toda velocidad asustado, pensando en lo que podía haber ocurrido. Recordaba haberle pedido a Marcelo que le acercara en el coche. Rezaba porque no le hubiera contado a nadie que había dejado a Marietta sola toda la puta noche.

—Despierta —dijo a la mujer tumbada a su lado, sacudiéndola.

—¡Qué pasa! —gimió la mujer.

—¿Tienes coche?

—¿Qué? —preguntó con un gemido tapándose la cara con la almohada.

—¿Qué si tienes un puto coche! —rugió Esteban arrancándole la almohada de la cara y lanzándola al otro extremo de la estancia.

—¡Sí! ¡Joder! —respondió la mujer totalmente espabilada sentándose y mirándole perpleja.

—Dame las llaves.

—¿Qué?

—¡Que me des las putas llaves del coche!

Esteban estaba desesperado, tenía que volver a casa. Asegurarse de que Marietta estaba bien. Rezaba para que se le hubiera ocurrido ir al sótano y para que nadie se hubiese enterado de que había pasado la noche fuera.

Condujo como un loco, como si la vida le fuera en ello. Cuando llegó a la cabaña y vio la puerta reventada sintió como si el corazón se le hubiera parado. Le invadió un terror tan grande que se sintió paralizado y durante unos minutos no fue capaz de moverse. Notó que le temblaban las manos y cerró los ojos temiendo lo que iba a encontrarse en el interior.

Junto a la puerta, distinguió el cadáver de Carlos, con un cuchillo asomando por la garganta. Sintió alivio, orgullo y temor a partes iguales. Había sido capaz de defenderse. Se adentró en la cabaña y encontró el cadáver de Alberto junto a la cocina. Lo habían apuñalado múltiples veces. Vio los rastros de sangre que se dirigían al salón.

Cerró la puerta de la cabaña de tal manera que cualquiera que pasara por allí no sospechara lo que había pasado y se dirigió al sótano.

—¿Marietta? —llamó con suavidad y apenas logró distinguir un gemido ahogado.

Encendió la luz y la encontró acurrucada en una esquina abrazada a sus rodillas. Estaba cubierta de sangre reseca, una costra cubría su nariz hinchada y tenía los ojos amoratados.

Sintió un dolor casi físico cuando la vio, pero lo peor fue la forma en la que le miró. Con decepción, como si la hubiera traicionado.

—Te fuiste —murmuró con voz rota.

—Perdóname —susurró cayendo de rodillas frente a ella—. Perdóname.

Extendió una mano para tocarla pero ella se apretujó más contra la pared asustada, como si temiera que fuera a atacarla.

Cerrando los ojos inspiró despacio, dejando pasar unos segundos, antes de volver a intentarlo.

—Marietta —llamó con ternura—. Nunca te haría daño. Solo quiero que subas arriba. Estás llena de sangre. Necesito que te limpies y tengo que deshacerme de los cadáveres antes de que alguien lo descubra ¿lo entiendes?

Ella le miró durante unos interminables segundos hasta que de forma trabajosa se puso de pie. Cuando él trató de ayudarla, se apartó para impedirselo.

—¡No me toques! —chilló con repugnancia—. Ni se te ocurra tocarme.

Subió con lentitud por las escaleras y se dirigió a su habitación tratando de no mirar los dos cadáveres que había tendidos en el suelo, Esteban la siguió en silencio hasta la misma puerta de su habitación.

—Tienes que ducharte y cambiarte de ropa, mientras tanto voy a deshacerme de los cuerpos.

De momento tendría que esconderlos en el sótano, porque no se podía deshacer de ellos a plena luz del día y tenía que limpiar la casa. No tardarían

mucho en descubrir la ausencia de Carlos y Alberto y aunque alguien sospechara, nadie se atrevería a preguntarle directamente a no ser que encontraran la casa llena de sangre y con los cadáveres en ella.

Trató de trabajar de forma rápida y eficaz. Llevó los cadáveres al sótano, donde los envolvió en plástico a la espera de que llegara la noche y pudiera deshacerse de los mismos. Limpió la cabaña eliminando todo rastro de sangre y arregló la puerta.

Pasadas un par de horas, admiró su trabajo. Nadie podría saber lo que allí había ocurrido. Marietta en todo el rato, no había salido de la habitación. Preocupado por ella se acercó a la puerta y la abrió con cuidado para no asustarla. Estaba acurrucada en la cama en posición fetal. Se había quedado dormida. Se había limpiado y cambiado de ropa, aunque poco había podido hacer con la hinchazón de la nariz y de los ojos.

Esteban se sentó en la cama con un suspiro cansado, posando la mano en su cabello. Hace tiempo que se preguntaba si sería tan suave como parecía. Nunca se había atrevido a comprobarlo y por fin después de tanto tiempo, se dejó vencer por sus deseos. Cogió uno de los mechones y lo acercó a su rostro como una caricia. Sin soltarlo se tumbó junto a ella en la cama, abrazándola, envolviéndose en su olor hasta que poco a poco, él también se quedó dormido.

Marietta abrió los ojos y se envaró al notar un cuerpo a su lado. Temblando, con la respiración acelerada, se movió muy despacio tratando de que quien fuera que estuviese con ella, no percibiera su huida.

—No te muevas. —Oyó la voz de Esteban a su espalda dejándola inmovilizada en el sitio. Cerró los ojos con fuerza deseando que no estuviera allí, para al segundo siguiente desear que la abrazara, sin embargo sabía que ninguna de las dos cosas iba a ser posible.

—¿ Por qué? —preguntó en un murmullo.

Esteban no fingió no saber lo que le preguntaba.

—Porque soy un imbécil.

Con suavidad, con miedo de que se alejara, puso una mano en su cintura y la atrajo hacia él abrazándola. Marietta sintió como si se hubiera roto un dique en su interior y empezó a llorar, con suavidad al principio, para ir aumentando de intensidad hasta que se sintió sacudida por los sollozos. No sabía lo que le pasaba, solo que no podía parar.

Esteban la abrazó todo el rato sin soltarla, hasta que los sollozos se convirtieron en pequeños hipidos. Solo entonces volvió a hablar.

—Te quiero —dijo en un susurro—. Cuando te conocí eras una niña y aunque he tratado de mantenerte alejada, ha sido imposible y sin que pudiera hacer nada por evitarlo te has adueñado de mi corazón.

Marietta estaba paralizada. No podía hablar. Nunca ni en sus más locos sueños hubiera imaginado que Esteban le iba a decir algo así. Siempre la trataba con frialdad. Como una cría molesta a la que tuviera que soportar, ni siquiera después de todos estos años le había dicho nunca el porqué la había salvado aquel día.

Intentó darse la vuelta para poder mirarle a los ojos. Decía que la quería, pero ¿cómo a una niña? o como una mujer. No lo sabía y necesitaba averiguarlo. Sin embargo una mano firme en su cintura, se lo impidió.

—No te gires —le susurró al oído—. Si me miras no te podré decir lo que quiero decirte. —Cogió uno de sus cabellos y lo olió—. Hace mucho que te hiciste un hueco en mi corazón. Luché contra ello, sin embargo es más fuerte que mi voluntad. Sin embargo, ayer, no vi a la niña molesta que me mira con adoración, sino a una mujer a la que deseé en mi cama. ¿Entiendes lo que te digo?

Ella asintió sin hablar, tragando saliva, intentando disolver la bola que en ese momento sentía en la garganta.

—Por eso huí —siguió diciendo Esteban— Eres una niña. Una niña con el cuerpo de una diosa.

—Ya no soy una niña —murmuró Marietta con voz ronca.

—¿Cuántos años tienes? ¿Diecisiete? —preguntó aunque ya lo sabía—. Yo tengo treinta.

—¿Por eso me dejaste sola? ¿Para que comprendiera que no quieres nada conmigo? Yo no te he pedido nada. Lo de ayer fue un accidente, no planeaba que me encontraras... así —terminó enrojeciendo al recordar que la había visto completamente desnuda.

—No entiendes nada —afirmó Esteban con un suspiro apoyando la cabeza en su espalda—. No era mi intención dejarte sola toda la noche, solo... tuve que alejarme de ti. Era eso... o te follaba —terminó diciendo con un suspiro resignado.

Marietta dio un respingo ante la crudeza de sus palabras.

—¿Querías la verdad? —siguió diciendo Esteban—. Pues la verdad es que ayer tuve que contenerme para no abrirte de piernas y follarte sobre mi cama.

Marietta tragó saliva con dificultad y empezó a respirar de forma entrecortada, si bien en estos años no era la primera vez que oía ese lenguaje soez, Esteban jamás lo había empleado con ella. Oír a Esteban diciéndole esas cosas, le hacía sentirse... extraña. El punto donde él la estaba tocando, le ardía y un extraño calor trepaba desde la unión de sus muslos, provocándole pequeños estremecimiento de placer.

Esteban, inconsciente de las sensaciones que estaba produciendo en Marietta, continuó hablando tratando de escandalizarla para que se alejase de

él.

—Me fui al pueblo con la única intención de emborracharme, y me follé a otra porque no podía follarte a ti, no obstante te juro que nunca pretendí dejarte sola.

—¿Por qué no?

—¿Por qué no? ¡Qué! —exclamó Esteban desconcertado.

—¿Por qué no podías follarme a mí? —Marietta trató de que no le temblara la voz al hablar, fallando de forma miserable.

Esteban quedó paralizado sin poder creerse lo que acababa de escuchar. Las manos empezaron a sudarle y sintió como su polla se engrosaba solo de pensar que estaba en la cama con Marietta y que si intentaba algo, ella no se opondría.

—¡Joder, Marietta! ¡No me hagas esto! —gritó al tiempo que la giraba violentamente. La miró a los ojos, esos ojos que le habían perseguido en sueños y que desde que la había llevado consigo, no habían vuelto a visitarle.

Se miraron durante unos segundos y luego muy despacio, como si temiera hacerle daño le dio un tierno beso en los labios. Los lamió con su lengua, instándola a abrir la boca y cuando lo hizo, bebió de ella como si fuera el néctar más exquisito.

—Nunca podría follar contigo Marietta. Contigo solo podría hacer el amor. Aunque no tenga ni puta idea de cómo se hace eso, porque eres lo único hermoso y puro que jamás he tenido en mi vida —le susurró al oído mientras la abrazaba.

Pasados unos segundos se apartó de ella, como si toda la conversación anterior no hubiera sucedido. Se alejó de la cama diciéndole con frialdad.

—Tengo que irme. Si no acudo al entrenamiento y tampoco aparecen ni Carlos ni Alberto van a sospechar algo raro. Y tengo que devolver un coche.

—Esteban —llamó Marietta con voz temblorosa mientras él se alejaba—. Yo... quería preguntarte...

—Dime —preguntó Esteban con tirantez—. ¿Qué quieres saber?

Marietta tragó saliva con dificultad, tratando de encontrar el valor suficiente para preguntar lo que le rondaba la cabeza.

—¿Alguna vez?

—¿Alguna vez? —la animó Esteban a continuar preguntando.

—¿Alguna vez... violaste a una mujer? —preguntó con un hilo de voz. Después de lo sucedido la noche anterior, necesitaba saberlo.

Esteban la miró un largo rato a los ojos antes de responder.

—He hecho cosas horribles en esta vida. Cosas que jamás podré deshacer y seguiré haciéndolas. He robado. He mentido y he matado, sin embargo jamás he violado a una mujer.

Al apreciar el gesto de alivio de Marietta le aclaró, porque no quería que se llevara una impresión equivocada de él.

—No te equivoques. No lo he hecho personalmente, pero he permitido que mis hombres lo hicieran muchas veces. Si no me hubieras mirado, suplicando mi ayuda, el día que te conocí, hubiera permitido que Daniel te violara y no hubiera sentido ningún remordimiento.

—¿Y ahora? —preguntó en un susurro tembloroso.

Esteban la miró en silencio durante unos segundos. Se acercó de nuevo a la cama y levantó la mano como si fuera a tocarla, sin embargo en el último momento cambió de opinión, dejando caer la mano, se alejó de nuevo.

—Carlos y Alberto no lo sabían, pero ya estaban muertos en el momento que te tocaron. Como lo estará cualquiera que lo intente —sentenció antes de salir del cuarto.

Cuando Marietta finalmente salió de la habitación, una vez que Esteban se hubo ido de la casa, se quedó en la puerta sin atreverse a dar un paso. Los recuerdos de lo sucedido la noche anterior la asolaron, empezó a sentir como si se quedara sin aire. Una bola de bilis subió por su garganta y tuvo que volver a entrar en el cuarto para dirigirse al baño, mientras la sacudían las náuseas. Incluso después de haber vaciado el estómago de los restos de la cena, los espasmos continuaron, hasta que temblorosa y sin poder evitarlo se hizo un ovillo en el suelo y comenzó a llorar.

Allí mismo, en el suelo, fue donde la encontró Esteban, tiempo después, cuando regresó a la casa.

La recogió del suelo, sin decir nada, y la llevó a su propia habitación, la sentó en la cama y se dirigió al baño para abrir el grifo y prepararle la bañera mientras ella lo observaba todo, temblando y en silencio.

—Estás en *shock* —le dijo cogiéndola de nuevo en brazos—. Necesitas un baño para entrar en calor.

Marietta le miró sin verle en realidad. Al darse cuenta de que estaba más afectada de lo que él creía y de que iba a tener que ayudarla a desvestirse e introducirse en la bañera, dejó escapar un suspiro resignado.

—Esto va a ser más difícil de lo que creía —murmuró más para sí mismo que para ella.

Comenzó a quitarle la ropa mientras ella le contemplaba en silencio, dejándole hacer, como si de una muñeca se tratase. Cuando la despojó de toda la ropa, volvió a cogerla en brazos y la sumergió en el agua humeante, introduciéndose él con ella, completamente vestido y sin dejar de acunarla como si fuera algo muy precioso.

Pasados unos minutos, el calor del agua empezó a hacer efecto en Marietta, desentumeciéndola y haciéndola consciente no solo de su desnudez

si no de la cercanía de Esteban. Durante un momento se tensó para a continuación relajarse y sentirse por primera vez desde la noche anterior, segura y en paz.

Esteban aguantó lo que pudo, sin embargo el calor del agua y la cercanía de Marietta estaban afectando a una parte importante de su anatomía. Sin poder evitarlo, como poseído por una fuerza que no podía controlar, una de sus manos salió del agua para acariciarle los pechos. Al principio con suavidad, como pidiéndole permiso, para a continuación cubrir uno de ellos con su mano abierta, amasándolo, provocando en Marietta unas sensaciones nunca antes sentidas.

Instintivamente, sin saber lo que estaba haciendo, Marietta separó las piernas, momento que aprovechó Esteban para introducir su otra mano entre ellas. Al notar su tacto Marietta jadeó con sorpresa y cerró las piernas atrapando la mano en su interior.

—Marietta —llamó Esteban con suavidad—, abre las piernas para mí. No tengas miedo —le dijo al notar que temblaba—. Jamás te haría daño.

Marietta trató de controlar sus temores y poco a poco fue separando las piernas. Esteban empezó a lamerle el cuello, provocando en ella estremecimientos que iban directamente desde el cuello hasta la unión entre sus muslos.

Esteban movió la mano despacio, acariciando con el pulgar la entrada al valle entre sus piernas, pero sin llegar a introducirlo, tanteando. Cuando ya estuvo seguro de que no le rechazaría, despacio, introdujo un dedo provocando que Marietta diera un brinco, al tiempo que dejaba escapar un gemido ahogado. Mientras el dedo se introducía lubricando la zona, Esteban dejó de lamerle el cuello y empezó mordisquearle el lóbulo de la oreja. Los estremecimientos sacudieron a Marietta pillándola de sorpresa. Esteban la

giró en la bañera moviéndola de tal forma que quedó a horcajadas sobre él, para sin sacar la mano de entre sus piernas beberse los gemidos de su orgasmo directamente de su boca, hasta que terminó desmadejada tumbada sobre él.

Marietta no se atrevía a mirar a Esteban a la cara, le parecía tan íntimo lo que habían compartido que no sabía cómo actuar.

—Marietta —llamó Esteban acariciándole la espalda. Al ver que no sacaba la cabeza de su hombro, la cogió de los cabellos con suavidad pero con firmeza y la obligó a mirarle a los ojos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Esteban al ver la duda en sus ojos.

—Lo que acaba de pasar... yo...

—¡Shhh! No le des vueltas, únicamente te he dado placer —le dijo de forma despreocupada—. Deberíamos salir del agua porque me estoy quedando helado

Marietta enrojeció de vergüenza, no le podía decir que no era frío lo que estaba sintiendo en ese momento. Él actuaba como si no tuviera la más mínima importancia lo que había ocurrido, como si no hubiese sacudido su mundo. Se levantó de su regazo sin atreverse a mirarle a la cara, de pronto era como si lo que hubieran hecho hubiese sido algo malo, de lo que debería avergonzarse. Se apresuró en salir del agua, cogió una toalla para taparse y salió a toda velocidad del baño. Oyó a Esteban como la llamaba, sin embargo no le hizo caso. Necesitaba ir a su habitación a esconderse. Recomponerse antes de volver a mirarle a la cara.

Esteban notó cómo la expresión de Marietta cambiaba, como si se arrepintiese de lo que había pasado, pero él no le iba a permitir que se avergonzara. No sabía muy bien cómo tratarla. Estaba intentando que ella comprendiera la profundidad de lo que sentía por ella, no obstante si había alguna posibilidad de que tuvieran algún futuro lejos de toda la mierda que les

rodeaba, si se iban a jugar la vida por ello, necesitaba que ella estuviera muy segura de sus sentimientos.

Salió de la bañera desnudándose allí mismo para despojarse de la ropa mojada. Se puso ropa limpia y seca y decidió ir en busca de ella.

Marietta se había puesto el pijama, ya que ya casi era la hora de dormir. Se miró en el espejo con su pijama de ositos y recordó el día en que Esteban se lo había regalado. Recordó lo avergonzada que se había sentido porque él seguía viéndola como una niña. No había comprendido que ya había crecido. Aquel día se pasó la noche llorando muy bajito para que él no lo oyera.

—Marietta.

Esteban la llamaba desde la puerta. Se giró hacia él y quedó impactada. Se había puesto una camisa azul que resaltaba el color de sus ojos. Tenía una mirada cansada que le hacía parecer... más humano, no como el hombre frío y sin sentimientos que había conocido cuando tenía doce años.

—¿Sabes que el día que me regalaste este pijama me pasé la noche llorando?

Esteban la miró con sorpresa. No recordaba cuando se lo había comprado, solo que cuando lo había visto había pensado en ella.

—¿Quieres saber por qué lloré? —Al ver que Esteban asentía en silencio continuó—. Me la pasé llorando porque mientras que yo te amaba como una mujer, tú me mirabas como una niña.

—Ahora no te miro como una niña —reconoció Esteban con voz ronca.

—¿Y cómo me miras? ¿Cómo la mujer con la que estuviste ayer? —preguntó con la voz ahogada por las lágrimas.

Esteban negó con lentitud acercándose hasta ella, levantó la mano acariciando con un dedo su mejilla. Marietta cerró los ojos y dejó que la

acariciara.

—Te amo Marietta —susurró con voz ronca—. No sé cuándo ocurrió. Hace mucho tiempo que te quiero sin embargo hasta ayer no comprendí que te amaba como un hombre ama a una mujer. Eso me aterrorizó, por eso hui, de ti y de los sentimientos que me provocas.

Una lágrima solitaria bajó por sus mejillas, Esteban la enjuagó con un dedo, al tiempo que depositaba tiernos besos en sus párpados, en sus mejillas.

—No lo entiendes, Marietta —le dijo mientras acariciaba su pelo.

Marietta abrió los ojos y lo que vio en los de Esteban la dejó paralizada en el sitio.

—¿Qué es lo que no entiendo?

—Si alguien descubre que te amo, estaremos muertos. —La frialdad con la que pronunció esas palabras contrastó con el fuego de su mirada—. ¿Quieres saber por qué te salvé de Daniel el día que te conocí?

Marietta sintió como se le encogía el estómago. Siempre había querido saberlo, se lo había preguntado muchas veces y él nunca había querido contárselo.

—Dímelo —susurró sin aliento.

—Por tus ojos —le dijo mirándola con ternura—. Me perseguían en sueños, suplicándome ayuda. Cuando te vi pensé que habías salido directamente de ellos.

—No entiendo...

—Desde que soy un niño tengo el mismo sueño. Una joven de ojos violetas suplicándome ayuda, hasta que sus ojos se quedan fijos y sin vida y entonces me despierto. Desde que te traje a vivir conmigo no he vuelto a tener ese sueño. El comandante lo supo en el mismo instante en que te vio. Por eso

te permitió vivir, te vio como otra forma de controlarme. Sabía que jamás me iría si tú estabas aquí.

—¿Quién es la joven de tus sueños?

—Mi hermana.

—¿Está...? —Marietta no se atrevió a terminar, sin embargo Esteban terminó por ella.

—¿...muerta? Sí

—¿Estás seguro?

—El propio comandante me contó cómo la había matado. Era mi hermana Mónica, trató de protegerme, así que la mató.

—¿Es tu padre de verdad?

—No, aunque a él le gusta creerlo —rio Esteban de forma amarga—. A mis padres también los mató.

—¿Cuántos años tenías cuándo pasó? —preguntó Marietta con pesar. Al final su historia no era tan distinta.

—Cinco años.

—¿Y siempre lo supiste?

—No. No tengo ningún recuerdo de mi vida antes de llegar al campamento. Tenía ocho años cuando lo descubrí. Siempre tenía el mismo sueño. Soñaba con Mónica, aunque en aquel momento no sabía quién era. Cuando le preguntaba al comandante quién podría ser, me decía que no lo sabía, hasta que un día que estaba borracho, supongo que se hartó, me dio un puñetazo que me lanzó contra la pared y me lo contó.

Marietta estaba horrorizada con lo que estaba oyendo.

—No era la primera vez que me pegaba. Lo hacía a menudo. Para convertirme en un hombre decía, pero aquella noche decidí devolvérselo y me

lancé contra él.

—Eras un niño —afirmó Marietta conmovida.

—Dímelo a mí. —Esteban se rió sin humor—. Me dio una paliza. Me rompió un brazo y dos costillas y a partir de ahí se volvió más duro y empezó su entrenamiento.

—¿Entrenamiento para qué?

—Para convertirme en un asesino.

Marietta retrocedió un paso asustada al oírle. Esteban la dejó alejarse. Necesitaba que lo supiera todo.

—Maté por primera vez con diez años —reconoció con frialdad.

—¿A quién?

—¿Acaso importa? —preguntó con amargura.

—No, supongo que no.

—Ya te he dicho que no soy una buena persona Marietta. He matado, robado y torturado y ¿sabes lo que he sentido mientras lo hacía?

Marietta negó de forma silenciosa.

—Nada. No he sentido absolutamente nada —afirmó con frialdad.

—Eso fue antes —afirmó Marietta esperanzada.

—No, no te engañes —replicó Esteban riendo sin humor—. ¿Quieres saber lo que hice la semana pasada? —preguntó con crueldad cerniéndose sobre ella.

Marietta negó retrocediendo asustada al tiempo que él avanzaba, hasta que chocó con la pared.

—Estuvimos en un pueblo. Obligamos a todos los hombres a entrar en la iglesia y cuando estaban todos dentro le prendimos fuego.

Marietta le miró con horror mientras las lágrimas cubrían su rostro.

—No te creo.

—¿Y el mes pasado? —Continuó Esteban como si no la hubiera oído—. Entramos en casa de un hombre. Nos habían pedido que le diéramos una lección, pero que no lo matáramos, así que solo le cortamos dos dedos y violamos a su mujer.

—¿Tú también? —logró decir Marietta con la voz rota y entre lágrimas.

—Ya te he dicho que no violo mujeres, debe ser de las pocas cosas que no he hecho, sin embargo me quedé mirando cómo lo hacían. ¿Y quieres saber lo que sentí? ¡NADA! ¡NI UNA PUTA COSA! —acabó gritando.

Sin embargo no era cierto, no sabía por qué pero cada vez le costaba más realizar los encargos, era verdad que se había quedado mirando cómo violaban a esa mujer. Lo que no le había dicho era que había acabado vomitando porque en lo único que no había podido parar de pensar era en que podría ser ella a la que hubieran estado violando. Tampoco le dijo que después de encerrar a aquellos hombres y prender fuego a la iglesia, había regresado sin que lo supieran sus hombres y había abierto la puerta para que pudieran escapar.

Sabía que no le quedaba mucho tiempo. Pronto el comandante descubriría que ya no le era útil si no podía matar. Lo de Marietta solo había acelerado las cosas, sin embargo ahora ella, le miraba como un desconocido y aunque era lo que había buscado diciéndole todas esas cosas, le dolió.

Marietta vio el cambio que se operaba en Esteban, el hombre que amaba se había convertido en un frío desconocido y le tuvo miedo. Un ramalazo de dolor cruzó por el rostro de Esteban y en ese momento se dio cuenta de lo que siempre había sabido.

Él era tan víctima como ella, obligado a realizar actos horribles hasta que ya no le importara nada ni nadie. Una vez él le había preguntado si estaría dispuesta a matar para vivir. Él había tenido que hacerlo. En ese momento se dio cuenta de que lo que él pretendía era alejarla. Lo que Esteban no sabía es que eso ya no era posible.

Él la miraba de forma violenta, buscando asustarla, sin embargo ella lo único que podía ver era el dolor que había dejado traslucir durante unos segundos, así que en ese momento supo lo que tenía que hacer.

Antes de que él fuera consciente de lo que estaba pasando, Marietta se abrazó a su cintura y hundió el rostro en su pecho, de tal forma que pudo aspirar su aroma a limpio. Esteban se quedó paralizado sin saber qué hacer con esa hermosa joven abrazada a su cintura. A pesar de las cosas horribles que le había dicho, aun así ella... ¿le abrazaba? No se lo podía creer y como en el fondo era lo que más deseaba, él también la abrazó para acabar cogiéndola en brazos y depositándola en la cama.

—¿Qué? —murmuró Marietta con angustia, ella también deseaba estar en su cama pero estaba asustada.

—¡Shhh! —susurró Esteban—. Solo quiero que duermas conmigo, quiero abrazarte toda la noche. —Y así fue. La tumbó en la cama, se desnudó dejándose únicamente los calzoncillos y se tumbó junto a ella.

Marietta notó la dureza de su masculinidad cuando la abrazó y se puso tensa, aunque al cabo de un rato comprendió que él no iba a hacer nada al respecto. Como le había prometido, se limitó a abrazarla. Pronto Marietta se relajó lo suficiente y se quedó dormida.

Cuando Esteban notó que Marietta se había quedado dormida, la abrazó más fuerte. Ella no lo sabía, sin embargo él era consciente de que su tiempo se había acabado, si no se iban del campamento en unos días,

acabarían muertos. Pensar en que le pudieran arrancar de su vida, le hizo desear estar muerto y por primera vez en todos los años de vida que recordaba, Esteban lloró mientras la abrazaba.

6

La mañana siguiente Marietta se despertó sola. Le hubiera gustado que Esteban estuviera a su lado, no obstante sabía que él no podía faltar al entrenamiento y era evidente que no había querido despertarla.

Cuando se miró en el espejo del baño vio que aunque había bajado la hinchazón de la nariz, y el hematoma había cambiado de color de tal forma que ya no destacaba tanto, aún era evidente.

Se dirigió a la cocina y vio que Esteban le había dejado el desayuno hecho. Se quedó mirando la mesa con una sonrisa, cuando una llamada en la puerta la dejó inmobilizada en el sitio, sin poder evitarlo empezó a temblar, recordando la última vez que se había abierto esa puerta sin estar Esteban.

Miró con desesperación alrededor, buscando algo, un arma, mientras se repetía la llamada a la puerta.

—¡Abre mocosa! —Se oyó la odiosa voz del comandante.

Trató de tranquilizarse, si pensara hacerle daño no creía que hubiera llamado. Aunque con el comandante nunca se sabía. Tapó la funda en la que llevaba la navaja con la ropa y secándose el sudor de las manos temblorosas, procedió a abrir.

Al otro lado de la puerta estaba el comandante con Daniel. Al ver a este último no pudo evitar que el asco que le tenía se transmitiese en su semblante.

—Si ya no es una mocosa —afirmó el comandante en cuanto abrió la puerta mirándola de arriba a abajo—. Hace tiempo que no te veía. Lo siento Daniel —dijo girándose hacia él—. Ya es un poco vieja para ti.

—Siempre se puede hacer una excepción —replicó Daniel repasándola a su vez de arriba abajo.

Marietta sintió como se le revolvía el estómago. Aunque odiaba a Daniel con toda su alma, el que más miedo le daba de los dos era el comandante, mientras Daniel se dejaba llevar por sus bajas pasiones, el otro hombre era frío y despiadado, si algún día decidía matarla, estaba segura de que no sería rápido.

Se apartó para que pudieran entrar en la casa, preguntándose cuanto faltaría hasta que Esteban volviera. Al apartarse, la luz del día iluminó su cara mostrando los hematomas.

—¡Vaya! —exclamó el comandante al verle el rostro—. ¿Quién te hizo eso? ¿No le gustó a Esteban cómo hiciste la comida?

—Me caí y me golpeé contra la mesa —contestó Marietta con valentía.

—¡Qué torpe eres! —respondió con una sonrisa torcida.

—¿Qué quieren? —Nunca en estos cinco años el comandante la había buscado y ¿ahora de pronto se presentaba en la casa?

—¿Qué hacéis aquí? —La voz de Esteban resonó en el interior de la cabaña provocando que las rodillas de Marietta se aflojaran de puro alivio.

—Bueno, yo podría preguntarte lo mismo, hijo mío —le dijo el comandante con una sonrisa horrible.

—Me olvidé una cosa —contestó Esteban entrando en la cabaña y situándose de forma instintiva entre ellos y Marietta.

—Vine a saludar a Marietta y preguntarle si había visto a Alberto y a Carlos —explicó el comandante mirando de uno a otro.

—¿A quién? —preguntó Marietta tratando de que no le temblara la voz.

—Alberto y Carlos —espetó Daniel con furia—. Mis mejores hombres. Han desaparecido

—Estarán en un bar de putas. Borrachos —replicó Esteban con condescendencia mientras abría un cajón y sacaba un montón de balas para recargar la pistola.

—¿Eso habías olvidado? —señaló el comandante—. Muy descuidado por tu parte.

—Lo sé. No volverá a pasar.

—Eso espero, ¿quién protegería a Marietta si estuvieras desarmado? —preguntó el comandante con una extraña sonrisa.

—O si estuvieras en un bar de putas. Borracho —añadió Daniel con suavidad.

Marietta empalideció, pero Esteban no reaccionó en modo alguno.

—Creo que nos podemos ir Daniel. Ya averigüé lo que quería — afirmó el comandante mirando a Esteban y Marietta de forma calculadora.

—¿Y eso es...? —preguntó Esteban con fingida indiferencia.

—Que Marietta no sabe nada. ¿Qué va a ser? —sonrió de forma sospechosa.

Se dirigió hacia la puerta para irse, no obstante antes de salir se detuvo para decirle a Esteban.

—Deberías arreglar la puerta. La cerradura está rota y cualquiera podría entrar.

—Lo haré, no te preocupes.

En cuanto Daniel y el comandante salieron por la puerta, Esteban comprobó por la ventana que efectivamente se iban.

—Mete una muda en una mochila. Nos vamos ahora mismo —le

ordenó a una asustada Marietta.

—¿Lo saben? —preguntó temblorosa.

—Si no estaban seguros cuando vinieron, ahora sí lo están. Volverán y no lo harán solos.

—¿Por qué no han hecho nada ahora? Eran dos contra uno.

—Había una pequeña posibilidad de que pudiera con ellos. Al comandante le gusta jugar con todas las cartas a su favor. Quiere que pensemos que tenemos una oportunidad de escapar, así disfrutará más cuando nos mate.

Marietta empezó a temblar de forma ostensible. Esteban al verla se acercó a ella y la abrazó.

—No tenemos tiempo para eso —le dijo con suavidad pero con firmeza—. ¿Quieres vivir?

—Sí —respondió Marietta con voz temblorosa, como ya había contestado hace años cuando le había preguntado lo mismo.

—Pues mete una muda en la mochila porque nos vamos en este instante.

Marietta asintió y tratando de tranquilizarse fue a la habitación a hacer lo que le había dicho Esteban, sin embargo le temblaban tanto las manos que no era capaz de abrir los cajones.

Mientras tanto, Esteban bajó al sótano y cogió dos mochilas. Hacía tiempo que las tenía preparadas por si este día llegaba. En una llevaba una tienda de campaña y en la otra mochila, dinero, ropa y todo lo necesario para sobrevivir.

Cuando volvió a subir, Marietta ya le estaba esperando, pálida como un fantasma. En ese mismo momento se juró que si salían de esta intentaría ser un hombre mejor. El tipo de hombre que se merecía Marietta.

Cogiéndola del brazo la llevó a la parte posterior de la cabaña para que salieran por una ventana.

—¿Y ahora? —preguntó Marietta ya en el exterior.

—Ahora huimos.

—¿Hacia dónde?

—A las montañas —dijo tirando de ella para que avanzara, no tenían mucho tiempo antes de que volviera el comandante con más hombres.

—¿Qué hay ahí? ¿Una ciudad?

—No. No hay absolutamente nada.

—Entonces ¿por qué vamos hacia allí?

—Porque en el pueblo es el primer sitio donde nos van a buscar.

Se detuvo mirándola con tristeza.

—No sé si lo lograremos Marietta, tienes que saberlo.

—¿Y por qué no nos quedamos en el sótano hasta que dejen de buscarnos? Como habías planeado hacer cuando pensabas huir tú solo.

—Porque a estas alturas todo el mundo sabe que tengo un escondite. Si no lo encontraron hasta ahora fue porque al comandante le daba igual. Nunca mandó a nadie que lo buscara, pero si desaparecemos, removerá la cabaña aunque tenga que tirarla abajo. Eso quizás nos dé un poco de tiempo hasta que se den cuenta de que nos dirigimos al peor destino posible.

Tres días después, Marietta estaba agotada. Caminaban durante todo el día, parando apenas unos minutos para comer y hacer sus necesidades y unas pocas horas para dormir.

En esos tres días no habían oído a nadie que les persiguiera, aunque

Esteban le había asegurado que solo sería cuestión de tiempo que tomaran ese camino, según él lo único que podrían hacer cuando eso pasase sería esconderse. Él solo no podía hacer frente a todo el grupo, así que la única oportunidad que tenían era que no les viesen y pasasen de largo.

No fue hasta que hubo trascurrido una semana que los oyeron. Al principio, Marietta sintió hasta cierto alivio, no soportaba más la tensión. El temor constante de que les encontraran. Llevaba una semana prácticamente con la misma ropa, se sentía sucia y hambrienta. Aunque Esteban le procuraba carne de los animales que cazaba, racionaban la comida. Cuando finalmente los oyó, lo primero que pensó fue que por fin se iba a acabar todo, o vivirían o morirían.

Esteban la condujo hasta el saliente de una roca, la tapó con unas hojas y le pidió que estuviese muy callada. Marietta no podía parar de temblar, cerró los ojos y rezó para que no la vieran.

—Han pasado de largo —le susurró Esteban una hora después, cuando volvió a buscarla—. Dejé un rastro falso y lo están siguiendo, es nuestra oportunidad, debemos volver.

—¿Volver? —Después de todo lo que habían pasado para alejarse ¿y ahora quería volver?

—Sí. Ya nos habrán buscado en el pueblo y habrán descartado que estemos allí, así que ahora es el momento de ir allí, cuando están convencidos de que estamos en la montaña.

Tardaron más de una semana en volver por donde habían venido y llegar al pueblo. Cuando avistaron las primeras casas, Marietta se derrumbó en el suelo llorando.

—Lo siento —balbuceaba entre sollozos.

Esteban se arrodilló frente a ella y la abrazó.

—No pasa nada. Lloro si es lo que necesitas.

En todos los días transcurridos desde que habían empezado a huir, apenas la había tocado. Esteban sabía que estaba dolida y que no entendía por qué la apartaba, sin embargo tenía que estar totalmente alerta y centrado, tenía miedo de que si sucumbía a sus deseos, se distraería y los encontrarían, pero ahora, con la imagen del pueblo frente a ellos, se permitió pensar que quizás lo lograrán.

—Espera aquí —le dijo antes de adentrarse en las calles—. Voy a robar un coche.

—¿Para qué? —preguntó Marietta con desesperación, no aguantaba más.

—No nos podemos quedar en el pueblo, ¿cuánto crees que van a tardar en avisar al comandante que estamos aquí? La única posibilidad que tenemos es robar un coche y llegar a la ciudad más próxima, allí podremos coger un tren para salir del país. Mientras tanto, tienes que lavarte, con ese aspecto no podemos llegar a la ciudad. Te voy a llevar hasta un arroyo donde podrás limpiarte y cambiarte de ropa.

Marietta asintió tratando de tranquilizarse. Se limpió las lágrimas y le siguió hasta que llegaron al arroyo. Una vez allí Esteban se fue dejándola sola. Mientras esperaba a que volviera, trató de limpiarse de toda la mugre acumulada en estos días.

Estaba terminando de vestirse cuando oyó el sonido de un coche, se escondió con temor hasta que comprobó que se trataba de Esteban. Salió de su escondite medio desnuda y para su consternación él ni la miró, se limitó a desnudarse para lavarse, dándole la espalda. Marietta no entendía nada. No sabía el motivo por el que la ignoraba totalmente, no obstante le dolía.

Esteban tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no mirarla, si lo

hacía no podría resistirlo, la deseaba tanto que hasta le dolía. Tuvo que darle la espalda para que no se diese cuenta de su estado de excitación. Tampoco podía hacer nada para aliviarse, por lo menos no delante de ella, así que apretando los dientes, se lavó con rapidez, se cambió de ropa y por fin se giró hacia ella.

—¿Estás lista?

Marietta asintió con firmeza sin mirarle a la cara.

—Pues vamos.

Subieron al coche y todavía transcurrió más de una hora antes de que distinguieran una ciudad a lo lejos. Una vez allí, Esteban condujo hasta la estación de tren.

—¿Por qué no podemos continuar en coche?

—Porque pueden surgir mil imprevistos. Que no encontremos una gasolinera, que tengamos una avería... No me gustaría quedarme tirado en medio de la nada ¿A ti?

Marietta negó con rapidez.

—Lo mejor será tomar un tren. Antes de que te des cuenta habremos abandonado el país.

Marietta se sorprendió cuando Esteban sacó pasaportes falsos tanto para él como para ella. Todo estaba resultando tan sencillo que le parecía como si fuera algo irreal. Habían sacado los billetes y les habían informado de que el tren salía en diez minutos. Habían subido al mismo y en ese instante estaban sentados en un compartimento privado con cama. Por primera vez Marietta pensó que por fin eran libres.

—¿Cómo has conseguido un pasaporte falso para mí? —preguntó una vez que arrancó el tren.

—De la misma forma que obtuve el mío. Hace tiempo que lo tengo. Quería estar preparado.

—¿Siempre lo has sabido?

—¿El qué?

—Que íbamos a tener que huir.

—Sí. Lo que no sabía era cuándo.

Después de esa afirmación poco más hablaron. A Esteban le estaba pareciendo demasiado fácil, no podía quitarse de encima la sensación de que les estaban permitiendo irse.

Marietta estaba tan agotada que se tumbó sobre la cama suspirando.

—Despiértame solo si intentan matarnos —le pidió con voz somnolienta antes de dormirse.

Esteban la miró con ternura. No podía más que admirar cómo había sobrellevado la experiencia por la que acababan de pasar. En ningún momento se había quejado. Ni por el cansancio, ni por la suciedad, ni por la falta de comida, ni siquiera por su frialdad, a pesar de que sabía que eso le dolía.

Pensar en que pudiera pasarle algo, le provocó un dolor casi físico. Sintió como si alguien le estrujara el corazón y tuvo que sentarse en la cama sin aliento, frotándose el pecho tratando de aliviarlo. Acarició los cabellos de Marietta y notó que sus manos temblaban. Tenía que dejarla descansar, quería que la primera vez que estuvieran juntos fuera especial, sin miedos ni angustias y sin el cansancio de dos semanas caminando sin parar.

Horas después Marietta abrió los ojos y durante unos segundos no supo dónde se encontraba, hasta que el traqueteo del tren le recordó que lo habían logrado. Habían escapado. Se giró hacia un lado y vio a Esteban que la miraba en

silencio.

—¿Cuánto tiempo he dormido? —preguntó con la voz enronquecida por el sueño.

—Doce horas. Ya hemos cruzado el país —le informó Esteban con voz suave al tiempo que acariciaba su rostro con un dedo.

—¿Estamos a salvo?

—Espero que sí —murmuró al tiempo que se acercaba y lamía uno de sus labios con la lengua.

Los escalofríos invadieron a Marietta y empezó a temblar.

—¿Qué.... haces? —preguntó con voz temblorosa.

—Lo que llevo queriendo hacer desde hace días —le confesó mordiéndole el labio con suavidad.

Los temblores de Marietta se intensificaron, no entendía su cambio de actitud.

—¿Por qué ahora? —preguntó con un jadeo.

Esteban se detuvo para mirarla con intensidad.

—¿Crees que en todos estos días no te he deseado? ¿No te das cuenta de que he tenido que contenerme para no tocarte? Porque sabía que si empezaba no iba a poder parar. No tengas miedo —le susurró mirándola con ternura—. No haremos nada que tú no quieras.

—Sí quiero —murmuró Marietta sin aliento.

—Cierra los ojos —le sonrió Esteban.

Cuando Marietta le obedeció procedió a depositar suaves besos en los párpados, bajando por sus mejillas hasta llegar al cuello. Se lo lamió con suavidad arrancándole pequeños gemidos ahogados.

—No te muevas —le susurró al oído.

Poco a poco fue subiéndole la camiseta, besando cada trozo de piel que descubriría. Le lamió el ombligo haciendo que se retorciera, subiendo con la lengua hasta el valle entre sus pechos, sopló sobre cada uno de ellos haciéndola jadear.

—Esteban —gimió Marietta con los ojos cerrados, notando la humedad entre las piernas.

—Abre los ojos —murmuró Esteban.

Cuando ella lo hizo, él se apartó a un lado para quitarse la camisa y los pantalones, no llevaba ropa interior, así que ella pudo ver claramente cuánto la deseaba.

—Quítate la ropa —le pidió Esteban mirándola con tal deseo que Marietta sintió como si ardiera.

No necesitó que se lo repitiera. Se puso en pie y se quitó toda la ropa, quedando frente a él, expuesta en toda su gloria, como aquel día que ahora parecía tan lejano.

Esteban quedó sin aliento, a pesar de que ya la había visto desnuda no había podido hacerlo como ahora, despacio. Disfrutando con la visión de sus pechos, ofreciéndose a él como frutas maduras. De sus piernas torneadas que deseaba tener aferradas a las caderas y de la unión entre sus muslos, el lugar en el que deseaba sumergirse para disfrutar de su dulzura.

Marietta estaba frente a él, desnuda y excitada. Se suponía que debería sentir vergüenza y sin embargo, en ese momento no la sentía, lo único que deseaba era que se acercara y la hiciera sentir el placer que había oído en otras mujeres. En aquellas noches malditas en las que se había quedado despierta, oyendo los gemidos provenientes del cuarto contiguo y deseando ser ella la que estuviera entre sus brazos.

Esteban se acercó a ella y cayendo de rodillas la abrazó por la cintura.

—Eres una diosa —afirmó con pasión.

Introdujo una de sus manos entre los muslos, sumergiendo un de dedo en sus profundidades y arrancó de Marietta un gemido ahogado que provocó que se doblase por el placer.

—Túmbate y abre las piernas para mí —le pidió Esteban al tiempo que la empujaba con suavidad hacia la cama.

Cuando la tuvo cómo la quería, abierta para él. Hundió la cara entre sus muslos lamiéndola. Marietta estaba tan sensibilizada, que se corrió en ese mismo instante con un grito. Esteban continuó lamiéndola, bebiendo sus gemidos. Provocándole un orgasmo tras otro hasta dejarla agotada y temblorosa. Solo entonces subió por su cuerpo hasta alcanzar su boca.

—Abre los ojos Marietta. Quiero que me mires cuando te posea.

Marietta le miró con los ojos vidriosos por el deseo y para Esteban fue la visión más hermosa que jamás había tenido. Se situó entre sus piernas y con suavidad fue introduciéndose en su interior. Se detuvo unos instantes al notar una barrera, para a continuación cruzarla con firmeza.

Marietta sintió un fogonazo de dolor que la sacó del mundo de sensaciones en el que se encontraba, Esteban salió un momento de su interior y cuando volvió a introducirse, el dolor fue sustituido por un placer tan grande que le arrancó un jadeo.

Esteban pensó que si muriera en ese instante no le importaría. Desde que tenía memoria había odiado su vida, sin embargo allí, en ese instante, pensó que si Marietta era su recompensa por todo lo que había pasado, había merecido la pena. Se derramó en su interior en una explosión que los dejó a ambos agotados y sin aliento.

Esteban jamás se había sentido así con ninguna mujer, con una paz en su interior y una sensación extraña que no sabía definir. Era como si fuera...

¿felicidad? No estaba muy seguro, ya que jamás lo había sentido, no obstante si le tuviera que dar algún nombre, sería ese.

Hicieron el amor varias veces con el transcurso de las horas. Unas veces con ternura, como si tuviesen todo el tiempo del mundo y otras con pasión, como si el mundo estuviera llegando a su fin, para finalmente yacer saciados y tranquilos, pero incluso en esa burbuja en la que estaban sumergidos, una sensación molesta, de que todo estaba resultado demasiado fácil, asaltaba a Esteban haciéndole pensar que esto no podía durar.

—Vístete —le dijo con ternura—. Busquemos algo para comer, seguro que este tren tiene un vagón restaurante.

Se vistieron despacio, bromeando entre risas. Marietta era feliz. Era el comienzo de una nueva vida para los dos, lejos de Daniel y del comandante y de todos los horribles actos que Esteban se había visto obligado a cometer.

Fueron al vagón restaurante cogidos de la mano como dos adolescentes. Una vez allí se sentaron en una mesa y pidieron algo para comer. La comida transcurrió entre sonrisas y caricias, alimentándose el uno al otro. Años después Esteban recordaría aquel momento como uno de los más felices de su vida.

Cuando acabaron de comer volvieron al compartimento. Aún quedaban un par de horas de viaje. Justo cuando Marietta iba a entrar, girando la manilla de la puerta, Esteban la detuvo cogiéndola por la cintura y depositando un tierno beso en su cuello, le susurró al oído.

—Te amo Marietta.

Al entrar en el compartimento le detuvo un grito ahogado. Allí en medio, sentado en la cama, mirándoles con una sonrisa de satisfacción en el rostro, estaba Daniel.

Un golpe en la cabeza y el mundo se volvió negro para Esteban.

Cuando Esteban volvió en sí se dio cuenta de que ya no estaban en el tren. No sabía cuánto tiempo había transcurrido. Miró a su alrededor y no vio a Marietta por ningún lado. Estaba en un cuarto vacío, atado a una silla atornillada al suelo. Notaba la cabeza pesada y un agudo dolor en un lado de la cabeza.

Frente a él a través de un cristal distinguía un cuarto, semejante al mismo en el que se encontraba y que en el momento actual estaba vacío.

En ese momento el sonido de una puerta que con toda probabilidad estaba a su espalda, hizo que girase la cabeza.

—Era hora de que despertaras —oyó a Daniel que se dirigía hacia él con una gran sonrisa de satisfacción—. Ya me estaba aburriendo de esperar a que despertaras y no me parecía divertido hacerlo sin que lo vieras.

—¿Hacer qué? —preguntó sintiendo por primera vez en su vida adulta una ola de terror tan grande que durante unos instantes le dejó paralizado— ¿Dónde está... Marietta? —Hasta pronunciar su nombre le costó un gran esfuerzo, tal era el temor que le invadía al imaginarse a Marietta en manos de ese sádico.

—Estás pálido. ¿Qué te imaginas? —preguntó acercándose hasta él—. ¿Qué me la he follado? La verdad es que después de tanto tiempo esperándolo y al final no fue para tanto. Además ya estaba usada, sabes que me gusta desvirgarlas, así que se la tuve que pasar a los demás para que también se la follaran.

Esteban palideció al oírle y un odio tan grande inundó su corazón, que se juró a sí mismo que le mataría. Tendría que haberlo hecho hace años.

—Yo quería conservarla, sin embargo el comandante quiere que recibas una lección, así que tendré que matarla —le anunció con indiferencia.

En ese momento la puerta del cuarto situado enfrente se abrió y

entraron dos hombres sujetando por los brazos a una joven atada, con una capucha en la cabeza. Tenía la ropa desgarrada y los brazos cubiertos de arañazos. La situaron de espaldas a él y le sacaron la capucha. La negra melena de Marietta se derramó por sus hombros. Esteban deseó gritarle que no se preocupara, que la salvaría, pero antes de que pudiera abrir la boca, uno de los hombres que sujetaba a Marietta la degolló.

Mientras su cuerpo inerte caía al suelo, el horror de lo que acababa de presenciar inundó a Esteban de tal furia que si bien no logró soltarse de las cuerdas que le amarraban, sí consiguió arrancar uno de los brazos de la silla antes de que los hombres de Daniel invadieran la habitación y se lanzaran sobre él.

Daniel observaba toda la escena desde el otro extremo del cuarto, a donde se había refugiado un poco asustado, por los gritos salvajes que salían de Esteban, temiendo que lograra soltarse del todo y le atacara.

Los hombres de Daniel le golpearon repetidas veces, sin embargo Esteban parecía poseído de una fuerza sobrehumana. Entre cinco hombres y no lograban someterlo. Daniel se acercó finalmente hasta él y le pegó un tiro en el hombro, solo de esa forma lograron reducirlo.

Cuando Esteban volvió en sí, estaba tumbado en un camastro, amarrado y con el hombro vendado, frente a él el comandante le miraba con fijeza.

—Me has decepcionado Esteban.

—¿Por qué? —escupió Esteban con odio.

—¿Por qué? ¡Qué! ¿Por qué hice que la mataran? ¿Por qué le permití vivir hasta ahora? O ¿Por qué me has decepcionado? ¿Cuál quieres que conteste? La mocosa estaba viviendo de prestado. Si no fuera porque soy muy buena persona, hace años que Daniel la hubiera matado.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —preguntó con desprecio—. ¿Me vas a matar?

—Depende.

—¿De qué?

—De tu comportamiento, por supuesto. Eres mi hijo, no quisiera tener que matarte, aunque lo haré si es necesario.

—¿Dónde está Daniel? —preguntó Esteban destilando odio por todos los poros.

—¿Quieres matarlo? —rio el comandante—. Quizás te deje hacerlo algún día. Levántate —le ordenó lanzándole una camisa, al tiempo que cortaba con un cuchillo las ligaduras que le amarraban.

Esteban se levantó despacio, sin creerse totalmente que no fuera a matarle. Como un fogonazo una imagen de Marietta muriendo, pasó frente a sus ojos. Trató de relegarla al fondo de su mente. No podía permitirse pensar en ello o se derrumbaría y necesitaba toda su fuerza si iba a matar al comandante, porque si algo tenía claro era que lo iba a hacer.

Los días siguientes pasaron para Esteban como en una nube. Se levantaba, entrenaba, comía, dormía, pero no sentía nada. Era como un robot. Contestaba cuando le hablaban. Estaba vivo y a la vez no lo estaba. Lo único que le impulsaba a seguir era la venganza. Los iba a matar a todos y cada uno de ellos.

Su oportunidad no llegaría hasta un mes después de la muerte de Marietta. El comandante les comunicó que había llegado un trabajo. Nunca le dejaban solo y no le habían permitido tocar un arma, era evidente que aún no se fiaban de su lealtad.

—Quiero ir —exigió Esteban con firmeza.

—Me alegra que digas eso —le dijo el comandante mirándole con

orgullo—. Es tu oportunidad de resarcirte. Tenemos que hacerle una visita al dueño de un periódico —contó dirigiéndose a los otros dos hombres que se encontraban en el cuarto—. No quieren que le matemos, solo que le demos una lección. Lamentablemente está soltero y sin hijos, así que no podréis divertirnos mucho —anunció entre las risas de los hombres—. Perdona que no me fie mucho de ti, Esteban, así que no irás solo, te acompañarán Jorge y Pablo.

Esteban se limitó a asentir.

Esa misma tarde cogieron un avión rumbo a su destino. Después de todos los años transcurridos aún seguía asombrándole a Esteban, la facilidad con la que el comandante conseguía a su disposición, todos los medios necesarios para realizar los trabajos que le encargaban.

Hacía tiempo que sabía que en realidad el comandante era el jefe de un equipo, que a su vez formaba parte de una organización mucho mayor. El tipo de organización capaz de quitar y poner gobiernos a voluntad. Se juró que después de matar al comandante dismantlaría la organización. No conocía todos los entresijos, sin embargo sí sabía a dónde tenía que acudir para lograrlo, a pesar de que el comandante había intentado ocultar todos sus secretos, Esteban sabía muchas cosas.

Todos estos pensamientos cruzaban por la cabeza de Esteban, mientras golpeaba al hombre al que tenían que dar una lección, y como antes de que Marietta entrase en su vida, se dio cuenta de que no sentía nada. Le golpeó una y otra vez, con furia, oyó el sonido de huesos rompiéndose. No le importó y continuó golpeándole.

—¡Esteban! ¡Esteban! ¡Detente! ¡Lo vas a matar! ¡Tenemos que dejarlo con vida! —le recordó Jorge sujetándole con fuerza para que no continuara machacándole.

Esteban se desasíó con furia mirándose las manos manchadas de sangre, tenía los nudillos en carne viva, pero aun así no sentía nada. Se fueron de la casa y del país con la misma rapidez con la que habían llegado. Jorge y Pablo informaron al comandante de lo sucedido con Esteban y este sonrió con satisfacción.

—Me alegro de que estés de vuelta Esteban. Te he echado de menos — le dijo con alegría dándole palmadas en el hombro—. Tenemos que celebrarlo. ¡Jorge! Vete a buscar unas cuantas putas al pueblo. Vamos a hacer una fiesta para celebrar la vuelta del hijo pródigo.

Todos los hombres empezaron a dar voces con alegría. Dando palmadas en el hombro de Esteban, felicitándole por haber vuelto a ser el mismo cabrón que había sido. Le acompañaron hasta la casa, intercambiando bromas.

Esteban se dejó llevar sin decir nada. Cogió una cerveza y mientras fingía que bebía vio cómo sus antiguos compañeros se emborrachaban. Le daban asco. Tiempo después llegó Jorge con unas mujeres del pueblo, cogieron a una de ellas y la empujaron a los brazos de Esteban.

—¡Que se la folle! ¡Que se la folle! —gritaban entusiasmados.

Esteban la miró y se dio cuenta de que se parecía a Marietta. Por primera vez desde su muerte sintió algo, una opresión en el pecho que le hizo rechazarla.

Todos se quedaron en silencio, mirándole y él se dio cuenta de que era una prueba. Tenía que superarla, no obstante, no con ella. Jamás con alguien que se le pareciera. Así que la alejó de sí y se acercó a una rubia, alta, que no se parecía en nada a Marietta. Empezó a besarla de forma mecánica, sin pasión y allí delante de todos se la folló.

Al fondo, el comandante le miraba con satisfacción. Una vez hubo

acabado, se acercó a él y le abrazó.

—Acompáñame —le pidió—. Brindemos por los viejos tiempos—. Esteban le siguió sin decir nada.

Cuando salieron afuera, el comandante se detuvo en la entrada. —Me tenías preocupado, hijo. Me alegro de que hayas olvidado a la mocosa.

Pasándole el brazo por los hombros, entraron en la casa del comandante. Este se dirigió al mueble bar para servirse una bebida. En ese momento, Esteban le apuñaló.

Al principio, el comandante se giró mirándole con estupefacción, como si no se creyese que hubiera sido capaz de apuñalarle. El vaso que sujetaba se resbaló de su mano haciendo un ruido sordo al caer al suelo. Trató de emitir un grito, dar la alarma, aunque solo logró, emitir un estertor. Esteban con frialdad, mirándole a los ojos, volvió a hundir el puñal en su pecho, sacándolo y volviéndolo a introducir una y otra vez, viendo cómo el hombre que se definía a sí mismo como su padre, se desangraba.

Ni siquiera ver cómo sufría, logró sacar a Esteban del entumecimiento en el que se encontraba. Se sirvió un *whisky*, se sentó en el sofá y esperó con tranquilidad oyendo los estertores de su respiración, hasta que finalmente murió.

Siguió sentado, bebiendo *whisky* hasta que oscureció. Solo entonces salió de su inmovilidad y decidió hacer lo que debería haber hecho hace tiempo, y que ahora mismo en la oscuridad, se preguntaba el motivo por el que no lo había hecho antes, cuando todavía ella vivía.

Cogió el arma del comandante, ya que aunque le habían dejado llevar el puñal, no se fiaban de él lo suficiente como para darle otro tipo de arma. Cogió el silenciador, un montón de balas y salió a la oscuridad de la noche. Los hombres habían acabado de divertirse y todos estaban ya durmiendo.

Fue entrando una a una en todas las casas. Silencioso, forzando las puertas. Los mató a todos. Sabía que algunos de ellos, como él, habían sido niños obligados a convertirse en asesinos, pero no podía dejar a ninguno con vida y sin embargo al que más deseaba matar, a Daniel, no lo encontró, por más que le buscó por todo el campamento, había desaparecido. Desde el día de la muerte de Marietta no le había vuelto a ver, pero pensaba que era porque le evitaba. Se juró que le encontraría y le mataría.

Volvió a la casa del comandante, recopilando toda la información que le pareció importante, cogió todo el dinero que pudo reunir y se marchó con un objetivo en mente. Sabía a dónde tenía que dirigirse para que le ayudaran a desarticular la organización. Por fin tenía un objetivo para seguir viviendo, pagarían por la muerte de Marietta.

7

Cinco años después.

Sonia miraba la pantalla del ordenador sin saber qué hacer. No recordaba la última vez que había visto personalmente a un cliente. Lo evitaba. No se le daba bien relacionarse con la gente. Sin embargo este cliente exigía conocerla en persona. No a ella en particular, si no a quien fuera a realizar el trabajo.

En otras circunstancias simplemente se hubiera negado, no obstante se lo estaba pidiendo Susana, la persona, que le había ayudado a salir del pozo en el que había estado hundida. Fue la única persona capaz de llegar hasta ella y darle un propósito para seguir viviendo. La animó a estudiar programación y la ayudó a conseguir su primer trabajo. Gracias a ella había recuperado un cierto simulacro de vida.

Le iba bien, ganaba bastante dinero. Lo suficiente para poder comprarse una casa y tener independencia. Nunca trataba cara a cara con nadie, solo a través de la red.

—Es el presidente de una fundación que ayuda a niños soldado —le había dicho Susana.

Al oír aquello el corazón de Sonia se paralizó durante unos segundos y no fue capaz de hablar.

—Es una persona muy reservada, casi tanto como tú. No acude a ningún acto público. Nunca sale en la prensa, pasa totalmente desapercibido.

—¿Qué es con exactitud lo que quiere que haga? —Logró preguntar cuando se le aflojó el nudo que constreñía su garganta.

—Le están intentando chantajear, quiere que averigües quién es el responsable.

—¿Tiene algún trapo sucio?

—Esa es la cuestión. Ricardo Montesinos no tiene ningún trapo sucio en su vida.

—¿Entonces? ¿Con qué le chantajea? ¿Y por qué no acude a la policía?

—No eres la única que necesitó volver a empezar. —Fue lo único que dijo Susana y sin embargo fue suficiente para que comprendiera el motivo por el que quería su ayuda.

Susana trabajaba en una ONG y en muchas ocasiones ayudaban a personas a iniciar una nueva vida, incluso dándoles una nueva identidad.

Por eso ahora mismo, miraba por la ventana de su habitación sin saber qué hacer. Apoyó la frente en la ventana con un suspiro. Le gustaba su vida, era tranquila. Nunca veía a nadie, si aceptaba ese trabajo tendría que irse a vivir a Madrid hasta que el trabajo estuviera hecho. La idea de vivir en una gran ciudad la aterrorizaba, le recordaba otra época de su vida, una que había intentado con desesperación olvidar. Sin embargo se lo debía a Susana, así que supo que tendría que ir.

Miró su reflejo en el espejo. Su larga melena color negro que en un tiempo había rozado su cintura, había sido sustituida por una corta melena de un tono rubio casi blanco que reposaba sobre sus hombros. Distraída pasó un dedo por la mejilla, notando la dureza que delimitaba el punto exacto por el que había discurrido la herida, de la que solo quedaba una débil cicatriz. La cirugía estética se la había borrado, así como el resto de las heridas que una vez habían marcado su rostro, modificando un poco sus rasgos y borrando los recuerdos que aquel cerdo había querido dejar tras de sí.

A veces, cuando se miraba como ahora, le parecía que no era la misma persona. Sus ojos, eran el único rasgo que conservaba de su antigua vida, por

eso en la mayor parte de las ocasiones los ocultaba con lentillas, modificando su color. Únicamente en momentos como ahora, cuando estaba a solas, se permitía lucir su color.

Sonia se frotó distraída las marcas de las muñecas. Normalmente las llevaba cubiertas, no obstante aquí, en la soledad de su habitación podía mostrarlas por lo que eran, un símbolo del pozo tan profundo en el que había caído.

—¿Cuándo tengo que estar allí? —Fue lo primero que preguntó en cuanto Susana descolgó el teléfono.

Fany soltó un gemido al alcanzar el orgasmo antes de echarse sobre Ricardo como una gata satisfecha.

—Eres maravilloso. Te quiero —le dijo con dulzura abrazándole.

—Y yo a ti —contestó Ricardo de forma automática a su esposa, aunque en el mismo momento en que lo dijo se sintió como un hipócrita.

Estefanía era una chica muy dulce que se merecía que la amaran y aunque él sentía cariño por ella, no la amaba de la forma que estaba seguro que ella deseaba. El problema era que hace años había entregado su corazón a un fantasma y no se lo podía reclamar. Cinco años y sin embargo para él era como si hubiese sido ayer, el último día que había visto a Marietta.

Después de haberlos matado a todos, se había dirigido a las autoridades y les había proporcionado las pruebas necesarias para dar con las personas a cargo de la organización para la que trabajaba el comandante, a cambio de inmunidad por sus actos y una nueva identidad. Un año había costado dismantelar la organización. Sin embargo a Daniel no había podido encontrarlo, era como si se lo hubiera tragado la tierra.

Se había pasado ese año sumido en una fiebre de ira tan grande. Borracho la mayor parte del tiempo, drogándose y metiéndose en problemas, incluso le habían amenazado con sacarle del programa de protección de testigos. Le importó una mierda.

Hasta que una noche, mientras se metía un chute en los baños de un local de alterne, oyó voces que parecían provenir del baño contiguo, golpes y el gemido ahogado de una mujer. Salió del baño molesto por la interrupción y al pasar junto a la puerta los vio.

El hombre estaba entre las piernas de una chica, follándosela, mientras ella lloraba. Era evidente que era una violación, ella levantó la cabeza y le miró. En ese momento sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el pecho, porque se parecía a Marietta. Agarró al tipo por la camisa apartándolo de ella y le dio una paliza, mientras la chica se derrumbaba en una esquina llorando.

Se miró en el espejo y se estremeció. Se vio a sí mismo, sucio, con los ojos rojos, los nudillos despellejados y la ropa llena de sangre y sintió asco de sí mismo. Si Marietta le viera en ese momento huiría asustada. ¿Qué pensaría ella de que hubiera permitido que violaran a una mujer frente a él?

Salió huyendo del local, sintiendo una vergüenza tan grande que le hizo darse cuenta de que no podía seguir así. Aunque solo fuera por el recuerdo de Marietta, debía cambiar de vida, convertirse en el tipo de persona que alguna vez había soñado en ser junto a ella.

Lo había logrado. Había cambiado totalmente de vida, tratando de hacer honor a su recuerdo. Todo el mundo le conocía como Ricardo Montesinos. Un empresario mejicano de ascendientes españoles que supuestamente había llegado a España tras la muerte de sus padres en un accidente. Había comprado un periódico y una revista y gracias a su buen ojo

contratando buenos profesionales los había convertido en dos importantes referentes de la información.

No tenía ningún problema económico, ya que antes de dismantelar la organización, se había hecho con muchos de sus activos y podría decirse que era millonario. Hacerse con la propiedad de un periódico, había sido su manera de estar al tanto de cualquier información que pudiera aparecer referente a él mismo y que pudiera poner en peligro su identidad.

No se prodigaba en los medios y jamás se dejaba fotografiar. Sin embargo a pesar de todas sus precauciones, alguien había descubierto quién era en realidad y le había estado enviando *emails* chantajeándole. Esperaba que la experta en informática enviada por Susana le ayudase a encontrar a la persona responsable.

—¿En qué piensas? —le preguntó Estefanía al ver que estaba muy callado.

—En la suerte que tengo de que me quieras —le mintió, apartándola con suavidad para vestirse.

—¿A dónde vas?

—Tengo que reunirme con una programadora informática.

—¡Es domingo! —exclamó Fany con indignación—. ¿Por qué tienes que reunirte hoy con ella?

—Es una persona muy reservada —le explicó Esteban—. No suele tratar directamente con los clientes. Pero como he exigido verla en persona, ella a su vez ha pedido reunirse exclusivamente conmigo, y acudir a la empresa fuera del horario habitual de trabajo. Por eso he quedado hoy con ella.

—Voy a ir contigo —le anunció levantándose también ella para vestirse—. Podría ser una loca.

—No tienes que tener celos —le dijo Esteban mirándola con una sonrisa afectuosa—. No estaremos solos. Va a estar Julia, la recepcionista. Además vamos a hablar de trabajo, te vas a aburrir.

—Eso lo decidiré yo —replicó Estefanía con una mirada de rebeldía en su rostro.

—Está bien —aceptó Esteban levantando las manos en señal de rendición—. Que conste que te lo he advertido.

En realidad lo que tenía que hablar con esa mujer no era algo que quisiera que Fany supiera, pero si le decía que no acudiese, iba a ser peor, así que tendría que disimular. Esperaba que cuando se diera cuenta de que efectivamente era una reunión de trabajo, decidiera no quedarse.

Sonia miró el edificio con temor. Le temblaban las manos y le faltaba el aire. La verdad era que estaba aterrorizada. Se había acostumbrado al aislamiento y la soledad y esta ciudad ya le estaba pasando factura.

Había llegado el día anterior y se había dirigido directamente al apartamento amueblado que había alquilado. El tráfico, la gente, todo le estaba afectando y tener que reunirse en persona con un cliente también.

La tarde anterior, había intercambiado un par de mensajes de correo electrónico con Ricardo Montesinos. Si bien estaba dispuesta a trabajar personalmente con él, no quería estar en una empresa rodeada de desconocidos, así que le había pedido reunirse en domingo, a sabiendas de que la empresa estaría vacía.

Empezó a sentir los inicios de un ataque de ansiedad. Se puso en cuclillas con la cabeza entre las piernas, inspirando y espirando unas cuantas veces hasta que se tranquilizó. Se secó el sudor de las manos frotándolas contra la ropa y en cuanto se sintió mejor, se obligó a entrar en el edificio,

cuya puerta se encontraba abierta.

Lo primero que le llamó la atención fue que a pesar del tamaño del mismo, la entrada aunque no era pequeña, sí era acogedora. Al fondo de la misma se encontraba un mostrador en el que una jovencita con el pelo de punta, le saludó con una sonrisa en el momento que la vio.

En cada uno de los lados había cómodos sillones en los que podía sentarse la gente a esperar. Las paredes estaban decoradas por impactantes portadas del propio periódico. Todo tenía un aire moderno y cercano, que hacía sentir bien a la persona que allí acudía.

Sujetando con firmeza las correas de la mochila que llevaba y tratando de dar una imagen de mujer segura de sí misma, se acercó al mostrador para hablar con la joven. Al acercarse a ella, le sorprendió descubrir que tenía un gran número de *piercing*, en las orejas, en la nariz, en una de las cejas y cuando habló, atisbó uno en la lengua.

—Buenos días —le saludó la chica con voz cantarina—. ¿La señorita Sonia Díaz?

—Sí, soy yo. El señor Montesinos me está esperando—contestó colocándose mejor las gafas de culo botella, que utilizaba como una barrera para protegerse de las miradas de la gente.

—Efectivamente. Me pidió que le dijera que subiera en cuanto llegara. Coja el ascensor de la derecha. Suba a la quinta planta y nada más salir del ascensor, la puerta del fondo. Hoy no está su secretaria, así que voy a avisarle yo, de que ya ha llegado —le informó, señalándole la dirección del ascensor, mientras descolgaba el teléfono para avisar.

El ascensor tenía un hilo musical que emitía una melodía tranquilizadora. Todo en ese sitio estaba diseñado para que la gente estuviera a gusto en él. Eso hizo que su opinión sobre Ricardo Montesinos subiera un

par de puntos.

Había indagado sobre él, y lo más llamativo, era que siendo el propietario de un periódico y una revista y el presidente de una fundación, no existiera ninguna imagen gráfica de él. Nunca posaba en ninguno de los eventos a los que acudía, y las pocas fotografías que habían captado su presencia, siempre eran de espalda o demasiado lejanas como para hacerse una idea exacta de cómo era. Por lo que había visto de su biografía, lo único que sabía a ciencia cierta, era su edad. Aunque sabiendo que Ricardo Montesinos no era su verdadera identidad, no estaba segura de que el dato de su edad fuera cierto, aunque se imaginó que si sería aproximada.

El sonido del timbre del ascensor, indicando que había llegado a su destino la sacó de sus ensoñaciones. El ascensor se abrió frente a un *hall* en el que vio una mesa a su derecha. Supuso que sería la de la secretaria, que no estaba trabajando ese día y al fondo, como le había dicho la recepcionista, una gran puerta. Y en el frente de la misma en grandes letras doradas, el nombre del dueño del periódico. Ricardo Montesinos.

Cruzó el pasillo sin que sonaran sus pasos, amortiguados por la suave alfombra blanca que conducía hasta la puerta. Llegó frente a la misma y llamó.

—Adelante —oyó una voz masculina amortiguada.

Al abrir la puerta lo primero que vio fue, que a pesar de que había sido muy clara al decir que solo quería entrevistarse con él, había dos personas en la habitación.

Lo primero en lo que se fijó fue en la mujer. Era muy hermosa. Alta. Rubia, de ojos verdes que brillaban como si fueran esmeraldas. Llevaba un vestido entallado que destacaba lo delgada de su figura y unas espectaculares piernas subidas a unos altísimos tacones. Parecía un ángel, un ángel que en este momento la miraba con sorpresa y luego con compasión. Al contrario que

la recepcionista que le había hecho sentir bien, la mirada de esa mujer le hizo sentirse mal.

Estefanía miraba con lástima a la chica que había entrado por la puerta. Cuando Ricardo le había dicho que solo quería tratar con él y a solas, le había parecido una excusa, creía que debía ser alguna lagarta buscando tirarle los tejos a su marido, sin embargo cuando la vio sintió lástima por ella. Llevaba una ropa informe. Una especie de saco que no permitía apreciar su figura, y unas gafas de culo botella que apenas permitía vislumbrar sus ojos. Apenas era una niña y se frotaba las manos contra la ropa con nerviosismo. Llevaba el pelo de un color rubio casi blanco, muy poco favorecedor. Fany sonrió con satisfacción, al comprobar que no era rival para ella. Se podía ir con tranquilidad y dejarles a solas. Las cuestiones informáticas no eran algo que le interesara de forma especial.

—Hola. Soy Estefanía, la esposa de Ricardo —le saludó con amabilidad—. Os voy a dejar a solas porque a mí las cuestiones de trabajo me aburren soberanamente —Girándose hacia Ricardo le susurró con una sonrisa, después de besarle en los labios—. Llámame cuando acabes, para que comamos juntos. —Y se fue dejando atrás un rastro de perfume.

Todo había sucedido tan rápido que Sonia no había sido capaz de reaccionar. Cuando esa mujer se presentó como la esposa de Ricardo y la descartó como si fuera insignificante, se dio cuenta de que su presencia era únicamente porque había querido echarle un vistazo, y era evidente que había considerado que no era rival para ella y por eso se iba dejándoles solos. En ese momento le prestó atención al hombre al que había venido a ver y al cual todavía no había podido ni mirar, ya que su presencia había quedado totalmente eclipsada por la de su esposa.

Al fijar la mirada en él se quedó paralizada. Se le cerraron los pulmones y sintió como si una garra de acero le apretara el corazón. No podía

hablar, no podía moverse. Solo mirarle. Mirarle y recordar...

Esteban vio con sorpresa cómo Fany se marchaba. Nunca entendería a las mujeres. Primero insistía en venir y ahora se marchaba a toda prisa. En cuanto salió por la puerta fijó su mirada en Sonia Díaz.

Lo primero que le sorprendió fue ver lo joven que parecía. Llevaba una especie de saco de un color horroroso que la hacía parecer pálida y enferma y que contrastaba totalmente con sus cabellos de un color tan rubio que era prácticamente blanco, dándole un aspecto aún más enfermizo. Llevaba unas gafas de cristales tan gordos que no hubiera podido asegurar si le estaba mirando o no. Sin percatarse de su extraña inmovilidad se acercó para saludarla tendiéndole la mano.

—Hola Sonia. Soy Ricardo. Me alegro de que hayas aceptado el trabajo. Siento la presencia de Estefanía, no obstante como verás, aparte de Julia, la recepcionista, no hay nadie más en la empresa tal y como me pediste —le dijo tendiéndole una mano que ella no tomó. Únicamente le miraba como si estuviera en trance.

Sonia sentía como si estuviera en una nube. Oía su voz, pero no era capaz de entender lo que decía. Veía su mano extendida pero había perdido la capacidad de moverse. Quería alejarse de él, gritarle que no la tocara, pero no era capaz.

El punto donde había tenido la cicatriz en su rostro le palpitaba y la visión se le volvió borrosa. Las paredes de la habitación empezaron a desdibujarse y de pronto ya no estaba allí.

Estaba en un cuarto inmundo, atada a una cama, mientras Daniel profanaba su cuerpo.

—¿Crees que vendrá a salvarte? —murmuraba jadeando por la fuerza de las embestidas—. No vendrá. Te ha olvidado.

Al principio no le creyó. Hasta que no lo vio ella misma, no fue capaz de creerlo.

Haciendo un esfuerzo, trató de empujar los recuerdos fuera de su mente, sin embargo estos habían sido tan vívidos que las náuseas invadieron su cuerpo y sin poder evitarlo vomitó allí mismo.

Esteban no se lo podía creer, mientras veía cómo esa niña vomitaba frente a él. No salpicándole por centímetros.

—¿Te encuentras bien? ¿Estás enferma? —preguntó con preocupación.

Le parecía que estaba incluso más pálida que cuando había entrado. Trató de tocarla, pero esta se apartó de un salto mirándole con horror.

—¡No me toques! —murmuró con voz ahogada—. ¡Ni se te ocurra tocarme!

—Perdona —le dijo levantando las manos en señal de rendición y alejándose de ella—. Solo quería saber si estabas bien.

Sonia le miraba con estupor. Ella que llevaba su rostro grabado a fuego en su corazón y él ni siquiera la había reconocido. ¿Tan poco había significado para él? Solo otra mujer con la que se había acostado. Tenía que recomponerse, porque jamás le iba a permitir descubrir cómo le había destrozado la vida.

—¿Dónde está el baño? —preguntó con voz ahogada sin mirarle a los ojos, tratando de limpiarse de la boca los rastros de vómito.

Esteban señaló una puerta a su espalda.

—Creo que será mejor que te espere fuera. Iremos a otro despacho en la planta de abajo, al de la redactora jefe.

—Está bien —murmuró Sonia pasando a su lado lo más alejada posible para que ni siquiera la rozara.

Oyó cómo Esteban abandonaba el despacho y dejó que las lágrimas la inundaran mientras se miraba en el espejo. ¿Susana lo sabría? Nunca le había hablado de Esteban, así que no se le ocurría cómo lo podría haber averiguado.

Se lavó la cara tratando de secarse las lágrimas, sin conseguirlo, porque las malditas no paraban de salir. Cuando finalmente fue capaz de dejar de llorar, sacó un puñado de pastillas de la mochila y se las tomó con manos temblorosas. Hacía tiempo del último ataque de pánico y ya no tomaba la medicación, no obstante en previsión la había traído y era evidente que había hecho bien.

Cerró los ojos unos segundos y trató de usar las técnicas de meditación que le había enseñado Susana. Tras unos minutos notó como empezaban a surtir efecto y se sentía cada vez más tranquila.

Podía hacerlo. Él ni siquiera la había reconocido. Finalmente, salió del despacho. Esteban... ¡No! Ricardo estaba esperándola de forma paciente, apoyado en la mesa de su secretaria.

Los años le habían tratado bien. Estaba tan guapo como lo recordaba, aunque diferente. Acostumbrada a verle en vaqueros o con ropa de combate, con el pelo casi rapado y sin afeitarse. Le chocaba verle con traje, perfectamente afeitado y con el pelo incluso un poco largo, para lo que era habitual en él. Se veía tan distinto... ¿Iría armado? se preguntó durante un segundo. Nunca le había visto sin un arma encima.

Recordó a la mujer que había conocido minutos antes. Su esposa. Pensar en ella fue como si le atravesaran con un puñal al rojo vivo. Era tan hermosa... ¿Sabría de su vida anterior? ¿Su verdadero nombre? Si no era así ¿Qué explicación le habría dado para las abundantes marcas de su cuerpo? Le hubiera gustado poder gritarle, pegarle. Era tal el odio que sentía en ese momento que no estaba segura de poder hablar, sin embargo tenía que hacerlo,

porque no podía darle la satisfacción de que supiera cómo había destrozado su vida.

Esteban no podía sacarse de encima la sensación de que conocía a Sonia de algo, aunque no lograba ubicarla. Al acercarse a él, distinguió la pálida cicatriz que cruzaba su mejilla. Se preguntó cómo se la habría hecho. Reconocía con claridad la marca dejada por un cuchillo, era el tipo de herida que él mismo había infligido muchas veces. Era evidente que alguien la había agredido. Apenas podía distinguir sus ojos por culpa de esas gafas que llevaba y no sabía por qué ese detalle le resultaba tan molesto.

Con un gesto le indicó para que se dirigieran al ascensor que les conduciría a la planta de abajo para ir a otra oficina. Quedarse en la suya quedaba fuera de discusión, el olor era insoportable. Tendría que pedirle a Julia que llamara al servicio de limpieza, porque si no, al día siguiente no podría trabajar en el despacho.

Entraron en el ascensor en completo silencio. Todo lo ocurrido hasta el momento había sido un poco violento y extraño. Lo único que esperaba era que no volviera a vomitar. Bajaron una planta y entraron en el despacho de la redactora jefe.

—¿Estás mejor? —preguntó Esteban en cuanto entraron.

Sonia elevó los ojos hacia él y durante un segundo... en ese momento Esteban se dio cuenta del motivo por el que tenía la sensación de que la conocía.

Se parecía... a Marietta.

No tenía su pelo color negro como el ala de un cuervo, ni sus ojos de aquel raro color violeta. Los de Sonia, ahora que la veía más cerca, eran de un marrón corriente y su pelo rubio casi blanco. Sus rasgos. Esos rasgos que tenía grabados a fuego en el corazón, no eran exactamente los mismos. La forma de

la nariz, de los pómulos y sin embargo, hubiera podido jurar que eran hermanas.

Por millonésima vez en estos años deseó que no estuviera muerta, si no allí, de pie, a su lado. Sintió un anhelo tan grande que tuvo que darle la espalda unos instantes para recomponerse y no abrazarla como si fuera Marietta.

Cuando ya se sintió mejor se giró hacia ella invitándola a sentarse.

—¿Te ha contado Susana lo que quiero que hagas?

—Me ha dicho que alguien te está chantajeando con revelar tu verdadera identidad. —contestó Marietta sorprendiéndose a sí misma por la firmeza de su voz.

—Efectivamente. Susana me dijo... que podía confiar en ti, aun así, he vivido todos estos años sin fiarme de nadie, por eso necesitaba conocerte en persona. Lo siento si eso te ha supuesto un problema. Es evidente que no te encuentras bien.

—¿Qué no me encuentro bien? —preguntó con voz ácida riéndose de forma histérica—. ¡Eres un gilipollas! —exclamó con desprecio pensando que se estaba burlando de ella.

Esteban se sorprendió por el exabrupto.

—No sé cuál es tu problema pero ni tú sabes nada de mí, ni yo de ti. —replicó enfadado.

Algo brilló en los ojos de Sonia al escucharle y Esteban durante unos segundos, tuvo la sensación de que le quería decir algo. En vez de ello apretó firmemente los labios como para impedir que palabra alguna saliera de su boca.

—¿Conoce alguien tu verdadera identidad? —preguntó Marietta con acritud al cabo de unos segundos.

—No —respondió Esteban con firmeza.

—¿Seguro? —insistió Marietta—. ¿Ni siquiera tu esposa?

Esteban no entendía por qué esa mujer le mostraba tanta animadversión. No quiso pensar que fuera algo personal. Si alguien la había atacado de forma salvaje, hasta el punto de dejarle esa cicatriz, era normal que reaccionara así ante cualquier hombre.

—Ni siquiera Fany sabe mi verdadero nombre.

Una sensación de triunfo recorrió el cuerpo de Marietta al pensar que no lo había compartido todo con esa mujer. Estaba segura de que ella no le conocía en realidad. Se horrorizaría si supiera las cosas que había hecho, las vidas que había quitado, los crímenes tan terribles que había cometido.

Le miró y el odio cubrió su cuerpo. Odio por haberla abandonado en manos de Daniel. Odio por no haberla querido lo suficiente como para luchar por ella. Odio por haber rehecho su vida con otra mujer y ni siquiera reconocerla.

Cerró los ojos tratando de tranquilizarse. Había venido a hacer un trabajo. Lo haría, se iría y jamás le volvería a ver.

—Necesito que me digas quién eres de verdad y cómo adquiriste esta identidad —Aunque lo supiese tenía que fingir lo contrario.

—No creo que eso sea necesario —replicó Esteban con voz tensa.

Ya era bastante duro pensar que alguien sabía quién era, como para también, tener que contárselo a esa mujer.

—No es imprescindible, pero facilitaría mi trabajo. Podría darme pistas de dónde buscar.

—Por eso quería un programador informático para hacer este trabajo. Si no, me hubiera limitado a contratar a un detective privado. La persona que

me chantajea me ha estado mandando mensajes de correo electrónico. Únicamente quiero que los rastrees.

Marietta no creía que fuera tan fácil. Le resultaba difícil creer que la persona que había sido capaz de averiguar la verdadera identidad de Esteban, fuera tan torpe como para mandar un correo electrónico fácil de localizar.

—Está bien. Lo haremos a tu manera. Reenvíame los mensajes que has recibido y te aviso con lo que averigüe —dijo levantándose para abandonar el despacho.

—¿Ya está? ¿Solo eso? ¿Te mando los mensajes y listo? —preguntó Esteban con sorpresa provocando que Marietta se detuviese en la puerta.

—Si el chantajista es tan torpe como sospechas, sí, con eso bastará. Te diré quién te los mandó y nunca volveremos a vernos —afirmó, abandonando el despacho sin mirar atrás y sin despedirse.

Horas después, Marietta golpeaba el teclado del ordenador con frustración, maldiciendo su mala suerte. Ni cinco minutos le había llevado darse cuenta de que la cuenta de *email* utilizada para mandar los mensajes era falsa, y la dirección IP utilizada para enviarlos pertenecía a un cibercafé. Accedió al disco duro en el que se guardaban los registros de las cámaras del cibercafé. Lamentablemente según la ley de protección de datos era ilegal, guardar los registros con una antigüedad superior a un mes, así que la información había sido borrada hace tiempo.

La fecha de los mensajes era de hace tres meses. En ellos le exigían pagar una cantidad a cambio de no revelar su verdadera identidad. Al principio, Esteban se había negado dando a entender que no tenía nada que esconder, sin embargo en el último mensaje solo habían puesto un escueto mensaje formado por dos palabras. Eso había hecho que decidiese pagar al chantajista, de eso hacía mes y medio. No había vuelto a tener noticias, no obstante era lógico que tratase de averiguar quién le había chantajeado, a fin de cuentas nada le podía impedir que lo volviese a hacer.

Esteban y comandante. Eran las únicas palabras que contenía el último mensaje enviado por el chantajista. Ver esos dos nombres escritos juntos le hizo recordar la última vez que les vio juntos.

Había pasado un mes desde que les habían encontrado en el tren.

Hasta ese momento su único pensamiento era que Esteban la iba a rescatar. Cada vez que Daniel la tocaba, cerraba los ojos y se imaginaba que estaba en otro lugar. Un lugar en el que solo estaban Esteban y ella y donde no existían Daniel ni el comandante.

—Mírame —le exigía Daniel—. Mírame mientras te follo—. Sin embargo ella siempre le ignoraba. Podía poseer su cuerpo, pero no su mente, ni su alma, ni su corazón.

Hasta que un día, frustrado por su falta de respuesta le enseñó la realidad. Esa realidad que se había negado a aceptar.

—¿Estás esperando que Esteban te rescate? —se rio con crueldad—. ¿Eres tan ingenua cómo para pensar que él no sabe que estás aquí? Le importas una mierda. El comandante le ha perdonado y tú has sido mi premio. Me contó que eras muy buena en la cama. Sin embargo yo creo que mintió.

Cogiéndola por la barbilla le obligó a que le mirara a los ojos—. Vístete. Quiero que veas algo.

Marietta se vistió con manos temblorosas mientras el asco la recorría y pensaba en todas las cosas que Esteban le haría cuando los encontrara. Le rajaría la garganta, le destriparía, le mataría, sufriría una y mil veces hasta que suplicara que le matase. Esos pensamientos eran los que le ayudaban a soportarlo.

Una vez vestida, Daniel la cogió del brazo y la sacó prácticamente a rastras del cuarto inmundo que no había abandonado en todo ese tiempo. Una cama y un retrete eran los únicos elementos presentes en la habitación.

Al salir del cuarto, aun en medio de la oscuridad reinante, se dio cuenta con horror de que estaban en el mismo campamento del que habían huido Esteban y ella. En realidad no habían ido a ningún sitio. Estaban en el punto de partida.

Daniel la llevó a rastras por todo el campamento, hasta la que había sido su casa, la que había compartido con Esteban. No se encontraron a nadie en todo el camino. El sonido de voces y risas salían del interior de la

casa, lo que le hizo pensar que estaban todos allí reunidos.

—¿Oyes? ¿Sabes lo que es eso? —la cogió con crueldad por el cabello, mientras le susurraba al oído—. Están celebrando que Esteban ha vuelto al redil. Acaba de volver de una misión. Han traído unas cuantas putas para celebrarlo.

Marietta negaba. Era mentira. Tenía que ser mentira. Tirándola del cabello la obligó a acercarse a una ventana y lo que vio a través de ella le apuñaló el corazón.

En ese momento, en el centro de la habitación, sobre una mesa Esteban estaba follando con una mujer, mientras todos los demás le jaleaban celebrándolo. Quiso apartarse de la ventana para no seguir viéndolo, pero Daniel no se lo permitió, sujetándola aun con más firmeza.

Marietta cerró los ojos mientras las lágrimas caían por sus mejillas.

—¿Ves lo que le importas? —susurró mientras le lamía el cuello—. Eres mi premio y lo voy a disfrutar—. Cuando vio que iba a gritar le advirtió—. Grita y voy a dejar que todos te follen mientras Esteban mira, ¿es eso lo que quieres?

El sonido del teléfono devolvió a Marietta al presente de forma abrupta. Era Susana. En cuanto había vuelto de su encuentro con Esteban la había llamado. Necesitaba descubrir si todo era fruto de una maldita casualidad.

—Hola Susana —saludó en cuanto descolgó el teléfono.

—¿Me llamaste? Perdona, no te pude coger la llamada. ¿Te entrevistaste ya con Ricardo?

—Sí... Susana... —No sabía cómo preguntarlo—. ¿Por qué me pediste que hiciera ese trabajo?

—Porque eres la mejor ¿Por qué otro motivo iba a ser?

—No lo sé —contestó Marietta con angustia—. Este hombre... Ricardo... ¿Sabes quién es en realidad?

—¿Qué pasa Sonia? ¿A qué viene esa pregunta?

—Respóndeme —exigió Marietta. Necesitaba saberlo— ¿Sabes quién es o no?

—No Sonia, no sé quién es en realidad. Hace poco tiempo que averigüé que Ricardo Montesinos no es su verdadera identidad. Cuando me pidió ayuda, aunque nunca le pregunté quién es realmente. No necesito saberlo.

Marietta emitió un gemido angustiado y sin poder evitarlo empezó a llorar. No podía ser que tuviera tanta mala suerte, ¿por qué lo había tenido que volver a encontrar?

—Sonia, ¿qué ocurre? ¡Sonia! ¡Contéstame! —gritó Susana preocupada al oír los profundos sollozos que sonaban en el teléfono.

—Él... él... —No era capaz de hablar. No podía parar de llorar.

—Él... ¡Qué! ¡Por Dios Sonia! ¡No me digas que te ha hecho algo!

Marietta negó entre sollozos. Al darse cuenta de que no podía verla a través del teléfono, trató de tranquilizarse lo suficiente para poder hablar.

—Él es el padre de mi hijo —logró articular tras unos segundos.

Al otro lado de la línea le siguió un silencio sepulcral, hasta que Susana se recuperó lo suficiente de la sorpresa como para poder hablar. Sabía que Marietta había tenido un hijo. Cuando la encontraron por la calle embadurnada de sangre, los médicos determinaron que había tenido un hijo. Aunque ella siempre había dicho no recordar nada, ni quién era, ni quién le había hecho aquello, ni qué había sido del niño.

—No sabía que habías recuperado la memoria. ¿Fue por verle?

—Nunca he perdido la memoria —confesó Marietta en un murmullo—. Jamás he olvidado absolutamente nada de lo que me pasó.

—No lo entiendo, Sonia. ¿Por qué nunca has dicho nada? Te podíamos haber ayudado. Hubiéramos buscado al niño. ¿Qué dijo Ricardo cuando te vio?

—Ni siquiera me reconoció. —En ese momento toda la angustia pasada la desbordó y empezó a reírse de forma histérica—. Me tuvo delante, habló conmigo y ni siquiera se dio cuenta de quién era yo. —Poco a poco la risa volvió a derivar en llanto. —Estaba ahí con su mujer... y ella es tan hermosa... —continuó diciendo entre lágrimas.

Susana no dijo nada, conocía a Fany. Lo que no comprendía era cómo era posible que Ricardo fuese el padre del hijo de Sonia. ¿En qué circunstancias se habían conocido? Quería hacerle tantas preguntas, sin embargo se dio cuenta de que no se las iba a contestar. Llevaba años fingiendo una falsa amnesia, no creía que ahora de pronto le confesara toda la verdad, así que simplemente esperó a que se tranquilizara un poco antes de seguir hablando.

—Sonia. No sé cómo eras antes, pero eres consciente de que tuviste graves heridas en el rostro y que tuvieron que hacerte la cirugía estética y supongo que seguirás llevando las lentillas. No debería sorprenderte que no te haya reconocido.

Aunque Marietta sabía que lo que le estaba diciendo era cierto, no lo quería aceptar. No podía pensar de forma racional, lo único que recordaba era a Esteban con otra mujer, a Daniel violándola mientras le decía que Esteban no la quería. Tuvo que tocarse el pecho porque sentía un dolor tan fuerte que sentía como si le estuviesen atravesando con un puñal al rojo vivo. Le costaba respirar.

—¿Quieres que llame a otra persona para que le ayude? Podrías irte hoy mismo y no le volverías a ver.

—No —logró pronunciar Marietta con la voz rota—. Puedo hacerlo. Lo que no te mata te hace más fuerte —recitó parafraseando a Nietzsche—. ¿No es lo que siempre me decías?

—Quizás esto sea bueno. Si nunca has tenido amnesia, en realidad lo que necesitas es sanar tu pasado...

—... para poder vivir con plenitud el presente —terminó Marietta por ella—. No eres la única que conoce mierda psicológica.

Susana inspiró profundamente antes de hablar. Estuvo tratando de ayudar a Sonia durante años, intentando que recordase y en realidad nunca había olvidado.

—No te digo que olvides tu pasado. No puedes cambiarlo. No tienes el poder para borrar las experiencias que ya has vivido, no obstante puedes lograr que dejen de causarte daño y te impidan seguir adelante. ¿Por qué no me cuentas lo que pasó? Quizás sea el momento.

—No tiene caso. Ahora ya no —afirmó con derrota.

—¿Le vas a decir a Ricardo quién eres?

—No.

—¿Por qué?

—¿Qué sentido tiene ahora? Han pasado cinco años desde la última vez que nos vimos y es evidente que ha rehecho su vida con otra mujer. Quería preguntarte... él... —No fue capaz de continuar.

—¿Qué es lo que quieres saber?

—Él... ¿tiene hijos?

—No —contestó finalmente Susana tras unos segundos en silencio—.

Aunque sé que llevan tiempo intentándolo.

Finalmente Susana colgó el teléfono con el corazón encogido. Le gustaría ayudar más a Sonia, sin embargo había cosas que ni ella podía lograr.

—¿Con quién hablabas? —le preguntó Carlos abrazándola.

—Con Sonia.

—¿La programadora?

—Sí. ¿Te acuerdas que te había comentado que se había citado hoy con Ricardo? Al final creo que no fue buena idea pedirle que le ayudara, parece ser que se conocen.

—¿De veras? ¡Vaya! Ahora me siento culpable, fue idea mía que contactaras con ella.

—No. Solo ha sido una desafortunada casualidad, no podías saberlo —le dijo girándose hacia él y besándolo—. De todas formas, espero que no le digas nada a Ricardo de lo que te he contado. Todo es información confidencial, me juego mi trabajo si alguien se entera que te he contado que Ricardo tiene otra identidad.

—Por supuesto, amor mío. Jamás traicionaría tu confianza. Me alegro de que me lo contaras, a fin de cuentas trabajo con él.

Daniel abrazó a Susana sonriendo con satisfacción. Recordando el momento en que había visto llegar a Marietta.

Llevaba días imaginando que podría esperar con tranquilidad en su despacho, verla pasar o incluso saludarla, solo por la satisfacción de que le mirase a la cara y no le reconociese. Incluso había fantaseado con tocarla. Pero no había podido ser posible, porque la imbécil había querido quedar un domingo, cuando no había nadie en la empresa. Por eso había tenido que esperar en la cafetería de enfrente, sin poder acercarse.

En un primer momento, le había costado reconocerla. Con el pelo corto y de un rubio casi blanco. Esas gafas culo botella y esa ropa informe, que ocultaba su cuerpo. Se puso duro solo recordando las veces que se la había follado. Se acarició a sí mismo de forma discreta, pensando que quizás era hora de volver a disfrutarlo.

La vio dudar unos segundos antes de entrar y posteriormente, con una sonrisa de satisfacción, la vio salir de nuevo, demudada y llorando. Su plan iba viento en popa. Por fin se vengaría de Esteban, después de todos estos años. ¿Qué se habrían dicho? ¿Sabría ya lo del niño?

Esteban era un imbécil, en todo el tiempo que llevaba trabajando en la empresa, no se había dado cuenta de quién era. Se moría de ganas de decíselo a la cara. Quizás iba siendo hora de que llevase a su hijo a ver a papá al trabajo. No pudo evitar reírse ante la ironía de la situación.

Esteban no podía sacarse de la cabeza a esa mujer, Sonia. Sentía una atracción hacia ella que hace muchos años que no sentía con ninguna mujer, solo se había sentido igual con Marietta.

—¿Qué te ocurre? No me estás escuchando—le recriminó Fany mirándole desde el otro lado de la mesa.

Después de la cita con Sonia, había llamado a Fany y habían quedado en un restaurante para comer. Desde que había llegado, era consciente de que le había estado hablando, sin embargo la verdad era que no había sido capaz de escuchar ni una sola palabra de lo que le había dicho y al final se había dado cuenta.

—Perdona ¿qué me decías? —le preguntó enderezándose en la silla y tratando de mostrar atención.

—Te preguntaba que cómo te fue la reunión con esa niña. ¡Vaya rara

que es! ¿De dónde la has sacado? —preguntó con una sonrisa burlona—. Con esa ropa informe y esas gafas de culo botella.

—No tienes que sentirte insegura respecto a mí —le aseguró cogiéndola de la mano y depositando un beso en ella—. Sé que me acompañaste a la reunión porque querías ver cómo era esa mujer. Quiero que sepas que eres mi esposa y nunca te traicionaría.

Fany le miró con sorpresa ¿cómo no se iba a sentir insegura respecto a él?

Le había conocido dos años atrás, en una fiesta que había celebrado la fundación que él presidía. Había acudido a la misma invitada por Roberta, la redactora jefe de la revista. Se conocían desde niñas porque sus padres eran amigos, sin embargo, mientras que Roberta siempre había tenido aspiraciones laborales, ella no. Sus padres tenían mucho dinero, así que la parte económica la tenía cubierta. Lo que buscaba era al hombre de su vida, tener su propia casa y ser la anfitriona perfecta de las fiestas, con toda probabilidad la gente la considerara un poco superficial, pero era la vida que le gustaba.

En cuanto vio a Ricardo, se dio cuenta de que era el hombre que quería para ella. Cumplía todos sus requisitos, era joven, aunque no tanto como para que rechazar la idea de casarse, guapo, rico, educado y con un buen cuerpo. Y encima resultó ser una buena persona. Era perfecto.

Al principio él no había estado particularmente interesado, pero como era el jefe de Roberta, Fany se las había arreglado para verle con frecuencia, hasta que sin que él mismo se diera cuenta ya todo el mundo los consideraba una pareja, a pesar de que él nunca había intentado ni siquiera besarla.

—¿Eres homosexual? —había acabado preguntándole una tarde que habían ido a comer a ese mismo restaurante.

Él se había quedado totalmente sorprendido, incluso se había

atragantado con la comida.

—¡Quééé! —exclamó cuando terminó de toser—. ¡No! ¿De dónde has sacado semejante idea?

Ella le miró con un mohín triste.

—Soy una chica joven, agradable y no especialmente molesta a la vista, y sin embargo a pesar de todas las insinuaciones que te he hecho, no has pasado de cogerme la mano.

—No eres molesta a la vista en absoluto —le aseguró Esteban mirándola con fijeza—. Eres muy hermosa y lo sabes, sin embargo yo no soy el hombre que estás buscando.

—¿Y cómo sabes qué hombre estoy buscando? —replicó molesta.

—Buscas a un hombre que te amé y yo nunca podré hacerlo. —Al ver la cara que ella ponía añadió—. No eres tú. Tú eres perfecta. Soy yo, nunca podré amarte porque ya amo a otra.

—¿Y dónde está esa mujer? ¿Por qué no estás con ella? —preguntó con tirantez.

—Porque está muerta.

Fany sintió por un lado alivio y alegría. No es que se alegrara especialmente por la muerte de nadie. Aunque una rival muerta no era lo mismo que una vivita y coleando.

—Lo siento —le había dicho en aquel momento, tratando de imprimir en su voz toda la dulzura de la que era capaz—. Sin embargo podrías darme una oportunidad. ¿No quieres tener un hogar? ¿Una familia? ¿Hijos?

Familia. Hijos. Eran términos tan extraños para Esteban. Hubo un tiempo. En otra vida, en que se había imaginado todo eso con Marietta. Desde su muerte, lo había desechado como un sueño imposible, pero ahora, frente a

él, una hermosa mujer le ofrecía algo parecido a ese sueño.

—No te pido que me ames —le había asegurado Fany—. Tengo suficiente amor por los dos, sin embargo podríamos intentarlo.

Esteban había pensado que quizás tuviera razón. Nunca podría amarla como había amado a Marietta, aunque a lo mejor, con el tiempo, podría ayudarle a olvidarla.

Ese día la llevó a su apartamento e hicieron el amor y a las dos semanas se casaron. Sin embargo, aunque Fany había pensado que una muerta no era rival para ella, con el tiempo se había dado cuenta de que era la peor rival del mundo, porque para Ricardo, en sus recuerdos, esa mujer era perfecta. Jamás podría compararse a ella. No es que él se lo dijera, al contrario, de hecho, nunca mencionaba a ese dechado de virtudes. Aunque en ocasiones, cuando actuaba como ahora, ausente, contestándole por inercia, sin escucharla en realidad, sabía que estaba pensando en ella.

Él no lo sabía, pero continuaba tomando la píldora. Aunque había conseguido que se casara con ella con la promesa de darle una familia, era demasiado joven como para asumir la responsabilidad que implicaba un niño. Aún tenía veinticinco años y le quedaba mucho por disfrutar antes de ponerse a cambiar pañales y dar biberones, y la idea de que se le desfigurara el cuerpo por un embarazo no era algo que le entusiasmara.

—Nunca he pensado que podrías traicionarme —le dijo en ese momento con una sonrisa alegre, como quitándole importancia—. Solo sentía curiosidad. Era todo tan extraño, con eso de que no quería que la viera nadie más que tú. Aunque no me extraña con las pintas que tiene.

A Esteban le pareció un comentario un poco cruel, aunque tuvo que reconocer que la chica era realmente extraña. Y la tenue cicatriz que recorría su mejilla, le hacía pensar qué clase de vida habría llevado.

A veces pensaba que estaba maldito. Por eso Dios se había llevado a Marietta, por eso no permitía que Fany le diera un hijo, porque no se lo merecía. Con toda la sangre que cubría sus manos, no había nada que pudiera hacer para limpiarla. Lo había intentado. Había ayudado a dismantelar la organización y había creado una fundación para ayudar a niños como él, secuestrados, alejados de sus familias y obligados a luchar en guerras que no eran suyas, no obstante, no era suficiente. Era evidente que no lo era.

—Vámonos a casa —le murmuró Fany con voz seductora—. Es domingo. Si no has quedado con nadie más, podemos quedarnos en casa y pasar la tarde haciendo el amor.

Esteban no sabía lo que le pasaba. Desde la reunión de esa mañana no podía dejar de pensar en Marietta. De repente la idea de hacer el amor con Fany se le antojó como una traición hacia su recuerdo.

Ella le miraba expectante. Esperando una respuesta a su propuesta y él no sabía que decir. Cerró los ojos intentando expulsar esos pensamientos de su mente.

—Yo... —No sabía cómo decirle lo que le pasaba porque ni él mismo lo entendía.

—Vámonos —claudicó finalmente—. Vámonos a casa.

En cuanto llegaron al apartamento, Fany se lanzó sobre él, besándole con pasión y él le correspondió, casi por obligación y cuando ella empezó a quitarse la ropa, él se quitó a su vez la suya y la poseyó, ahí mismo, en la entrada, y sin embargo ni una sola vez fue capaz de dejar de pensar en Marietta.

Al día siguiente, Marietta miraba el teléfono dubitativa. Tenía que llamar a Esteban para decirle que los *emails* no habían conducido a nada. A pesar de

que le habían exigido una cantidad desorbitada de dinero y él lo había ingresado en la cuenta bancaria que le habían dicho, esta conducía también a un callejón sin salida, se había creado con una identidad falsa y nadie había retirado el dinero.

Tenía la impresión de que lo del dinero era una pantalla de humo, que la persona que estaba haciendo esto, no buscaba dinero en realidad, porque ¿qué sentido tenía pedir un dinero y luego no pasar a buscarlo?

Necesitaba hablar con Esteban y que le diera más información. En el último de los mensajes que habían intercambiado, antes de verle y descubrir quién era en realidad, él le había dado su número de móvil, para que le llamara directamente, sin tener que hacerlo a través de su secretaria.

Trató de marcar el número. Le temblaban tanto las manos por culpa de los nervios que tuvo que intentarlo hasta en tres ocasiones antes de ser capaz de conseguirlo.

—¿Diga?

La voz de Esteban le transportó a otro tiempo, a otra vida, cuando aún creía que nunca le haría daño ni permitiría que Daniel se lo hiciera. ¡Qué ingenua pensar que podía hacer que un hombre cómo él cambiase! y sin embargo, había cambiado, aunque no por ella. Ricardo Montesinos poco tenía que ver con Esteban. ¿Sería su esposa la causante? ¿Cuándo la habría conocido?

—¿Diga? —Volvió a preguntar Esteban al ver que nadie contestaba.

Marietta quería gritarle. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Cómo pudiste? En realidad ya no importaba. Así que reuniendo toda la fuerza de voluntad de la que fue capaz trató de hablar con él sin que se le notara el profundo resentimiento que sentía.

—Ricardo —nombró con la voz estrangulada por la profundidad de

sus sentimientos.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Esteban al oír esa voz que parecía provenir directamente de sus deseos más profundos. Cerró los ojos durante un instante, engañándose a sí mismo, fingiendo durante unos segundos que era Marietta la que le hablaba. Aunque él mismo sabía que no era posible, y sin embargo...

—¿Quién es? —preguntó finalmente con voz ronca, aunque ya conocía la respuesta. Solo había una persona en este mundo que le recordara a Marietta.

—Soy... Sonia. —Un segundo de duda. Esteban hubiera jurado que ese no el nombre que iba a pronunciar.

—Los mensajes de correo electrónico no han conducido a ningún lado. Ni el dinero tampoco. Ni siquiera lo han retirado de la cuenta bancaria.

—No entiendo —reconoció Esteban confuso—. ¿No han cobrado el dinero?

—No, lo que me lleva a pensar que lo que buscaban no era dinero.

—¿Y entonces el qué?

—¿No lo sabes?

—No. No tengo ni idea.

—¿Quién eres? —le preguntó Marietta a bocajarro, sabiendo que no se lo iba a decir.

—Ya te dije que eso no es relevante —respondió Esteban con aspereza—. Creo que esto no debemos seguir hablándolo por teléfono, además, ahora tengo mucho trabajo. A las diez de la noche ya no hay nadie en la empresa, ¿puedes venir hasta aquí?

Marietta quiso decirle que no. Negarse a verle de nuevo, sin embargo

sabía que tenía razón. No era algo que se pudiera hablar por teléfono.

—Tu mujer... —La bilis se le subió a la garganta al pensar en ella, tan bella, tan elegante, tan diferente a ella—. ¿No le importará que llegues tarde a casa? —preguntó con acritud.

—Mi mujer es una mujer muy comprensiva.

—¿Qué le has dicho para justificar mi presencia?

—Que alguien está robando en la empresa y que tú lo podías descubrir.

—¿Y se lo ha creído?

—No tiene por qué desconfiar de mí.

—No, claro que no —afirmó Marietta con voz tensa—. Nunca traicionarías a la mujer que amas.

—No, nunca la traicionaría.

—Nos vemos a las diez entonces —acordó Marietta, colgando el teléfono antes de traicionar sus sentimientos, recriminándole haber traicionado a la mujer que aseguraba amar.

9

Como el día anterior, Marietta se detuvo unos segundos antes de entrar en el edificio. Estaba más tranquila que la primera vez, pero aun así, le sudaban las manos solo con pensar que iba a verle de nuevo.

Empujó la puerta de entrada de la empresa y esta se abrió suavemente con un chasquido. En esta ocasión no había nadie en la recepción y lo agradeció. Se dirigió al ascensor que ahora sabía que conducía directamente al despacho de Esteban.

Al llegar a la planta correspondiente, vio que la puerta del despacho estaba entreabierta y del interior del mismo se desprendía una suave luz.

Se ajustó las gafas que no necesitaba, y que usaba para disimular el leve enrojecimiento que le provocaba el uso continuado de las lentillas, que escondían el color tan particular de sus ojos y que también le servían para ocultar su mirada y que no supiera nadie lo que estaba pensando.

Recordó cuando Esteban le contó que su hermana tenía el mismo color de ojos ¿Sería verdad? O sería otra más de sus mentiras. Ojalá pudiera preguntárselo, pero incluso ahora ¿le diría la verdad?

Tratando de acallar todos esos pensamientos que le asaltaban, haciendo que se le acelerase el corazón, se volvió a secar las manos sudorosas en los pantalones y cruzó el pasillo con firmeza, fingiendo una seguridad que estaba muy lejos de sentir. Golpeó con suavidad la puerta anunciando su llegada y se introdujo en el despacho.

Esteban la esperaba sentado detrás de su escritorio. Al verla entrar

hizo amago de levantarse para acercarse a ella, no obstante se detuvo al ver que ella daba un paso hacia atrás de forma instintiva.

—Hola Sonia —saludó Esteban y ella no pudo evitar sentir su nombre como una caricia.

Las lágrimas acudieron a sus ojos, aunque ella trató de contenerlas. No podía derrumbarse, no ahora cuando ya nada tenía sentido. Le gustaría ser capaz de arrancarse el amor que una vez había sentido, que aún sentía, si era sincera consigo misma, eliminarlo como si se tratase de una mala hierba, pero ni en las noches más oscuras había sido capaz. Siempre había estado ahí, infectándolo todo y mientras ella sufría, él había rehecho su vida con otra mujer. ¿Se acordaría de ella alguna vez? No lo creía.

Cuando ya se creyó capaz de dominarse, se acercó para sentarse en la silla que había frente a él, al otro lado del escritorio.

—¿Qué has averiguado? —preguntó Esteban en cuanto ella se sentó.

—Ya te lo dije por teléfono. Los mensajes fueron enviados desde un cibercafé y las cámaras de seguridad solo tienen capacidad para conservar tres días de grabación.

—¿Y después de esos tres días?

—Graban encima, así que por ese lado no tenemos nada. También le seguí la pista al dinero que pagaste. Como te dije cuando hablé contigo, es otro callejón sin salida. La cuenta se abrió con una identidad falsa y nadie ha acudido a retirar el dinero.

—Así que el móvil del chantaje no es económico —afirmó Esteban de forma pensativa.

—No —aseguró Marietta—, así que eso me lleva a lo que te dije con anterioridad. Necesito saber tu identidad.

—Eso es imposible.

Marietta le miró con frustración, no sabía por qué era tan importante que se lo dijera, pero así era, quería que reconociera ante ella quién era y entonces le preguntaría por qué, por qué la había entregado a Daniel y luego se había olvidado de ella, como si jamás hubiera formado parte de su vida.

Sin embargo él la miró en silencio, imperturbable, dándole a entender que no se lo diría.

—Está bien —cedió ella al final con un suspiro—. ¿Por lo menos podrías decirme cómo llegaste a asumir esta identidad y cómo ha sido tu vida desde entonces?

—No es nadie de mi nueva vida —afirmó Esteban con seguridad.

—Pues si es de tu antigua vida, lo voy a tener complicado si no me cuentas nada ¿cómo se supone que voy a buscar? —inquirió con furia—. ¿Cuántos años llevas con esta identidad? —Quería saberlo todo. Lo necesitaba.

—Cuatro años.

Él comenzó a contarle cómo había llegado al país y había comprado el periódico. Fue contándole de forma pormenorizada todos los detalles de su nueva vida. Mientras él hablaba, Marietta no podía apartar de su mente un único pensamiento ¿Por qué? ¿Por qué? Se sintió de nuevo abrumada por los recuerdos.

Después de ver a Esteban con aquella mujer, Daniel la sacó esa misma noche del campamento. La llevó en coche hasta una pista de aterrizaje donde les esperaba una avioneta. Desde allí aterrizaron en México DF, al principio ella había pensado que era una oportunidad para escapar... ¡Qué equivocada había estado!

Daniel la había encerrado en un apartamento donde la dejaba todo el día atada, encerrada en un cuarto, solo le veía cuando aparecía para

violarla.

Llevaban una semana en aquel apartamento cuando llegó una noche hecho una furia y simplemente empezó a golpearla.

—Le mataré, le mataré —repetía sin cesar mientras dejaba caer los golpes.

Marietta tardó unas semanas en recuperarse de la paliza. En ese tiempo no la tocó, de hecho nunca la volvió a tocar. No desde que averiguó que estaba embarazada.

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste la regla? —le preguntó un día con repugnancia.

—Me mataré antes de tener un hijo tuyo —le respondió Marietta con palidez en su rostro, al darse cuenta de que no había vuelto a tenerla desde que la había secuestrado.

—Querida —le susurró con una sonrisa malvada—. Si estás preñada, te puedo asegurar que ese hijo no es mío. Yo no puedo tener hijos. Hace años me hice la vasectomía, no quería dejar por ahí ningún pequeño bastardo. Ese hijo es de nuestro querido amigo Esteban y lo voy a utilizar para destruirle.

—¿Qué has dicho? —preguntó Marietta parpadeando para alejar de sí los recuerdos. Esteban le estaba preguntando algo y no sabía el qué.

—Que si te he dado información suficiente —repitió Esteban mirándola con extrañeza.

—Solo queda una última pregunta.

—¿Cuál?

—¿Cuánto tiempo llevas casado? —No pudo evitar que le temblara la voz al preguntar.

—Algo más de un año ¿Qué relevancia puede tener eso?

—¿Grabasteis la boda? ¿Sacasteis fotos?

—No. Soy muy cuidadoso con eso.

—¿Y los invitados? ¿Llevaban móvil?

—Les pedí a todos el móvil para que no sacaran fotos y no posé para ninguna.

—¿Y estás seguro de que te dieron todos el móvil y no sacaron ninguna foto?

—Yo creo que sí.

—Voy a comprobarlo. Necesito un listado de todos los invitados de la boda. Comprobaré sus redes sociales y veremos si en realidad no sacaron, ni subieron ninguna foto.

—Está bien. Te la puedo dar mañana, ¿te viene bien...?

—Mándamela por correo —le interrumpió Marietta con aspereza—. No vamos a reunirnos para algo que me puedes enviar.

—De acuerdo —dijo Esteban con lentitud. Ella tenía razón, lo que no entendía era el motivo por el que necesitaba volver a verla y cuanto más la miraba más le recordaba a Marietta, sus gestos, su voz, todo en ella se la recordaba.

—¿Tienes una hermana?

En el mismo momento en que hizo la pregunta se dio cuenta de lo absurdo de la misma. Sabía perfectamente que Marietta no tenía hermanas.

Ella no contestó solo le miró en silencio. Se levantó y se dirigió hacia la puerta. Cuando llegó a la misma le recordó.

—Mándame el listado.

No fue hasta que salió a la calle que Marietta se permitió derrumbarse.

No sabía cuánto más podría resistir. ¿Por qué le había preguntado si tenía una hermana? Era una pregunta extraña.

Esteban miraba por la ventana y no se le escapó la imagen de Sonia apoyándose en la pared del edificio con derrota. Vio como sacaba el teléfono para hacer una llamada, se sentaba en un banco y empezaba a llorar.

No sabía lo que le pasaba, pero estaba obsesionado con esa mujer. Tuvo que contenerse para no bajar abajo y abrazarla hasta que dejara de llorar, aunque estaba seguro de que si hacía eso, ella no se lo agradecería, al contrario, le rechazaría.

Se dirigió al mueble bar para servirse una bebida fuerte. Cuando volvió a mirar por la ventana la vio subirse a un taxi. Sin saber muy bien por qué memorizó la matrícula del vehículo.

Por primera vez desde que se había casado con Fany sintió deseo por otra mujer, quería ir detrás de ella y descubrir sus secretos. Saber por qué le miraba como si le detestara. Quitarle esas gafas horribles que no le permitían ver sus ojos con total claridad y comparar si eran como los de Marietta, no su color porque eso era imposible, pero sí su forma.

Trató de resistirse. Apretó con tanta fuerza el vaso que sostenía, que por unos segundos, pensó que se rompería, al final su deseo fue más fuerte que su voluntad y cogió el teléfono. Tenía que averiguar a dónde había ido ese taxi.

Marietta trató de relajarse con un baño en cuanto llegó a casa. Estaba tan cansada a causa de la tensión de estos días que lo único que quería era comer la pizza que había pedido y ver alguna película romántica para poder llorar a gusto.

Finalmente tuvo que salir del agua para vestirse, por una noche deseó ser otra persona. Ser como la mujer de Esteban, bella y sofisticada, sin

preocupaciones y sin recuerdos que la atormentaran.

Abrió el armario para coger el pijama, cuando lo vio. Un camisón de seda del mismo color que sus ojos. Lo había visto en una tienda el día anterior y no había podido resistirse. Lo había comprado, aunque aún no se había atrevido a ponérselo, aunque en este momento, quizás envalentonada por el *whisky* que se había tomado, deseó verse hermosa.

Se puso el camisón y se contempló en el espejo. Se había quitado las lentillas que disimulaban el color de sus ojos antes de bañarse, y estos destacaban aún más con el reflejo del tejido en su rostro.

El camisón estaba hecho de una gasa tan fina y suave que era como una caricia en su piel. Ensalzaba sus pechos aunque no tenía un escote exagerado, solo lo justo, insinuando más que enseñando. Entallado en la cintura, caía en múltiples pliegues asimétricos, formando una pantalla traslúcida que permitía atisbar su figura. Como si fuera una bailarina de danza del vientre. Dio un par de vueltas en el espejo y los pliegues se abrieron mostrando sus piernas.

Trató de recordar cómo se veía antes, con su larga melena negra, con su cara y con su alma intactas. Recordar la forma en la que Esteban la miraba. Tras unos segundos sintió que era un chiste. Una persona ridícula, tratando de rememorar algo que nunca había existido.

Se pasó la mano por la cicatriz recordando cómo la había conseguido.

Cuando Daniel descubrió que efectivamente estaba embarazada, perdió interés en acostarse con ella, sin embargo por alguna extraña razón que no terminaba de comprender, empezó a interesarse por el bienestar del niño. Contrató a una mujer para que la vigilara. Marietta esperaba encontrar una oportunidad para poder escapar y esa oportunidad llegó el día que nació su hijo.

Aunque la tenían encadenada, podía moverse por la habitación con

cierta libertad. Su carcelera nunca se acercaba a ella, ni entraba en la habitación, su misión era únicamente asegurarse de que no intentaba hacerse daño a sí misma.

Marietta fingió que se ponía de parto, empezó a gritar y a doblarse sobre sí misma, como si tuviera contracciones y cuando esa mujer se acercó lo suficiente a ella, tratando de ayudarla, la estranguló con la misma cadena con la que la retenían en ese cuarto. Mientras la ahogaba pensó que ya sabía la respuesta a la pregunta que le había hecho Esteban hace tantos años. Si tenía que matar para sobrevivir, podía hacerlo.

Una vez muerta la mujer, rebuscó entre sus ropas hasta que encontró las llaves de las cadenas, se liberó y buscó por toda la casa, dinero, un arma, cualquier cosa que le pudiera servir y por fin huyó.

No fue muy lejos. Siguiendo las indicaciones de la gente, corrió a la estación de autobuses. Necesitaba salir de esa ciudad lo más pronto posible. En cuanto llegó, compró un billete para el primer autobús que saliera, y se sentó a esperar, muerta de miedo, mirando para todos lados. Cuando ya pensaba que por fin iba a ser libre, se puso de parto de verdad.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó la mujer a su lado cuando la vio doblarse a consecuencia de una contracción.

—Creo... que... estoy... de... parto —dijo con esfuerzo a causa del dolor.

—Hay que llevarla al hospital, ¿está sola?

Marietta asintió con gran esfuerzo y entonces oyó esa voz horrible.

—¡Cariño! ¡Por fin te encuentro! ¡Te he buscado por todas partes!

Quiso gritar, correr, aunque no pudo porque en ese momento sintió cómo la atravesaba otra contracción. ¡No podía ser! ¡Ahora no! ¡Era demasiado pronto!

Daniel se acercó hasta ella y le apoyó un puñal en el vientre al tiempo que fingía que se inclinaba para ayudarla.

—¿Quieres que mate al bastardo? —le susurró con frialdad—. Lo haré si es necesario.

Ella negó aterrorizada. Era lo único que tenía de Esteban. Aunque él no la hubiera amado, ella sí amaba a ese niño que llevaba en el vientre. Era lo único bueno que le quedaba en esta vida.

—Pues entonces pórtate bien y sígueme.

No tuvo más remedio que obedecerle. Las contracciones eran brutales y muy seguidas. Daniel la subió al coche y la llevó de vuelta al apartamento, la tumbó en la cama de la que había sido su prisión y allí sin ayuda, junto al cadáver de su carcelera tuvo a su hijo.

Cuando nació el niño, Daniel cortó el cordón umbilical con un cuchillo y cuando ella le suplicó que se lo dejara sostener en sus brazos, la miró con fijeza y se rio, con una risa que le atravesó el alma.

—No —le dijo con crueldad—. Creo que voy a quedármelo, será mi garantía con Esteban.

—Garantía de qué. Dámelo —le suplicó entre lágrimas mientras trataba de incorporarse para coger a su hijo.

—Le voy a dejar un mensaje contigo.

Depositó al niño en el suelo mientras este lloraba. La inmovilizó, le rajó la cara y empezó a golpearla de forma metódica en el rostro. Rompiéndole la nariz, el pómulo, hasta que llegó un momento que dejó de sentir los golpes. Cuando ya consideró que era suficiente, se irguió por encima de ella y con las manos ensangrentadas recogió al niño del suelo.

—Busca a Esteban, quiero que te vea así, que sepa todo lo que te he hecho y que tengo a su hijo.

Y entonces se fue. Nunca volvió a verlo.

A duras penas logró salir del apartamento. Cuando la vieron deambular por la calle con la cara y los muslos llenos de sangre llamaron a la policía, la llevaron a un hospital, donde la curaron. Hubo que recurrir a la cirugía estética para arreglarle el rostro, sin embargo las cicatrices del alma, esas no se las pudieron curar.

Le preguntaron lo que había pasado, quién se lo había hecho, pero prefirió callar. Sabía que nunca encontrarían a Daniel si él no quería ser encontrado y no estaba dispuesta a hablar de la vida que había llevado hasta ese momento, aunque Esteban no la amara, no estaba dispuesta a traicionarle. Así que fingió no recordar nada. Cuando estuvo físicamente recuperada, la pusieron en contacto con una organización que ayudaba a mujeres en situaciones como ella. Le dieron apoyo psicológico y una nueva vida.

Jamás buscó a Esteban ¿para qué? Al único que quería encontrar era a Daniel y a su hijo, y sin embargo, el azar había hecho que se reencontrara con Esteban y él ni siquiera la reconociera.

Si no fuera por el profundo dolor que sentía, hasta se reiría. Al final Daniel no conseguiría su venganza.

El timbre de la puerta la devolvió a la realidad. Sin tiempo para cambiarse se puso por encima la bata que venía a juego con el camión, y fue a abrir al repartidor que traía la pizza.

—No pensé que viniera tan pronto... —Las palabras murieron en su boca al ver a Esteban frente a ella mirándola boquiabierto.

Cuando se abrió la puerta y Sonia le miró a los ojos, Esteban se sintió atravesado por un rayo, porque allí frente a él, salida de entre los muertos se encontraba Marietta. Ya no tuvo duda alguna. Cuando esos ojos color violeta

le miraron, primero con sorpresa y luego con miedo sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el pecho. No fue capaz de pronunciar una palabra, no podía. Solo podía mirarla. No sabía cómo era posible, era Marietta y a la vez no lo era.

Sus rasgos no eran con exactitud como recordaba, sin embargo sus ojos, su cuerpo, que pudo recorrer por entero con su mirada, al estar apenas cubierto por un fino camisón, que parecía directamente salido de sus fantasías más secretas. Sus caderas, sus pechos, sus piernas. Aunque fuera imposible, era ella. Y si en algún momento lo hubiera dudado, la forma en la que ella le miraba, se lo confirmó.

Permanecía inmóvil. Observó cómo sus manos temblaban, así como sus labios, que se mordió, cómo hacía Marietta cuando estaba nerviosa. El ver ese gesto fue lo que le permitió salir de la inmovilidad en la que estaba sumido desde que ella le había abierto la puerta.

—Marietta... —susurró con un suspiro que le salió del alma. Cayó delante de ella de rodillas abrazándose a su cintura y rompió a llorar.

Marietta sintió una bola de fuego que surgía del punto en el que Esteban la abrazaba y recorría su cuerpo de arriba abajo. Empezó a sentir como si se ahogara. No soportaba su contacto, necesitaba que la soltara. Con desesperación se desasíó con brusquedad de sus brazos, alejándose de él lo más posible, mirándole con ojos desorbitados y la respiración acelerada.

Esteban la miró con la misma desesperación y el corazón partido en dos. ¿Cómo era posible? La había visto morir frente a sus ojos y sin embargo allí estaba. Ayer mismo habían estado juntos ¿por qué no le había dicho nada?

Recordó que en realidad aquel fatídico día, solo la había visto de espaldas, en el cuarto de al lado, una mujer de negros cabellos. Había asumido de forma automática que era ella, aunque en realidad, no había llegado a ver

su cara, a sujetar su cadáver y si aquel día no había muerto, quería decir...

Se horrorizó ante las implicaciones de lo que suponía que aquel día no hubiera muerto. Se levantó despacio. Sin dejar de mirarla. Ella aún no había dicho una palabra, aunque el hecho de que se apartara de su lado, la animadversión que le había manifestado en las dos ocasiones anteriores en que se habían encontrado, que no se hubiera identificado cuando le vio por primera vez. Todo ello le daba a entender que pensaba que de alguna manera le había traicionado.

Se acercó hacia ella, que retrocedió con cada uno de sus pasos, hasta que la espalda se golpeó contra la pared impidiéndole la huida. Cuando ya solo estuvo a unos centímetros de distancia, despacio, con manos temblorosas, acarició su pelo. Ella trató de apartarse, alejarse de él que apoyó una mano a cada lado de su cabeza para impedirselo.

Marietta cerró los ojos para no verle, mientras las lágrimas caían sin control por sus mejillas. Esteban estudió detenidamente cada uno de sus rasgos, dándose cuenta de las sutiles diferencias. La nariz, los pómulos, no era con exactitud el mismo rostro que recordaba, excepto sus ojos. Esos ojos que ahora mismo no podía ver porque ella los mantenía fuertemente cerrados. Recorrió con un dedo la sutil cicatriz que marcaba su mejilla, notando la rugosidad de la herida que debió causarla.

—¿Cómo es posible? —murmuró pasando de su mejilla a su cuello. Depositando suaves caricias que Marietta sentía como puñaladas en su corazón.

—¡No! —gritó apartándole de un empujón con todas sus fuerzas. Pillándole de sorpresa y provocando que se apartara.

—¡No me toques! —le exigió rabiosa, con la voz rota y los dientes apretados—. ¡Nunca en tu puta vida me vuelvas a tocar!

—Marietta... —le susurró Esteban con la voz estrangulada—. Creía que estabas muerta. Daniel... él me hizo creer que te había matado.

—¿Esa es tu excusa? —escupió con rabia riéndose de forma histérica—. ¿Qué creías que estaba muerta? ¿Me buscaste siquiera? Estuve meses con él. ¿Quieres saber la cantidad de veces que me folló?

Esteban cerró los ojos. Cada una de sus palabras era como si múltiples dagas se clavaran en su corazón.

—¿Cuánto tiempo tardaste en olvidarme, Esteban?

Ya no podía parar, era tan grande la rabia y el dolor que la invadía que deseaba hacerle daño, que le doliera cómo le dolía a ella.

—¿Mientras follabas con tu esposa te acordabas de mí? Porque yo sí pensaba en ti, cada vez que ese cerdo me metía la polla pensaba que vendrías a salvarme, hasta que comprendí que no lo harías jamás. —Terminó diciendo con rabia hasta que no pudo más y se derrumbó a los pies de Esteban llorando.

Él se acercó hasta ella con el corazón roto y aunque luchó como una fiera tratando de impedir que la tocara, finalmente se vio obligada a rendirse ante su fuerza. Porque de ninguna manera Esteban iba a permitirle que le alejara. La cogió en brazos y la llevó hasta el dormitorio. Se tumbó con ella en la cama, sin soltarla y la mantuvo abrazada junto a su cuerpo mientras ella no paraba de llorar. Finalmente los sollozos fueron menguando en intensidad hasta que Marietta, vencida por la tensión de estos días se durmió.

Esteban la miraba maravillado. Aún no se podía creer que realmente fuera ella. Marietta la mujer que amaba, estaba viva, a su lado. Por una vez en su vida dio gracias a Dios por algo, pensó que al final quizás no fuera cierto que estaba maldito.

La oyó gemir en sueños como si sufriera y la apretó más contra su pecho. No se atrevía a cerrar los ojos, temía que al abrirlos ella ya no

estuviera. Estaba claro que ahora mismo le odiaba, sin embargo tenían que hablar y si algo tenía claro era que buscaría y mataría a Daniel.

No se había olvidado de él, pero con el tiempo sus ansias de venganza se habían visto atenuadas. A fin de cuentas su muerte no le devolvería a Marietta, pero saber que le había engañado, que llevaba cinco años sumido en un infierno, pensando que estaba muerta para descubrir que no solo no era cierto, si no que había estado en sus manos, le produjo una rabia tan grande, que deseó tenerle en frente para poder matarlo.

10

Esteban se dio cuenta del momento exacto en el que Marietta se despertó porque su cuerpo entero se puso en tensión.

—Cuando desperté estaba en un cuarto. Atado a una silla. — Comenzó a decir Esteban al tiempo que la apretaba contra su cuerpo para evitar que se alejara de su lado—. A través de un cristal vi otro cuarto parecido. Se presentó Daniel y me dijo que te iba a matar frente a mí. En ese momento entraron en el otro cuarto dos de los hombres de Daniel. Llevaban a una mujer atada y encapuchada que en aquel momento pensé que eras tú. La pusieron de espaldas a mí, le quitaron la capucha y lo único que vi fue su melena color negro, igual que la tuya. Sin darme tiempo a reaccionar, la degollaron frente a mis ojos.

Marietta no decía nada, los temblores sacudían su cuerpo. Esteban la apretaba contra sí, no permitiendo que se alejara ni un milímetro de su lado.

—Te juro —le susurró al oído con desesperación—, que jamás hubiera dejado de buscarte si hubiera sabido que estabas viva. ¡Jamás! Eres el amor de mi vida. ¡Nunca en todos estos años he dejado de pensar en ti ni una sola vez!

Ella empezó a llorar de forma silenciosa.

—Antes, me preguntaste si pensaba en ti mientras follaba con mi esposa —continuó diciendo mientras se escuchaba un gemido angustiado proveniente de Marietta—. Cada día, cada minuto, cada segundo de estos jodidos cinco años he pensado en ti. Pensaba que estabas muerta. Solo quería... una familia, ella me ofreció darme un hijo y fui débil. Sin tu amor,

era la única otra cosa que más deseaba en esta vida.

Marietta prorrumpió en sollozos, el dolor que sentía era tan grande que no tenía la fuerza suficiente para que palabra alguna saliera de sus labios.

—¡Shhh! —le susurró Esteban al oído—. Tenemos que hablar, aunque no ahora. Cuando te calmes, quiero que me lo cuentes todo y quiero saber por qué no me buscaste en cuanto pudiste.

Marietta no dijo nada, no se sentía capaz. Esteban la acarició con suavidad y con ternura. Por primera vez en mucho tiempo Marietta sintió algo de paz. Continuaron abrazados en silencio durante un buen rato, hasta que encontró las fuerzas para contarle.

—Él me dijo que yo era su premio —empezó a decir con voz ronca—. El premio que le había dado el comandante por devolverle a su hijo. Me dijo que estabas arrepentido de todo y que te alegrabas de haberte deshecho de mí.

—¿Y le creíste? —preguntó Esteban con tensión en la voz, creía que se merecía algo más de confianza por su parte.

—Al principio no, sin embargo fueron pasando los días y tú no aparecías.

—Él... —Esteban no se atrevía a preguntar

—¿Qué quieres saber? ¿Cuántas veces me violó? —Se rio de forma amarga antes de responderse a sí misma—. Me mantuvo en un cuarto inmundo. Amarrada a una cama. Solo me permitía levantarme para comer y hacer mis necesidades y todos los días me visitaba.

Las náuseas invadían a Esteban. La verdad era que no quería que le contara nada más, pero ella siguió hablando.

—Un día, cansado de oírme decir que ibas a salvarme, me sacó de aquel cuarto. Fue cuando descubrí que estaba en el campamento, a cien metros de la que había sido nuestra casa.

—¡Quééé! —Fue la respuesta horrorizada de Esteban. ¿Había estado ahí mismo, junto a él? ¿Cómo era posible? Había estado tan cerca de ella y sin embargo ni se lo había imaginado.

—Te vi —le confesó Marietta con voz rota.

—¿Cuándo? —preguntó Esteban sin poder creer que no hubiera sido capaz de descubrirlo. Desde el día en el que se había despertado en el campamento, tras la supuesta muerte de Marietta, nunca había vuelto a ver a Daniel. Siempre había pensado que no se encontraba en el campamento, pero era evidente que ese cerdo había sabido esconderse de él.

—No sé. Según pasaron los días fui perdiendo la noción del tiempo. Había una especie de fiesta en tu casa —explicó Marietta—. Y tú... —Tuvo que interrumpirse porque se le rompió la voz. —Estabas follando con una mujer —continuó con voz ronca mientras Esteban cerraba los ojos recordando ese día—. Yo estaba a unos metros de ti. Mientras a mí me violaba ese cerdo cada día, ahí mismo, tú estabas con otra mujer ¿Qué crees que pensé en ese momento? ¿Crees que pensé que algún día me rescatarías? ¿O pensé que te importaba una mierda y que todo lo que me habías dicho era una puta mentira? —Trató de apartarse de él. Esteban no se lo permitió, agarrándola más fuerte.

—No puedo negar lo que hice —le dijo con desesperación—. Solo puedo decirte que hice lo que hacía falta para ganarme la confianza del comandante para poder matarle.

—¿Y lo hiciste? —preguntó Marietta con un gemido ahogado—. ¿Lo mataste?

—Sí y disfruté cada segundo. Los maté a todos Marietta. Esa noche, después de... lo que viste. Acompañé al comandante a su casa. Estaba confiado, gracias a la escena que presenciaste, creyó que había vuelto al redil, así fue como pude acercarme a él por detrás y apuñalarle. Me senté a observar

cómo moría. Después esperé a que todos se durmieran y entré en cada casa. Uno a uno los fui matando a todos. A Daniel fue al único que no pude encontrar —le confesó con todo el odio que guardaba en su corazón.

Marietta no sabía si era una buena o una mala persona, ya que se alegraba de lo que le había contado. Esperaba que se pudrieran todos en el infierno.

—¿Cómo lograste escapar? —preguntó Esteban—. ¿Cuándo?

—Después de verte en esa fiesta. Esa misma noche Daniel me sacó del campamento. Me llevó a Méjico DF. Tardé todavía unos cuantos meses más en ser libre. En realidad nunca logré escapar, simplemente me dejó ir, ya no le interesaba.

Esta vez sí logró desasirse de sus brazos y se puso en pie, abandonando la cama. No podía mirarle a la cara. No quería. Se abrazó a sí misma acercándose a la ventana para mirar por ella.

—Marietta... —Esteban se acercó abrazándola por la espalda. Ella trató de alejarse, al no ser capaz porque él no se lo permitía, le suplicó apoyando la cabeza en la ventana con cansancio:

—Ya te he contado lo que querías saber. Será mejor que te vayas, ya no tenemos nada más que decirnos.

—¿Qué me vaya! —exclamó Esteban girándola con suavidad para que le mirara a la cara—. No me voy a ir. ¿Sabes las veces que he soñado que estabas viva? ¿Qué lo he deseado? ¿Crees que me voy a ir?

—Tienes una esposa —le recordó con suavidad, no con reproche, simplemente constatando un hecho.

—Lo sé —reconoció mirándola con dolor—. Ya te he explicado porq... —Marietta le puso la mano en la boca para que no siguiera hablando.

—Lo entiendo, Esteban —le dijo con cansancio y una mirada de dolor

que se le clavó como un puñal en el corazón—. Sin embargo ¿qué sentido tiene ahora? Han pasado años. Tú eres diferente. Yo también lo soy. Lo que sentimos hace tiempo ya no es lo que sentimos ahora.

Sus palabras cayeron sobre Esteban como un mazazo ¿lo que sentía? ¿Qué quería decir? ¿Por qué hablaba en pasado? Para él nada había cambiado

—Yo sigo sintiendo por ti lo mismo que entonces —le replicó con dureza—. Mis sentimientos no han cambiado un ápice y no me creo que hayan cambiado los tuyos.

—Ya no te quiero —mintió Marietta, mirándole a los ojos.

La frase quedó flotando entre ambos como una barrera que les separaba. Esteban la miró a los ojos, buscando una confirmación de tan absurda mentira, al no encontrarla, sino al contrario, al ver sus ojos empañados, contraatacó.

—No te creo.

—Me importa una mierda si me crees o no —afirmó Marietta con voz enojada—. Quiero que te largues de aquí. ¡VETE! —gritó al ver que no se movía—. ¡VETE! ¡VETE! ¡VETE! —gritaba fuera de sí empujándole fuera de la habitación.

Esteban se dejó empujar al principio. Al ver que estaba al borde de la histeria, la cogió por los brazos sacudiéndola para que dejara de gritar. Finalmente ella lo hizo para prorrumpir en sollozos desesperados.

Esteban no pudo reprimirse e hizo lo que llevaba deseando hacer desde que se había dado cuenta de quién era ella. Cogió su rostro entre las manos y la besó con toda el alma, con todo el amor y la pasión acumulados después de cinco años de anhelarla.

Marietta sintió como si se rompiera en mil pedazos, tal era la intensidad de sus sentimientos. Sus labios temblorosos recibieron la dulzura

de los de Esteban y sintió un dolor tan agudo en el pecho que pensó que moriría allí mismo. Antes de que se pudiera recuperar, él la soltó y fue como si la hubiera dejado suspendida al borde de un precipicio. Cualquier movimiento y caería, y entonces, él cogió su mano y allí mismo la ancló a la vida, como aquel día hace tantos años. El día que le conoció.

—No quiero hacerte daño Marietta —murmuró Esteban con dulzura—. Me iré ahora, si eso es lo que deseas, aunque mañana volveré a tu lado. Esto no se ha acabado.

Depositó un beso en su mano y haciendo de tripas corazón se giró para marcharse.

—No se te ocurra irte Marietta —advirtió antes de alejarse—. Si te vas te buscaré hasta el fin del mundo. Y ten por seguro que te encontraré.

Fany se despertó con la primera luz del alba. Al girarse en la cama notó que el lado de Ricardo estaba vacío. La noche anterior se había acostado, cansada de esperarle. Le había dicho que iba a reunirse de nuevo con esa mujer, aunque en esta ocasión no se había sentido amenazada por ella. Sin embargo, era demasiado temprano como para que Ricardo ya se hubiera ido.

Se puso una bata y se dirigió a la cocina. Al cruzar el salón se detuvo con sorpresa al verle tumbado en el sofá, ¿por qué estaba allí? ¿Por qué no se había acostado a su lado? Se sentó en el sillón de enfrente y le miró con el corazón acelerado. Le quería tanto. Era un hombre tan bueno, tan íntegro. Lo que siempre había soñado. En ese momento decidió que tenía que darle el hijo que tanto ansiaba, dejaría de tomar las píldoras anticonceptivas y le daría la familia que él quería. No le podía perder.

Esteban abrió los ojos y se sorprendió al encontrar a Fany en el sillón de enfrente mirándole silenciosa. Se acercó a él y se inclinó para besarle. En

el último momento Esteban giró la cara, por lo que el beso se depositó en su mejilla. No podía besarla. No quería borrar la huella del beso de Marietta de sus labios.

—Tenemos que hablar —le pidió sentándose y apartándola con suavidad.

Fany se sintió dolida por su rechazo. No entendía lo que pasaba.

—¿Por qué has dormido aquí?

—Yo... déjame que me vista. Y entonces hablaremos.

—¿No tienes que ir a trabajar? —preguntó Fany con sorpresa.

—Sí. Voy a llamar a Ruth para decirle que iré más tarde.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? —Fany estaba empezando a asustarse por la seriedad con la que Ricardo le hablaba.

Él sacó su móvil y llamó a Ruth, su secretaria, después de unos minutos hablando con ella, colgó y sin decir nada más se dirigió a la habitación, para darse una ducha y vestirse.

Mientras él se duchaba los temores de Fany se intensificaron. No sabía qué había pasado, qué había cambiado desde el día anterior, pero él estaba diferente. La miraba de una forma, como no la había mirado nunca. Desesperada se desnudó y se acercó hasta el baño abriendo la puerta de la ducha.

Esteban la miró con sorpresa. Cuando la vio, desnuda, agachándose frente a él, la cogió por los brazos para impedirselo.

—No lo hagas —le pidió con firmeza mientras el agua los empapaba a ambos.

—¿Por qué? —preguntó Fany con desesperación—. ¿Qué ha pasado?

Esteban cerró el agua de la ducha, salió de la misma envolviéndose en

una toalla y le tendió otra a Fany abandonando el cuarto, mientras ella sollozaba humillada por su rechazo.

Esteban se vistió a toda prisa y volvió a entrar en el baño donde ella continuaba en el mismo sitio donde la había dejado.

—Te espero en el salón —le dijo suavemente.

Pasados unos minutos, ella apareció ya vestida, con lágrimas cayendo por sus mejillas.

—Me voy a ir. Te voy a dejar —le anunció Esteban con suavidad—. Te quiero. Pero como a una amiga, no como la mujer de mi vida.

—Si es porque no te he dado un hijo. Podemos seguir intentándolo —le pidió con desesperación—. No entiendo lo que te pasa ¿Qué ha cambiado desde ayer?

Esteban pensó que al menos se merecía parte de la verdad.

—Cuando nos conocimos, te dije que no te podía amar porque mi corazón pertenecía a otra persona.

—Sí —afirmó Fany tragándose su dolor por no haber podido estar nunca a la altura de esa mujer.

—También te dije que estaba muerta. Anoche descubrí que no es así y que está viva.

Fany palideció ante sus palabras ¿cómo era posible? ¿Quién era? ¿Cuándo la había visto?

—Esto no es una telenovela Ricardo, ¿cómo puede ser que hayas pensado que estaba muerta y no lo esté? ¿La has visto? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿No se suponía que ibas a reunirte con la chica esa, Sonia?

—La vi después de mi cita con Sonia —De momento, no quería que supiera que Sonia era Marietta—. El cómo o el dónde ahora mismo no tiene

mayor importancia, lo que sí la tiene es que después de descubrir que continúa con vida, no puedo seguir con este matrimonio.

Las garras de los celos atenazaron el corazón de Fany devorándolo.

—Nunca me has explicado nada, ni quién era, ni cómo murió... supuestamente.

—No. Nunca te lo he dicho.

—¿Y no me lo vas a decir ahora? —le exigió con furia—. ¿No crees que merezco algo más? Simplemente esa mujer resurge de la tumba ¿y tú te vas con ella?

—Mi verdadero nombre no es Ricardo —Aunque no se lo podía contar todo, quería que por lo menos lo entendiera.

—¡Quééé! ¿Cómo que no te llamas Ricardo?

—No. No te puedo contar más detalles. Solo te puedo decir que yo tenía otra vida. Una vida en la que he hecho cosas de las que me arrepiento, cosas que harían que huyeras espantada si las supieras. Nunca he sido el hombre que tú has creído.

—No puede ser verdad lo que estoy escuchando —murmuró Fany con los ojos cerrados mientras negaba— No te creo nada de lo que me estás contando.

—No se trata de que me creas o no. No trato de convencerte de nada, solo te estoy explicando la verdad.

—¿Y esa mujer sí sabe quién eres?

—Sí. Lo sabe. Por su muerte fue por lo que abandoné esa vida.

—¿Qué vida? ¡De qué coño me hablas!

—Estoy tratando de que lo entiendas. Permití que pensaras que era un buen hombre, sin embargo nunca lo he sido. Soy un maldito egoísta y por eso

te voy a dejar, porque Marietta es lo más importante en mi vida y no pienso renunciar a ella.

—¡Marietta! —Por fin después de tantos años, tenía un nombre. No se lo iba a permitir, no iba a dejar que le abandonase.

—¿Y si estoy embarazada? —preguntó con desesperación a sabiendas de lo imposible que eso era.

—En caso de que estuvieras embarazada, me haría cargo del niño, pero aun así te voy a dejar.

—¿Entonces qué haces aquí? —preguntó Fany con rabia—. ¡VETE! ¡Lárgate con esa furcia y no vuelvas! —gritó fuera de sí antes de ponerse a llorar.

Esteban se levantó en silencio y se marchó. Le había dicho la verdad, no era un buen hombre y era demasiado egoísta para renunciar a su felicidad.

Fany no podía parar de llorar. ¿Por qué no la amaba? ¿Qué tenía esa misteriosa mujer que ella no tenía? Ni siquiera la posibilidad de que estuviera embarazada le había detenido.

Después de un rato sin poder parar de llorar, el timbre de la puerta le sorprendió y se levantó corriendo, esperanzada de que fuera Ricardo, que había cambiado de opinión. Aunque en el mismo momento que abrió la puerta se dio cuenta de que si hubiera sido Ricardo no hubiera llamado al timbre, hubiera entrado con sus llaves.

Al otro lado de la puerta, con cara de preocupación estaba David, su vecino.

—Te he oído llorando, ¿estás bien? —le preguntaba con preocupación.

—¡Qué quieres! —le reclamó con voz ácida—. No estoy de humor para tus tonterías.

—Por lo menos has dejado de llorar —le replicó él con una sonrisa torcida—. Me tenías aburrido con tanto llora y llora y llora. Estaba tratando de trabajar y me distraías.

Fany le miró con estupefacción. Cuando había abierto la puerta le había dado la impresión de que en realidad estaba preocupado por ella, sin embargo ahora la miraba de forma cínica.

—¡Eres un imbécil! —le gritó cerrándole la puerta en las narices.

David suspiró al otro lado. Por lo menos ya no lloraba. Le estaba partiendo el corazón oírlo. Sabía que no le soportaba, así que estaba seguro de que si la pinchaba un poco, por lo menos se olvidaría de sus problemas, cualesquiera fueran, para centrar su odio en él.

No entendía por qué le detestaba tanto. Desde el primer día que se habían visto, cuando aún no conocía a nadie en el edificio, se encontró con ella en el ascensor. Le pareció la mujer más hermosa que había visto nunca, así que ese mismo día, por la noche, cuando al volver a casa volvió a coincidir con ella y vio que vivía en la puerta de al lado, no pudo resistir el invitarla a cenar.

—No conozco a nadie en la ciudad. Podíamos quedar un día y me la enseñas —le había dicho esperanzado. Ella le había mirado con aire de superioridad y le había rechazado señalando el anillo que tenía en el dedo.

—Estoy casada y mi marido está enamorado de mí y yo de él —le anunció con petulancia.

—Vale, vale, no lo sabía, lo siento.

A partir de ese momento decidió ignorarla, o intentarlo al menos, porque era imposible hacerlo ya que tenían los mismos horarios y casi siempre coincidía con ella, al entrar y salir de casa.

Había hecho un esfuerzo por olvidarse de ella. Empezó a quedar con

chicas. Era un hombre joven, soltero y con un saludable apetito sexual, así que si conocía a una chica y ella le ofrecía sexo, no le decía que no. Sin embargo parecía que a su vecinita eso le parecía particularmente desagradable, a juzgar por las miradas de desprecio que le dirigía. Cada vez que le dirigía la palabra, se encrespaba como un puercoespín, así que había hecho la finalidad de su vida molestarla.

O era una mojigata o una reprimida. No sabía con cuál de las dos cosas quedarse. Aún no había visto al marido, incluso había llegado a pensar que no existía, sin embargo un día que había cotilleado con el portero, había descubierto que era verdad que estaba casada.

No sabía por qué lloraba, aunque estaba seguro de que su sola presencia había hecho que se olvidara de sus problemas.

Fany estaba furiosa. No soportaba al vecino, la forma en la que la miraba. Como... desnudándola. Le hacía sentir cosas.... cosas que solo debería sentir por su marido. Ojalá él la hubiera mirado alguna vez como la miraba David. Estaba segura de que en ese caso no la hubiera dejado por un fantasma.

Durante unos momentos no pudo evitar el compararlos. Ambos eran altos y morenos, aunque mientras que Ricardo era todo músculos, David era delgado, con la apariencia de no haber hecho ejercicio en toda su vida, con el pelo rozándole por los hombros, un pendiente en la oreja y un constante aspecto desaliñado. Era todo lo contrario a lo que ella buscaba en un hombre. Por eso le cabreaba tanto esa extraña atracción que sentía hacia él.

Sabía que era una mujer atractiva y agradable. No iba a dejar las cosas así. Si de algo le había servido la visita de David, era para darse cuenta de que tenía que luchar por su marido. Siempre se había sentido en desventaja por no poder enfrentarse con una mujer muerta. Aunque viva... estaba segura de que no era perfecta. ¿Dónde había estado metida todos estos años? Ricardo

en realidad no podía amarla. Simplemente estaba obsesionado con su recuerdo, precisamente porque creía que estaba muerta.

Aún no lo había perdido. Le demostraría que ella era la mujer perfecta para él y en cuanto tuviera la oportunidad le daría un hijo, eso era algo que debería haber hecho hace tiempo. Él podía decir lo que quisiera, sin embargo estaba segura de que si hubieran tenido un hijo no la hubiera abandonado tan alegremente.

Empezó a esbozar un plan en su cabeza y por primera vez desde que se había levantado esa mañana, se sintió tranquila y segura de sí misma. Le recuperaría.

Esteban no había pegado ojo en toda la noche. Echado en el sofá, esperando a que se despertara Fany para hablar con ella, se había pasado todo el rato pensando en Marietta, en que había vuelto a su vida y no la iba a dejar escapar.

Entró en la empresa tan sumido en sus pensamientos que tropezó con una persona que en ese momento salía.

—¡Hola Carlos! Perdona —le dijo al percatarse de quién era—. Iba pensando en las musarañas. ¿Hoy no era tu día libre? —le miró con extrañeza recordando que los jueves Carlos no trabajaba.

—¡Hola Ricardo! Sí. Vine porque necesitaba recoger unas carpetas. Creo que no conoces a mi hijo. Tiene cuatro años—dijo señalando a un niño que en ese momento estaba agachado jugando con un camión en el suelo—

—No. Nunca le había visto ¿Qué tal, campeón? —preguntó inclinándose hacia el niño para estar a su altura.

—¿Te he dicho que se llama Daniel? —preguntó Carlos poniendo énfasis en el nombre del niño.

—No, ni siquiera sabía que tenías un hijo —comentó un poco extrañado de la manera tan intensa en la que le miraba Carlos y de la forma en la que hablaba.

—Daniel, saluda a mi amigo Ricardo.

—Hola —murmuró el niño con vergüenza.

Daniel no cabía en sí de gozo. Estaba disfrutando con la situación. El imbécil de Esteban ni siquiera era consciente de que estaba frente a su propio hijo. Pronto lo sabría. Primero iba a dejar que pasasen unos días, que supiese

lo que le había hecho a Marietta.

Esteban miró al niño con ternura. Si las circunstancias hubieran sido distintas, quizás Marietta y él hubieran tenido un niño como Daniel.

—Bueno, ya me voy. Ya tengo lo que quería —le dijo Carlos de forma enigmática, cogiendo al niño de la mano y alejándose.

Esteban se despidió de Carlos preguntándose por qué la situación le había resultado tan extraña. ¿Le pasaría algo? Estaba muy raro.

Daniel sonrió con maldad. Por fin iba a conseguir vengarse definitivamente de Esteban. Cuando se había llevado al niño, había esperado que la zorra de Marietta le buscara para contárselo, pero no, esa imbécil nunca hacía lo que se esperaba de ella.

En vez de contarle todo a la policía, lo de la muerte de sus padres, los años que había vivido secuestrada, para que llegase a oídos de Esteban, para que él descubriese que estaba viva, en vez de eso la muy zorra había fingido amnesia, no recordar quién era, ni lo que había pasado. Algún día tendría que preguntarle el motivo por el que lo había hecho. Hubiera querido poder presentarse frente a Esteban y contárselo él mismo, sin embargo el muy cabrón había desaparecido sin dejar rastro.

Al principio había decidido quedarse con el crío porque podía ser una baza a utilizar en caso de que Esteban le encontrara, y además quería que lo hiciera. Quería que supiera lo que le había hecho a la zorra de Marietta y que tenía a su hijo, aunque con el tiempo sin que él mismo se lo pudiera creer, se había encariñado con el mocoso. Le hacía gracia que le llamase papá.

Los primeros meses había tenido que buscar a alguien que se ocupase de él. Es increíble lo molesto que puede ser un puto bebé, incluso ahora que era más mayor, de vez en cuando tenía que corregirle, aunque no como su supuesto padre le había corregido a él. Había cosas que hasta un cabrón como

él, pensaba que no había que hacerle a un niño, aunque un par de buenos correazos de vez en cuando, no le hacían daño y servían para enderezar a cualquier niño.

El hombre que le había criado, había sido un sádico hijo de puta, que le había convertido en lo que era, sin embargo él no haría lo mismo con el mocoso.

Cambiaba cada cierto tiempo de niñera. No quería que el niño se encariñase con ninguna zorra y llegase a considerarla su madre o algo por el estilo, aunque últimamente la que más se ocupaba de él era Susana.

Le gustaba esa mujer, aunque ya estaba un poco cansado de hacer el papel de novio solícito. Quizás ahora que tenía tan cerca su venganza, que Marietta y Esteban ya se habían encontrado, era el momento adecuado para mostrarle a Susana lo que esperaba de ella.

Cuando empezó con su plan, la idea era deshacerse de ella cuando dejara de ser útil, aunque últimamente estaba pensando en quedársela. Era tan fácil de manejar. Estaba tan enamorada de él. Solo tenía que enseñarle un par de cosas sobre cómo debía complacerle de verdad.

Salió de la empresa riéndose para sus adentros. Si Esteban supiera la manera tan tonta en la que le había encontrado. Tantos años con esa identidad, tanto cuidado. Comprando un periódico y una revista para controlar cualquier noticia que pudiera relacionarlo y la imbécil que tenía por esposa había subido fotos de él a *facebook*.

Tenía desde hace años a una persona buscando la cara de Esteban por la red y en todos este tiempo no había cometido ni un descuido, por eso cuando había visto la foto, al principio no se lo había creído. No podía haber resultado tan fácil. Pero así era, realmente era él.

Una vez descubierta su nueva identidad, se las había arreglado para

conseguir trabajo en la empresa de Esteban, se había fabricado él también una identidad falsa y se había presentado buscando trabajo cuando lamentablemente el corrector que tenían contratado había sido atropellado por un coche que se había dado a la fuga.

Daniel todavía se reía cuando recordaba la cara de imbécil que se le había quedado al tipo cuando lo había atropellado.

A Marietta la tenía localizada hace tiempo. No había sido difícil seguir su rastro. Desde el hospital al que la habían llevado, hasta la organización de ayuda a mujeres maltratadas donde había conocido a Susana.

Ligarse a Susana fue muy sencillo. Estaba tan necesitada de un hombre, en cuanto le metió la polla unas cuantas veces, la tuvo comiendo de su mano. Presentársela a Esteban fue un golpe de genialidad, en cuanto le mencionó a Susana lo de la fundación de ayuda a niños soldados de Esteban ella en seguida se ofreció a ayudarlo.

Manipular a Esteban para que en cuanto recibió el primer *email* pensase en Susana para que a través de su organización, buscarse a alguien que le ayudase a descubrir quién se lo había enviado, fue un juego de niños y a su vez convencer a Susana para que contactase con Marietta fue tan sencillo que ni él mismo se lo podía creer.

Eran una panda de imbéciles y ahora mismo los tenía a todos donde quería. Les iba a dejar que disfrutaran unos días y después se iba a vengar. Regocijándose con esos pensamientos cogió al niño de la mano y se alejó silbando.

Esteban llevaba ya un par de horas en el despacho trabajando cuando su secretaria le anunció que tenía la visita de una mujer llamada Sonia. Sintió que el corazón se le paraba y que mil mariposas se apoderaban de su estómago. Se

sorprendió de que se presentara. Cuando la había dejado en su apartamento la noche anterior, le había dado la impresión de que si fuera por ella no le hubiera vuelto a ver más.

—Hazla pasar —le pidió a Ruth— y que no nos interrumpa nadie hasta que salga—. Si a Ruth le sorprendió la petición, no dijo nada.

Cuando Marietta entró en el despacho, Esteban sintió como si hubiera desaparecido todo el aire de la habitación. En esta ocasión no llevaba una ropa informe, ni las gafas de culo botella. Se había puesto un vestido de verano, holgado y corto, y le miraba con sus ojos de color violeta. Se había quitado las lentillas. Era como si hubiera decidido que ya no tenía sentido esconderse. Le miró con la misma valentía con la que le había mirado la primera vez que se conocieron, hace tantos años.

—No sabía que te hubieras vuelto una cobarde —la provocó en cuanto se sentó frente a él.

—No creo que sea una cobarde, puesto que he venido a verte aquí, a plena luz del día, cuando la empresa está llena de gente —le dijo ella enrojeciendo de rabia.

Esteban se levantó rodeando el escritorio, giró la silla en la que estaba sentada para situarla frente a él y apoyando las manos en los brazos de la silla, la enjauló con su cuerpo inclinándose para susurrarle al oído:

—Eres una cobarde, porque no te atreves a que estemos a solas tú y yo. Sabes que esta noche o incluso antes, hubiera ido a tu apartamento, por eso te has adelantado y has venido tú, pensando que aquí estás a salvo de mí.

Marietta sintió los escalofríos recorriendo todo su cuerpo, yendo desde su oído, donde le susurraba, hasta situarse entre sus piernas. Volvió a sentirse como hace años, cuando aún era una niña con un montón de sueños. Cuando él era su ancla, el que le protegía del mundo.

Una ola de deseo surgió entre sus muslos y la pilló tan desprevenida que no pudo evitar que se le enturbiaran los ojos y se le entreabrieran los labios. Esteban no pudo dejar de notarlo. Si fuera otro tipo de hombre, más noble, quizás lo hubiera ignorado, pero él no podía. No quería. Llevaba años soñando con ella. Con tenerla de nuevo entre sus brazos.

Introdujo la mano entre sus piernas, sin encontrar resistencia. Instándola a abrirse frente a él y poseyendo su boca con fervor. Un gemido ahogado se escapó de la boca de Marietta mientras su lengua iba al encuentro de la de Esteban. Con desesperación. Ella también le había echado de menos.

Esteban tiró con fuerza de su ropa interior, tratando de romper las braguitas. Al no ser capaz de hacerlo una carcajada salió de su boca, al tiempo que murmuraba:

—En las películas siempre funciona.

Marietta estaba tan desesperada por sentirle en su interior, que ella misma se quitó las braguitas, poniéndose en pie y sentándose en el escritorio con las piernas abiertas, ofreciéndose a él. Esteban no se hizo de rogar, se bajó la cremallera de los pantalones y de un solo golpe se introdujo en su interior.

Para ambos fue un *shock* tan profundo, que se quedaron inmóviles durante un momento. Suspendidos en el tiempo. Como si los años no hubieran transcurrido. Esteban salió lentamente y volvió a introducirse en su interior, provocando un jadeo en ambos. No hizo falta mucho más para que se corrieran, tan grande era la necesidad que tenían. Cuando acabaron, Marietta empezó a llorar mientras Esteban la abrazaba sin salir de su interior. Quería quedarse así, unido a ella para siempre.

—Amor mío —le susurró al oído.

Marietta era incapaz de hablar, solo de llorar. Le empujó con suavidad

para que saliera de su interior, y aunque él quiso resistirse, se apartó. Vio cómo el semen se escurría entre los muslos de Marietta y se excitó de nuevo. Apenas había durado unos minutos en su interior y ya quería volver a poseerla, aunque se dio cuenta de que no era ni el momento ni el lugar.

La próxima vez que volviera a poseerla, quería que durase. Lamer su cuerpo centímetro a centímetro y tomarla de todas las formas posibles. Marcarla para siempre y que recordara que siempre había sido suya y que siempre lo sería.

Marietta, ajena a estos pensamientos, sentía que había cometido un terrible error. No debería haber venido, ni haber permitido que la tocara. Se sentía como una furcia. Esteban estaba casado. Lo que habían tenido, había muerto hace mucho tiempo. Ella era una mujer rota, marcada. Sintió lo mismo que sentía después de cada una de las violaciones de Daniel, asco de sí misma, ¿Cómo podía Esteban desearla?

Se arregló la ropa como pudo tratando de que al salir nadie se diese cuenta de lo que acababa de suceder.

Cuando Esteban vio que se alejaba para salir de la oficina, la detuvo sujetándola por el brazo.

—No te lo permitiré —le avisó con firmeza reteniéndola.

—¿Qué es lo que no me vas a permitir? —preguntó Marietta sin mirarle y sin poder evitar que le temblara la voz.

—Que te alejes de mí, ¿crees que no sé lo que estás pensando?

—¿Y qué... —Tuvo que tragar saliva para poder continuar ya que tenía la garganta reseca— ... estoy pensando?

—Estás pensando que esto ha sido un error.

Marietta se giró hacia él con los ojos llenos de lágrimas.

—Y lo ha sido. Tú estás casado y yo... me siento sucia.

—¿Por qué?

—¿Cómo puedes preguntarlo? Después de lo que... —No fue capaz de pronunciar su nombre— ese cerdo me hizo. Yo... no pude detenerlo —le confesó con voz temblorosa—. Yo quise... lo intenté...

—¡Shhh! —le dijo poniendo un dedo en sus labios—. No importa. El pasado no importa.

—¡Sí importa! No finjas lo contrario, porque es una puta mentira. No podemos actuar como si no hubiera pasado nada, porque han pasado muchas cosas y tú has rehecho tu vida con otra mujer.

—He dejado a mi mujer —confesó Esteban abrazándola—. Se lo he dicho esta mañana.

—¿Qué le has dicho?

—Que has vuelto a mi vida. Ella siempre supo que no podía amarla porque aún te amaba a ti.

—¿Y aun así se casó contigo?

Marietta no estaba muy segura de creerle. Ella nunca hubiera aceptado un matrimonio en esas condiciones.

—Ella fue la que me persiguió, quiero que lo tengas claro. Ella también fue la que me propuso matrimonio. Al principio la rechacé —explicó Esteban con vehemencia.

—Aun así acabaste casándote con ella.

—Porque me ofreció darme un hijo.

Esteban vio cómo Marietta se encogía de dolor ante sus palabras como si le hubiera hecho daño físico.

—No hemos tenido hijos —se apresuró en añadir—. Aunque podría

estar embarazada.

—¿Cuándo? —le preguntó con angustia.

—¿Cuándo qué?

—¿Cuándo fue la última vez que tuvisteis relaciones?

Esteban dudó antes de contestar.

—Antes de ayer —contestó finalmente. Al ver que ella palidecía y se daba la vuelta con la intención de alejarse de él, la agarró por detrás por la cintura y la pegó a él para que notara la evidencia de su excitación.

—Me acosté con ella después de verte, pero mientras lo hacía... — Tuvo que sujetarla más fuerte para que no se apartara. —Mientras lo hacía solo pensaba en ti. Me imaginaba que era tu cuerpo el que poseía.

—¿El de Sonia o el de Marietta? —preguntó con voz ronca.

—El de ambas, porque aunque de forma consciente no te reconocí, mi subconsciente sí lo hizo, porque pensé en ti, cómo eres ahora, como Sonia y cómo eras hace cinco años, como Marietta.

—Déjame ir —le suplicó con voz llorosa.

—Vete —le dijo finalmente soltándola, tenía que darle tiempo para procesar todo lo que había pasado—. Esta noche iré a verte y terminaremos lo que hemos empezado.

Fany vio cómo Sonia abandonaba las oficinas de la revista y la miró con sorpresa. Al principio le costó reconocerla. Le sorprendió ver que en realidad tenía un buen cuerpo y sin esas horribles gafas se veía que no era fea. Iba llorando y pasó a su lado sin verla.

Entró en el edificio sin anunciarse con Julia la recepcionista. No hacía falta. Nunca había tenido que hacerlo, por algo era la mujer del dueño y

tampoco con Ruth, la secretaria. La saludó al pasar junto a ella y abrió la puerta del despacho sin llamar. Quería sorprender a Ricardo, aunque la que se sorprendió fue ella.

El hombre que la miraba de forma furiosa por haberle interrumpido no se parecía en nada al hombre que amaba. Se le veía desaliñado, con el pelo revuelto como si se lo hubiera estado tocando de forma compulsiva. La camisa sin corbata y a medio abrochar. Lo que más le gustaba de él, precisamente era que siempre iba immaculado y que se contenía, nunca demostraba furia, ni pasión.

De pronto la imagen de esa chica saliendo del edificio llorando acudió a ella. Aunque... no podía ser, solo se conocían desde hacía un día. El aspecto de él no tenía nada que ver con el de esa chica, si no que con seguridad se debía a que se había dado cuenta de que era un error romper su matrimonio y se estaba arrepintiendo.

—Te perdono —le dijo acercándose a él y abrazándole.

—Fany —respondió Esteban desasiéndose de sus brazos y apartándola — ¿Qué haces aquí? Y ¿por qué me dices que me perdonas?

—Por lo que me dijiste esta mañana —le contestó, mirándole con ternura—. Sé que estás arrepentido. Te perdono. Ha debido ser un *shock* descubrir que esa mujer que una vez amaste no está muerta, y comprendo que durante un momento hayas sentido cierta obligación moral hacia ella. Sin embargo te perdono y podemos olvidarnos de todo lo que dijiste, porque ambos sabemos que no lo sentías de verdad.

—No, Fany estás equivocada —afirmó apartándose de ella—. Nada ha cambiado en estas horas.

—¿Qué tiene ella que no tenga yo? —preguntó con desesperación. No entendía por qué seguía obsesionado con esa mujer.

—No quiero humillarte. Fany. En realidad no me conoces.

—¿Cómo puedes decir que no te conozco? Te conozco a la perfección.

—No Fany, tú conoces a Ricardo Montesinos. A una versión de mí que yo mismo he inventado.

—Yo sé quién eres de verdad —murmuró Fany abrazándole—. Eres un buen hombre, cariñoso, atento y por eso te debes sentir moralmente obligado hacia esa mujer, pero no le debes nada.

Esteban no pudo evitar carcajearse de forma amarga. Qué equivocada estaba. Se apartó de ella, impidiéndole con una mano que se acercara de nuevo.

—No tienes ni puta idea de quién soy yo.

Fany empalideció al oírle expresarse de esa forma. Nunca le había oído decir ni una palabra mal sonante.

—Ricardo...

—Esteban.

—¿Qué? —preguntó Fany con confusión.

—Esteban es mi verdadero nombre. Y no soy un buen hombre. —Levantó la mano para acallarla cuando vio que iba a interrumpirle—. He robado, torturado, matado...

Fany iba retrocediendo horrorizada ante cada una de las palabras de Esteban que a su vez avanzaba hacia ella de forma amenazadora.

—Me estás asustando —murmuró con angustia.

—No es mi intención —confesó Esteban con voz fría—. Solo estoy permitiendo que conozcas la verdad de quién soy.

—No sé por qué te estás inventando todo eso.

—No me estoy inventando nada. Por primera vez te estoy diciendo toda

la verdad.

—¿La tal Marietta conoce esa supuesta verdad?

—No hay nada de mí que Marietta no sepa.

—¡Aún podemos tener un hijo! —exclamó con desesperación—. Sé que hasta ahora no lo he hecho, porque creía que teníamos tiempo, que mi amor sería suficiente.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó mirándola con extrañeza

—He estado tomando la píldora —reconoció avergonzada.

Esteban se sorprendió. Así que Fany no era tan ingenua como parecía.

—No te enfades por favor —le pidió Fany con voz llorosa.

—No me enfado, Fany. En realidad eso ahora ya no importa. Quería un hijo porque al no tenerla a ella, un hijo podría ser mi familia.

—Yo soy tu familia —le respondió furiosa y desesperada—. Soy tu mujer. Nos conocemos desde hace cuatro años y esa mujer ya no estaba en tu vida. Lo que hemos compartido estos años, nuestro matrimonio ¿no vale nada?

—No lo entiendes Fany. Nunca podrías —le dijo mirándola con tristeza—. En el fondo eres una niña. Siempre has tenido una vida protegida, sin más preocupación que la elección de la ropa que te vas a poner al día siguiente. Eso es lo que me gustaba de ti, tu inocencia, me hacías sentir mejor persona.

—¿Entonces por qué quieres volver con ella? —La carcomía no saber nada de ella. Solo su nombre—. ¿Cuántos años tiene? ¿Aún puede darte un hijo? —preguntó muerta de celos. Suponía que tendría más o menos la misma edad que él, con suerte ya no podría darle el hijo que tanto deseaba.

Él la miró con una sonrisa suponiendo por dónde iban sus pensamientos.

—Veintidós años, pero aunque tuviera cincuenta seguiría amándola igual.

—¡Quééé! —Eso no se lo esperaba—. Eso es... imposible, si hace cuatro años que no la ves...

—Cinco —reconoció Esteban—. Y antes de eso vivimos otros cinco años juntos. Te puedo asegurar que no hay nada de mí que ella no sepa.

—¡Por Dios! ¿Te enamoraste de una niña? Si dices que viviste cinco años con ella... Ahora lo entiendo. Esto no es más que un capricho pasajero, alguna especie de crisis producto de la edad, probablemente acentuado por lo que fuera que provocara su supuesta muerte —afirmó Fany con desprecio.

—Te puedo asegurar que lo que siento por Marietta jamás ha sido un capricho pasajero —rebatió Esteban sonriendo con tristeza. —Jamás podrías comprender lo que Marietta y yo hemos compartido. La vida que hemos vivido.

—¿Y lo que hemos vivido tú y yo? —preguntó con rabia—. ¿Eso no cuenta? No sé qué clase de hombre eras cuando la conociste, pero estoy segura de que ya no lo eres.

—¿Quieres saber cómo la conocí? —preguntó con una sonrisa irónica—. Quizás eso te sirva para saber qué clase de persona soy en realidad.

—Sí —Fany temblaba sin saber por qué, quizás porque el hombre que estaba frente a ella no se parecía al Ricardo que conocía desde hace cuatro años. Algunas veces le había parecido atisbar parte de este hombre en él, pero ahora mirándola con esa ferocidad le veía completo y no le gustaba. Ese no era el hombre que ella quería, pero rescataría a Ricardo, le devolvería a cómo debía ser, pero antes debía averiguar el embrujo que esa mujer tenía sobre él —. Quiero saber cuándo y cómo conociste a esa mujer.

Esteban se rio con amargura.

—Cuando la conocí no era una mujer, apenas un proyecto de lo que sería—. Se acercó a Fany cerniéndose sobre ella al tiempo que decía:

—La conocí cuando tenía doce años. El día que ordené la muerte de sus padres. Me suplicó que la ayudara mientras uno de mis hombres la arrastraba para follársela. Le ayudé, pero no porque me importara especialmente si la violaban o no. En aquel momento ni yo mismo estaba seguro de por qué lo hacía. Se sentó a mi lado, rodeados de cadáveres, mientras mis hombres se follaban a todas las mujeres de la aldea. Después de eso la arranqué de su vida y me la llevé obligada a nuestro campamento.

Las palabras quedaron flotando entre ellos mientras la realidad de lo que había dicho se imponía en la mente de Fany.

—¡Qué... has... dicho! —exclamó mirándole horrorizada. No podía ser verdad lo que le estaba contando.

—¿Quieres saber cómo me he hecho las marcas de mi cuerpo?

—Ya sé cómo te has hecho esas marcas —susurró con voz entrecortada.

—No —negó Esteban con una sonrisa amarga—. No tienes ni puta idea de cómo me las hice.

—Fue en un accidente de coche —afirmó Fany a la vez que Esteban negaba.

—Jamás he tenido un accidente de coche.

Fany negó, cerrando los ojos y tapándose los oídos, mientras gruesas lágrimas caían por sus ojos.

Esteban cogió una de sus manos y la sujetó contra su pecho, justo encima de una de sus múltiples marcas.

—Esta me la hicieron de una puñalada. Me la hizo un hombre, antes de

que lo degollara.

Situó su mano más abajo, encima de otra de las muchas marcas que cubrían su cuerpo.

—Esta fue de una quemadura. En este caso se la debo agradecer a mi amantísimo padre. ¿Te he hablado alguna vez de mi padre? Pero no del que me inventé. Sino del que me crio. Él fue el que me enseñó a matar. ¿Quieres saber de qué son las marcas de mi espalda?

Fany negó tratando de soltarse.

—Son de latigazos. Algunas me las hicieron contra mi voluntad y otras consentí en que me las hicieran, como las que sufrí para poder quedarme con Marietta.

Sintiendo que ya había dicho más de lo que debería la soltó, alejándose de ella y de su mirada horrorizada.

—Vete Fany. No deberías haber venido. Vete —le pidió mirando por la ventana e ignorándola—. Ricardo en realidad nunca existió, esto que ves es lo que soy.

Fany retrocedió asustada y llorando porque tenía razón, él era un desconocido y ya no estaba segura de quererlo en su vida.

Esteban oyó la puerta abrirse y volver a cerrarse tras ella. Se alegró. Ahora se daba cuenta de que llevaba cuatro años fingiendo. Simulando ser algo que no era. La presencia de Marietta le había permitido liberarse de las ataduras que él mismo se había impuesto. Nunca sería un buen hombre, las experiencias de su vida eran las que habían forjado quién y cómo era.

La presencia de Fany le recordó algo que aún no había hecho. Cogiendo el teléfono marcó un número.

—Hola Luís, necesito que inicies los trámites del divorcio. Sí —contestó a la pregunta sorprendida de su interlocutor—. Quiero hacerlo lo más

rápido posible, dale lo que pida.

Después de eso se quedó mirando por la ventana pensativo, tenía una necesidad pulsante de buscar a Marietta, sin embargo era demasiado pronto. Tenía que darle algo de tiempo para procesar lo que había pasado entre ellos en estas mismas paredes. Para evitar la tentación de presentarse en su casa como un loco, optó por sumergirse en el trabajo en un vano intento de no pensar en ella, sin embargo, la mera presencia de la mesa en la que habían hecho el amor, hacía que sintiera un anhelo tan grande, que le costó toda su fuerza de voluntad el no ir a buscarla.

La visita de Fany no había hecho más que acrecentar su necesidad, porque le había hecho darse cuenta de que llevaba cinco años anestesiado. Había hecho el amor con Fany muchas veces, y jamás había sido como cuando había poseído a Marietta. Ella y él eran solo uno. Compartían un pasado que jamás nadie más compartiría y eso los unía todavía más.

Marietta tenía una fuerza en su interior que jamás había visto en otra persona. La misma fuerza que había hecho que fuese capaz de irse con el asesino de sus padres y sin embargo, nunca le culpase por ello. Era como si ella hubiese siempre sabido que él no tenía otra opción. No era algo que hubiese escogido. Era algo que había tenido que hacer para sobrevivir.

¿Qué habría tenido que hacer ella para sobrevivir? Por un lado no quería saberlo, porque temía su propia reacción. Temía de lo que sería capaz cuando lo descubriera, aunque por otro lado necesitaba saberlo, que ella le contase todo, con pelos y señales y entonces él le demostraría que no importaba, que eso no haría que la amase menos.

Con esos pensamientos se contuvo de ir a buscarla. No quería presionarla y que huyera, aunque si lo hiciera, la perseguiría. Hasta el fin del mundo si hiciera falta, ahora que sabía que estaba viva no pensaba dejarla

escapar.

Unas horas. Le daría unas horas para que se recompusiera y la buscaría de nuevo.

El corazón de Marietta se detuvo durante un momento al escuchar el timbre de la puerta. Se alisó el vestido con manos temblorosas. Se acercó a la puerta despacio, dudando un momento antes de abrir, aunque en el fondo sabía que esa no era una opción. Una puerta cerrada no detendría a Esteban.

Al abrir, su corazón volvió a detenerse. Se miraron durante unos instantes hasta que Marietta no pudo sostener más su mirada.

—Entra —le dijo con voz ronca.

Esteban pasó a su lado tratando de resistir las ganas que tenía de abrazarla. La noche anterior cuando había estado en el apartamento, apenas se había fijado en el mismo, así que decidió hacerlo en ese momento.

Era bastante espartano. Un sofá, una mesa, y una televisión colgada de la pared era todo el mobiliario del salón. Una barra americana delimitaba el comienzo de una pequeña cocina y una puerta en un lateral conducía a lo que Esteban ya había visto que era el dormitorio.

La pared del fondo era toda de cristal. Una serie de ventanales que permitían que la luz entrara a raudales, y que debido a la altura en la que estaba situado el apartamento, permitía una vista de toda la ciudad.

Marietta se había desplazado hasta esa pared. Empujó uno de los ventanales y este se deslizó permitiendo la vista de una gran terraza. Sin mirarle ni una sola vez, salió al exterior apoyándose en la barandilla. Cuando Esteban se acercó a ella vio que temblaba.

—¿Cómo te hiciste esa cicatriz? —preguntó con suavidad pasando un dedo sobre la misma, recorriéndola—. Llevo toda la mañana pensando en ti,

en como no te reconocí. Tus rasgos... no son los mismos con exactitud. ¿Qué te pasó?

Marietta se apartó para impedir que siguiera tocándola.

—¿Te lo hizo él? —insistió Esteban con voz ronca.

—¿Tú que crees? —le respondió con desafío, mirándole a los ojos—
Me rajó con un cuchillo para que tuviera una cicatriz de recuerdo, después de desfigurarme el rostro de una paliza. Tuvieron que hacerme la cirugía estética para reconstruirme la cara.

Esteban sintió un dolor físico escuchándola. Cerró los ojos y agarró con fuerza la barandilla, luchando contra el impulso de romper algo.

—Lo encontraré y le mataré —juró con rabia, tratando de acariciarla, mientras ella se alejaba de él de nuevo— ¿Cuánto tiempo? —
Tenía que saberlo.

—¿Cuánto tiempo qué?

—¿Cuánto tiempo estuviste con él?

—¿Cuánto tiempo estuve con él? —Marietta se rio de forma amarga—.
Lo dices como si hubiera tenido alguna opción.

—No —se apresuró a asegurar Esteban—. Nunca pensaría eso, solo...
necesito saberlo.

—¿Para qué? No va a cambiar el pasado.

—Lo sé, aun así, necesito saber... dijiste que te dejó marchar ¿Por qué?
—Esteban no lo comprendía—. Agradezco a dios que no te matara, no obstante dejarte ir... no me parece propio de Daniel.

—Le pareció más divertido —contestó sonriendo con ironía—.
Quería vengarse de ambos y pensó que así sufriríamos más, pensó que te buscaría para que supieras lo que me había hecho. Era la venganza perfecta.

—Sigo sin entender, ¿cómo se iba a vengar dejándote viva?

—Él... —No sabía cómo decirlo. Nunca lo había dicho en voz alta. Decirlo haría que se volviera real y no creía que pudiera soportarlo.

—¿Qué ocurre Marietta? Sea lo que sea puedes decírmelo. No debería haber más secretos.

—Él... —Sentía como si el corazón se le fuera a salir del pecho—. Él... —Trató de decirlo sin embargo la garganta se le cerraba y no era capaz de decir las palabras.

Se aferró con fuerza a la barandilla y cerrando los ojos pronunció las palabras que nunca se había atrevido a pronunciar.

—Él me robó a mi hijo.

Por fin lo había dicho. El mundo no se derrumbó a su alrededor. El dolor que sentía en el corazón ni aumentó ni disminuyó. Tantos años negándose a decir nada y ahora que lo había hecho, se daba cuenta de que nada había cambiado.

—En cuanto nació me lo arrancó de los brazos y me dejó esta cicatriz como recuerdo. Me dio una paliza y me dejó ir esperando que te buscara y te lo contara.

Junto a ella el silencio era sepulcral. Se giró hacia Esteban y él únicamente la miraba silencioso. Ella dio un paso hacia él y este de forma involuntaria retrocedió apartándose de ella, dejándola helada.

Al ver la mirada de dolor que atravesó la cara de Marietta, Esteban se arrepintió de su reacción, aunque no había podido evitarlo. ¡Un hijo! Un hijo de ese cerdo. Un recordatorio permanente de lo que había sucedido. Se alegraba de que el niño no estuviera, aunque no se alegraba del dolor de Marietta.

—Quizás sea mejor así, deberías olvidarlo y tratar de superarlo —le

dijo con voz tensa.

Marietta le miró horrorizada. De todas las reacciones que hubiera esperado de Esteban, esta era la única que ¡Nunca! ¡Jamás! Hubiera imaginado. Alegría, tristeza, furia... cualquier cosa menos esto.

—¡Vete! —le ordenó con un dolor tan grande que más que hablar masticó las palabras.

Esteban la miró sin moverse. No comprendía por qué le miraba con ese dolor. ¿Qué esperaba? ¿Qué le pareciera bien?

—¡HE DICHO QUÉ TE VAYAS! ¡LÁRGATE! ¡VETE DE UNA PUTA VEZ! —gritó Marietta al ver que no se iba, mientras le empujaba hacia la puerta. Esteban se dejó llevar porque se dio cuenta de que estaba histérica.

—¿No esperarías que me alegrara cuándo lo supiera? —le preguntó.

Eso ya fue demasiado para Marietta, ciega de furia entró en la zona de la cocina, cogió un cuchillo y trató de apuñalarlo con él. Esteban la inmovilizó con facilidad, obligándola a tirarlo al suelo.

—Olvídate del niño —le exigió con crueldad—. Está mejor con Daniel.

El gemido angustioso que salió de Marietta le rompió el corazón, sin embargo ella tenía que entender que eso era demasiado.

—Cuando te tranquilices hablaremos —le dijo soltándola, provocando que cayera de rodillas al suelo, llorando angustiada.

—Ya no tenemos nada de qué hablar —logró decir entre lágrimas.

—Te equivocas.

Se marchó para que se tranquilizara. Al final ella también se daría cuenta de que así era mejor.

En el momento en que Esteban salió por la puerta, Marietta se levantó

del suelo sin fuerzas y buscó las pocas pertenencias que había traído para meterlas en una maleta. Sin parar de llorar buscó en Internet, sacó un billete en el primer avión que abandonara la ciudad y llamó a un taxi para que la llevara al aeropuerto. No le importaba el destino, solo quería alejarse lo más rápidamente posible.

Todos estos años había creído que Esteban no le podía hacer más daño del que ya le había hecho, y sin embargo se equivocaba. Había llegado incluso a creer que en realidad había pensado que estaba muerta, pero decirle que se olvidara de su hijo, que estaba mejor con ese cerdo, era más de lo que podía soportar.

Cada una de sus palabras había sido como una puñalada en el corazón. Miró las marcas de sus muñecas y durante un segundo... ¡No! Se había jurado que no iba a volver a hacerlo.

Esteban se metió en el coche. Cogió las llaves para arrancar y en ese momento se dio cuenta de que se había comportado como un gilipollas. Empezó a dar puñetazos al volante tratando de desahogar su furia. Apoyó la cabeza en el respaldo del asiento con la respiración agitada y el sentimiento de culpabilidad empezó a inundarlo. Se había comportado como un cerdo con Marietta. Aunque él odiara lo que representaba ese niño, un recordatorio constante de las vejaciones a las que le había sometido Daniel, ella era su madre, era normal que lo quisiera. Le gustara o no si quería un futuro con Marietta tendría que aceptar a ese niño. Su vida no valía una mierda sin ella. Tenía que pedirle perdón.

Con la decisión ya tomada, esperó diez minutos más tratando de tranquilizarse. Cuando ya se sintió suficientemente preparado para enfrentarse de nuevo a ella, abrió la puerta para bajarse del coche y volver al apartamento. Tenía que pedirle perdón, suplicarle que le escuchara si hacía falta, que entendiera que esto también era difícil para él. En el instante en que

puso un pie fuera del coche, la vio bajar con una maleta y subirse a un taxi que era evidente que había llamado.

Palideció al darse cuenta de que pretendía alejarse de él. Si no se hubiese quedado en el coche, se hubiera ido para siempre. Eso reforzó su decisión, si la amaba a ella, debía aceptar a ese niño o se arriesgaría a perderla para siempre.

La siguió hasta el aeropuerto y cuando la vio caminar por la terminal llorando, esa imagen terminó de destrozarle el corazón. La vio entrar en el baño y pensando que era su oportunidad, se introdujo en el pasillo que llevaba al mismo y se dispuso a esperarla.

Marietta se refrescó la cara, tratando de disimular que había estado llorando. Cuando ya se encontró un poco más tranquila, salió del baño para encontrarse con que su vida iba a derrumbarse de nuevo en pedazos, porque allí frente a la puerta se encontraba Esteban mirándola con seriedad.

—Veo que planeas irte de viaje —le acusó con voz fría.

—Así es —contestó ella con la misma frialdad.

Al verla tan altiva, todos los planes trazados por Esteban, todas las palabras de perdón fueran sustituidas por una ciega furia.

—No te lo voy a permitir —le anunció cogiéndola por el brazo.

—¡VETE A TOMAR POR EL CULO! —le gritó ella tratando de liberarse de su agarre, de tal forma que él acabó cogiéndola por la banda que cubría siempre sus muñecas. Empezó a forcejear para soltarse y un crujido rasgó la banda que cayó al suelo, mostrando las marcas de su intento de suicidio.

Esteban se quedó helado al verlo. Ella trató de soltarse sin embargo él no se lo permitió, al contrario, cogió su otro brazo y le arrancó la banda que cubría su otra muñeca.

—Marietta —susurró con dolor.

La abrazó con fuerza, mientras le suplicaba:

—Perdóname. Perdóname, amor mío, eres lo más importante para mí. Yo... —Inspiró profundamente antes de agregar—. Buscaremos al niño, te lo juro. Lo encontraremos y se lo quitaremos a ese cerdo. No me importa quién sea el padre, si es tu hijo yo también lo querré.

Marietta tardó unos minutos en comprender lo que Esteban le estaba diciendo.

—Esteban —preguntó con confusión, con la voz rota—. ¿Qué quieres decir con que no te importa quién es el padre?

—Lo que he dicho —afirmó Esteban abrazándola con más fuerza—. Me he portado como un animal. Te juro que en cuanto salí de tu casa me di cuenta del gran error que había cometido. Te amo demasiado. Entiendo que quieras a ese niño aunque sea hijo de ese cerdo.

Marietta al darse cuenta de que había rechazado inicialmente al niño porque pensaba que era de Daniel y aun así ahora mismo le decía que por amor a ella lo aceptaría, sintió cómo la inundaba una ola de amor tan grande que pensó que moriría.

—Cuando Daniel me secuestró —dijo Marietta con tristeza—. Ya estaba embarazada.

Esteban se quedó paralizado, tratando de asimilar sus palabras. Pálido, se apartó de ella para mirarla a los ojos.

—Ese niño ¿es...? —No fue capaz de continuar.

Marietta asintió mientras nuevas lágrimas se agolpaban en sus ojos.

—Daniel quería que lo supieras —susurró con dolor—. Hacernos daño a los dos, por eso se lo llevó.

—Lo vamos a encontrar. ¡Te lo juro! —afirmó con furia al tiempo que volvía a abrazarla.

Ella se dejó abrazar, temblando. Estaba tan cansada, llevaba unos días sometida a un vaivén emocional, ya no tenía fuerzas para soportar nada más. Cuando sintió que sus piernas se doblaban, Esteban la cogió en brazos llevándola por la terminal hasta su propio coche.

—Mi maleta —gimió Marietta.

—Volveré a buscarla —aseguró Esteban y así lo hizo, después de depositarla en el asiento del coche, buscó una manta y la tapó con ella. Marietta apoyó la cabeza en el respaldo, con cansancio. Esteban acarició su mejilla, recordando la primera vez que la vio. También en aquella ocasión la había llevado al coche en brazos.

La dejó sola unos minutos, mientras recogía la maleta de la terminal y se subió finalmente al coche llevándosela consigo.

—¿A dónde vamos? —pregunto Marietta con cansancio.

—Te voy a llevar a casa.

Marietta se enderezó en el asiento al oír eso.

—¿Dónde vivías con tu mujer? —preguntó con amargura.

—No. No te voy a llevar al apartamento en el que he vivido con Fany.

—¿Entonces?

Esteban no respondió y Marietta estaba demasiado cansada para seguir preguntando. Pasado un rato se dio cuenta de que estaban dejando atrás el paisaje de la gran ciudad, para internarse en las montañas de Navacerrada.

Se metieron por un camino de tierra hasta que se detuvieron frente a una gran verja. Esteban la abrió con el mando que llevaba en su llavero y Marietta se encontró en lo que parecía el camino de un bosque.

Estaba maravillada. Era muy diferente del paisaje de su ciudad natal o del lugar donde había vivido con Esteban, aunque de cierta manera se lo recordaba.

La sensación de aislamiento, el sonido de los animales. En este caso el de los pájaros del bosque. No sabía por qué en todos estos años no había querido volver a un sitio así, o quizás sí lo sabía, era demasiado doloroso.

Al final del camino, Esteban detuvo el coche. Salió del mismo dando un rodeo para abrirle la puerta.

—Bienvenida a casa —le dijo con una sonrisa, tendiéndole la mano.

Marietta salió del coche para encontrarse una casa preciosa. Parecía sacada de un cuento de los hermanos Grimm. Casi esperaba que saliera la bruja de Hansel y Gretel a saludarlos. Tenía dos plantas y lo que parecía una buhardilla. Estaba pintada de un color rosado, con los tejados de pizarra.

Esteban la condujo al interior de la mano, por dentro era muy acogedora, con habitaciones no muy grandes. Esteban la condujo hasta el salón y lo primero que Marietta vio fue la chimenea que presidía la estancia, era tan grande que podía caber perfectamente dentro de ella una persona de pie.

—¿Funciona? —le preguntó con una leve sonrisa, recordando hacerle esa misma pregunta hace muchos años.

—Funciona —le contestó Esteban al tiempo que la atraía contra su pecho para abrazarla. El también recordaba aquel momento hace ya tantos años.

—¿Cómo se abre? —Quiso saber con una sonrisa.

—¿Cómo se abre el qué? —preguntó a su vez Esteban mientras reía.

Marietta le lanzó una mirada conocedora. Esteban se acercó a la librería que había junto a la chimenea. Bajó un libro en concreto y el fondo de la chimenea se abrió como una puerta, permitiendo la visión de otra estancia.

—Es una habitación del pánico.

—¿Lo sabe tu mujer? —No pudo evitar preguntar con los celos carcomiéndole el alma, al pensar que hubiera compartido algo así con ella.

—No —afirmó Esteban mirándole a los ojos—. No te mentiré diciendo que nunca ha estado en esta casa, aunque solo de visita. Jamás ha conocido mis secretos. Nuestra vida siempre fue en otro lado, en el apartamento de la ciudad.

—¿Y por qué no vivisteis aquí?

—Porque esta casa la compré pensando en ti. La compré antes de conocer a Fany. Cuando accedí a casarme con ella, traerla hubiera sido como traicionar tu recuerdo. Ven, te enseñaré el resto de la casa.

Marietta se dejó guiar por Esteban. En la planta baja, únicamente estaban el salón, la cocina y un baño y en la planta alta había cuatro dormitorios.

—¿No son demasiados cuartos para una persona sola? —preguntó Marietta que aún no se creía que su mujer nunca hubiera estado allí.

—Sí. Aunque no los utilizo todos.

Le enseñó cada uno de ellos y vio que efectivamente estaban vacíos, aunque eso no significaba que en algún momento no hubieran estado amueblados. Por último, la llevó a su dormitorio. En cuanto ella cruzó el umbral del cuarto, Esteban cerró tras de sí y se apoyó en la puerta mirándola de forma silenciosa.

—¿Qué quieres de mí? ¿Por qué me has traído a esta casa? —le preguntó Marietta con cansancio.

—¿De verdad que no lo sabes? —susurró Esteban.

—No tengo ni idea.

— Lo mismo que he querido desde hace más de diez años. A ti Marietta. Solo te quiero a ti.

—Ya no soy la misma —confesó con tristeza.

—Eso no es cierto —afirmó Esteban acercándose tanto a ella, que solamente un leve suspiro los separaba. Aun así no la tocó.

—Lo nuestro no tiene ningún sentido —gimió con desesperación apartándose de él—. Han pasado demasiadas cosas.

—Lo siento, pero no estoy de acuerdo. No te puedo dejar ir.

—¿Por qué? Has vivido cinco años sin mí, no creo que tengas problemas para seguir igual. Vuelve con tu esposa y olvídate de mí.

—¡Jamás te he olvidado! —exclamó acercándose a ella y cogiéndola por los brazos—. Si no lo hice cuando pensaba que estabas muerta ¿cómo voy a hacerlo ahora, sabiendo que vives? ¿Puedes hacerte una idea de lo que sentí al verte morir frente a mis ojos? Los odiaba a todos por lo que pensaba que te habían hecho. Por eso los maté, a Carlos, a Jorge, a Mario, no dejé a ninguno vivo, a Daniel le busqué durante mucho tiempo cegado por el odio y la venganza. Bebía, me drogaba, follaba con cualquiera, aun así no conseguía sacarte de mi mente, ni de mi corazón.

Marietta no pudo evitar encogerse de dolor al escucharle, la idea de pensar en Esteban con otra mujer le destrozaba el alma. Él continuaba hablando sin ser consciente del efecto que sus palabras estaban produciendo en ella.

—Hasta que una noche, en un bar de mala muerte, oí los gemidos angustiados de una mujer, supe que la estaban violando y me dio igual. Cuando pasé junto a ella me miró y te vi a ti el día que te conocí.

En ese punto del relato Marietta levantó el rostro y le miró con confusión. No entendía la razón por la que le estaba contando todo esto, pero

no quería saberlo, no quería oírlo.

—Me di cuenta de que tú eras la única persona que alguna vez había visto algo bueno en mí, aunque fuera mentira. Pensé que si me vieras en ese momento te avergonzarías. Así que ayudé a esa chica esa noche y decidí cambiar de vida. Ser un hombre mejor. Tenía un montón de dinero, así que compré el periódico y la revista e intenté transformarme en el tipo de persona de la que hubieras podido sentirte orgullosa. Después de eso conocí a Fany, ella se ofreció darme un hijo y bueno... acepté.

Esteban la cogió por la nuca, observando su rostro surcado por las lágrimas.

—Te juro por mi alma que si hubiese sabido que estabas viva. ¡Jamás! Escúchame bien. ¡Jamás! Hubiera dejado de buscarte, ni a ti ni a nuestro hijo. Estoy jodidamente harto de fingir que soy un buen hombre —susurró en su boca, besándola con ferocidad. Se apartó un momento de ella para avisarle—. Esto no va a ser tierno.

Tiró con violencia del escote del vestido provocando que salieran volando los pequeños botones que cerraban el frente, quedando abierto, mostrando el sujetador de encaje que encerraba sus pechos. La giró de espaldas con violencia obligándola a apoyarse sobre el escritorio que había a sus espaldas.

—Abre las piernas —le exigió levantándole la falda y bajándole las bragas.

Ella le obedeció y durante un momento la contempló en silencio, con el culo al aire. Olió su humedad y se agachó para lamerla, para saborearla.

Marietta se corrió entre temblores, solo eso le bastó para hacerlo. El orgasmo fue tan grande que sintió como si se hubiera roto, cuando aún no estaba recuperada notó la lengua de Esteban introduciéndose entre sus nalgas.

Oyó el sonido de los pantalones y sin darle tiempo a protestar se introdujo poco a poco en su interior.

Esteban la poseyó de forma frenética, sin darle un momento de respiro, mientras profundos gemidos salían de su garganta. Se corrió dos veces más antes de que el grito triunfante de Esteban le diera a entender que él también había tenido un orgasmo. Se quedaron abrazados en esa misma posición, sin fuerzas para moverse.

Este era Esteban. Su Esteban, no ese hombre amable y educado que la había recibido en su oficina y sí, no era un buen hombre y probablemente nunca lo fuera, sin embargo era suyo y siempre lo sería.

Se quedaron unos minutos en silencio, mientras Esteban salía de su interior y la giraba para que le mirase a los ojos.

—Te amo Marietta. Quiero que lo sepas. Aunque te hubiera encontrado en el prostíbulo más inmundo, aunque hubieras follado con mil hombres. Aun así te amaría. Eres mi vida, mi amor y nada cambiará eso jamás. Solo que no me amaras, sería lo único que me podría convencer de alejarme de tu vida.

Marietta no dijo nada. Estaba impactada por la fuerza de sus palabras. Esteban la cogió en brazos y la depositó en la cama, y así abrazados continuó susurrándole lo mucho que la amaba hasta que Marietta agotada, se durmió. Esteban aún se mantuvo despierto, mirándola maravillado. Sentía el corazón ligero, como hacía muchos años que no lo sentía.

Tenían que encontrar a su hijo. Aún no se podía creer que fuera padre. Tantos años deseándolo y en realidad ya lo era. Lo encontrarían, a él y al cerdo de Daniel y si de algo estaba seguro, era de que cuando lo hicieran, le mataría.

Marietta abrió los ojos y durante un momento no supo dónde estaba, luego recordó todo.

Esteban fue consciente del momento en que despertó porque la sintió tensarse a su lado. No había sido capaz de dormir. Tenía miedo a cerrar los ojos y que cuando los abriera, ella ya no estuviera a su lado.

—Durante cinco años me he despertado cada día lamentando tu muerte, y cada noche deseando que fuera una maldita pesadilla —le susurró al oído—. Quiero que te grabes a fuego mis palabras y que jamás dudes de ellas. Otras mujeres habrán tenido mi cuerpo pero esto —dijo cogiendo su mano y posándola en su corazón—, esto, siempre ha sido tuyo y de nadie más.

—Ámame —le pidió Marietta girándose hacia él con los ojos enturbiados por las lágrimas no derramadas—. Ámame como si aún estuviéramos en aquel tren. Como si jamás nos hubiéramos separado.

Esteban no se hizo rogar y la amó, con la ternura de la primera vez.

—Mírame —le pidió cuando se introdujo en ella—. No dejes de mirarme.

Marietta estaba tan sensible que se corrió en el primer envite y cuando Esteban se retiró para volver a introducirse en ella, las réplicas del orgasmo la asaltaron dejándola temblorosa y sin saber muy bien por qué, empezó a llorar. Esteban se bebió sus lágrimas, mientras atacaba su cuerpo sin piedad.

—No puedo más —gimió ella tras varios orgasmos, aunque él continuó inmisericorde.

—Sí puedes —gruñó retirándose despacio. No quería correrse aún, quería que durara.

Los espasmos de placer de Marietta le succionaron de nuevo y esta vez fue demasiado. Con una explosión de placer derramó su semilla en su interior. Oír la culminación de Esteban provocó otra oleada de excitación en Marietta y cuando ya creía que estaba saciada y que no podría soportar más placer, una ola de calor formó un puño en su estómago, que descendió hasta el centro de sus muslos sacudiéndola en un último estadillo de placer del que le costó unos minutos recuperarse.

Esteban se derrumbó sobre ella, no queriendo abandonar el calor de su interior. La abrazó en silencio mientras le susurraba al oído.

—Te amo.

Se mantuvieron abrazados durante mucho tiempo, hasta que la voz de Marietta atravesó la burbuja de felicidad en la que estaban inmersos.

—Creo que es Daniel —afirmó sobre Esteban mientras trazaba silenciosas figuras sobre su pecho.

Esteban no pudo evitar tensarse ante la mención de ese nombre.

—¿Qué es Daniel? ¿A qué te refieres?

—La persona que te está chantajeando. Creo que es él.

Esteban la cogió por la barbilla girándola para ver su rostro.

—¿De dónde sacas eso? —preguntó con sorpresa.

—¿Quién más podría ser? —preguntó a su vez Marietta haciendo un movimiento para soltarse de su mano.

A pesar de la intimidad de la que acaban de disfrutar, no pudo evitar sentirse incómoda al mirarlo a la cara. Le había entregado su cuerpo, sin embargo no estaba dispuesta a entregarle su alma para que se la destrozase. Aún no se fiaba, habían sido demasiados años de dolor y aunque él juraba que no la había olvidado, sus acciones sugerían lo contrario.

Él podía decir que no, aunque era evidente que había pasado página. Había estado dispuesto a formar una familia. No estaba segura de que no estuviese con ella por algún tipo de remordimiento.

—Dices que los mataste a todos menos a Daniel —le recordó.

—Eso hice —afirmó Esteban.

—Pues si es verdad... —No pudo continuar porque Esteban la giró con brusquedad.

Pasó de estar tumbada encima de él a encontrarse directamente debajo. Introdujo una rodilla forzándola a separar las piernas para acomodarlo. Marietta notó que estaba semirrígido. Se frotó contra ella haciendo que emitiera un gemido involuntario al notar cómo se engrosaba su miembro por su contacto.

Esteban se inclinó susurrándole al oído, mientras se restregaba contra su sexo.

—Al comandante lo apuñalé en su casa. No murió en el acto. Me senté y me serví un *whisky* mientras oía los estertores de su sangre. ¿Quieres oír lo que les hice a los demás?

Marietta se dio cuenta de que estaba condenada, porque el placer que sintió cuando le describió la muerte del comandante fue indescriptible. Le odiaba, le odiaba, lo único que lamentaba era no haber estado allí para verlo.

—Cogí una pistola y le puse el silenciador —continuó Esteban mientras introducía su polla en el interior de Marietta. Ambos jadearon al unísono, Esteban salió de ella despacio.

—Fui entrando en cada casa. Buscándolos de uno en uno y los maté mientras dormían, no se enteraron —dijo con un jadeo mientras embestía en su interior—. Dejé a Miguel y a Roberto para el final.

—¿Por qué? —logró preguntar Marietta al ritmo de sus embestidas.

—Porque ellos fueron los que degollaron a esa mujer que pensé que eras tú. ¿Quieres saber lo que les hice?

—Sí, sí —jadeó Marietta, notando cómo el inicio de un orgasmo se gestaba en su interior.

—Les corté las manos, esas con las que pensaba que te habían sujetado para matarte y me senté en silencio viendo cómo morían desangrados.

Las embestidas aumentaron de velocidad hasta que ninguno de los dos pudo controlarse y se vieron arrastrados por una ola que los dejó unidos y temblorosos.

—Si abandoné mi venganza, si dejé esa vida fue por ti, por tu recuerdo —le dijo cogiéndole el rostro con furia—. Ya te lo dije, tú eras lo único puro y bueno que alguna vez tuve y no quería mancillar tu recuerdo con más sangre de la que ya había derramado.

Al oírle decir que era lo más puro y bueno estalló en sollozos con una intensidad tan grande que sentía como si no pudiera respirar. A Esteban se le rompió el corazón al escucharla. Se arrodilló saliendo de su interior y se giró cogiéndola en brazos y acunándola sobre su pecho mientras apoyaba la espalda en el cabecero de la cama.

—No llores. Me parte el corazón oírte llorar —le susurró acariciando su pelo con ternura.

Tras unos minutos los sollozos fueron disminuyendo de intensidad hasta que solo se oían los pequeños hipidos que salían de su cuerpo. Todo el rato Esteban lo único que hizo fue abrazarla sin decir nada.

—Ya no soy la misma persona que conociste. Yo también tengo las manos manchadas de sangre —afirmó Marietta con voz ronca cuando se tranquilizó.

—Les mataste en defensa propia, eras tú o ellos.

—No me refiero a Carlos ni a Alberto.

—¿Entonces a quién? —preguntó con extrañeza.

—Cuando Daniel descubrió que estaba embarazada dejó de... visitarme.

Las caricias de Esteban se detuvieron durante un momento y Marietta notó el leve temblor que recorrió sus manos.

—Trajo a una mujer que hacía las veces de carcelera para que me vigilara. Él estaba casi siempre fuera. Estaba encadenada a la pared, aunque tenía cierta libertad para moverme. No estaba segura de cuál era el interés de Daniel en el bebé, y no tenía intención de quedarme a averiguarlo, pensar que después de que naciera el niño quisiera volver a tocarme... —Cerró los ojos durante un momento soltando un suspiro tembloroso—. Yo... fingí ponerme de parto para que esa mujer se acercara a mí a ayudarme, y cuando lo hizo la maté —terminó diciendo con voz entrecortada.

Esperó que Esteban dijese algo, lo que fuera, sin embargo él se mantuvo en silencio.

—¿Me has oído? —preguntó elevando la voz—. La maté.

Al ver que Esteban seguía sin decir nada se apartó de sus brazos, girándose hacia él al tiempo que se enderezaba.

—La engañé para que se acercara y la ahogué con la misma cadena con la que me tenían sujeta. ¿ME OYES? —gritó furiosa al ver que no reaccionaba. Estaba tan enfadada que le abofeteó al tiempo que gritaba. —¡LO ÚNICO PURO Y BUENO DE TU VIDA YA NO EXISTE!

Estaba fuera de sí, odiándose a sí misma y a Daniel por lo que se había visto obligada a hacer.

—¡Tu Marietta esta muerta! —rugió con furia—. Murió aquella tarde en un cuarto inmundo.

Al ver que seguía sin decir nada volvió a abofetearle al tiempo que gritaba:

—¡DI ALGO! ¡JODER! —Di algo. —Terminó diciendo con un gemido.

Trató de levantarse de la cama para largarse de esa puñetera casa. La mano de Esteban se posó en su brazo y como si de una esposa se tratara, la inmovilizó obligándola a acercarse a él.

—Eres una superviviente Marietta —le susurró al oído mientras la arrastraba de nuevo a su regazo—. Lo supe el día que te conocí, ¿crees que podría amar a una mujer débil? Mataste a una persona, pero no se diferencia de la muerte de Carlos o de Alberto. Esa mujer era tu carcelera ¿crees que era buena persona?

Marietta negó con la cabeza, sabía que no lo era, lo único que le importaba era el dinero y si Daniel se lo hubiera pedido y el pago hubiera sido el adecuado, la habría matado sin dudar.

—Tú jamás hubieras hecho daño a nadie si tu vida no hubiera estado en peligro, y estoy seguro de que dudaste mucho antes de hacerlo.

—No dudé —negó con firmeza.

—Sí dudaste —afirmó Esteban—. Por eso esperaste hasta el mismo día que te pusiste de parto, ¿por qué hubieras tardado tanto en hacerlo?

—Tardé en hacerlo porque antes no se lo hubiera creído.

—No —la contradijo Esteban con suavidad pero con firmeza—. No me lo trago, podías haberte inventado cualquier otra cosa, yo creo que esperaste al último momento, porque en el fondo esperabas no tener que hacerlo.

—Aun así lo hice —afirmó Marietta con voz ahogada.

—Y me alegro de ello.

—Sin embargo no sirvió de nada, Daniel me volvió a coger ese mismo día y me quitó a mi hijo.

—A nuestro hijo —susurró Esteban abrazándola más fuerte—, y te juro que lo encontraremos.

Fany bajó del taxi frente a su apartamento. Le costó un poco pagar al taxista y bajarse del coche, porque estaba tan borracha que veía doble.

—¿Le acompaño hasta su apartamento? —preguntó el taxista de forma amable.

—Nooo —dijo Fany arrastrando las palabras. Estaría un poco mareada, pero no era tonta, cualquiera sabía si el taxista no era un violador en serie que se aprovechaba de sus clientas para violarlas, además solo estaba un poco mareada, no borracha.

Había salido con unas amigas para olvidarse de Ricardo o Esteban o como demonios se llamase, y había bebido un par de copas de vino... y quizás una cerveza... y a lo mejor un par de chupitos... poca cosa. No entendía por qué se sentía como si estuviese borracha.

Se acercó tambaleándose hasta el portal. No sabía cómo era posible, juraría que la cerradura se movía sola, no había manera de meter la llave, cuando iba a gritar de frustración, la puerta se abrió mágicamente. Al estar apoyada en la misma, se vio impulsada hacia delante, golpeándose contra un pecho firme.

Una ola de deseo la recorrió al notar el aroma a menta y a hombre.

—¿Fany?

El dueño de ese olor tan agradable le habló y su voz sensual le produjo

escalofríos, ¿la había llamado por el nombre? ¿La conocía? Estaba tan a gusto en los brazos de ese hombre que no le importó continuar en ellos sin moverse.

—¿Estás borracha?

¿Por qué cuando le hablaba Ricardo no sentía eso? Como una caricia. Levantó la cara para poder ponerle rostro a ese hombre sacado de sus sueños y se encontró mirando a los ojos de David, su insoportable vecino.

—¡Quítame las manos de encima, gilipollas! —le exigió tratando de apartarse de sus brazos y fingir algo de dignidad.

—Como quieras —le dijo con socarronería y al apartar los brazos se dio de bruces contra el suelo.

—¿Qué haces imbécil? —preguntó totalmente humillada.

Había caído sobre un macetero. Se le había subido la falda y mientras boqueaba intentando conseguir aire entre las hojas de la planta, oyó un silbido y una voz divertida que decía:

—Bonito culo, aunque a mí me gusta que mis mujeres lleven la ropa interior de encaje.

—¿Tus mujeres? —Logró decir roja de furia luchando por levantarse y bajarse la falda a la vez.

Una vez que consiguió hacerlo, se dio la vuelta para encontrárselo mirándola con una sonrisa de suficiencia en el rostro y apoyado con tranquilidad contra la pared.

—Yo no soy una de tus mujeres, imbécil —escupió con desprecio.

—No. Ya te he dicho que si lo fueras llevarías ropa interior de encaje —afirmó con prepotencia.

—Eres un capullo y te detesto —respondió con furia, estirándose la falda y girándose para alejarse de él.

—No es verdad que me detestas —susurró David para sí mismo.

Había notado su estremecimiento cuando la sostenía entre los brazos y por primera vez desde que la conocía, se dio cuenta de que el motivo por el que le trataba así, no era porque no le soportara, si no porque se sentía atraída por él. ¿Qué pensaría su misterioso marido si se enterara?

Fany ya estaba frente al ascensor, intentando pulsar el botón para que bajara. Aunque estaba tan borracha que apenas veía y no atinaba. Se acercó hasta ella de forma silenciosa y pulsó el botón, esperando tras ella.

Fany estaba rabiosa. ¿Cómo se atrevía el imbécil ese a decir que no le detestaba? Lo había dicho bajito, aunque ella lo había oído como si lo hubiera gritado, el muy capullo.

—¿No te ibas? —preguntó con voz pastosa inclinándose hacia un lado. Aún no entendía por qué tenía tantos problemas de equilibrio, ni que estuviera borracha.

—Sí, me iba, aunque me parece que si no te ayudo no vas a ser capaz de llegar a casa y no queremos que ese maravilloso maridito tuyo se preocupe por ti.

Fany sintió un dolor agudo en el pecho al pensar en Ricardo, ¿con quién estaría? ¿Con la tal Marietta? De pronto todo lo que llevaba toda la tarde intentando olvidar regresó a su mente, recordándole que Ricardo la había abandonado. No pudo reprimir un sollozo angustiado.

—¿Qué te pasa Fany? —le preguntó David con preocupación, cogiendo un mechón de su cabello.

La furia volvió a invadir a Fany, apartándose violentamente de él.

—¡Qué eres un capullo! —exclamó entre lágrimas—. Eso es lo que me pasa.

David tuvo que contenerse porque lo que deseaba en este momento era

empotrarla contra la pared y demostrarle que se equivocaba cuando afirmaba que no le soportaba, sin embargo haciendo de tripas corazón, trató de actuar como un buen samaritano y limitarse a ayudarla a llegar a su apartamento.

Pulsó el botón del ascensor, ya que Fany se había distraído y aún no había sido capaz de hacerlo. Cuando finalmente se abrieron las puertas, ella se introdujo en el mismo caminando de forma digna, como una reina, y al ver que David se introducía detrás de ella, le lanzó una mirada despectiva, como si él fuese un vulgar súbdito que no mereciese compartir el mismo espacio que ella.

Subieron en el ascensor ignorándose mutuamente. Cada uno sumergido en sus propios pensamientos. Al llegar a la planta en la que debían bajarse, Fany incapaz de soportar ni un minuto más la tensión que los rodeaba, se bajó del ascensor tratando de alejarse de David todo lo rápido que le permitían las piernas.

Sacó las llaves y de nuevo sin saber por qué, le costaba meter la llave en la cerradura.

—Dame —dijo David con un sonoro suspiro, quitándole las llaves de la mano.

Fany sentía cómo le ardía la mano, en el punto donde David la había tocado. Una vez abierta la puerta del apartamento, no pudo evitar que se colase detrás de ella en el piso.

—¿Dónde está ese marido tuyo? Es hora de que le conozca. Quiero decirle un par de cosas sobre dejar a su mujer por ahí fuera borracha.

Fany se puso furiosa. ¿Cómo se atrevía ese imbécil a decir que le iba a llamar la atención a Ricardo?

—Eres un imbécil, y no le vas a decir una mierda a mi marido porque no está.

—Eso ya lo veo —afirmó David pasando la mirada por el apartamento

—. Supongo que si estuviera, ya se hubiera levantado con el escándalo que estás montando.

—No estoy montando ningún escándalo —le contestó furiosa.

—Vale, vale —cedió David de forma conciliadora, levantando los brazos en señal de rendición—. No voy a discutir con una borracha.

—¡No estoy borracha! —gritó Fany enfadada.

Sentía una furia tan grande que no pudo resistir las ganas de golpearlo. Le empujó para alejarlo de ella, ya que estaba otra vez tan cerca que no podía ni respirar. Sin embargo él no se movió ni un ápice.

—¿Dónde está tu marido? —susurró cogiendo un mechón de sus cabellos y oliéndolo.

Los escalofríos recorrieron a Fany mientras pensaba ¿por qué nunca se había sentido así con Ricardo? Con ese anhelo tan grande.

—Déjame —rogó con la voz rota—. Déjame, por favor —repitió dando un paso atrás para alejarse de él.

—Aún no me has dicho donde está tu marido —volvió a preguntar David acercándose de nuevo a ella. Estaba jugando con fuego, pero estaba cansado de desearla y que ella le despreciase.

De pronto la situación superó a Fany, solo quería que se fuera.

—Me ha dejado —murmuró avergonzada.

David se quedó inmobilizado en el sitio por la sorpresa.

—¿Qué has dicho?

—Que me ha dejado.

—¿Tu marido te ha dejado?

No se podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —repitió Fany atontada.

Aunque no tenía nada de gracioso Fany no pudo evitar reírse ante la expresión de sorpresa de David, la verdad es que le supuso un estímulo a su ego.

—Me ha dejado por otra —reconoció con una risa amarga.

—Es un imbécil —afirmó David acercándose a ella, y colocando una mano para ahuecar su mejilla al tiempo que depositaba un tierno beso en sus labios—. Si tú fueses mía —le dijo apartándose de ella para mirarla a los ojos—. Tendría que ser ciego, sordo, o imbécil para dejarte por otra.

Una solitaria lágrima se deslizó por la mejilla de Fany. David la recogió con la yema de uno de sus dedos y se la introdujo en la boca lamiéndola, Fany sintió cómo se le aflojaban las rodillas y la humedad se deslizaba entre sus piernas. Giró la cabeza exponiendo su cuello, y él se aproximó lamiéndoselo al tiempo que susurraba:

—Ese hombre está loco.

La mirada de Fany se deslizó por la mesa del salón deteniéndose en la foto de su boda, burlándose de ella, ¿cómo podía amar a su marido y aun así estar sintiendo lo que estaba sintiendo por este hombre? Había estado engañándose a sí misma, haciéndose creer que no lo soportaba, cuando en realidad lo que no soportaba era el modo en que le hacía sentir.

—*No soy el hombre que piensas.*

Las palabras de Ricardo resonaron en su mente.

—Déjame —pidió Fany al tiempo que se apartaba de David.

El primer impulso que sintió él fue el de cogerla de nuevo entre sus brazos, impedir que se alejara de él, sin embargo se dio cuenta de que era una

locura.

—Yo... no te deseo —afirmó Fany con voz temblorosa—. Amo a mi marido y cuando él se da cuenta de el error que ha cometido volverá a mí.

—No sé si él se dará cuenta del error. Aunque lo que sí sé es que tú no amas con locura a tu marido como pretendes hacerme creer —la contradujo David con voz burlona.

—¡Eres un imbécil! —exclamó Fany furiosa—. Por supuesto que amo a mi marido.

—¿Sí? —preguntó David con voz insinuante acercándose con lentitud a ella hasta que ni una brizna de hierba podría atravesarlos.

—Entonces —susurró acercándose a su oído— ¿Por qué tiemblas? — Bajando la mirada le preguntó de forma pausada—. Si te tocase ahora los pechos ¿no tendrías los pezones duros?

Fany tuvo que hacer un esfuerzo para impedir que sus brazos se cruzasen para impedirle ver la silueta de sus pechos que en ese momento estaban efectivamente duros.

—Si pusiera mi mano entre tus piernas —continuó David sin tocarla, solo susurrándole en el oído—. Si introdujera un dedo en tu interior. ¿No estarías húmeda?

—No —logró articular Fany con voz estrangulada.

—Quizás debería comprobarlo —advirtió David, acercando la mano a la unión entre sus muslos.

Fany logró salir de la inmovilidad en la que se encontraba por el embrujo de sus palabras, y dio un paso a un lado, alejándose de su hechizo.

—Creo que será mejor que te vayas —le dijo con dureza, aún sintiendo los estragos de todo lo que había bebido.

David notó la tensión subyacente en sus palabras y decidió que no era el momento, aunque sabiendo que no había un marido de por medio, lo que tenía claro era que esa mujer sería suya.

—De acuerdo Fany, me iré, pero antes...

Acercándose de nuevo a ella volvió a susurrarle al oído:

—Esta noche cuando notes humedad entre tus muslos, te tocarás pensando en mí.

Y se fue dejándola húmeda, ansiosa, y pensando en él.

Esteban sabía que Marietta no estaba dormida, aunque tenía los ojos cerrados.

—¿En qué piensas? —preguntó con suavidad, mientras la acariciaba.

—En nuestro hijo.

Al oír sus palabras, Esteban detuvo sus caricias.

—¿Es un niño?

—Sí —respondió Marietta abriendo los ojos—. ¿Le habrá hecho daño? Él... —Tragó saliva con dificultad, sin atreverse a decir lo que más temía, lo que le había estado atormentando todos estos años.

—¡Shhh! —susurró Esteban adivinando sus temores—. No es homosexual, te lo aseguro. Le gustan las niñas no los niños.

Aunque pareciera horrible, saber eso le alivió. Siempre había tenido dudas. Durante los años que vivió en el campamento, nunca había preguntado, le parecía tan repugnante todo lo que rodeaba a Daniel que había preferido no saber, aunque era algo que llevaba años carcomiéndole.

Esteban la abrazó con ternura.

—Se lo llevó para hacernos daño —explicó Marietta—. Estoy segura de que ha sido él el de los *emails*

—¿Por qué? —preguntó Esteban con extrañeza—. ¿Con qué finalidad?

—Quizás...

De pronto una idea descabellada rondaba por su mente.

—Quizás... —la animó Esteban a continuar.

—Quizás, nuestro encuentro no haya sido fruto de la casualidad —aventuró arrodillándose, para mirarle a los ojos.

—¿A qué te refieres?

—Piénsalo —le dijo cada vez más convencida de que tenía razón—. Llevamos cinco años separados, en diferentes países, ¿qué posibilidades había de que nos volviéramos a encontrar?

Esteban la miró en silencio, sopesando sus palabras.

—Nunca me hubieras buscado —aventuró con tristeza.

—No.

—Y yo pensaba que estabas muerta, así que tampoco te hubiera buscado.

Levantó una mano para acariciar su mejilla con suavidad y Marietta inclinó la cara para permitirsele.

—Los *emails* son los que hicieron que nos encontráramos —le susurró con una mirada tierna mientras la besaba—. Lo que no entiendo es, ¿cómo podía saber que recurriría a ti?

—No lo sé, aunque cada vez estoy más convencida de que Daniel tiene algo que ver. Lo primero es averiguar cómo nos pudo encontrar. Sobre todo a ti. ¿Por qué ahora? ¿Cómo lo hizo?

—No lo sé, he sido muy cuidadoso con mi imagen pública. No he salido en ninguna foto que se pudiera publicar.

—¿Estás seguro? Ni siquiera... ¿en tu boda? —preguntó incómoda levantándose de la cama y empezando a buscar su ropa por la habitación.

—¿Qué haces? —preguntó Esteban sujetándola por la muñeca.

—Busco mi ropa —contestó ella sin mirarle. No podía. Mencionar su

boda le había hecho darse cuenta de la realidad de la situación. Se desasíó de él buscando de forma frenética su ropa. Tenía que vestirse y alejarse.

—Detente —le exigió Esteban con brusquedad, sujetándola más fuerte.

Se había levantado él también y ahora estaba sujetándola con firmeza por el brazo. La atrajo hacia él y la abrazó. Marietta empezó a forcejear en sus brazos.

—Suéltame —le exigió con furia tratando de liberarse.

—No —le contestó Esteban con suavidad pero con firmeza—. No te voy a soltar, no te voy a permitir que te alejes de mí. ¿Sabes lo que han sido estos años sin tenerte? ¡Creía que estabas muerta! ¡Joder! ¿Sabes lo que sentí cuando pensé que te habían cortado el cuello delante de mí? —le preguntó con agonía en su voz.

Marietta dejó de luchar mientras Esteban la abrazaba como si fuera el bien más preciado.

—Deseé morir —susurró Esteban—. Lo único que me lo impidió fue el deseo de venganza y cuando este se apagó me quedé sin nada. Entonces Fany apareció en mi vida y se ofreció a darme un hijo, y yo pensé... ¡Joder! no sé ni lo que pensé. Que era una oportunidad para hacer una puñetera cosa bien en mi vida. ¡Incluso en eso me equivoqué! ¡Porque lo único bueno que he hecho en mi vida ha sido amarte! ¡Joder! ¡Dime lo que tengo que hacer para que me perdones!

Marietta empezó a llorar, en los últimos días había llorado todo lo que no había hecho en cinco años.

—Perdóname tú a mí —le contestó entre lágrimas—. Tengo unos celos tan grandes que me siento morir.

—No tienes que sentir celos. El hombre que se casó con Fany no soy yo —le aseguró obligándola a mirarle a los ojos—. Ella se enamoró de una

persona que no existe. Yo creé a Ricardo en un vano intento de olvidarte, sin embargo al volver a verte me he dado cuenta de que eso no es posible, porque sería como arrancar un trozo de mi alma. Fany es una buena persona y durante estos años me he sentido culpable por no ser capaz de amarla, sin embargo yo no soy el hombre que ella busca. El otro día vino a mi despacho y le conté algunas cosas de mi vida y se horrorizó. Te puedo asegurar que ella jamás amaría a Esteban, ni siquiera lo ha conocido.

—Está bien —aceptó Marietta con una sonrisa triste—. Déjame que me ponga algo encima. No pude revisar toda la lista que me diste, con las personas que asistieron a la boda, y creo que ya es hora de hacerlo, porque creo que ahí está la clave para saber cómo te localizaron.

—Vale —le sonrió Esteban, tendiéndole su propia camisa—. Ponte esto, quiero que tengas mi olor en ti —le dijo besándola hasta que sintió que la habitación giraba a su alrededor.

Cuando Esteban la soltó, sacó el ordenador de la maleta y lo abrió, buscando en las redes sociales a cada uno de los invitados a la boda, comprobando si alguno había subido alguna foto del evento. Sin embargo, para su sorpresa pudo comprobar que efectivamente ninguno de ellos había subido foto alguna. Esteban no mentía cuando le había asegurado que no había permitido que nadie hiciese uso del teléfono móvil durante la celebración.

—Bueno, parece que tenías razón —afirmó sorprendida.

Esteban la miró con una sonrisa de suficiencia.

—Te dije que había sido muy cuidadoso.

—Eso nos deja sin saber cómo te han podido localizar.

Se quedó pensando durante unos segundos, finalmente con un suspiro hizo lo que no se había atrevido a hacer, solo quedaba una persona por comprobar. Su esposa. Sin decir una palabra, la buscó y ahí estaba hermosa,

feliz. Se mantenía bastante activa en las redes sociales.

—No vas a encontrar nada en la página de Fany, le he advertido en numerosas ocasiones que no quiero que suba ninguna foto mía y estoy seguro...

Se interrumpió cuando con sorpresa, en su álbum de fotos se encontró con una foto suya. Se la había sacado sin que él se enterase. Debía de haberla sacado al amanecer y en ella se le veía tumbado en la cama, durmiendo. La sábana se había deslizado permitiendo ver su amplio pecho y Fany había puesto un pie de foto:

—Ricardo Montesinos, el hombre de mi vida, mi amor.

Ninguno de los dos dijo nada durante unos segundos hasta que Marietta no lo pudo evitar.

—¡Será imbécil! —exclamó con furia—. Si puso hasta tu apellido.

Esteban empezó a reír, primero con suavidad y poco a poco aumentó de intensidad, hasta que estalló en sonoras carcajadas. Marietta le miraba como si se hubiera vuelto loco y probablemente lo hubiera hecho, porque en ese momento se dio cuenta de que Marietta tenía razón, no podía ser una casualidad que se hubieran vuelto a encontrar y ¡Joder! Si no se alegraba de ello.

—Esa mujer es una inconsciente —dijo Marietta enfadada.

—Lo sé —reconoció Esteban sin parar de reír.

—¿Y se puede saber de qué te ríes? Parece que te alegraras de ello.

—Y me alegro, porque esa foto —señaló a la pantalla—, es la que te trajo a mí.

Marietta decidió ignorar su alegría.

—Bueno, creo que ya sabemos cómo te localizaron. Esta foto es de hace un año y el primer *email* lo recibiste hace tres meses, así que ese es el

margen de tiempo con el que vamos a trabajar.

—¿Margen de tiempo para qué?

—Para planificar lo que haya tenido que hacer Daniel para que nos encontráramos. Tuvo que idear alguna manera de asegurarse de que cuando recibieras los *emails* contactaras conmigo.

—¿Y a ti cómo te localizó?

—Quizás siempre supo dónde estaba.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, yo en realidad no me he estado escondiendo, es verdad que ahora utilizo otro nombre, pero a mí ¿quién me iba a buscar? Mi familia está muerta y nunca pensé que tú quisieras encontrarme. Yo realmente nunca me he escondido, así que si él me buscaba no le hubiera resultado difícil encontrarme.

—Vale. Supongamos que sabe quienes somos los dos y cómo localizarnos. ¿Cómo se asegura de que cuando reciba los *emails* me pondré en contacto contigo?

—¿De qué conoces a Susana? —preguntó Marietta, ya que ella era la persona que les había reunido.

—Es la novia de Carlos, un trabajador de la empresa.

—¿Fue él el que te dijo que hablastes con ella por lo de los *emails*?

—No, fue idea mía. La conocí hace unos meses. Carlos me contó a qué se dedicaba, solicité su ayuda para unos asuntos relacionados con la fundación, y me ha sido muy útil. Sabía que la organización para la que trabaja había ayudado a muchas personas a iniciar una nueva vida, así que supuse que me ayudaría sin hacer muchas preguntas cuando le insinué un poco mi situación.

—¿Y ese tal Carlos? ¿Trabaja hace mucho para ti?

—Empezó a trabajar hace casi un año —dijo Esteban mientras trataba de recordar—. No recuerdo la fecha exacta.

—¿Antes o después de esta foto?

—No lo sé. No lo recuerdo con exactitud, tendría que comprobarlo.

De pronto un recuerdo le hizo palidecer dejándole un vacío en la boca del estómago. Marietta viendo cómo se le demudaba el rostro preguntó:

—¿Qué pasa?

—Yo... he recordado algo, aunque... no —negó con la cabeza—. Es una tontería.

—¿Qué es una tontería?

Esteban la miró en silencio durante unos segundos, dudando si contarle.

—Ayer... —Empezó a decir de forma dudosa, sin estar todavía seguro de estar haciendo lo correcto contándole sus sospechas.

—¿Ayer...? —Trató de animarle a que continuara.

—Ayer —continuó Esteban—. Antes de que vinieras a mi despacho, me encontré con Carlos.

—Vale —dijo Marietta con tranquilidad sin entender qué era lo que parecía que no se atrevía a decirle.

—Me sorprendió verle porque no tenía que ir a trabajar y estaba con su hijo.

Marietta seguía sin comprender qué era lo que quería decirle.

—¿Y cuál es el problema? ¿Qué estás tratando de decirme?

Esteban tragó saliva de forma ruidosa antes de continuar.

—Cuando le comenté que me extrañaba verle, me dijo que había ido a recoger unas carpetas que necesitaba para trabajar, había llevado a su hijo con él y me lo presentó. Me dijo que tenía cuatro años y que se llamaba Daniel. La verdad es que fue todo muy raro.

—¿Raro en qué sentido?

—No sé. Extraño. La forma en la que me miraba, no te sabría explicar. Ni siquiera sabía que tenía un hijo. Aunque si Carlos está relacionado con Daniel, no sé, quizás...

—¿Qué estás queriendo decir?

—No lo sé, Marietta. Maldita sea, no lo sé.

—¿Qué sabes de ese tal Carlos? Además del hecho de que tenga un hijo con el mismo nombre que ese cerdo.

—La verdad es que ahora que lo pienso tampoco sé gran cosa —aseguró Esteban tratando de recordar todos los datos que conocía sobre él—. Se llama Carlos Pérez. Es viudo, parece ser que tiene un hijo y es el novio de Susana desde hace un par de años.

—O sea, que ya eran pareja incluso antes de que aparecieran tus fotos.

—Sí.

—¿De qué trabaja en la empresa?

—Es corrector literario. No me imagino a Daniel haciendo correcciones —aseguró Esteban meneando la cabeza—. Es verdad que el comandante tenía maestros para los niños del campamento y que nos dieron un mínimo de conocimientos. Él consideraba que la educación era importante y la utilizaba como una forma de aleccionar. Aunque de ahí a trabajar haciendo correcciones... Se hubiera descubierto en seguida si no fuera capaz de realizar el trabajo.

—Como corrector literario ¿no se lleva trabajo a casa?

—Sí —afirmó Esteban pensativamente.

—¿Puede ser que no lo haga él?

—Sí, podría ser. Puede llevarse el trabajo, que lo haga otra persona y volver diciendo que lo ha hecho él. Tendré que llamar a recursos humanos para que me den más datos de él.

—¿Tenéis una relación de amistad?

—Hablamos alguna vez y me presentó a Susana en una fiesta de la empresa, pero aparte de eso...

—Llama a recursos humanos —pidió Marietta—. Quiero saber ahora mismo si ese hombre tiene algo que ver con Daniel.

Fany se despertó con un sonido rítmico como un martilleo. Tardó unos segundos en orientarse, ya que tenía un dolor de cabeza terrible. No iba a volver a beber nunca más. Tenía una resaca horrorosa. Lo que no comprendía era por qué seguía oyendo ese sonido machacón.

—¡Fany! ¡Abre la puerta!

Un grito de frustración salió de su boca al darse cuenta de que era el imbécil del vecino el que la llamaba. ¿Qué demonios quería? Se levantó como pudo. Debía estar muy borracha cuando había llegado porque se dio cuenta de que seguía con la misma ropa con la que había salido la tarde anterior. No recordaba cómo había llegado a casa. Ahora lo único que quería era que el imbécil ese dejara de aporrear la puerta.

—¿Qué quieres! —masculló al abrir la puerta.

David sonrió cuando la vio. Era evidente que tenía resaca. Se había acostado sin quitarse el maquillaje y tenía la cara llena de manchurroneos. El

pelo parecía un nido de pájaros, ya que tampoco se había peinado y seguía con la misma ropa de anoche, sin embargo para él estaba más hermosa que nunca.

—Toma —le dijo tendiéndole un vaso con un líquido extraño.

—¿Qué demonios es eso?

—Para la resaca —contestó David con una sonrisa.

—¿La resaca? —Fany no pudo contener su asombro—. ¿Y tú cómo sabes que tengo resaca?

—Con la borrachera que tenías ayer, me hubiera extrañado que no te levantas con resaca —le contestó David riéndose, al tiempo que se las apañaba para obligarla a apartarse e introducirse en el apartamento.

—¿Nos vimos anoche? —No lograba recordar nada, era todo un borrón.

—¿No te acuerdas de nada? —preguntó David con una sonrisa maliciosa.

—No —contestó frunciendo el ceño, para después mirarle con sospecha—. ¿Hay algo que debería recordar?

—¡Me partes el corazón! —gimió con un suspiro fingido—. Después de pasarnos la noche entera haciendo el amor y ni siquiera lo recuerdas.

Fany quedó pálida ante sus palabras.

—¿Qué... has... dicho!

—Que después....

—¡Ni se te ocurra repetirlo! ¡Eso es mentira! —replicó con furia.

—No te entiendo, cariño —dijo David riéndose—. Quieres que te lo repita o que no.

Fany inspiró varias veces tratando de calmarse.

—¿Hicimos el amor?

No lo creía posible, aunque en realidad tampoco estaba segura del todo, ya que apenas recordaba algo de la noche anterior. Estaba todo como en una bruma.

—Si hubiéramos hecho el amor —le aseguró acercándose a ella y mirándola de una forma que le produjo escalofríos de placer en todas sus terminaciones nerviosas—. Te puedo asegurar, que no lo hubieras olvidado.

—Entonces ¿qué pasó anoche?

—Nada especial —afirmó David con despreocupación—. Te ayudé a llegar a tu apartamento y me contaste que tu marido te había dejado por otra.

Fany se sintió abochornada, que supiera que Ricardo la había dejado por otra le hizo sentirse fatal, sin embargo a él se le veía encantado. Se había sentado en el sofá y estaba tan cómodo como si fuese su propia casa.

—¿Por qué no te das una ducha, te cambias de ropa y te tomas este maravilloso brebaje que te he traído? Te aseguro que después te sentirás mucho mejor.

Fany le miró con la boca abierta. No se podía creer la desfachatez con la que se comportaba, como si fuese su casa, aunque tenía un dolor de cabeza tan grande que sería mejor hacer lo que decía. Aunque no se iba a dar una ducha, pensó de forma maliciosa, sino que iba a darse un baño muy largo. Mejor que se hubiese puesto cómodo, se iba a aburrir de esperar.

Se metió en su habitación. Cogió ropa para cambiarse y decidió tomarse el baño más largo de su vida.

La jefa de recursos humanos le había pasado a Esteban toda la información que poseían sobre Carlos Pérez. Después de investigar en la red, Marietta llegó a la única conclusión posible.

—Es una identidad falsa —le confirmó a Esteban, mientras las implicaciones de ello revoloteaban sobre ambos dejándolos sumidos en sus propios pensamientos.

—¿Estás segura?

No es que dudara, pero necesitaba oírsele decir.

—Carlos Pérez no existía hasta un mes antes de solicitar trabajo en tu empresa. Las referencias que presentó son falsas.

—Mi jefa de recursos humanos reconoció que no comprobó las referencias. Tuvieron que contratarle de forma urgente, a raíz de la muerte de nuestro anterior corrector literario.

—¿Murió? —preguntó Marietta— ¡Qué conveniente! ¿Cómo ocurrió?

—Le atropelló un coche que luego se dio a la fuga.

Marietta cada vez tenía más claro que ese hombre, Carlos Pérez tenía alguna relación con Daniel.

—¿Cómo era el niño? —preguntó Marietta de pronto.

—No me fijé mucho, Marietta —reconoció Esteban ahuecándole la mejilla con una de sus manos.

Marietta se apoyó en ella, cerrando los ojos e inspirando para darse fuerzas.

—Era un niño normal, jugando en el suelo con un camión —reconoció

Esteban al darse cuenta de que Marietta empezaba a sospechar lo mismo que él—. No quiero que pienses cosas que quizás no sean más que coincidencia. Que el niño se llame Daniel puede no significar nada.

—Puede ser que no signifique nada —aventuró Marietta—. O puede que lo signifique todo. Necesito verle —afirmó mirando a Esteban con angustia.

—De acuerdo, eso podemos hacerlos. Tengo la dirección de Carlos, comprobemos si vive allí de verdad.

Marietta se apartó de Esteban y subió a la habitación. Se acercó al espejo del cuarto, para recogerse el pelo. Esteban se acercó por detrás, abrazándola, le miró a los ojos a través del espejo y le susurró:

—Déjate suelto y no te lo vuelvas a teñir. No te imaginas lo que he añorado el color negro de tus cabellos. Ninguna mujer lo ha podido igualar

—Fany...

Marietta bajo la mirada sin atreverse a continuar, se sentía avergonzada por sus pensamientos.

—Dime —pidió Esteban acariciando su mejilla con un dedo, al tiempo que elevaba su rostro para que le volviese a mirarle a los ojos.

—Ella... No se parece en nada a mí —aseguró, roja de vergüenza.

—Lo sé —reconoció depositando tiernos besos en su cuello—. Nunca podría estar con una mujer que se pareciese a ti. Hubiera sido como tener una mala copia. Me hubiera pasado la vida comparándola y hubiera siempre salido perdiendo.

—Yo...

—¡Shhh! No digas nada. Solo quiero que sepas que ninguna mujer me ha hecho sentir como tú. Nunca he dejado de amarte, ni un solo segundo —le

dijo girándola para que le mirase y cogiendo una de sus manos y depositándola encima de su corazón.

—¿Lo sientes? ¿Cómo late? —Marietta asintió casi sin poder respirar—. Late por ti —le aseguró con voz apasionada—. Hace cinco años que se detuvieron sus latidos. He vivido como un zombi. No he muerto, aunque tampoco he vivido. Hasta que has vuelto a mi vida. No pienso renunciar a ti por nada. Soy tan egoísta que si no quisieras estar conmigo, te obligaría.

En ese momento la abrazó y le dio un beso en el que volcó todo el amor y la desesperación que le habían acompañado en estos años sin ella y Marietta, lo único que pudo hacer fue corresponderle y entregarle su alma, como ya lo había hecho, cuando le conoció teniendo tan solo doce años.

Aunque acababa de vestirse, Esteban prácticamente le arrancó la ropa en su desesperación por poseerla. Abrazándola la empujó contra el espejo, le separó las piernas y apartando las braguitas se introdujo en su interior de un solo empujón. Jadearon al mismo tiempo cuando sintieron la unión de sus cuerpos e iniciaron una lucha por poseer al otro en la que solo se oía el golpeteo rítmico contra el espejo y sus gemidos, hasta que culminaron con un grito salvaje que los dejó a ambos agotados y temblorosos.

—Jamás ha sido así con nadie. Ni antes de conocerte... ni después —terminó Esteban, dándole un tierno beso en los labios mientras la abrazaba.

Dos horas después, Esteban y Marietta estaban en un coche desde el que divisaban el jardín de la casa en la que se suponía que vivía Carlos. Marietta sentía un malestar casi físico. Temía ponerse a vomitar de un momento a otro, tal era el estado de nervios en el que se encontraba.

—¿Alguna vez te dije que Daniel y yo fuimos muy amigos de niños? —le preguntó Esteban sin mirarla.

—No. Nunca lo habías mencionado—contestó Marietta totalmente sorprendida—. Pensé que siempre os habías llevado mal.

—No —negó Esteban con un suspiro—. El comandante nos secuestró casi al mismo tiempo. Yo no recuerdo mucho de los primeros años, aunque es probable que él sí porque es mayor que yo. Recuerdo que íbamos juntos a clase.

—Me dijiste que el comandante os había obligado a estudiar.

—Sí —afirmó Esteban con una sonrisa triste—. Tenía secuestrada a una mujer, creo que era maestra, y la obligaba a darnos clase.

—¿Qué fue de ella?

—No sé. Supongo que la mató —repuso con indiferencia—. Nunca preguntamos. Un día estaba y al día siguiente no. El caso, es que Daniel y yo nos hicimos amigos, los otros eran mucho mayores y nos ignoraban, así que cuando acababan las clases y podíamos nos escapábamos para jugar juntos.

—¿Había muchos más niños? —preguntó con sorpresa.

Nunca lo había pensado, siempre había pensado que como Esteban era el hijo del comandante, era el único niño que había secuestrado.

—¿Daniel siempre fue así?

—¿Si siempre le gustaron las niñas?

—Sí.

—El comandante era un hombre cruel, que me educó con mano dura para hacer de mí un soldado, aunque el hombre que tomó a su cargo a Daniel era peor.

—¿Peor que el comandante?

No se podía imaginar a nadie peor.

—Sí —reconoció mirándola con fijeza—. Era un sádico que disfrutaba

torturando. Al principio le obligó a torturar animales y cuando le pareció que ya lo dominaba, pasó a las mujeres. Creo que... creo que le violaba. Tengo que reconocer que siempre sentí alivio de no ser yo.

Marietta escuchaba horrorizada, no estaba segura de querer oírlo.

—¿Y el comandante lo permitió?

—No solo lo permitió, sino que lo estimuló —rio Esteban de forma amarga—. Le interesaba tener un sádico en el grupo. Lo utilizaba cuando había que sonsacar a alguien. Sin embargo, Daniel era un niño y en ocasiones las mujeres eran más fuertes que él, así que pronto empezó a traerle niñas y no sé, supongo que se acostumbró, lo cierto es que poco a poco se fue alejando de mí, hasta que un día me confesó que me odiaba.

—¿Por qué?

—Porque el comandante me hubiera escogido a mí en vez de a él. Nos secuestraron con un día de diferencia. En realidad no sé lo que hizo que el comandante me escogiera, no obstante a pesar de la crueldad con la que me educó, jamás envidié la suerte de Daniel, al contrario.

A pesar de lo mucho que odiaba a Daniel, Marietta no puedo evitar sentir dolor por el niño que había sido, por las cosas horribles que había sufrido y que habían creado al monstruo que era hoy día.

—Marietta —llamó Esteban señalando el jardín de la casa.

Ella miró y se quedó helada, porque allí mismo, acompañado de una mujer que debía ser la niñera, estaba un niño, que bien podría ser su hijo. Lágrimas empezaron a caer por sus mejillas. No sabía lo que más le aterraba, que pudiera ser su hijo o que no lo fuera. Hizo amago de salir del coche para acercarse a la casa. Esteban se lo impidió sujetándole el brazo con firmeza.

—No, Marietta —le reconvino con suavidad negando con la cabeza.

—Tengo que verle —suplicó en un gemido ahogado.

—Escúchame. Supongamos que realmente es nuestro hijo. —Esteban no pudo evitar que se le quebrara un poco la voz—. Si es nuestro hijo, Carlos está relacionado con Daniel y seguramente te conozca. Si te ve, ¿qué le impedirá huir y llevarse al niño con él?

Marietta negaba con la cabeza, no queriendo escuchar lo que Esteban le decía. Aunque sabía que era verdad, aun así intentó salir del coche, tirando del brazo para que le soltase y llegando a abrir la puerta.

Esteban tiró de ella con firmeza obligándola a cerrar la puerta e inmovilizándola, mientras ella luchaba contra él.

—¡Déjame salir! —gritaba entre lágrimas—. ¡Déjame salir!

Esteban la apretó con más firmeza, tratando de no dañarla. Era necesario que comprendiera que no se podían arriesgar a que les viera.

—Marietta, por favor, cariño. No podemos.

—Entonces ¿qué demonios hacemos aquí! —gimió con angustia.

—Estamos aquí para comprobar que esta es su dirección y que efectivamente vive con un niño. Ahora tenemos que averiguar si es nuestro hijo.

Marietta finalmente dejó de luchar contra él y se abrazó a él llorando.

—No llores, amor mío. Si es nuestro hijo, te juro por Dios que lo recuperaremos.

—¡Papá! ¡Papá! —oyeron cómo el niño le llamaba.

Carlos salió al jardín de la casa mientras el niño corría a abrazarle.

Marietta se tapó la boca con manos temblorosas porque en ese momento comprendió que si ese niño era su hijo, no solo no sabía quienes eran ni ella ni Esteban, sino que a quien amaba como a un padre era a su secuestrador.

—Tenemos que irnos —le dijo Esteban con tristeza limpiándole las lágrimas de las mejillas—. No queremos que nos vea.

Marietta asintió incapaz de decir nada, tenía miedo que si intentaba hablar no le saldría la voz, tan grande era el dolor que estaba sintiendo en ese momento.

El camino de vuelta lo hicieron en completo silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Cuando llegaron a la casa Esteban la ayudó a salir del coche, Marietta estaba conmocionada. Se dejó conducir por Esteban hasta el dormitorio y allí permitió que la desvistiera como si de una muñeca se tratase. La desnudó y la tumbó sobre la cama, se echó a su lado abrazándola y susurrándole palabras de amor al oído, mientras silenciosas lágrimas mojaban la almohada, hasta que finalmente el agotamiento le trajo el sueño que le permitió brevemente dejar de sufrir.

Fany todavía no sabía, cómo era posible que estuviese en un restaurante comiendo con David.

Había tardado más de una hora en salir de la bañera, tratando de molestarlo, sin embargo cuando volvió al salón, se encontró con que se había hecho un sándwich y se encontraba tranquilamente tumbado en su sofá viendo Juego de Tronos en Netflix. Aquello la sacó de sus casillas.

—¿Qué te crees que haces?

—Poniéndome cómodo mientras te esperaba —le respondió con esa sonrisa que tanto odiaba, porque le provocaba estremecimientos en el estómago.

—Mi marido puede volver en cualquier momento —amenazó con aire remilgado—. Y no creo que le haga gracia encontrarte ahí.

David se puso repentinamente serio, se acercó hacia ella con un aire depredador que la atemorizó, haciendo que retrocediese hasta que la pared detuvo su avance.

Al estar tan cerca de ella y sacarle unos cuantos centímetros de estatura, se vio obligada a elevar la vista para poder mirarle a los ojos. David acercó una mano a su boca y mientras trazaba el contorno de sus labios con un dedo le susurró:

—Ambos sabemos que tu marido no va a volver.

Fany le miró con furia. ¿Cómo lo sabía?

—No sé de dónde sacas esa idiotez —contestó con una falsa sonrisa.

—Eres una chica muy mala —le susurró David al oído, con una voz que fue como una caricia—. ¿Sabe tu marido cuánto te excito? ¿Por eso se ha ido?

La furia se mezcló con el deseo, humedeciéndole las bragas. Haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, le apartó de un empujón. Esto no era lo que quería. Ella quería a Ricardo, quién nunca le hubiera preguntado esa grosería. No a este cerdo por mucho que la excitara.

—Apártate de mí —le exigió con furia—. Eres un cerdo. Soy una mujer casada.

—Estarás casada, pero es evidente que tu marido no te satisface, si no, no estarías húmeda por mí.

—Eres un grosero y no estoy... —Se atragantó pronunciando la palabra — húmeda.

—Comprobémoslo —la retó, mirándola con lujuria y antes de que pudiera impedirselo, le separó las piernas con la rodilla, le levantó la falda e introdujo un dedo en su interior totalmente húmedo.

Fany sintió un estallido de placer tan grande que contra su orgullo se corrió en ese momento.

David introdujo otros dos dedos mientras Fany se restregaba contra él gimiendo por las réplicas de su orgasmo. Cuando finalmente acabó, David sacó los dedos de su interior y los lamió mientras murmuraba:

—El coño más delicioso que he probado nunca.

Fany enrojeció de vergüenza ante su propio comportamiento y el lenguaje tan soez que estaba empleando

—Eres un cerdo —replicó sin mirarle a la cara. Estaba totalmente avergonzada de su propio comportamiento.

—Seré un cerdo y sin embargo te has corrido solo tocándote con un par de dedos. ¿Cuántas veces te correrás cuando meta mi polla en tu interior?

Fany palideció y levantó la mano con la intención de cruzarle la cara de una bofetada. Él la detuvo sujetándole la mano con firmeza, pero también con delicadeza.

—¿Alguna vez te dijo tu marido lo cachondo que le ponía ver cómo te corrías? —le preguntó bajándole la mano, hasta que se encontró abarcándole la polla con la palma.

—Dime dulce Fany —le susurró frotándose contra ella, mientras le lamía el cuello—. ¿Alguna vez te deseó tanto que se masturbó pensando en ti?

Fany temblaba de deseo, cada una de sus palabras le recorría como una lengua de fuego por todo el cuerpo dejándola ardiente y temblorosa.

—Vamos a salir —dijo de pronto, apartándose de ella, dejándola momentáneamente fría y sola—. Te invito a comer.

—No pienso ir a ningún sitio contigo —replicó ella con acidez.

—¿Prefieres que nos quedamos aquí y que te de otro orgasmo? A mí no

me importaría —afirmó con una sonrisa.

Fany casi se atragantó de la rabia tan grande que sintió. ¿Cómo se atrevía a tratarla de esa forma? ¿A decirle esas cosas?

—No soy ninguna furcia para que me hables de esa manera.

—Vaya —dijo David con una sonrisa burlona—. ¿Te he ofendido? ¿No estás acostumbrada a que te hablen así? Pues tendrás que acostumbrarte preciosa porque si hablo así es culpa tuya.

—¿Culpa mía? —Esto era el colmo de la desfachatez—. ¿Cómo va a ser culpa mía que hables como un chulo de barrio?

—Porque desde que te conozco me la paso empalmado.

—Pues bien que te has llevado mujeres a casa —replicó con acritud.

—¿Celosa?

—Ni por lo más remoto.

—Venga, no te hagas la remolona, vamos a comer —insistió él mirándola con una sonrisa que derritió partes de ella, que hubiera preferido que se mantuvieran frías.

—Preferiría que te fueras —le pidió tratando de mantener la dignidad. Aunque después de lo que había pasado entre ellos era un poco complicado.

—Y yo preferiría que echáramos un polvo, así que ¿qué va a ser?

—Si voy contigo a comer ¿me dejarás en paz?

—A no ser que me supliques que me quede.

—Fantástico —dijo—. Porque eso no va a suceder jamás. Entonces vamos.

Ni loca pensaba suplicarle, así que si la manera de conseguir que se largara era ir a comer con él, eso haría.

Por eso en ese momento estaba en un restaurante comiendo con él y aunque le parecía imposible, la verdad es que se lo estaba pasando bien. Cuando dejaba la chulería a un lado, era un compañero muy divertido con quien podía hablar prácticamente de todo.

No le hizo ninguna otra insinuación en toda la comida. Lo que le supuso un alivio, por un lado y una decepción por otro. ¿Ya había conseguido lo que quería de ella y ya no la deseaba?

De pronto se encontró deseando que le dijera palabras soeces. No entendía lo que le pasaba, debería alegrarse de que por primera vez desde que lo conocía, estuviese comportándose como un perfecto caballero. Como siempre se comportaba Ricardo con ella y sin embargo, sentía como si le faltase algo.

Desde que se había levantado esa mañana y se lo había encontrado en la puerta, no solo se había sentido más viva que nunca, si no que para su sorpresa no había pensado en Ricardo ni una sola vez.

—¿Hasta cuándo va a durar? —le preguntó de pronto en mitad de la conversación.

—¿Hasta cuándo va a durar el qué? —respondió él a su vez con extrañeza.

—Este comportamiento tan correcto —le señaló con petulancia—. No pareces tú.

David la miró primero con sorpresa y luego empezó a reírse con ganas.

—¿Te estás riendo de mí? —le preguntó indignada.

David empezó a reírse más fuerte todavía, no podía parar. Fany se sintió tan humillada que se levantó del asiento con la intención de irse. No pensaba consentir que ese neandertal se riera de ella.

—Espera, espera —logró decir David entre risas sujetándola del

brazo—. No te vayas, no me estoy riendo de ti.

—Entonces de qué —quiso saber Fany sin mirarle a la cara, aunque sin alejarse de él.

—De la situación, de que llevo un año deseándote y manteniendo las distancias porque pensé que me detestabas y es maravilloso descubrir que no es así.

—Sí te detesto.

—Fany, cariño. Creo que te he demostrado que mientes, ¿por qué lo haces? ¿Guardas fidelidad para un hombre que te ha dejado por otra?

Fany apretó los labios con furia.

—Volverá cuando se de cuenta de que yo soy la mujer que necesita.

—¿Y él es el hombre que tú necesitas? Te puedo asegurar que si fueses mía no sentirías deseo por ningún otro. Te poseería mañana, tarde y noche y estarías tan saciada de mí que no podrías mirar a nadie más.

Fany sentía un calor tan grande entre los muslos que pensó que iba a estallar. Antes de conocer a Ricardo había tenido un par de novios, pero ninguno, ni siquiera Ricardo, le había hecho sentir como David. Como si estuviera en llamas.

Había escogido a Ricardo como marido porque representaba lo que buscaba en un hombre, que fuera culto, educado y no se dejara arrastrar por las bajas pasiones. Él cumplía esos requisitos. Era verdad que en ocasiones había echado de menos que fuera un poco más apasionado, aunque siempre había pensado que no formaba parte de su naturaleza y que lo prefería así. Sin embargo, la forma como le había hablado en su oficina, esa mirada salvaje que le había dirigido, era como si fuera un hombre distinto y aunque le dolía, temía que fuera por esa mujer, Marietta.

—Tengo que irme —dijo con voz ahogada—. Tenía ganas de llorar y

no quería derrumbarse delante de David.

—Está bien —acordó él con suavidad—. Te acompaño. Voy a pagar. Espérame aquí.

En cuanto David entró dentro para pagar, Fany aprovechó para marcharse. No fue a su apartamento. Sería el primer sitio donde la buscaría. Necesitaba estar a solas y aclararse las ideas. Había una parada de metro en la acera de enfrente, así que cruzó a toda prisa, entró y cogió el primer tren que pasó, no sabía a dónde se dirigía, aunque tampoco le importaba.

16

—¿Susana? Soy Sonia. Necesitaba hablar contigo.

—Claro, Sonia, sin problema. A mí también me gustaría verte. Hace años que no nos vemos físicamente y es una pena que no lo hagamos estando las dos en la misma ciudad. ¿Cuándo quieres que nos veamos?

—¿Te parece bien hoy por la tarde? Podemos quedar delante del Templo de Debod, en el Parque del Oeste. ¿Puedes a las cinco?

—Sí, salgo de trabajar a las tres. Me da tiempo a comer en casa y te veo.

—Gracias Susana.

Marietta colgó el teléfono. Esteban y ella se quedaron mirándose en silencio. Habían estado toda la mañana barajando las diferentes opciones y lo primero que debían saber era si Susana era una inocente espectadora o estaba implicada. Por eso habían decidido que ya que Marietta era la que mejor la conocía, quedara con ella para tratar de averiguar la verdad.

—Ven —le dijo Esteban—. Te prepararé algo de comer.

Marietta sonrió recordando lo bien que cocinaba Esteban. Aunque había intentado durante años enseñarle a cocinar, nunca lo había llegado a hacer tan bien como él. Le sujetó por el brazo para que no se alejara.

—¿Qué ocurre? —le preguntó él con extrañeza.

—Te he echado de menos —le confesó con una sonrisa triste.

Esteban tiró de ella para que se refugiara en sus brazos.

—Y yo a ti. —De pronto se le ocurrió algo, algo que hace mucho tiempo que no hacía.

—Quiero enseñarte una cosa.

La cogió de la mano y bajó con ella las escaleras del cuarto, en un lateral, debajo de las mismas, abrió una puerta que parecía que conducía a un sótano. Encendió la luz iluminando otra escalera y bajaron por la misma. Marietta se encontró con lo que parecía un gimnasio. En el centro del mismo había un tatami y en un lateral colgaba un saco de boxeo y sobre un estante, varios juegos de pesas.

Esteban se despojó de la camisa, quedando con el pecho descubierto. Se dirigió a un estante y cogió dos cuchillos, sopesándolos y girándolos en la mano. Marietta lo observaba todo sumergida en los recuerdos.

Recordaba el ritual. Habían entrenado todos los días durante muchos años. Esteban se giró hacia ella y la observó de forma atenta. Marietta esta mañana se había puesto ropa de deporte. Siempre llevaba un chándal en la maleta, ya que se había acostumbrado a correr todas las mañanas para mantenerse en forma, pero no para pelear. Eso no había vuelto a hacerlo en años.

—No quiero —le dijo con voz ahogada.

—No se trata de lo que quieres, si no de lo que necesitas.

—No lo necesito —afirmó con una opresión en el pecho.

—Sí. Si lo necesitas —le aseguró acercándose a ella—. Cógelo.

—No quiero —repitió ella alejándose.

—Cógelo —ordenó Esteban con voz fría, acercándose a su vez—. Te obligaré si hace falta.

Marietta negó y escondió las manos en la espalda. Esteban endureció el gesto, acercándose a ella como un depredador. Ella retrocedió asustada hasta que la pared detuvo su avance. En el momento en que Esteban se acercó para cogerla por los brazos, ella trató de darle un puñetazo y él la bloqueó.

Marietta le dio un puñetazo en el vientre, seguido de un golpe en la barbilla. Él retrocedió lanzando los cuchillos al suelo. Bloqueó su siguiente golpe agarrándola del brazo, de tal forma que con un mínimo movimiento podría romperle el brazo.

—Suéltame —escupió ella con rabia.

—Cógelo —le dijo él soltándola, recogiendo los dos cuchillos del suelo y tendiéndole uno de ellos.

Marietta lo cogió de mal a gana y le miró con furia, pasándose el cuchillo de una mano a otra, sintiendo cómo la adrenalina invadía su cuerpo. Recordó el día que la obligó a utilizarlo por primera vez. Cómo se había acostumbrado a llevarlo siempre y cómo no había vuelto a utilizar uno después de haber matado a Josefa, la mujer que había sido su carcelera durante tantos meses.

—Eres un cabrón —escupió con furia.

—Tú y yo nunca seremos personas normales —le advirtió Esteban mientras se medían el uno al otro—. Y yo creo que es hora de que lo aceptemos.

Marietta sintió una furia tan grande que se lanzó contra él tratando de apuñalarlo. Él la esquivó y comenzaron una lucha en la que pronto quedó claro que ella no era contrincante. Sin embargo Esteban le permitió que le hiriera. Se dio cuenta de que era lo que necesitaba. En el momento en que la sangre empezó a caer por su brazo, Marietta se detuvo mirándole asustada y con los ojos muy abiertos.

Ambos respiraban agitadamente tras el esfuerzo realizado, aunque Marietta se dio cuenta de una cosa, Esteban tenía razón, se sentía más viva que en mucho tiempo.

Tiró el cuchillo lejos de ella y se acercó a él muy despacio. Mirándole

a los ojos, recogió con un dedo una gota de su sangre y se la metió en la boca, para probarla.

Esteban notaba el escozor de la herida, no obstante esa sensación se vio empañada por la excitación que le provocó ver a Marietta inclinarse sobre él y lamerle el punto donde le había apuñalado. Le cegaron las sensaciones y notando cómo le rugía la sangre por las venas tiró él también el cuchillo y la agarró por el trasero pegándola a su erección. Ella abrió las piernas entrelazando los tobillos por detrás para quedar colgada, meciéndose contra él. Empezaron a devorarse el uno al otro, aun así no era suficiente. Necesitaban estar más cerca aun. Sin parar de besarla cargó con ella y la estampó contra el tatami que figuraba en el centro de la habitación. La fiebre invadió también a Marietta que con desesperación introdujo las manos en sus pantalones clavándole las uñas en el trasero mientras gemía:

—Te quiero dentro de mí. Ahora

Esteban no se hizo de rogar, tiró de los pantalones de ella bajándoselos hasta la rodilla, le separó los muslos y de un solo movimiento se estrelló en su interior.

—Sí —gritó Marietta al sentirle. Era como un hierro candente que le atravesó el cuerpo entero. Quería rodearle las caderas con las piernas, sin embargo las tenía aprisionadas por el pantalón.

—Quítamelo, quítamelo —empezó a gemir con desesperación. Le necesitaba más adentro, más cerca.

—¿El qué? —gimió Esteban sin bajar el ritmo. Había perdido la capacidad de pensar.

—El pantalón —gimió Marietta—. Te quiero más cerca.

Esteban se detuvo durante unos instantes, lo justo para tirar de una pierna del pantalón para sacárselo y dejarlo colgando a un lado. Entonces

Marietta ya se sintió libre para entrelazar las piernas en sus caderas y empujarle más profundo en su interior.

—Sí, sí —gritó mientras jadeaba—. Más fuerte. Más.

Esteban incrementó el ritmo de sus acometidas empujándolos a ambos fuera del tatami. No era suficiente. Les devoraba la desesperación. Como si fuera la primera vez. Como si fuera la última. Como si fueran a morir en ese instante y ese fuera el único momento que les quedara.

Finalmente el orgasmo los alcanzó y Marietta lanzó un gemido que se unió al grito de satisfacción de Esteban, que se derrumbó encima de ella mientras temblaba.

Jamás había sentido algo así. El mundo se había movido de su eje. Con gran esfuerzo, se apartó de Marietta lo justo para sujetarle la cara con sus manos.

Marietta con los ojos cerrados, todavía temblaba. Era como si Esteban la hubiera destruido por completo. Aunque le amaba y en cierta medida le había perdonado, no era la misma de hace cinco años. Había construido una pared a su alrededor y ahora era como si él hubiera llegado con un martillo neumático y lo hubiera tirado todo abajo. Se sentía expuesta, en carne viva. Por eso en ese instante no era capaz de abrir los ojos y mirarle. Temía lo que vería en ellos.

—Marietta —le susurró Esteban con dulzura, aún en su interior—. Abre los ojos.

Ella trató de girar la cabeza para no mirarle. Él se lo impidió, obligándola a mirarle y en ese momento la última capa que la cubría desapareció, porque vio en él, un amor tan inmenso que la desarmó.

—Eres mi vida, Marietta. Jamás lo dudes.

—Lo sé —susurró Marietta. Y en realidad, por primera vez desde que

se habían vuelto a encontrar, creyó en él.

Horas después, Marietta esperaba frente al Templo de Debod. Lo había descubierto de forma casual hacía unos días. Había salido a correr y al pasar por el Parque del Oeste lo había visto. Había quedado impactada. La puesta de sol teñía el templo de colores dorados y le pareció tan extraño. Un trozo de Egipto en mitad de la ciudad. Le recordó a sí misma, llevaba años sintiéndose como si no encajara, como una remota isla en medio del mar.

Sin embargo, hoy se había dado cuenta de que sí encajaba, con Esteban. Él y ella nunca podrían ser personas normales, porque tenían una experiencia vital que muy poca gente entendería.

Aunque le dolía, comprendía que él hubiera intentado encajar, formar una familia, al igual que ella simplemente se había apartado de la vida, aunque ya no quería seguir así, quería volver a vivir.

Al divisar a Susana a lo lejos, se secó las manos sudorosas en el pantalón. Todavía no sabía cómo abordaría el tema. Tenían que saber si podían contar con ella o no.

Al principio a Susana le costó un poco reconocerla. Hacía muchos años que no se veían.

—¡Sonia! —saludó con alegría—. Casi no te reconozco con ese color de pelo. Me alegro de que me llamaras, después de la última conversación que tuvimos me quedé un poco preocupada —le saludó Susana en cuanto la vio.

—Lo sé, lo siento. Han cambiado muchas cosas desde entonces.

—Yo... no me puedo creer lo que me dijiste.

—¿Lo de mi hijo? —preguntó Marietta con la voz repentinamente rota.

—No, eso ya lo sabía —confesó Susana.

—¿Lo sabías? —preguntó tratando de pasar la bola que de pronto notaba alojada en su garganta—. Nunca dijiste nada.

—Cuando me hice cargo de tu caso me contaron tu historia, sabía lo de tu hijo. Cuando te encontraron, había pruebas físicas de lo que te había pasado.

Marietta enrojeció, era cierto. Sabía que los médicos cuando la habían examinado habían descubierto que había tenido un hijo, simplemente lo había desterrado al fondo de su mente y nunca había querido pensar más en ello.

—Yo creía que los sicólogos tenían que forzar a sus pacientes a desgranar todas sus desgracias.

—Si tu único problema hubiera sido la pérdida de tu hijo, probablemente, pero eso solo era la punta del iceberg de todos tus problemas. Nunca llegamos a hablar de ello porque decidiste abandonar la terapia.

—Es verdad —reconoció Marietta. Había llegado un momento en que no había querido seguir el tratamiento—. ¿Por qué me pediste que hiciera yo este trabajo? —Decidió abordar la cuestión.

—Porque me pareció que eras la persona más adecuada —contestó Susana de forma dubitativa porque en realidad no era cierto.

Había pensado en otras personas antes que en ella sin embargo Carlos la había convencido. No recordaba cuando le había hablado de Sonia, aunque él aseguraba que lo había hecho y así debía haber sido, porque si no, ¿cómo era posible que ni siquiera la conociera?

Marietta notó su instante de duda y se dio cuenta de que le estaba mintiendo, así que decidió arriesgarse.

—Susana, necesito saber si alguien te convenció para que me llamaras a mí concretamente.

Susana enrojeció de vergüenza, no quería que pensara que hablaba de

sus pacientes con su pareja, aunque parecía como si ya lo supiera y lo único que necesitara fuera su confirmación, así que decidió no mentir.

—Yo... no quiero que pienses que he contado a nadie las cosas que me has contado en sesión, sin embargo puede ser... que le contara a mi pareja que eras informática... y que vivías como una ermitaña... el caso es que me convenció de que te vendría bien obligarte a salir de tu zona de confort y creo que tenía razón —terminó afirmando con cierto orgullo.

—¿Estás segura de habérselo contado? —le inquirió Marietta.

—No te entiendo ¿qué quieres decir?

—¿Recuerdas haberle hablado de mí?

—¿Cómo que si lo recuerdo? No te entiendo Sonia —preguntó con extrañeza—. ¿A dónde quieres ir a parar?

—Creo que Carlos te convenció para que me llamaras.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué interés podría tener Carlos en que te llamara, si ni siquiera te conoce?

—Creo que le envía Daniel.

—¿Daniel? ¿Quién es Daniel?—preguntó Susana con extrañeza. No entendía nada.

—Daniel es el hombre que me secuestró, me violó y se llevó a mi hijo. Susana le miró de forma silenciosa tratando de procesar toda la información.

—¿Y por qué piensas que Carlos tiene algo que ver con ese tal Daniel?

—Ven, vamos a sentarnos —le indicó Marietta señalando un banco cercano.

Cuando ya estuvieron sentadas le contó lo que habían descubierto.

—Carlos tiene un hijo —afirmó Marietta sin poder evitar que le

temblara levemente la voz.

—Sí —reconoció Susana que seguía sin entender a dónde quería llegar.

—¿Sabes cómo se llama?

—Por supuesto. Se llama Dan... —De pronto se detuvo mirándola con asombro—. ¿Por eso? ¿Por qué se llama Daniel?

—No solo por eso. La edad del niño también coincide, y hay más cosas. —Tomó una inspiración profunda antes de continuar—. Carlos no existía hasta hace un año. Las referencias que utilizó para que le contrataran en la empresa son falsas. Hace un año la mujer de Esteb... Ricardo —se corrigió con rapidez—, subió una foto de él a *Facebook* y a los pocos meses se presentó Carlos solicitando trabajo.

—No entiendo—protestó Susana tratando de asimilar todo lo que le estaba diciendo—. Carlos y yo llevamos dos años saliendo, mucho antes de que saliera esa foto.

—Creo que te buscó como una manera de llegar a mí, esperando la oportunidad.

—¿La oportunidad de qué?

—El día que Daniel se llevó a mi hijo me dejó con vida para que buscara a Ricardo. Quería que supiera que tenía a nuestro hijo, aunque yo nunca le busqué.

—¿Por qué?

—Yo... Pensaba que él me había entregado a Daniel.

—¿Qué? Mejor no me cuentes. Ya no soy tu terapeuta y realmente no quiero saber. Entiendo lo que me estás diciendo aun así no veo la relación con Carlos.

—Tú eres la que hizo posible que Ricardo y yo nos reencontráramos, me buscaste a mí concretamente influenciada por Carlos ¿no fue idea de él llamarme a mí?

Susana se quedó pensativa, aunque doliese, la verdad es que dentro de toda la locura de lo que le estaba contando, eso era lo único que tenía algo de sentido, porque siempre le había extrañado que le hubiera hablado a Carlos de Sonia. Jamás había hablado con nadie de sus pacientes y realmente no recordaba haberlo hecho en este caso, aunque cuando Carlos le aseguró que así había sido, nunca tuvo motivos para dudar de él.

—Si eso fuera cierto ¿cómo podía saber Carlos que Ricardo iba a acudir a mí?

—Porque es un manipulador. Os presentó y se aseguró de que Ricardo supiera a qué te dedicabas, seguramente dejando caer que la organización para la que trabajas en alguna ocasión ha ayudado a gente a empezar una nueva vida y luego mandó los *emails*.

—¿Y si Ricardo no hubiese acudido a mí? ¿Y si yo no te hubiese llamado a ti? Me parece todo esto un poco surrealista.

—Seguramente tenía un plan alternativo

—El niño es su hijo —sentenció Susana con seguridad—. Llevo dos años con él y siempre le ha tratado como tal. Lo del nombre es una simple coincidencia y me parece increíble que te hayas basado en eso para hacer todas estas especulaciones.

—Creo que es su manera de reírse de nosotros. Ponerle su nombre a nuestro hijo. Siempre tuvo un sentido del humor retorcido. Necesito saber si ese niño es mi hijo y qué relación tiene Carlos con Daniel.

—Y supongo que me has contado todo esto porque esperas que te ayude.

—Tenía la esperanza.

Susana lanzó un suspiro cansado, frotándose las sienes como si le dolieran.

—Tengo que pensar en todo lo que me has dicho —pidió al tiempo que se levantaba con intención de irse.

—Él no puede saber nada de lo que te he contado —le dijo Marietta sujetándola del brazo—. Por favor.

—No le diré nada —afirmó Susana desasiéndose de ella—, pero entiendo que tengo que pensar en todo lo que me has dicho. Carlos es mi pareja. El hombre que amo. Llevamos juntos dos años y de pronto llegas tú y me dices no solo que no es quien dice ser si no que toda nuestra relación es una mentira. Perdona si no te creo de forma automática y tengo que analizar lo que me has dicho. Aunque no te preocupes, no le voy a decir nada.

—Necesito saber si me vas a ayudar.

—Ahora mismo no te lo puedo decir, lo siento Sonia. Te llamaré, te lo prometo.

Y con esas palabras se fue dejándola con la incertidumbre de si la iba a ayudar o no.

—¿Nos ayudará? —preguntó Esteban cuando se acercó. Había observado todo el encuentro desde un punto apartado para que Susana no le viera.

—No lo sé. No estoy segura de que me haya creído. Supongo que habrá que esperar —contestó con mirada desolada.

—Ven. No hay nada que podamos hacer de momento. Vámonos a casa.

Su corazón se animó al oírle decir que se fueran a casa, porque su casa siempre estaría junto a él.

Fany cerró la puerta del apartamento con cansancio. Llevaba horas dando vueltas y seguía con el mismo lío en la cabeza que tenía cuando había salido huyendo del restaurante.

No entendía lo que le pasaba. Siempre había sabido el tipo de hombre que deseaba en su vida, por eso había escogido a Ricardo como marido y le había convencido de que podían ser felices juntos, a pesar de saber que estaba enamorado del recuerdo de otra mujer.

Se había convencido a sí misma de que conseguiría que la amara, aunque ahora se daba cuenta de que Ricardo era una ilusión. Un hombre que no existía y ahora mismo, sentía una atracción inexplicable por alguien, que era todo lo contrario a lo que siempre había deseado.

Esa... pasión que sentía por él, nunca la había sentido antes, de hecho siempre había pensado que no existía, que era un mito y sin embargo, ahora se daba cuenta de que era real. ¿Qué debía hacer? ¿Renunciar a sus sueños, a sus expectativas y lanzarse de cabeza a una locura?

—Fany abre, te he oído llegar.

La voz de David llamándola le hizo emitir un bufido.

—¿No puedes dejarme ni un minuto en paz? —gruñó furiosa abriendo la puerta.

—Preciosa, vivo para enfurecerte —le dijo en cuanto abrió la puerta, con esa sonrisa maliciosa que tanto odiaba y que le removía tantas cosas en su interior—. Estaba preocupado por ti —reconoció al tiempo que acercaba la mano a una de sus mejillas.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Fany y se encontró de nuevo sin voluntad. ¿Qué tenía este hombre para que ella no pudiera evitar derretirse en sus brazos?

—Me confundes —reconoció en un murmullo.

—No es eso lo que pretendo —afirmó con suavidad—. Al contrario.

—¿Entonces que pretendes?

—Que me dejes amarte.

—No soy una de tus amiguitas.

—Ni yo lo pretendo.

—Entonces, ¿qué demonios quieres de mí? ¿Por qué no me dejas en paz?

—Porque he descubierto tu secreto. Desde el primer día que nos conocimos me hiciste creer que me detestabas, aunque nunca comprendí que había hecho para ello. Ahora lo sé.

—¿Qué sabes? —preguntó Fany con voz ahogada.

—Que nunca me has detestado, al contrario, te has sentido atraída por mí desde el primer día, por eso has pretendido alejarme y si siguieras con tu marido hubiera respetado tus deseos, pero sabiendo que no estás con él, te voy a demostrar que yo soy el hombre que necesitas.

—Eres un imbécil. Yo no necesito ningún hombre y si necesitara uno no serías tú.

—Eso no te lo crees ni tú —le dijo atrayéndola a sus brazos.

Susana sentía como si le zumbase la cabeza, aún no se creía lo que le había contado Sonia. Se negaba a creerlo, porque el hacerlo implicaría que llevaba dos años viviendo una mentira. Estaba segura de que Sonia creía que era verdad, sin embargo eso no quería decir que lo fuera.

El sonido del teléfono la asustó. Miró la pantalla del móvil y vio que era Carlos quien la llamaba. No podía coger la llamada. Si hablaba en ese instante con él, se daría cuenta de que algo le pasaba.

Repasó su relación, tratando de encontrar algo, una pista que le indicase si lo que le había contado Sonia podía tener algún vestigio de verdad.

Recordó cómo le había conocido, en un café. Había tropezado con ella y le había tirado una bebida por encima, después le pidió una cita para resarcirla y cómo se había convertido en el hombre de sus sueños. Tan perfecto que en ocasiones había pensado que no podía ser real, y quizás esa era la cuestión, que no lo era.

Volvió a sonar el móvil. No quería cogerlo, aunque tampoco podía evitarle, tenía que haber alguna manera de descubrir la verdad.

—Hola —saludó sin aliento por culpa de los nervios.

—¿Qué ocurre? —preguntó Carlos con extrañeza.

—Nada. ¿Por qué?

—Has tardado en cogerlo y ahora que lo haces, hablas sin aliento.

Susana sintió cómo se constreñía su garganta. Hizo un esfuerzo por hablar, algo tenía que decir.

—Es que estaba en el baño y temía no llegar para cogerlo —mintió tratando de darle un tono de alegría a su voz.

—Te llamaba por si querías cenar. Te he echado de menos todo el día.

Susana se sintió culpable ¿cómo podía dudar de él? Era el hombre que amaba. Le conocía a la perfección, Sonia tenía que estar equivocada.

—Yo también te he echado de menos.

Ya se sentía mejor, era lo que necesitaba. Hablar con él, para darse cuenta de que todo lo que había dicho Sonia era una locura.

—Pasa la noche conmigo—le pidió Carlos—. Daniel va a dormir en casa de un amigo del colegio y tendremos la casa para nosotros solos.

—De acuerdo —le dijo con dulzura—. Voy para allá.

Un cuarto de hora después estaba pulsando el timbre de la casa de Carlos. Eso le hizo pensar en la cantidad de veces que le había insinuado que le dejara una copia de las llaves de la casa y la cantidad de veces que él se había negado.

—Cariño —saludó Carlos cuando abrió la puerta—. Pasa, estoy haciendo la cena.

En ese momento Susana se sintió mejor, lo sentía por Sonia, pero era imposible que Carlos tuviera algo que ver con el tal Daniel, era una locura. Es verdad que era un hombre dominante y que la había hecho partícipe de fantasías que algunas personas podían considerar perversiones, sin embargo, de ahí a ser un violador había un mundo, todas las cosas que ellos hacían eran con consentimiento mutuo.

—¿Preparo la mesa? —le preguntó en cuanto entró en la cocina después de colgar el bolso y el abrigo.

—Sí, por favor. ¿Qué tal tu día?

—Bien —contestó Susana sin querer pensar más en lo dicho por Sonia.

—El otro día vi en la oficina a una persona y por la descripción pensé si sería esa chica, Sonia —comentó Carlos mientras cocinaba.

Susana se quedó helada mirando a Carlos, quién había hecho el comentario sin mirarla, como si lo que hubiera dicho no tuviera la menor importancia, como si no le hubiera estrujado el corazón dejándoselo como una masa informe.

—No sé —respondió con voz tensa— ¿Cómo era?

—Una chica pequeña, con el pelo corto y rubio y con unas gafas de culo botella.

Susana le miró la espalda temblando y con los ojos llorosos al ver confirmados sus peores temores.

A pesar de que Sonia y ella habían mantenido el contacto a lo largo de los años. Físicamente, hacía tres años que no la veía y el recuerdo que tenía de ella era con el pelo largo y de color negro.

Si alguna vez se la hubiera descrito, nunca hubiera dicho que tenía el pelo corto y rubio y lo de las gafas de culo botella, no entendía a qué venía, porque jamás la había visto con ellas. Así que ¿por qué iba a pensar que esa persona era Sonia?

—¿Por qué piensas que podía ser Sonia? —preguntó con un hilo de voz.

—Porque es igual a como me la describiste —contestó Carlos sin girarse.

En ese momento comprendió que todo lo que le había dicho Sonia tenía que ser verdad, porque era evidente que le estaba mintiendo. Se dio cuenta de la cruda realidad, el hombre perfecto que tenía ante sí, el que tantas veces le había dicho que le amaba era un invento. Las náuseas la invadieron y tuvo que

sentarse al notar cómo le fallaban las rodillas.

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal? —le preguntó Carlos con extrañeza al verla doblada sobre sí misma y con aspecto de estar sufriendo un gran dolor—. Estás muy pálida.

—Ha debido sentarme mal algo que comí, quizás será mejor que me vaya —gimió Susana con angustia. Necesitaba alejarse de él

—¿Cómo te vas a ir si te encuentras mal? —replicó Carlos mientras le pasaba la mano por el pelo—. Ven al cuarto. Yo cuidaré de ti.

Lo que en otro momento le hubiera parecido una muestra de amor, en ese momento le produjo aprehensión. ¿Quién era Carlos en realidad? ¿Qué le haría si sospechara que ella sabía la verdad? Se dejó llevar por él hasta el cuarto. La ayudó a acomodarse en la cama. Si no hubiera hablado con Sonia, jamás hubiera sospechado que no la amaba.

—Duerme un poco —le dijo Carlos—. Terminaré de prepararlo todo y te vendré a buscar.

Aunque por dentro temblaba, tuvo que fingir que le hacía caso. Cerró los ojos y trató de relajarse, aunque en cuanto notó que salía del cuarto, los volvió a abrir. No sabía cómo lo haría, sin embargo tenía que fingir que todo estaba bien. No sabía de lo que sería capaz si averiguaba que estaba enterada de lo que había hecho.

Al cabo de un tiempo que a ella se le antojó eterno. Carlos volvió a entrar en el cuarto.

—¿Estás mejor? —le preguntó en cuanto entró y la vio despierta.

—Sí —respondió tratando de esbozar una sonrisa que por los nervios se convirtió en una mueca.

—Perfecto. Desnúdate —le ordenó Carlos desabrochándose el pantalón.

Mientras estaba en la cocina había estado dándole vueltas a la cuestión de si se quedaría con ella o la mataría. Hoy la pondría a prueba, si se portaba como una buena chica, se la llevaría con él cuando completara su venganza, sino lamentablemente, tendría que deshacerse de ella.

Susana sintió un escalofrío al oírle hablar así, en otras circunstancias le hubiera excitado sin embargo en este caso, le asustó.

Daniel estaba un cansado de ser el perfecto novio, llevaba mucho tiempo conteniéndose. A ella le excitaba que la tratase con dureza y poco a poco había empezado a instruirla, introduciendo elementos de sado en su relación. Sin embargo hoy le enseñaría lo que de verdad esperaba de ella.

—Ponte a cuatro patas sobre la cama —le ordenó cogiendo el cinturón con las dos manos y tirando de él hasta que se escuchó un crujido.

—No me encuentro bien —contestó Susana con angustia, lo que en otro momento le hubiera excitado, en este momento le aterrorizaba.

—No me lo hagas repetir. Desnúdate.

En ese momento Susana sintió que estaba frente a un desconocido. Con manos temblorosas se desnudó y se subió a la cama poniéndose en la posición que le había pedido.

Carlos cogió el cinturón que sujetaba en las manos y antes de que ella pudiera reaccionar le dio un correazo que la hizo gritar.

—No te muevas —le ordenó con frialdad.

Las lágrimas rodaban por sus mejillas. Si en otras circunstancias hubiera pasado esto mismo se hubiera revuelto contra él, pero ahora estaba demasiado asustada para hacerlo.

Carlos introdujo dos dedos en su interior y empezó a meterlos y sacarlos con brusquedad. A pesar de no desearlo notó cómo conseguía lubricarla. Los sacó y volvió a golpearla con el cinturón, estuvo así un rato,

penetrándola y golpeándola de forma alternativa hasta que ya no pudo más y se derrumbó llorando y temblando.

—No pasa nada, cariño —le susurró Carlos mientras le acariciaba el pelo—. Lloro, pronto aprenderás.

Le separó las piernas mientras ella yacía desmadejada en la cama sin fuerzas para oponerse y se introdujo en su interior, sacudiéndola con la fuerza de sus embestidas. Se corrió con rapidez para alivio de Susana que no podía dejar de llorar por el sufrimiento y la humillación.

Después de correrse, Carlos se subió los pantalones que no se había ni molestado en quitarse y le dijo mientras salía de la habitación.

—Voy a cenar. Quédate en la cama. Luego seguiremos.

Pasó un rato hasta que Susana pudo dejar de temblar y moverse. Se desplazó como pudo hasta el cuarto de baño. Mirándose en el espejo pudo apreciar las marcas que le habían dejado los golpes. Siempre habían tenido una relación en la que ella era la sumisa y él era el dominante e incluso en ocasiones habían rozado la línea entre el placer y el dolor, pero jamás había ejercido esa brutalidad sobre ella. No sabía lo que lo había provocado, aunque de lo que estaba segura era de que esto, solo era el principio. Él mismo se lo había dicho, que pronto aprendería.

No se atrevió a salir de la habitación. No sabía de lo que era capaz si le desobedecía, aunque algo tenía que hacer para ayudar a Sonia. Sentía el semen de Carlos cayendo por sus muslos. Cogió papel higiénico para limpiarse con él y en el momento en que iba a hacer una bola para tirarlo por el retrete, se dio cuenta de que era la oportunidad de descubrir quién era Carlos en realidad, porque ahora también dudaba de que fuera su nombre real.

Con manos temblorosas se limpió lo mejor que pudo con el papel, tratando de recoger la mayor cantidad de semen posible, salió del baño y

rebuscó entre sus ropas, hasta que encontró en el bolsillo de los pantalones un paquete de pañuelos. Lo vació y metió en el envase de los pañuelos, el papel higiénico impregnado con el semen y lo guardó de nuevo en el bolsillo de los pantalones. Tenía que hacérselo llegar a Sonia. Esperaba que fuera posible obtener una muestra de ADN.

Volvió al baño y se dio una ducha tratando de eliminar todo rastro de Carlos de su piel. Intentó darse prisa porque le daba miedo que apareciese y no le gustara ver cómo se limpiaba. Una vez acabado, no se atrevió a vestirse de nuevo, así que se colocó en la cama boca abajo y dio rienda suelta a sus lágrimas, hasta que al final de puro agotamiento, a pesar del fuerte escozor que notaba en el trasero, logró dormirse.

Tiempo después se despertó al sentir un dolor agudo en su interior. Abrió los ojos para darse cuenta de que Carlos estaba de nuevo profanándola con fuertes embestidas mientras jadeaba con satisfacción. Ella tuvo que morderse el labio para ser capaz de soportarlo sin gritar. Al cabo de un tiempo que le pareció eterno, por fin se corrió dando un grito para derrumbarse encima de ella.

—Hoy sí que te has portado bien —le felicitó saliendo de ella y arrastrándola consigo de forma que quedó aprisionada entre sus brazos sin poder moverse.

Susana no se atrevió a decir ni una palabra, de hecho no fue capaz de respirar con normalidad hasta que notó que se había quedado dormido. Entonces, despacio, con temor a que se despertase, logró desasirse de sus brazos.

Salió de la habitación y se dirigió al cuarto del niño. Una vez allí buscó de forma frenética algún objeto del que le pareciera que se podría obtener también una muestra de ADN. Al no hallar nada en la habitación, entró

en el cuarto de baño y allí encontró un cepillo para el pelo con algunos cabellos en él. Los recogió y los envolvió en papel higiénico. Temblaba tanto que se le cayeron los cabellos al suelo lo que provocó que dejase salir un gemido de angustia. Le costaba respirar y notaba una opresión en el corazón

Los recogió del suelo, envolviéndolos también en papel higiénico. Buscó su bolso en la cocina, donde lo había dejado al llegar y metió el papel higiénico en su interior. Volvió a la habitación y se metió en la cama con el único deseo de que llegara la mañana para poder salir de allí.

Cuando abrió los ojos de nuevo al día siguiente, se encontró sola en la habitación. Le dolía todo el cuerpo. A duras penas logró salir de la cama. Se vistió con rapidez y salió con la intención de irse de la casa en cuanto tuviera la oportunidad. Oyó ruidos en la cocina y con temor, se dirigió hacia allí con el corazón en un puño.

—Hola —saludó con voz temblorosa en cuanto entró en la cocina y le vio tomándose con tranquilidad el desayuno mientras leía el periódico—. Tengo que irme, tengo una reunión a las diez.

—No vas a poder desayunar —afirmó Carlos mirando el reloj que llevaba en la muñeca—. Yo tengo que ir a buscar a Daniel.

Sus palabras le produjeron un gran alivio. Lo único que quería era alejarse de él de la forma más rápida posible.

—Entonces, mejor me voy —murmuró con voz entrecortada y se dio la vuelta para salir de la casa. Le hubiera gustado echar a correr para hacerlo, pero no se atrevió.

—Susana. —La voz de Carlos la detuvo cuando ya había llegado a la puerta de la cocina.

—¿Sí? —preguntó sin atreverse a dar la vuelta.

—¿No te olvidas de algo?

—No creo —sonrió de forma temblorosa mientras se daba la vuelta para mirarle.

—Te has olvidado de darme un beso —le reprochó con seriedad.

—Es verdad —concordó con voz entrecortada.

Se acercó hasta él y le dio un casto beso en la mejilla. Se dio la vuelta dispuesta a alejarse cuando de pronto él tiró de ella arrastrándola a sus brazos. La cogió por el trasero dolorido y devoró su boca. Ella le correspondió con miedo a que sospechara el gran temor que ahora le profesaba y que por cualquier motivo no la permitiera irse.

—Eso está mejor —le dijo con una gran sonrisa. Le dio la vuelta y dándole una palmada en el trasero la despidió.

—Vete a trabajar, ya hablaremos luego.

Con el corazón en la garganta Susana abandonó la casa. No fue hasta que subió al coche y se alejó que los temblores invadieron su cuerpo. Tuvo que parar a un lado de la carretera y abrir corriendo la puerta para no vomitar en el interior del vehículo.

Las arcadas la sacudieron mezclándose la bilis con las lágrimas. Era tan grande el dolor que sentía en su corazón que le parecía como si le hubiera partido en dos. No sabía que había desencadenado el comportamiento de Carlos, aunque estaba segura de que solo era el principio. La había humillado y había disfrutado con ello. Ahora se daba cuenta de que era capaz de las mismas atrocidades que ese otro hombre, Daniel. A pesar de lo mal que se encontraba, se obligó a sí misma a ir a trabajar. No se atrevía a imaginar la reacción de Carlos si pensaba que le había engañado.

Llevaba muchos años trabajando con víctimas de violencia de género como para no reconocer a un maltratador. Era verdad que hasta ese momento la había engañado. Como la mayor parte de los maltratadores era un

manipulador y estaba segura de que no le permitiría romper la relación. Demasiadas veces había sido testigo de lo que les sucedía a las mujeres que se enfrentaban a este tipo de hombres.

Tenía que trazar un plan que le permitiera abandonarle sin que la pudiera encontrar jamás. Disponía de los medios. La organización para la que trabajaba lo había hecho en múltiples ocasiones para otras mujeres, sin embargo necesitaba tiempo para organizarlo y mientras tanto, tendría que aguantar.

En cuanto llegó a la oficina lo primero que hizo fue llamar a Sonia.

—Tengo algo para ti —le dijo en cuanto descolgó el teléfono.

—¿El qué? —preguntó Marietta.

—No quiero hablarlo por teléfono.

Tenía tanto miedo que le parecía que si decía algo por teléfono Carlos se enteraría. Se sentía como paralizada.

—Si vienes hasta aquí te lo doy ahora mismo.

—Voy para allá —afirmó Marietta antes de colgar.

Media hora después Marietta estaba en el despacho de Susana.

—¿Qué hizo que creyeras en lo que te había contado? —Fue lo primero que preguntó en cuanto entró por la puerta—. La última vez que nos vimos, no me dio la sensación de que me creyeras.

—Lo sé —reconoció Susana—. Aunque tienes que entender que esto es muy duro para mí. Llegaste y me dijiste que el hombre que amaba no era quién yo creía, ¿qué esperabas? ¿Qué te creyera de forma automática?

—No. Tienes razón, esto no es justo para ti y lo lamento. Te juro que te estoy diciendo la verd...

—Te creo —la interrumpió Susana—. Por ese motivo te he traído esto.

Se acercó a un cajón y con manos temblorosas le hizo entrega de lo que había cogido en casa de Carlos.

—¿Qué es? —preguntó Marietta. Lo único que veía eran unos trozos de papel higiénico metidos en un envase de pañuelos.

—Me lo llevé a escondidas y en ese momento no sabía donde meterlo. En uno de los trozos de papel higiénico hay cabellos de Daniel, el hijo de Carlos.

Marietta la miró con sorpresa y a la vez con un hilo de esperanza.

—Y lo otro es... —Susana dudó unos segundos antes de terminar con un hilo de voz— ...semen. Espero que puedas obtener ADN de ellos.

Marietta lo recogió todo con el corazón en un puño. Creía que ese niño era su hijo, aun así necesitaba estar segura y si en realidad no lo era, tenía que averiguar la relación que unía a Daniel con Carlos.

—Gracias. Sé que ha debido ser duro para ti. Sentirás como si le estuvieras traicionando.

—Olvidalo —respondió Susana enrojeciendo—. Únicamente te pido que me informes de lo que averigües.

—Te lo juro —le prometió Marietta—. Sea lo que sea lo que descubramos, te lo contaré.

Tras despedirse de Susana, Marietta salió del despacho sin aliento. El corazón le latía tan fuerte que sentía como si se le fuera a salir del pecho. En la calle, la esperaba Esteban que cuando la vio temblorosa y con lágrimas rodando por sus mejillas corrió a abrazarla al tiempo que le preguntaba.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué te dijo?

—Me dio esto.

Abriendo la mano le mostró los dos pequeños paquetes que llevaba en ella.

—¿Qué hay en ellos?

—Lo que necesitamos para descubrir quién es Carlos y si el niño es nuestro hijo.

Fany miraba los documentos que tenía frente a sí sin verlos en realidad. Desde que había recibido el paquete remitido por su abogado estaba en una especie de trance. Pensaba en Ricardo y por primera vez desde aquella terrible mañana en la que le había dicho que le abandonaba, no sintió dolor, ni rabia. Solo tristeza y en cierta medida... alivio.

—¿Qué son esos papeles? —preguntó David por detrás de ella.

Se inclinó en el sofá y apartando sus cabellos empezó a besar su nuca. Mordisqueó el lóbulo de su oreja y deslizando una de sus manos por delante, la introdujo en su escote. Sopesó uno de sus pechos y pellizcó el pezón con suavidad provocando una descarga que la dejó húmeda y ansiosa. Su mente se nubló con un único pensamiento, que le hiciera el amor en ese mismo momento.

—¿Qué son esos papeles? —volvió a preguntar David sin dejar de estimular su pezón. Después de realizar su tratamiento con uno, se dispuso a aplicar el mismo tratamiento en el otro.

Fany no era capaz de responder. Las caricias se interrumpieron permitiéndole salir de la bruma de sensualidad en la que estaba sumida.

—¿Qué son esos papeles? —preguntó David de nuevo.

—Los papeles del divorcio —contestó Fany con un suspiro.

—¿Tan rápido? —preguntó con sorpresa.

—Parece ser que mi marido está tan ansioso por deshacerse de mí que lo ha agilizado todo.

—¿Vas a firmar? —preguntó David con voz tensa.

—¿Tú qué crees? —le preguntó girándose hacia él.

—Qué sí.

—¿Estás seguro? ¡Qué haces! —exclamó al ver cómo rodeaba el sofá para situarse frente a ella e introducía las manos entre sus rodillas separándolas.

—Creo que tengo que recordarte porque debes firmar —le susurró antes de abrirla totalmente e inclinar la cabeza para lamer el contorno de sus bragas.

Fany notó cómo su interior se humedecía.

—Puedo oler cómo te excitas —murmuró David con la cabeza entre sus piernas—. Eres lo más dulce que he saboreado jamás.

Con un dedo apartó las braguitas e introdujo la lengua en su interior. Fany estaba tan excitada que se corrió en el acto. David se bebió su orgasmo, intensificándolo.

—¿Recuerdas ya por qué debes firmar? —preguntó David con una sonrisa jactanciosa.

—Pues no estoy segura —respondió Fany de forma remilgada intentando apartarlo de sus muslos para poder levantarse.

—De eso nada —gruñó David inmovilizándola—. Parece que voy a tener que darte más razones para divorciarte.

Fany se retorció intentando liberarse. David la sujetó con más fuerza y con sorpresa, eso hizo que se excitara más.

David fue consciente de ello, ya que al tener la cara prácticamente hundida en ella, no se le pasaron las gotas de humedad que le adornaban.

Un jadeo se escapó de Fany al sentir cómo metía un dedo en su interior.

—Mírame —ordenó David sacando el dedo empapado con sus fluidos

y chupándolo.

Volvió a introducirlo en su interior sin dejar de mirarla. Lo sacó y lo deslizó por su raja humedeciéndolo para deslizarlo por su ano lubricándolo.

—¿Qué haces? —jadeó Fany asustada y excitada a partes iguales.

Nunca había practicado sexo anal. Sus relaciones con Ricardo habían sido siempre bastante convencionales e iniciadas por ella misma en la mayor parte de los casos. Había disfrutado, sin embargo nunca habían revestido la intimidad que sentía cuando estaba con David.

Cuando estaba con él, era como si la poseyera por entero y ella a su vez lo poseía a él. Sentía una conexión que nunca hubiera creído que existiera, había oído hablar de ello, aunque nunca lo había experimentado.

—Date la vuelta —le pidió David saliendo de entre sus piernas.

Tiró de ella para que se levantara, la giró e hizo que se inclinara de rodillas en el sofá. Subiéndole la falda, le quitó las braguitas, agachó la cabeza y pasó la lengua por su ano. Introdujo un dedo provocando un jadeo en Fany. Un rayo de placer atravesó su cuerpo. Se apartó ligeramente de ella para bajarse los pantalones, pasó la mano por su cintura y el dedo fue sustituido por su polla que con esfuerzo trataba de introducirse en su culo virginal.

—Me duele —jadeó Fany tratando de alejarse.

David se lo impidió sujetándola por las caderas.

—Relájate —le dijo—. Deja que se acostumbre a la penetración.

Intentó introducirse unos pocos centímetros más, mientras Fany apretaba los dientes tratando de soportar el dolor. Poco a poco David se introdujo hasta que la llenó por completo. Fany sudaba. No estaba sintiendo ningún placer.

David salió unos centímetros lo que le supuso un cierto alivio, para

volver a introducirse de un golpe en su interior, sin embargo esta vez en vez de sentir el esperado dolor, sintió una oleada de placer. Salió y volvió a entrar aumentando la intensidad de sus embestidas hasta que Fany se encontró respondiendo a las mismas con profundos jadeos que desembocaron en el mayor orgasmo que había sentido jamás.

Un par de embestidas más y sintió cómo David se corría en su interior, cayendo sin fuerzas sobre ella.

—¿Ves por qué te tienes que divorciar? —preguntó David con voz enronquecida.

—¿Me has follado para demostrarme que me tengo que divorciar? —contestó con indignación.

—No. Te he dado el mayor orgasmo de tu vida para que veas lo que te perderías si no te divorciaras —informó David con superioridad.

—¡Eres un capullo! —exclamó con indignación tratando de empujarlo para que saliese de su cuerpo.

—Aunque te encanta este capullo —le replicó apretándola contra sí impidiendo que se alejara y sin salir de ella.

—Sí —reconoció Fany por primera vez con voz queda.

David se quedó inmóvil en el sitio al oírla. Se apartó de ella para subirse los pantalones y sin decir nada la ayudó a levantarse, girándola y dándole un profundo beso que la dejó sin respiración.

—Te amo Fany —le susurró en el oído al tiempo que la abrazaba—. Creo que te amé desde la primera vez que te vi y me mandaste a la mierda.

Fany no pudo evitar reírse. Yo... —dudó antes de continuar—. Me haces feliz.

—Lo sé —afirmó David con petulancia—. Me adoras. Besas el suelo

por el que piso... —Se interrumpió al ponerle Fany una mano sobre la boca para que se callara.

—No hables más y bésame —le ordenó.

Y él no pudo más que obedecer.

Esteban hablaba por teléfono sin apartar la mirada de Marietta. Ella le observaba con el corazón en un puño. Habían pasado días desde que habían entregado las muestras de ADN. Esteban se las había dado a un conocido, para que hiciese los análisis de forma discreta.

—De acuerdo —dijo finalmente colgando el teléfono.

Marietta trataba de adivinar por su cara lo que le habían dicho, sin embargo él se mantenía en silencio sin dejar de mirarla hasta que ella ya no pudo soportar más el silencio.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó con un hilo de voz.

—El niño es nuestro hijo —contestó con voz ahogada dejándose caer en la silla del despacho.

Marietta ahogó un gemido introduciendo el puño en la boca. Estaban en el despacho de Esteban y no quería que nadie la oyese llorar. Acababa de entrar en el despacho cuando había sonado el teléfono para informarle de los resultados de los análisis. Se derrumbó en el suelo de rodillas llorando.

Esteban se acercó hasta ella y se arrodilló a su lado abrazándola, mientras ella temblaba entre sus brazos. Así estuvieron un buen rato, sin decir nada ninguno de los dos. Cuando por fin se tranquilizó lo suficiente, Marietta se atrevió a preguntar.

—¿Ha podido averiguar quién es Carlos en realidad?

—Sí —contestó Esteban con voz seca.

—¿Qué relación tiene con Daniel?

—Él es Daniel —afirmó Esteban cerrando los puños con rabia.

El horror invadió a Marietta al tiempo que negaba con la cabeza.

—No, no, no —repitió una y otra vez negando la evidencia de lo que acababa de escuchar—. Él no es Daniel. No se parece a él —arguyó con desesperación.

—Lo más probable es que se haya hecho la cirugía estética —conjeturó Esteban—. El ADN no miente. Él es Daniel.

Marietta sintió cómo le zumbaban los oídos, le costaba respirar, ¿y si se lo encontraba? ¿Y si estaba en el edificio?

—¡Marietta! ¡Marietta! —oyó cómo Esteban la llamaba. Sonaba como muy lejos. No podía moverse. No podía respirar. La negrura invadió su conciencia y se perdió.

Esteban cogió a Marietta desmayada, entre sus brazos y la depositó en el sillón del despacho.

—¡Hijo de puta! —rugió golpeando la pared con tal fuerza que Ruth su secretaria, irrumpió en la oficina asustada.

—¡Ricardo! —exclamó preocupada—. ¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

—¡Estoy perfectamente! —espetó cortante. Al ver la cara de sorpresa de Ruth, trató de tranquilizarse—. Perdona. Por favor, necesito que me dejes a solas.

Ruth dirigió entonces su mirada hacia el sillón en el que se encontraba Marietta desmayada.

—La chica... —tragó saliva antes de continuar con voz preocupada—. ¿Se encuentra bien?

Esteban se acercó a Marietta acariciándola con ternura.

—Perfectamente —le dijo a Ruth ignorando la mirada de asombro que le dirigió al ver cómo se comportaba con Marietta—. Te agradezco la preocupación, pero quiero que salgas del despacho.

—Está bien —contestó Ruth antes de irse. Aunque no pudo evitar que la desaprobación se reflejara en su voz.

Esteban la ignoró. Lo único que le importaba era Marietta y lo que iban a hacer con ese cabrón.

—Marietta —llamó con ternura mientras apartaba el cabello de su rostro.

Un leve parpadeo le indicó que Marietta estaba recuperando la conciencia. A los pocos segundos le miró con esos ojos que le habían fascinado la primera vez que los había visto.

—Esteban —murmuró Marietta, quebrándosele la voz en un sollozo—. Nuestro hijo... cree que él es su padre.

—Lo sé, amor mío. Lo sé.

Si por él fuera iría en ese mismo instante a casa de ese cabrón, le rajaría la garganta y se llevaría a su hijo, sin embargo no creía que el niño lo entendiera. Le estaría haciendo lo mismo que le hicieron a él. Aunque en este caso fuera para salvarlo.

—No quiero que esté con él —gimió Marietta con angustia—. No quiero que lo tenga. ¿Qué vamos a hacer? —preguntó con desesperación.

—Escúchame Marietta. No podemos matarle y llevarnos al niño ¿Lo entiendes?

Ella lo entendía, aunque en el fondo de su corazón era lo que deseaba. Apuñalarlo una y otra vez por todo el daño que le había hecho. Su odio era tan grande que sentía como un agujero en el pecho. Pensar que su hijo creyera que él era su padre, que incluso le quisiera, hizo que la bilis se le subiera por la

garganta, hasta que como la primera vez que estuvo en ese despacho, no lo pudo evitar y vomitó en el suelo, a los pies de Esteban.

Este fue al baño del despacho y volvió con una toalla humedecida con la que le limpió el rostro a Marietta. Le dio la mano para que se levantase y la guio hasta la silla de su despacho.

—Ruth —llamó por el teléfono—. Avisa al personal de limpieza y traeme una botella de agua.

—¿Y de dónde saco la botella de agua? —preguntó Ruth cortante.

Esteban tardó unos segundos en contestar tratando de contener la rabia que le invadía.

—De la máquina. ¡Joder! ¿De dónde va a ser? Y si no, sales a la calle y compras una —espetó con furia mientras sostenía las manos temblorosas de Marietta, colgando el teléfono con rabia. No sabía lo que le pasaba a Ruth, pero no estaba de humor para impertinencias.

—Amor mío —susurró arrodillándose frente a Marietta—. Lo solucionaremos ¿de acuerdo? Recuperaremos a nuestro hijo.

—No quiero verle —musitó con angustia—. No quiero verle.

Esteban la miró con confusión.

—¿Al niño?

—A ese cerdo —afirmó con voz temblorosa. No hizo falta pronunciar su nombre, ambos sabían a quién se refería—. ¿Está aquí? —añadió con pánico en la voz.

—No —le aseguró Esteban con firmeza— y aunque así fuera, jamás dejaría que te mirara siquiera. Lo mataré antes. Te lo juro.

En ese momento se presentó Ruth sin llamar a la puerta, con cara de pocos amigos y una botella de agua en la mano. Esteban la miró con furia.

—No te he oído llamar.

Ella tuvo el buen tino de parecer avergonzada.

—Dame el agua y vete —exigió Esteban mirándola con dureza.

—Si llama tu esposa ¿te puedo pasar la llamada o le digo que estás ocupado? —preguntó con aire de insolencia.

Al oír eso Esteban miró hacia Marietta y la vio encogerse en el sitio. Se acercó de nuevo a ella y posando una mano en su barbilla levantó su rostro acariciando con un dedo sus labios al tiempo que decía con ternura

—Bebe un poco de agua. Ahora vuelvo.

Le abrió la botella y la depositó en su mano. Dándose la vuelta se dirigió con furia a su secretaria y sujetándola del brazo la arrastró fuera de la oficina.

—Tú y yo vamos a hablar ahora mismo.

Ruth le miró con sorpresa. Un poco asustada de la furia con que se dirigía a ella. Quizás se había excedido un poco, sin embargo conocía a Fany desde hace mucho tiempo y le daba rabia verlo desvivirse por esa cría.

—Es que no puedo creer... —empezó a decir en el momento que salieron del despacho.

—¡CALLA! —le gritó Esteban con furia, interrumpiéndola.

Ruth le caía bien, era una mujer de unos cincuenta años, rubia y bajita. Siempre con una sonrisa en el rostro y muy educada con todo el mundo. El le tenía respeto. Fruto de los años que llevaba trabajando para él, pero no iba a consentir que menospreciase a Marietta en forma alguna.

—Fany y yo vamos a divorciarnos —le soltó.

—¿Por ella? —preguntó Ruth con consternación—. ¡Por Dios! Si es una cría, si esto es algún tipo de crisis, deberías...

—La amo desde mucho antes de conocer a Fany —interrumpió Esteban — y cuando me casé con ella, Fany lo sabía. Nunca la engañé, siempre supo que amaba a Marietta.

—¿Entonces? ¿Por qué te casaste con ella? —Ruth no entendía nada—. ¿De dónde ha salido?

—No es algo que te incumba —contestó Esteban con voz tensa—. Te exijo que la respetes. Ha sufrido mucho y no se lo merece. Es la madre de mi hijo y la mujer que amo.

—¿Tu hijo? —Ruth le miró desencajada—. ¿Tienes un hijo? Esa chica... ¿Cuántos años tiene?

—Los suficientes —le contestó ya con humor—. No me mires como si fuera un pederasta. Solo te digo que la trates con el respeto que se merece.

—¿Y el niño dónde está?

—Ahora mismo no quiero hablar de ello —repuso Esteban—. Voy a llevar a Marietta a nuestra casa —afirmó poniendo énfasis en la palabra nuestra.

—¿Volverás? —preguntó Ruth con resignación—. Tienes una reunión con Roberto de la Serna el dueño de la galería comercial.

—No creo que vuelva. Cancela la reunión, cámbiala para otro día, lo que quieras...

Ruth estaba desconcertada. Este hombre no era el Ricardo que ella conocía. Siempre había sido una persona amable pero en cierta medida desapasionado. Cuando Fany se había encaprichado de él, debido a la amistad que le unía a ella, le había aconsejado que no se casara con él. Siempre le había parecido que no la amaba como ella se merecía. Sin embargo, su actitud con esta mujer le estaba dejando descolocada, la pasión, la ternura con que la trataba. Le brillaban los ojos y desprendía una fuerza y una determinación que

no le había visto en los años que le conocía.

Esteban volvió a entrar en el despacho. Marietta se había tranquilizado un poco. Por lo menos había dejado de temblar, aunque aún lucía muy pálida y el hedor del despacho era insoportable.

Había pedido a Ruth que avisase al personal de limpieza, sin embargo no estaba muy seguro de que lo hubiera hecho. Cogió a Marietta en brazos sin que ella opusiera la más mínima resistencia, al contrario, el impacto que había sufrido al descubrir que Carlos era en realidad Daniel, había hecho que rememorase sin poder evitarlo alguno de los momentos que había vivido con ese cerdo, dejándola sin fuerzas.

Apoyo la cabeza en el pecho de Esteban oyendo sus latidos firmes. Trasmitiéndole una sensación de seguridad que hacía años que no sentía. Él jamás permitiría que nadie le hiciera daño.

Salieron del despacho ante la mirada atónita de Ruth.

—Me voy —le dijo al pasar a su lado.

Cruzó el pasillo con su preciosa carga entre los brazos. Se introdujo en el ascensor y llegó al *hall* principal del edificio. Al atravesar el mismo un murmullo de voces siguieron a su paso. Todo el mundo conocía a Fany y de pronto encontrarse con Ricardo, llevando a otra mujer en brazos, era cuanto menos, chocante.

Sin embargo a Esteban no le importaba, al contrario. Se alegraba de que todo el mundo supiera que Marietta era suya. Quería gritarlo a los cuatro vientos y quería que Daniel lo supiera, porque fuera lo que fuese lo que pretendía hacer, era evidente que para lograrlo había procurado que se reencontraran. No iba a permitir que se acercara a ella. Solo pensar en que la había tocado, que había profanado su cuerpo, le daban ganas de matarlo, de cortarle la polla y mirar cómo se desangraba. Sin embargo no podía, ahora

mismo tenía que tener sangre fría. Lo primero que tenían que hacer era recuperar al niño.

El sonido de un coche alertó a Esteban de que alguien había llegado. Llevaba horas sentado en el salón, con la mirada perdida y un vaso de *whisky* en la mano. Marietta dormía en la habitación. Tras volver de la empresa, estaba tan deprimida que no tenía fuerzas para nada. La convenció para que durmiera un rato, prometiéndole que cuando despertara hablarían de lo que iban a hacer para recuperar al niño.

Como en trance se dirigió a la puerta. No sabía quién podía ser. En este momento no le apetecía hablar con nadie.

—¿Fany? —preguntó sorprendido al verla en su puerta.

—Hola Esteban —saludó con voz suave—. ¿Podemos pasar?

Al utilizar el plural, Esteban se fijó en que venía acompañada por un hombre. Era alto, moreno, con el pelo un poco largo y un pendiente en una oreja, le sonaba un poco su cara, aunque no se daba cuenta de qué.

—¿Y tú eres? —preguntó con curiosidad.

—David —le contestó tendiéndole la mano—. Soy tu vecino de la puerta de al lado y también soy el novio de Fany.

Esteban le miró con sorpresa. Ahora se daba cuenta de que ese era el motivo por el que le sonaba su cara, se había cruzado alguna vez con él en el portal, aunque no sabía que vivía en la puerta de al lado.

—Me alegro de que haya encontrado a alguien que se preocupe por ella—le dijo estrechándole la mano a su vez—.

Un suspiro de alivio salió del cuerpo de Fany. A pesar de que había sido Esteban el que había roto la relación, temía un poco su reacción al presentarse con David.

Les invitó a pasar al salón y cuando ya estuvieron acomodados inquirió con curiosidad:

—¿A qué debo la visita?

—Yo... —empezó a decir Fany con timidez—. Te traigo los papeles del divorcio firmados. Quería entregártelos en persona.

Esteban cogió los papeles que ella le tendía.

—Gracias. No pensé que los fueras a firmar tan rápido.

—No tenía mucho sentido alargar la situación.

Un incómodo silencio se extendió por la habitación. Fany se retorció las manos con nerviosismo. No sabía cómo expresar lo que había venido a decir. Cuando se lo había planteado a David le había parecido muy buena idea, sin embargo ahora, teniendo delante a Esteban, no sabía qué decir.

—¿Esteban? —se oyó un susurro proveniente de la escalera y al girarse se encontró con la joven informática que había aparecido aquel día en la empresa. Sin embargo, estaba... distinta.

En vez de aquel pelo rubio que tan poco le favorecía, ahora lo tenía de un color más bonito, negro azabache. Llevaba un camisón que se deslizaba por su cuerpo como una segunda piel. A pesar de llevar una bata por encima, esta se encontraba entreabierta, permitiendo apreciar un escote generoso que destacaba sus atributos.

Fany se dio cuenta de que aquel día lo que llevaba era un disfraz, que había escondido su verdadera belleza, porque no solo era que tuviera un buen cuerpo, como ya había podido apreciar el día que la vio salir de la empresa llorando. Si no que tenía unos ojos impresionantes. El día que la había conocido, era evidente que además de llevar aquellas gafas de cristales gordos, tenía que haber llevado lentillas, porque era imposible que no hubiera apreciado el color de los mismos. Eran violetas, de un tono tan raro como no

lo había visto nunca y en este momento brillaban conteniendo una amplia gama de emociones. Sorpresa, dolor, vergüenza...

—Marietta —exclamó Esteban con ternura— pensé que dormías.

—No —contestó la chica con vergüenza—. No me di cuenta de que había alguien —murmuró mortificada—. Volveré a la habitación.

—¡No! —exclamó Fany sorprendiéndolos a todos. Al darse cuenta de que había sido muy brusca, repitió con más suavidad. —No. Por favor Marietta, no te vayas.

Marietta miró a Esteban dudando, no sabía qué hacer, estaba mortificada porque lo último que deseaba era haberse encontrado con Fany. Esteban le hizo un gesto de asentimiento y le tendió la mano para que se acercase y se sentase junto a él.

Cuando estuvieron de nuevo los cuatro sentados, después de presentarle a Marietta a David, Fany encontró las fuerzas para decir lo que quería.

—No solo he venido a traerte los papeles del divorcio. También he venido a pedirte perdón.

Marietta y Esteban la miraron completamente sorprendidos.

—¿Pedirme perdón? —preguntó Esteban con extrañeza— ¿Por qué?

—Cuando te conocí, me contaste que seguías enamorado de una mujer. Me aseguraste de que a pesar de estar muerta no habías podido olvidarla y que jamás la ibas a olvidar. A pesar de ello, te convencí de que podía ayudarte a formar una familia. Dándote un hijo, cuando en realidad no tenía ninguna intención de ser madre. Pensé que mi amor haría que la olvidases, sin embargo me engañaba a mí misma.

En este punto el corazón de Marietta se sintió libre por fin. A pesar de que eso mismo le había asegurado Esteban, que no la había olvidado jamás.

Siempre le había quedado la duda de que eso fuera cierto y no una manera de disculpar el haberse casado con otra mujer. Sin embargo, oír a esta misma mujer que Esteban siempre le había asegurado que su corazón pertenecía a Marietta a pesar de pensar que estaba muerta, acarició su corazón.

—No sé que decir —señaló Esteban perplejo. Nunca hubiera pensado que Fany reaccionara de esa manera.

—Ahora será mejor que nos vayamos —dijo ella mirando a David—. Ya he dicho todo lo que quería decir.

Cuando ya se despedían, Esteban se dirigió a David, al tiempo que le estrechaba la mano despidiéndole:

—Cuidala, es una mujer estupenda.

—Lo sé. Lo haré —respondió él con una sonrisa.

En el momento en el que se cerró la puerta detrás de David y Fany, Marietta se acercó a Esteban abrazándole por detrás, apretándole muy fuerte, con desesperación. Al notar la fuerza con que le abrazaba, Esteban se giró para tenerla frente a él, tratando de mirarla, sin embargo ella no se lo permitió, ocultando el rostro en su pecho.

—Marietta —llamó Esteban con ternura—. ¿Qué ocurre?

—Nada —gimió Marietta con voz llorosa.

—Entonces si no es nada ¿por qué lloras?

—Porque es verdad —musitó Marietta con un hilo de voz.

—¿El qué es verdad?

—Que nunca dejaste de amarme —susurró Marietta levantando en esta ocasión el rostro. Mirándole con ojos llorosos, llenos de lágrimas no derramadas.

—Amor mío —suspiró Esteban mirándola con dulzura— ¿Acaso lo dudabas?

Sin darle tiempo a contestar besó sus labios con ternura al principio, para luego introducir la lengua con suavidad en su boca, arrasándola, introduciéndola y sacándola de su interior como si la poseyera. Cuando un gemido se escapó de la boca de Marietta solo entonces se permitió abandonar su boca para descender por su cuello. Devorándolo. Chupó el punto donde latía su vena provocando oleadas de excitación por el cuerpo de Marietta que la hicieron temblar. Dejó sus manos deslizarse por su cuerpo, apropiándose de sus pechos. Le bajó el escote del camisón y mordisqueó uno de sus pezones, haciéndole sentir placer y dolor a un tiempo.

Marietta le aflojó el cinturón de los pantalones para poder introducir una de sus manos y aferrarse a su dureza. Un gemido se escapó de la boca de Esteban, al sentir esa mano apretando y frotando.

—Quítate las bragas y separa las piernas —masculló con desesperación, al tiempo que se desabrochaba totalmente los pantalones, bajándoselos.

Marietta que estaba poseída por la misma desesperación, no se hizo de rogar. Se despojó con rapidez de las bragas y sujetando el camisón con una de sus manos, con la otra le guio para que se introdujese en su interior.

Esteban tuvo que hacer un esfuerzo para no correrse allí mismo. Cada vez que se introducía en su húmedo interior, era como la primera vez. Quizás era el amor que le tenía lo que lo hacía especial, no estaba seguro. De lo que sí estaba seguro era de que jamás había sentido lo mismo con ninguna otra mujer y que jamás lo sentiría.

La abrazó con desesperación, entrando y saliendo con furia, como si fuera la última vez. Le daba terror perderla y no volver a sentirse así jamás.

Llevaba cinco años en el infierno y esto era el cielo. Siguió empujando hasta que con un rugido se derramó en su interior. Marietta lo sintió llenándola con su semen, mojando sus paredes y no pudo resistir más, se corrió con un gemido abrazándole, tratando de atraerlo y que se fundiera con ella en un solo ser.

Pasaron unos minutos en los que permanecieron abrazados, tratando de recuperar el aliento. La cabeza de Marietta permanecía apoyada en el pecho de Esteban y la de este descansaba en el hueco de su cuello. La lamió, deleitándose en su sabor. ¿Alguna vez tendría suficiente de ella? Lo dudaba. La necesitaba como el aire para respirar. Después de muchos años volvía a sentirse completo.

Le acarició el cuello con la nariz, lo rodeó con sus manos y apoyando los pulgares en su barbilla la instó a levantar el rostro para encadenarla a su mirada.

—Jamás dudes de mi amor por ti. Mi vida era una mierda hasta el instante en que te conocí y volvió a serlo el día que te perdí —sentenció con firmeza.

Salió de ella despacio, dejando que la humedad se escurriera entre sus piernas. Pasó una mano por sus muslos empapándola de fluidos, para después dársela a Marietta para que la lamiera.

—Ese sabor —susurró sin dejar de mirarla—. Somos tú y yo. Para mí no hay otro sabor igual.

Marietta no podía apartar la mirada, estaba hipnotizada por su voz que sonaba como una caricia.

—¿Qué vamos a hacer? —gimió apoyando la cabeza en su pecho al tiempo que le abrazaba.

—Tendremos que quitarle a nuestro hijo.

—No podemos ir a la policía y él no nos lo va a entregar —argumentó Marietta.

—Lo sé. He estado pensando que quizás Susana nos pueda ayudar. Debemos actuar con rapidez. No sabemos lo que planea, ni porque quiso que nos reencontráramos.

—Quiere vengarse de nosotros. Quiere que seamos felices para poder destrozarnos nuestra felicidad —argumentó Marietta—. El niño es su manera de conseguirlo.

No era capaz de pronunciar el nombre que ese malnacido le había puesto a su hijo. No lo soportaba.

Susana estaba aterrorizada. Cada vez que sonaba el móvil comenzaba a temblar. Temía que fuera Carlos, que la llamara para decirle que la quería ver esa noche. No se veían todas las noches porque a él no le gustaba que ella se durmiera en la casa cuando estaba el niño.

Aunque en ocasiones contrataba una niñera y se acercaba hasta su apartamento. Rezaba para que esta no fuera una de esas noches. Ya había empezado a realizar los trámites necesarios para poder dejarle con la seguridad de que nunca la encontraría. Desde aquella horrible noche, sus relaciones sexuales se habían convertido en una continua sucesión de maltratos y violaciones. Tenía un miedo atroz a que si le insinuaba que quería romper su relación, la matara. Se había dado cuenta de que el hombre perfecto que la idolatraba, en realidad era un sádico hijo de puta que disfrutaba haciéndole daño.

Entraba en el apartamento dando las gracias por no haber recibido la llamada de Carlos esa noche, cuando el móvil empezó sonar. Se quedó congelada en la estancia, sin atrever a moverse. Con manos temblorosas cogió

el móvil y al ver quién la llamaba una ola de tranquilidad la alcanzó. Aunque duró poco ya que comprendió que si Sonia le llamaba, era por algo relacionado con Carlos.

—Hola Sonia. ¿Te sirvió lo que te di?

—Sí. El niño... es mi hijo.

Susana se tambaleó y tuvo que apoyarse en la pared más cercana para no derrumbarse.

—¡Dios mío! —exclamó con consternación.

—Necesito tu ayuda —le suplicó Marietta.

—¿Qué quieres?

—Lo que te voy a pedir es un delito. Quiero recuperar a mi hijo.

—Y supongo que no vas a recurrir a la policía.

—No. Si lo hiciera, tengo miedo de que fuera capaz de matarle antes que permitir que lo recupere.

Susana no dudó ni un segundo que no fuera verdad lo que le estaba diciendo Sonia, de que el niño fuera su hijo, sin embargo ella había visto cómo se comportaba Carlos con él y lo cierto era que lo trataba como a un hijo, aunque también era cierto que hasta hace nada era el mejor novio o del mundo y en un abrir y cerrar de ojos se había convertido en un monstruo.

—¿Sabes ya qué relación tiene Carlos con ese tal Daniel?

—Son la misma persona —afirmó Marietta con voz tensa.

—¿Cómo puede ser posible? ¿Acaso se ha hecho la cirugía estética?

—Es lo que creemos. EL ADN no miente, Carlos es en realidad el cerdo de... Daniel —murmuró con rabia.

—¿Y qué pensáis hacer?

—Ahora mismo lo que más nos preocupa es el niño. Debemos alejarlo de él.

—¿Y cómo planeáis hacerlo? ¿Secuestrándolo? —bromeó sin gracia.

El silencio al otro lado de la línea le dio a entender que esa era precisamente la idea.

—Estás loca. Por algo así se acaba en la cárcel —avisó asustada.

—Lo voy a matar Susana —aseguró con voz fría—, Y si no lo hago yo lo va a hacer Esteban. De lo que puedes estar segura es de que ese cerdo ya está muerto aunque aún no lo sepa.

—¿Quién es Esteban? —preguntó con consternación ante sus palabras.

—Esteban es Ricardo.

—¿Os habéis vuelto locos? ¿Escuchas lo que estás diciendo? Hablas de secuestrar a un niño, de asesinar a una persona. ¿No deberíais acudir a la policía? Sería lo más sensato.

Marietta se rio sin humor por la ingenuidad de su amiga. Ella no lo entendía. No comprendía el mundo del que ellos venían.

—Si lo denunciara a la policía, jamás habría un juicio. ¿No comprendes que todo esto lo ha planificado desde hace años? Fingir una relación contigo y manipularte para procurar que Esteban y yo nos encontráramos de nuevo. Criar a nuestro hijo como si fuera propio... le conozco hace años y te puedo asegurar que es una persona enferma.

—¿Hace años? —preguntó con extrañeza—. Yo siempre había pensado que tu secuestro había sido algo fortuito, nunca me habías explicado nada.

—A Daniel lo conocí con doce años. El día que asesinó a mis padres y me intentó violar.

Las palabras quedaron flotando entre las dos. Mientras Susana trataba

de asimilarlas.

—¿Qué asesinó a tus padres? ¿De qué me estás hablando? —preguntó horrorizada.

—Trabajaba como sicario para un grupo organizado. Les contrataban para asesinar o para lo que hiciera falta, para dar algún aviso...

—¿Para avisar? ¿De qué? ¿Cómo?

—Para avisar de lo que fuera y ¿cómo? Torturando, violando... lo que hiciera falta.

—Y Ricardo, o sea Esteban, ¿qué pinta en todo esto?

—¿Tú qué crees? Él también lo hacía.

Un gemido ahogado se escapó de la boca de Susana. No se podía imaginar a Ricardo haciendo ese tipo de cosas.

—Susana —llamó Marietta al ver que eran demasiadas cosas las que pretendía que asimilase—. Te estoy contando todo esto para que comprendas con exactitud el tipo de persona de la que estamos hablando. Si supiera que me estás ayudando te degollaría sin pensárselo.

Susana estaba aterrorizada. Cerró los ojos y respiró de forma pausada tratando de tranquilizarse.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó con firmeza.

—¿Hasta qué punto confía en ti? ¿Podrías llevar al niño a algún lado sin que él te acompañara?

—Lo he llevado alguna vez al parque.

—Eso sería lo único que tendrías que hacer. Y luego ir a algún sitio donde no te pueda encontrar.

—¿Y cuando lo descubra?

—Lo mataremos —afirmó con frialdad.

—De acuerdo —respondió Susana sorprendiendo a Marietta—. Te avisaré del día y del lugar.

Era lo único que podía hacer para ayudarles a ellos y a sí misma. Si antes lo sospechaba, ahora estaba completamente segura de que jamás le permitiría que le abandonase, la mataría antes.

20

Susana notaba las manos sudorosas, había llamado hace una hora a Marietta para citarla en el Parque del Retiro.

—Vamos cariño —se dirigió al niño con una sonrisa—. Quiero presentarte a una amiga con la que he quedado en el parque.

Daniel le miró con una dulce sonrisa. Era un niño muy bueno. Tuvo que tomar un par de inspiraciones profundas para tranquilizarse, estaba aterrorizada. En cada uno de sus encuentros con Carlos se había visto obligada a disimular, a fingir que no pasaba nada.

Habían acordado que Esteban organizase una reunión en el trabajo, en horario de tarde en la que fuera imprescindible la presencia de Carlos, para garantizar que tuviese que dejar al niño con alguien. Cuando él se lo comentó, ella se había ofrecido a llevar a Daniel al parque mientras estuviese en la reunión.

Marietta se paseaba arriba y abajo con nerviosismo. Tenían que actuar con rapidez. Lo principal era proteger a su hijo y alejarlo de Carlos. Cuando ya creía que no iba a aguantar la impaciencia, se giró y los vio.

Se quedó paralizada en el sitio. No era capaz de decir, ni hacer nada, solo mirar cómo se acercaban hasta ella. Por primera vez podía ver a su hijo de cerca. Aquel día, cuando habían ido hasta la casa, solo había tenido una visión fugaz y lejana de él. Sin embargo ahora, viéndole de cerca se dio cuenta del enorme parecido que tenía con Esteban. Sus ojos, su pelo, su boca. Era increíble que él mismo no lo hubiera percibido el día que le vio. La única diferencia era su mirada, ya que esta era dulce e inocente, como quizás alguna vez él había tenido, antes de que el comandante hubiera entrado en su vida.

—Hola —susurró con dulzura con las lágrimas no derramadas agolpándose en sus ojos.

—Cariño —dijo Susana acariciando con suavidad la cabeza del niño—. Esta es mi amiga Soni...

—Marietta —interrumpió ella—. Me llamo Marietta.

Susana la miró con sorpresa aunque no dijo nada. Nunca había sabido su verdadero nombre.

—¿Cómo te llamas cariño? —le preguntó Marietta agachándose a su altura.

El niño la miró con timidez al principio y luego con su suave vocecita le contestó:

—Dani.

Las lágrimas cayeron por las mejillas de Marietta mientras murmuraba:

—Me alegro de conocerte Dani. ¿Quieres un barquillo?

El niño afirmó con rapidez mirándola con una gran sonrisa. Marietta se puso en pie y tendiéndole la mano le acompañó hasta donde estaba el barquillero.

Una vez devorado el barquillo, le llevaron para que viera a los patos y los pavos reales. Cuando llevaban como una hora en el parque, Marietta recibió un mensaje de Esteban avisándoles que la reunión había acabado. Casi en el mismo momento empezó a sonar el teléfono de Susana. Con manos temblorosas esta lo sacó y vio que como sospechaban, era Carlos.

—Hola —contestó Susana tratando de que no se le notasen los nervios en la voz.

—He acabado la reunión ¿paso a buscaros?

—De acuerdo —contestó Susana con voz tensa—. Estamos en el

Parque del Oeste, junto al Templo de Debod.

—Voy para allá.

Susana colgó el teléfono y con voz temblorosa le dijo a Marietta:

—Ya está. Tenemos que irnos. ¡Dani! —llamó al niño que en ese momento observaba a los patos a unos metros de ellos.

Cuando el niño se acercó le dijo cogiéndole de la mano:

—Acaba de llamar papá. Lamentablemente la reunión va a durar más de lo que tenía previsto, así que vamos a ir a casa de Marietta. ¿Te parece bien?

—Sí —contestó el niño con toda la inocencia de la infancia.

Esteban había alquilado una casa precisamente para esta situación. Ir a su verdadera casa estaba descartado puesto que Daniel sabía dónde vivían y pudiera ser que decidiera acercarse hasta allí. Con tranquilidad, para que el niño no pensara que algo raro estaba pasando, cogieron un taxi y se dirigieron al que sería su nuevo hogar por un periodo de tiempo que esperaban que fuera breve.

Daniel estaba furioso, la zorra de Susana se había llevado a su hijo y no tenía ni puta idea de dónde estaba. Se iba a arrepentir. Hasta ahora había sido muy condescendiente con ella y era evidente que había sido contraproducente.

En medio de su furia, se excitó pensando en las distintas formas en las que iba a disciplinarla. Había estado esperando como un gilipollas en el puto parque durante más de media hora. La había llamado repetidas veces al móvil y no se había dignado a cogerle el teléfono, ni tan siquiera a leer los múltiples wasapp que le había estado mandando. Cuando los leyera iba a darse cuenta de lo mucho que le había cabreado.

Hasta ese momento la tarde había sido perfecta. Había disfrutado estando en la reunión con Esteban. Riéndose en su cara, imaginándose cómo reaccionaría si supiese quién era. Ya sabía que Marietta estaba viviendo con él.

La noche anterior había sido especialmente creativo con Susana, imaginándose que era Marietta. Recordó lo mucho que había disfrutado cuando se la había follado hace tantos años. No podía esperar para volverlo a hacer, aunque esta vez lo haría delante de Esteban. Usaría al niño para controlarlo mientras se la follaba.

Se había pasado toda la reunión empalmado imaginándose lo que le iba a hacer a Marietta. Después mataría a Esteban de una forma lenta, dolorosa, aunque antes tenía que ocuparse de la estúpida de Susana.

Forzó la puerta del apartamento, sin embargo la zorra no estaba allí. Llamó a su trabajo y le aseguraron que no la habían vuelto a ver desde que se había ido por la mañana, más le valía que la hubiera atropellado un puto coche y estuviera desangrándose en un hospital.

Decidió ir a su propia casa a cambiarse de ropa ya que todavía llevaba el traje que se había tenido que poner para ir a la reunión. Se daría una ducha y pensaría en dónde podía haber ido la zorra. Quizás hasta se acercase a casa de Esteban por si acaso.

Tan enfrascado estaba en sus pensamientos que tardó un rato en darse cuenta de que alguien estaba en su salón, sentado en la penumbra.

—¡Quién coño eres y qué haces aquí! —rugió con furia al tiempo que sacaba una navaja y le amenazaba con ella.

—Daniel y sus viejas costumbres. Siempre te gustó llevar esa mierda de navaja —rememoró Esteban, encendiendo la luz de una lámpara, que estaba a su lado.

Daniel se quedó momentáneamente paralizado por la sorpresa, lo último que hubiera esperado era ver a Esteban, y viendo cómo le había llamado era evidente que sabía quién era.

—¿Hace cuánto que lo sabes? —preguntó con rabia. Estaba seguro de que no podía ser desde hace mucho.

—Desde el día después de que trajeras al niño.

—¡Ah! —sonrió con malicia—. Es verdad que conoces a mi hijo Dani. ¿Qué te pareció? —preguntó con una sonrisa irónica— ¿No es un encanto de niño? Se parece a mí. Su padre.

Esteban apretó los puños con furia. Sabía lo que buscaba Daniel, quería provocarle para que saltara. Lo que él no sabía es que esto se acababa esta noche. Solo uno de los dos saldría con vida de esta casa.

Trató de relajarse pensando que el niño estaba con Marietta y que ambos estaban a salvo.

—¿Y dónde está tu hijo? —le preguntó a su vez con ironía—. No lo veo por aquí. ¿Lo has perdido?

En ese momento Daniel comprendió por qué no localizaba a Susana por ningún lado.

—Así que la zorra decidió ayudaros. Con eso no contaba.

Esteban se levantó lentamente y sacó un cuchillo.

—Esto se acaba aquí y ahora Daniel.

—No sabes cuánto me alegra oírlo.

Se miraron el uno al otro estudiándose. Se conocían a la perfección. Habían peleado en infinidad de ocasiones, conocían sus debilidades.

—Estás muerto —sonrió Daniel de forma cruel—. ¿Hace cuánto que no peleas?

—Desde esta misma mañana —afirmó Esteban—. El que va a morir eres tú. ¿Quieres saber por qué?

Empezaron a dar vueltas sin dejar de mirarse, midiéndose el uno al otro.

Finalmente Daniel no lo pudo resistir e intentó atacarle. Se lanzó hacia delante con el brazo que empuñaba la navaja. Esteban le esquivó con rapidez girando hacia su espalda y asestándole una cuchillada que le rozó el brazo. Daniel se miró su propio brazo con furia.

—¿Te contó Marietta cómo se corría mientras me la follaba? —preguntó tratando de provocarlo—. Después de que te mate, creo que le haré una visita.

Se lanzó hacia Esteban intentando apuñalarle. Este le detuvo agarrándole por los brazos e iniciaron un forcejeo.

—Vas a morir aquí y ahora —afirmó Esteban aflojando el agarre, provocando que Daniel se desequilibrara al no esperárselo.

Según caía, aprovechó para hacerle una llave, agarrarle por el cuello y empezar a apretar ahogándole. Daniel empujó hacia atrás empotrándolos a los dos contra la pared mientras resollaba en busca de aire.

Esteban apretó el agarre con más fuerza. Daniel manoteó de forma desesperada tratando de soltarse, pero Esteban no se lo permitió. Poco a poco fueron deslizándose hacia el suelo, Esteban cruzó una pierna sobre él, apretándole incluso más cerca, hasta que poco a poco dejó de luchar.

Esteban aún estuvo apretando unos minutos más, aunque Daniel ya no respiraba. Le sorprendió descubrir que a pesar del odio que le tenía, también sentía cierto pesar. Siempre se había sentido culpable porque era verdad que a pesar del sufrimiento que ambos habían sufrido en su infancia, él había tenido suerte, porque aunque el comandante era un cabrón, no era un violador

enfermo como el hombre que había criado a Daniel.

Soltó el cuchillo, se arremangó la camisa y cogió la mochila que había traído consigo y que estaba apartada en una esquina del salón. Había venido preparado. No era la primera vez que se deshacía de un cadáver, aunque sí esperaba que fuera la última vez. Sacó una bolsa para meter el cuerpo y todos los productos de limpieza necesarios para borrar cualquier huella del crimen.

Sacó el teléfono móvil y marcó un número.

—Está hecho —Fue lo único que dijo y colgó el teléfono.

Tardó unas cuantas horas. Cuando acabó no quedaba ningún vestigio de lo que allí había sucedido. Se cambió de ropa tranquilamente. Solo quedaba el último detalle, deshacerse del cadáver. Se lo echó al hombro rezando por no encontrarse con ningún vecino. Era de madrugada, pero nunca se sabía. Había dejado el coche en el garaje. Metió el cadáver en el maletero y se alejó para deshacerse de él.

Marietta contemplaba al niño que dormía, apoyada en el quicio de la puerta. Hacía horas desde que Esteban había llamado. El alivio que sintió cuando le dijo que Daniel estaba muerto la cubrió como una ola.

—¿Por qué lloras? —le había preguntado el niño.

Le había mirado y durante unos segundos se había sentido culpable, aunque luego recordó todas las atrocidades que había cometido Daniel no solo a ella misma, si no a otros. Quizás, como decía Susana, hasta el presente había sido un buen padre, sin embargo estaba segura de que más pronto o más tarde hubiera dejado salir su verdadera naturaleza.

Con un suspiro se alejó de la habitación y se dirigió al salón. Tendría que acostumbrarse a llamar Dani al niño, aunque lo detestaba, pero no podía

desarraigarlo totalmente de su vida anterior, bastante duro sería para él cuando comprendiera que nunca iba a volver a ver a quien consideraba su padre.

—¿Se durmió? —preguntó Susana con suavidad al verla entrar en el salón.

Habían estado toda la tarde jugando con el niño en el jardín, aunque había preguntado por su padre, la presencia de Susana había permitido que no se preocupara, cuando le habían asegurado que tendría que dormir allí y que tardaría unos días en volver a casa. Marietta se había sentido culpable, aunque no había nada que pudieran hacer.

Habían cenado alegremente en la cocina. Dani era un niño muy inquieto y a la vez muy dulce, Marietta daba gracias al cielo porque Daniel no le hubiera quitado esa inocencia. Cada vez que le miraba, veía a Esteban y sentía cómo se le encogía el corazón. Era el mayor símbolo de su amor, un pedacito de cada uno.

—Estoy muy cansada Marietta —le dijo Susana después de acostar a Dani—. Si no te importa quisiera irme a dormir. ¿Qué cuarto puedo coger?

—Acomódate en la que está junto al de Dani —indicó Marietta con una sonrisa triste.

—Pensé que querrías quedarte tú en ese cuarto —exclamó Susana sorprendida.

—Creo que es mejor que si necesita algo por la noche, acudas tú —contestó con tristeza—. A fin de cuentas, me conoce ¿de unas horas? Está en una casa extraña con una desconocida. Sé lo que se siente cuando te desarraigan de todo lo que conoces. No quiero que mi hijo sufra.

—Está bien —admitió Susana—. Tienes razón

Marietta lanzó un suspiro cuando se encontró sola. Por primera vez en mucho tiempo sentía una gran tranquilidad. Había recuperado a su hijo y

Daniel estaba muerto. Salió al jardín. Necesitaba aire fresco. La leve brisa de la noche acarició su cuerpo y una suave llovizna empezó a caer del cielo. Marietta levantó su rostro dejándose empapar. Se sintió libre, en paz y así fue como la encontró Esteban.

Cuando Esteban llegó a la casa, su primer deseo había sido poder ver al niño, aunque supuso que a estas horas ya estaría acostado. Llovía levemente. Iba a entrar en la casa cuando vio a través de la luz de la luna que había alguien en el jardín. Se acercó con curiosidad y vio que se trataba de Marietta.

Parecía una diosa pagana, con los brazos levantados al cielo, empapada por la lluvia y dando vueltas sobre sí misma con los ojos cerrados como si estuviera en trance.

Se acercó de forma silenciosa hasta ella y la abrazó por detrás. Marietta se tensó asustada.

—¿Esteban? —preguntó con voz temblorosa.

—Estás preciosa —le susurró en el oído.

Le sopló el cuello con su aliento y un ramalazo de placer la recorrió por entero.

Recorrió su cuerpo con las manos, de forma avariciosa, le cubrió los pechos con las manos amasándolos. Se apretó más contra ella, encajando la dureza entre sus nalgas. Tenía que poseerla en ese momento. No podía esperar. La giró de forma brusca, rasgándole el escote del vestido.

Un jadeo se escapó de la garganta de Marietta, estaba completamente húmeda y preparada para él. Se vio asaltada por la urgencia de que la poseyera. Le necesitaba en su interior en ese instante. Empezó a tirar del cinturón de sus pantalones de forma frenética, mientras se devoraban con la boca. Estaban como poseídos de una urgencia que les impedía pensar,

únicamente sentir.

En el momento que tuvo su miembro libre de la restricción de la ropa, la empujó contra el suelo que debido a la lluvia estaba llenándose de barro, pero no les importó.

Le apartó las braguitas y la poseyó de una sola embestida. Marietta gritó al sentirlo en su interior y empezó a agitarse instándole a poseerla con más fuerza. La sujetó por los hombros, ya que la fuerza de sus embestidas y lo resbaladizo del suelo la alejaban. Ella se aferró a Esteban con fuerza, empujándole con sus pies entrelazados en su cuerpo, tratando de que se introdujera más profundo. Nada le parecía suficiente. Entró y salió repetidamente de ella con furia, sin importarles ni la lluvia, ni el barro, ni el frío. Estaban ardiendo y así siguieron hasta que se consumieron en llamas y un grito escapó de la boca de Marietta acompañado del rugido de Esteban, cuando se corrió en su interior.

Pasó un buen rato hasta que ninguno de los dos fue capaz de moverse. Permanecían inmóviles bajo la lluvia. Marietta se sentía como en carne viva. Empezó a llorar de forma silenciosa. Esteban al principio no fue consciente de sus lágrimas, hasta que oyó un gemido y la sintió temblar.

—¿Qué te ocurre? Amor —preguntó rodeándole el rostro con las manos y limpiándole las lágrimas con sus besos.

Marietta no fue capaz de hablar, se abrazó a él con más fuerza. No quería que se alejara de ella. Quería que se fundiera con su cuerpo y fueran solo uno y que jamás la abandonara.

Esteban se apartó, la cogió en brazos y entró con ella en la casa, dejándolo todo lleno de barro a su paso. Subió las escaleras hasta la habitación. Pasó junto al cuarto del niño y durante unos segundos se detuvo brevemente viéndole dormir. Sintió una ternura tan grande floreciendo en su

pecho que sufrió hasta dolor. Apretó aún más a Marietta contra su pecho y continuó hasta el cuarto que compartirían.

Avanzó hasta el cuarto de baño, donde la despojó de las ropas desgarradas y embarradas, desvistiéndose él también. Abrió el agua caliente y los introdujo a ambos en la ducha, limpiándolos. Cuando acabó, la envolvió en sus brazos y la acercó hasta la cama apartando las mantas.

Marietta se dejaba hacer sin decir nada, con los ojos rojos a consecuencia de las lágrimas. Se tumbaron en la cama, mirándose a los ojos, acariciándose con suavidad, hasta que les pudo el agotamiento y se durmieron sin separarse el uno del otro.

Esteban abrió los ojos y se sorprendió al encontrarse con unos ojos iguales a los suyos. Fijos en él, mirándole con curiosidad.

—¿Quién eres?

Esteban sintió un nudo en la garganta y con voz ronca respondió:

—Soy Esteban y supongo que tú debes ser Dani.

El niño le miró con asombro en el rostro.

—Sí —le respondió con alegría—. ¿Cómo lo sabes?

—Porque leo la mente —contestó Esteban con una sonrisa cómplice.

Miró a un lado y vio que Marietta seguía dormida.

—¿Quieres desayunar?

Dani contestó moviendo la cabeza arriba y abajo.

—¿Un cola cao?

—Sí que lees la mente —le dijo con su vocecita, mirándole con cara de sorpresa.

Esteban no pudo reprimir una carcajada, hacía mucho que no se reía.

—Deja que me vista.

Dani miraba con curiosidad a Marietta mientras dormía.

—¿Dónde está vuestro hijo? —preguntó de pronto el niño.

—¿Por qué preguntas eso? —replicó a su vez Esteban.

—¿No sois una mamá y un papá? —preguntó el niño arrugando la nariz — Pensé que lo erais. Como estáis durmiendo juntos —afirmó el niño de forma dudosa.

—Ven —dijo Esteban con una sonrisa dándole la mano al niño para que saliese con él de la estancia—. Dejemos dormir a Marietta.

Dani le acompañó confiado hasta la cocina, donde Esteban le ayudó a sentarse en una de las sillas mientras le hacía el cola cao.

—Así que piensas que somos una mamá y un papá.

El niño meneó la cabeza de forma afirmativa.

—Marietta es una mamá y si dormís juntos tú tienes que ser un papá.

Esteban sonrió ante la lógica tan simple de su hijo.

—¿Y de dónde sacas que Marietta es una mamá? ¿Te lo ha dicho ella?

—Sí —afirmó el niño—. Me dijo que tenía un hijo que se parecía a mí. Siempre he querido tener una mamá —anuncio el niño con voz bajita.

—Quizás consigas una antes de lo que te imaginas —le respondió Esteban con una sonrisa.

—¿Por qué está todo el suelo lleno de barro? —preguntó el niño con inocencia.

Esteban le miró un poco avergonzado.

—Creo que vamos a tener que limpiar.

Y así los encontraron Susana y Marietta cuando se levantaron, limpiando el barro que cubría desde la entrada y toda la escalera, hasta llegar a la habitación que compartían él y Marietta.

—Veo que os habéis hecho amigos —comentó Susana con una gran sonrisa.

—Así es —respondió Esteban—. Gracias. Marietta, ¿por qué no sales a jugar con Dani mientras yo hablo con Susana?

Marietta asintió y cogiendo al niño de la mano salieron al jardín. Al cabo de un tiempo Esteban salió al jardín para reunirse con ellos y por primera vez en su vida, sintió lo que era tener una familia.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Dónde está Susana? —preguntó finalmente Marietta.

—Tendremos que irnos más tarde o más temprano. Cuando empiecen a buscar a Carlos, también buscarán al niño.

—¿Y Susana?

—Ha vuelto a su casa. Parece ser que estaba planeando abandonarle. Iba a cambiar su identidad y huir, pero si está muerto ya no es necesario, así que ha decidido volver a su vida. Resultaría muy sospechoso que ambos desaparecieran a la vez.

—¿Qué le vamos a decir a Dani? —preguntó mirándole con tristeza.

—De momento, lo que le hemos dicho hasta ahora, que su padre de momento no puede venir a buscarle.

Los días pasaron con lentitud. Susana había vuelto a su vida, aunque todos los días se acercaba hasta la casa para pasar un rato con Dani. Con temor había denunciado la desaparición de Carlos a la policía. Hubiera resultado sospechoso que no lo hiciera. Se habían acercado hasta la empresa a interrogar a todo el personal. Habían registrado su casa. Según les habían

informado no estaban las pertenencias ni de Carlos ni del niño, por lo que sospechaban que podía haberse ido de forma voluntaria.

Dani de vez en cuando preguntaba por Carlos, sin embargo cuando le decían que todavía no iba a venirle a buscar parecía quedarse conforme. Volvieron a vivir en la casa de Esteban que acondicionó uno de los cuartos para Dani y así pasaron dos meses en los que vivieron como una verdadera familia. Esteban acudía todos los días a trabajar y Marietta se quedaba en casa con el niño

—¿Podría ser Marietta mi mamá? —preguntó una mañana Dani.

Esteban que en ese momento estaba sacando el cola cao del microondas se quedó clavado en el sitio.

—¿Y por qué quieres que sea Marietta? ¿No sería más lógico que fuera Susana?

—No, ella no puede ser —gimoteó Dani mirándole con angustia mientras se mordía el labio.

—¿Por qué no?

—No lo puedo decir. Papá me pegará si lo digo —aseguró retorciéndose las manos.

Un escalofrío recorrió a Esteban. Deposito el cola cao delante del niño y agachándose a su altura le preguntó.

—¿Tu papá te ha pegado alguna vez?

El niño enrojeció y negó con lágrimas en los ojos. Esteban le miró con ternura y le abrazó.

—Vamos a hacer un trato. Todo lo que me cuentes será un secreto entre tú y yo. No tiene por qué saberlo nadie ¿Te parece?

El niño le lanzó una sonrisa temblorosa mientras asentía.

—Entonces dime ¿Por qué Susana no puede ser tu mamá?

—Porque es una zorra —respondió el niño muy bajito mientras Esteban le miraba con sorpresa.

—¿Y tú sabes lo que es una zorra?

Dani negó con vehemencia.

—¿Entonces cómo sabes que lo es?

—Papá dice...

Esteban le interrumpió poniéndole un dedo en la boca.

—¿Quieres que Marietta sea tu mamá? —El niño sonrió con alegría mientras afirmaba—. Marietta no es una zorra ¿no? —preguntó con inocencia.

—No, no lo es —afirmó Esteban con una sonrisa— ¿Por qué no le preguntas cuando se levante si quiere ser tu mamá? Creo que te va a decir que sí —le susurró en el oído.

En ese momento como si la hubieran convocado apareció Marietta. Se había puesto un camisón y una bata. Cuando los vio juntos sintió un amor tan poderoso que se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Está llorando —cuchicheó Dani al oído de Esteban—. ¿Las mamás lloran tanto?

—Solo cuando son felices —le contestó Esteban al tiempo que se acercaba a Marietta y la abrazaba. Cuando le pareció que estaba más tranquila se giró hacia el niño.

—¿No querías preguntarle algo a Marietta? —le dijo al tiempo que le ayudaba a bajar del asiento y le instaba a que se acercase a Marietta.

El niño afirmó con timidez y se acercó muy serio. Marietta se agachó a su altura.

—¿Quieres ser mi mamá? —preguntó con timidez tocándola con sus

manitas.

Marietta sintió cómo se le aflojaban las rodillas y se dejó caer a su lado al tiempo que le abrazaba emocionada.

—Sí, cariño —contestó con voz ahogada—. Me encantaría ser tu mamá.

—Te prometo que seré el mejor hijo del mundo. No te arrepentirás.

Marietta miró a Esteban entre lágrimas, él la sonrió con dulzura y arrodillándose junto a ellos les abrazó.

La policía había interrogado a Esteban sobre la desaparición de Carlos, como a todo el personal de la empresa, hasta que finalmente, al no encontrar pruebas de nada sospechoso, abandonaron la investigación, determinando que se había ido de forma voluntaria.

El tiempo fue pasando, Dani llamaba mamá a Marietta y poco a poco, cada vez preguntaba por su padre menos a menudo. Esteban había iniciado las negociaciones para vender el periódico y la revista a una empresa rival, con la garantía de que no despedirían a nadie y asumirían el personal.

Le hablaron a Dani de la posibilidad de irse y él pareció aceptarlo, ni siquiera preguntó por su padre. Cuando ya decidieron el lugar en el que iniciarían una nueva vida, Esteban empezó a estudiar futuros negocios que podía montar. En realidad no necesitaban dinero, con lo obtenido por la venta del periódico y la revista podrían vivir toda la vida, sin embargo no era una persona acostumbrada a hacer nada.

Finalmente llegó el día en el que se iban a marchar para nunca volver. No podían arriesgarse a que alguien identificase a Dani como el hijo de Carlos.

Después de que Esteban fuera por última vez al periódico, mientras Marietta terminaba de hacer el equipaje, esta se encontró a Dani llorando en el

jardín.

—¿Qué te pasa cariño? —le preguntó con el corazón encogido.

Al principio el niño no le quiso contestar, así que Marietta se limitó a sentarse junto a él y abrazarle en silencio. Pasado un rato le preguntó:

—¿Por qué lloras cariño?

—No quiero que papá venga a buscarme —le respondió entre lágrimas.

Marietta se envaró al oírle llamar a eso cerdo papá, aunque comprendió que por mucho que le doliera ese hombre era el único padre que había conocido.

—No te preocupes cariño, de momento eso no va a pasar.

—¿Si me va a buscar le puedes decir que quiero quedarme con vosotros? —Dani temía que si se lo dijese él se enfadase y le pegase.

—Esteban... —empezó a preguntar Marietta con un nudo en la garganta — me dijo que Daniel te pegaba.

El niño empalideció y exclamó con voz llorosa:

—Me dijo que no lo iba a saber nadie.

—¡Shhh! Cariño, me lo dijo porque soy tu mamá y las mamás tienen que saber esas cosas. ¿Te pegaba muy a menudo? —preguntó con voz tensa.

—Solo cuando me portaba mal.

—¿Alguna vez te hizo...?

El niño le miraba con ojos llorosos pero de una forma tan inocente que no se atrevió a terminar la pregunta.

—No importa —susurró con ternura más para sí misma que para él—. ¿Te gustaría vivir para siempre con Esteban y conmigo?

Los ojos del niño se iluminaron aunque no se atrevió a decir nada.

—Yo... —continuó diciendo Marietta— quería decirte una cosa. ¿Te acuerdas el día que me preguntaste si quería ser tu mamá y te dije que sí?

Dani asintió con timidez.

—¿Sabes por qué te dije que sí?

Dani negó con la cabeza.

—Pues te dije que sí porque yo soy tu mamá de verdad.

Él la miró con confusión, no entendía muy bien a qué se refería. ¿Su mamá de verdad?

—¿Estás casada con mi papá? —le preguntó con curiosidad.

—Tu papá Carlos, en realidad no es tu papá de verdad—le dijo con firmeza viendo cómo arrugaba su naricita con confusión—. Él te alejó de mí el mismo día que naciste, de mí y de tu papá de verdad.

—¿Mi papá de verdad? ¿Y quién es mi papá de verdad?

—Esteban y yo somos tus verdaderos padres —le soltó con el corazón en un puño—. Nos iremos juntos y si tú quieres, jamás volverás a ver a Carlos.

Daniel la miró en silencio durante unos segundos que a Marietta se le hicieron interminable. Entonces sonrió y abrazándose a su cuello con las manitas le preguntó:

—¿Le puedo llamar papá?

—Sí, cariño —respondió Marietta entre lágrimas—. Estoy segura de que le encantará.

Una hora después, cuando Esteban llegó a casa, Marietta y Dani le esperaban en el salón. Nada más verle Dani se acercó corriendo y se abrazó a sus piernas.

—Papá, te quiero.

Esteban sorprendido miró a Marietta que les observaba con los ojos arrasados por las lágrimas.

—Yo también te quiero, hijo mío —le dijo agachándose junto a él y abrazándolo.

Sin darse cuenta él también empezó a llorar. Había recuperado a su familia.

Otros títulos publicados de Sandra Gabriel

Te ofrecí mi corazón

Almas rotas